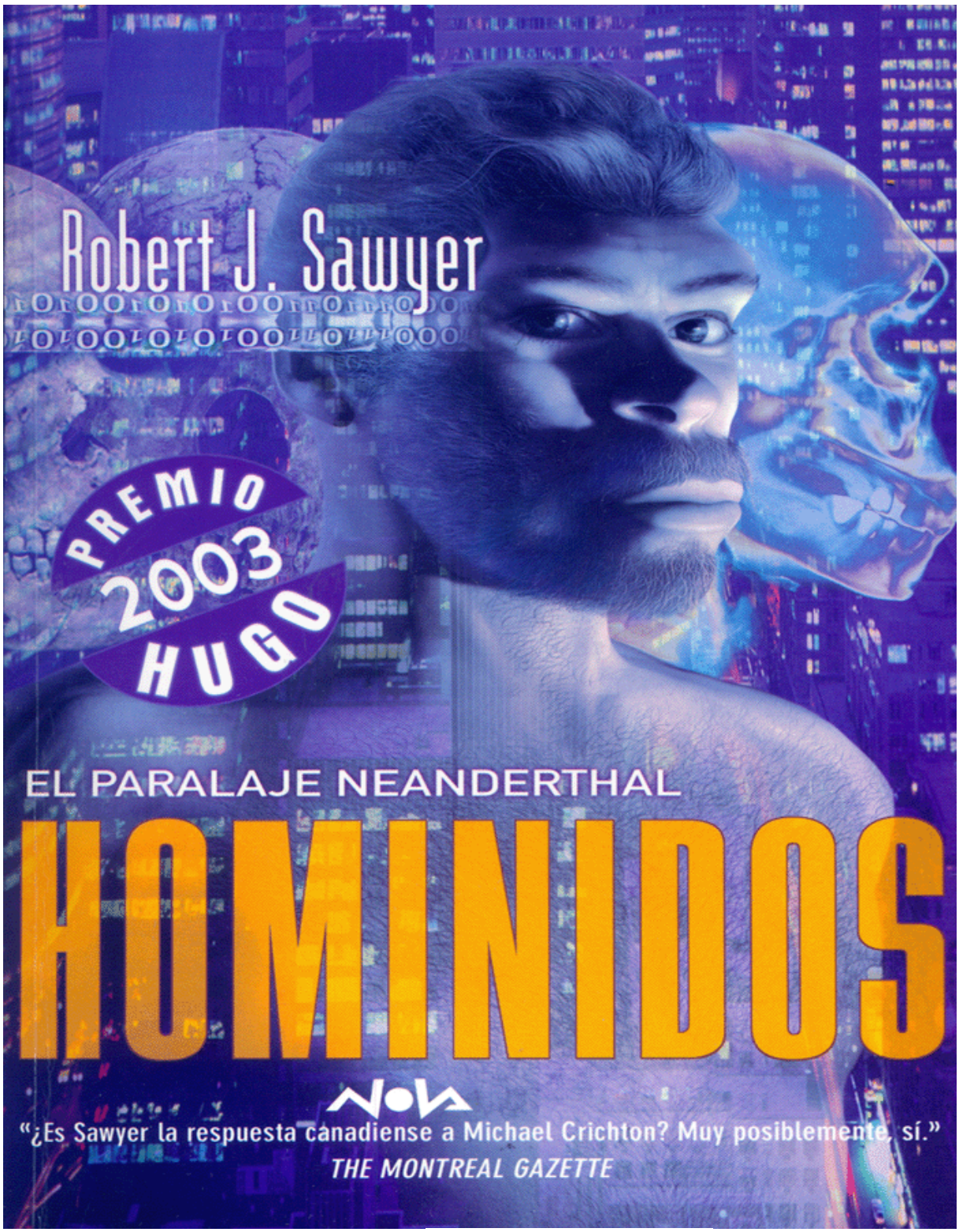
HOMÍNIDOS
ROBERT J. SAWYER



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

NOVA

HOMÍNIDOS

ROBERT J. SAWYER



Presentación

Hace tiempo que vengo siguiendo con gran interés la actividad creativa de Robert J. Sawyer y, a la vista de lo que está logrando, me atrevo a afirmar que tenemos en él al que posiblemente sea el más digno heredero de la ciencia ficción tradicional, esa que escribieran, por ejemplo, Isaac Asimov o Arthur C. Clarke. Se trata de esa narrativa de ciencia ficción que es la que más aprecia el gran público lector, incluso al margen de las modas y de las habituales «deformaciones» en que solemos incurrir los especialistas. Pero, y nadie debería llevarse a engaño en eso, pese a su aparente sencillez, la obra de Sawyer resulta más moderna, más próxima a las preocupaciones y sensibilidades actuales. No en vano ha pasado ya más de medio siglo desde que Asimov y Clarke iniciaran su carrera; Sawyer lo sabe y, como hombre de su tiempo, actúa y escribe en consecuencia.

Creo que Sawyer dispone de una de las mejores fórmulas narrativas de la moderna ciencia ficción: novelas que deben mucho a unos personajes normales envueltos en una trama de misterio resuelta brillantemente con las técnicas habituales en los mejores thrillers. *Pero, en el caso de Sawyer, esta vez la temática es la de la ciencia ficción rigurosa, muy bien documentada, atractiva en lo científico pero siempre complementada con una interesante reflexión sobre las cuestiones morales y sobre la inevitable subjetividad de los comportamientos éticos y culturales.*

En unos tiempos en los que la tecnociencia y sus realizaciones modifican y alteran rápida y globalmente las condiciones de vida en todo el planeta, no es ocioso preguntarse sobre la moralidad y el componente ético de la actividad de científicos e ingenieros, sobre las consecuencias finales de sus obras y creaciones intelectuales. Y ésa parece ser la gran especialidad de Robert J. Sawyer, quien parece gozar, además, de una capacidad especulativa superior y de una facilidad explicativa y de divulgación de la ciencia que recuerda a la del mejor Asimov.

Estoy convencido de que Sawyer está llamado a ser una referencia importante de la ciencia ficción mundial. Sus obras son amenas y entretenidas; sin serlo realmente (hay mucho trabajo tras las bambalinas...) parecen lineales y sencillas; y resultan sumamente fáciles y agradables de leer; sus personajes son gente normal, poco atormentada tal vez, pero que sufren problemas y situaciones en las que pueden reconocerse la mayoría de los lectores. Y las especulaciones científico-tecnológicas de Sawyer son siempre interesantes.

Por diversas razones que ahora no vienen a cuento, tuve la oportunidad de realizar personalmente la traducción de HÉLICE, *la novela corta con la que Sawyer ganó la mención honorífica en el* Premio UPC de 1996. *El trabajo de traductor, mucho más dilatado y profundo que el de lector, me permitió entonces comprobar, entre muchas otras cosas, la facilidad didáctica de Sawyer para hacer llegar al lector, incluso al no experto, los elementos centrales de las ideas científicas más complejas (ingeniería genética y paleontología en aquel caso).*

Por experiencia sé que no es nada fácil el trabajo del divulgador científico y, en cierta forma, el autor de ciencia ficción que quiera ser riguroso está obligado a realizar esa actividad aunque sólo sea por moverse siempre en el borde mismo de la ciencia y la tecnología del futuro. Sawyer sabe hacerlo. Y muy bien.

Tras una carrera sorprendente, tras más de veinticinco premios nacionales e internacionales, tras haber sido finalista casi inevitable (cinco veces en los últimos seis años...) del premio HUGO *(el más famoso y prestigioso en la ciencia ficción mundial), por fin Sawyer ha logrado precisamente ese codiciado premio con la novela que hoy presentarnos:* HOMÍNIDOS, *el primer volumen de una muy estimulante trilogía titulada genéricamente* El paralaje Neanderthal. *Eso sí, tras haber saboreado casi las mieles del triunfo en el año 2001, cuando* EL CÁLCULO DE Dios *no alcanzó el Hugo al ser vencida*

(es un decir...) por ese fenómeno mediático que son los libros de Harry Potter... Cosas veredes, amigo Sancho.

En HOMÍNIDOS, *un experimento científico hace posible la inesperada interacción entre dos universos paralelos con la salvedad de que, en uno de ellos, la especie humana que ha predominado son los Neanderthales y no los CroMagnons como ha ocurrido en nuestro mundo.*

Ponter Boddit, un físico Neanderthal, es quien cruza accidentalmente la barrera entre esos universos. En nuestro mundo, será reconocido inmediatamente como Neanderthal pero sólo mucho más tarde como científico. Dos culturas distintas se enfrentan (con todas las dificultades que ello representa), mientras el compañero de Boddit, Adikor Huid, se encuentra, en su universo de Neanderthales, con un laboratorio destrozado, un cuerpo desaparecido, mucha gente recelosa a su alrededor y enfrentado a un complejo juicio por asesinato.

HOMÍNIDOS, es el inicio de una prodigiosa exploración cultural, El paralaje Neanderthal, *un nuevo tipo de «ficción antropológica» que centra sus mejores virtudes no sólo en la más actual ciencia moderna, sino, y sobre todo, en las complejas consecuencias culturales, humanas y antropológicas de un inesperado cruce de culturas. La civilización Neanderthal del universo de Boddit y Huid ha alcanzado cotas culturales y científicas comparables a las nuestras pero, lógicamente, con una historia, una sociedad e incluso una filosofía de la vida radicalmente diferentes.*

Si la ciencia ficción, como definiera Isaac Asimov, es esa «narrativa que trata de la respuesta humana a los cambios en el nivel de la ciencia *y* de la tecnología», *Sawyer se acoge exactamente a ese registro: divulgación científica bien realizada y sumamente correcta (véase, por ejemplo,* EL CÁLCULO DE DIOS) *pero puesta al servicio del análisis de los problemas éticos, morales y culturales que esos nuevos desarrollos tecnocientíficos plantean. Parece engañosamente fácil, pero no lo es: se trata de un tipo de trabajo narrativo que exige estudio y conocimiento de la ciencia pero, y sobre todo, análisis detenido de todo eso que consideramos «humano» y que ofrece a la ciencia ficción rigurosamente basada en la ciencia (como escribe Sawyer) una compleja dimensión «humana» que acerca ese tipo de obras a todo tipo de lectores, incluso a los no interesados en la ciencia siempre que lo estén al menos por eso que llamamos «humanismo».*

Por todo ello, hay quien ha considerado que El paralaje Neanderthal *podría ser etiquetado, como ya se ha dicho, como «ficción antropológica» y ha comparado este aspecto de la obra de Sawyer con la de Ursula K. Le Guin. Aunque, me atrevo a decirlo, en Sawyer hay algo más: un estudio riguroso de la ciencia moderna y sus últimas realizaciones, y una mayor facilidad en el uso de sofisticados datos paleoantropológicos, de la física teórica de primera fila, de la tecnología de la computación y, en definitiva, de la tecnociencia que no queda aislada y se rodea de todo lo que forma la parte «humanista» de la actividad de los seres inteligentes, ya sean los Neanderthales del universo de Boddit y Huid o los CroMagnons de nuestro propio mundo.*

Les invito a un viaje por las sendas de la imaginación responsable, por los caminos de una ciencia ficción que resulta, valga la paradoja, «realista». Es un orgullo tener en NOVA obras como El paralaje Neanderthal, *y HOMÍNIDOS es un espectacular botón de muestra. Que ustedes la disfruten.*

MIQUEL BARCELÓ

Para Marcel Gagné y Sally Tomasevic,
el colega y el otro colega.
Grandes personas, grandes amigos.

Librodot

Agradecimientos

Por sus consejos antropológicos y paleontológicos, doy las gracias a: Dr. Jim Ahren, Universidad de Wyoming; Shara E. Bailey, Universidad Estatal de Arizona: Dr. Miguel Bombín, médico, Universidad Laurentian; Dr. Michael K. BrettSurman y Dr. Rick Potts, ambos del Museo Nacional de Historia Natural, Instituto Smithsonian; Dr. John D. Hawks, Universidad de Utah; Christopher Kuzawa, Universidad Emory; Dr. Philip Lieberman, Universidad Brown; Dr. Jakov Radovcic, Museo de Historia Natural de Croacia; Dr. Robin Ridington, profesor emérito, Universidad de Columbia Británica; Gary J. Sawyer (ninguna relación con el autor) y Dr. Ian Tattersall, ambos del Museo Americano de Historia Natural; Dra. Annemarie Tillier, Universidad de Burdeos; Dr. Erik Trinkaus, Universidad de Washington en Saint Louis; y Dr. Milford H. Wolpoff, Universidad de Michigan.

Mi agradecimiento especial a: Dr. Art McDonald, director del Instituto Observatorio de Neutrinos de Sudbury, y Dr. J. Duncan Hepburn, encargado del Observatorio de Neutrinos de Sudbury; David Gotlib, director médico del Equipo de Crisis, Centro de Salud St. Joseph's, Toronto; el reverendo Paul Fayter, historiador de la ciencia y teólogo, Universidad de York, Toronto: y Andrew Stok, Grupo Fotónico, Universidad de Toronto.

Un agradecimiento enorme a mi encantadora esposa, Carolyn Clink; mi editor, David G. Hartwell, y su socio, Moshe Feder; mi agente, Ralph Vicinanza, y sus asociados, Christopher Lotts y Vince Gerardis; Tom Doherty, Linda Quinton, Jennifer Marcus, Aime Crump y todos los demás de Tor Books; Harold y Sylvia Fenn, Robert Howard, Heidi Winter y todos los demás en H. B. Fenn and Company; el doctor Stanley Schmidt, Sheila Williams, Trevor Quachri y Brian Bieniowski de *Analog Science Fiction and Fact;* Melissa Beckett; Megan Beckett; Mary

Gold; Terence M. Creen; Andrew Zimmerman Jones; Joe y Sharon Karpierz; Chris y Donna Krejlgaard; Donald Maass; Pete Rawlik; Joyce Schmidt; Tim Slater; y David G. Smith.

Como siempre, le doy las gracias a aquellos amigos y colegas que hicieron comentarios sobre el manuscrito de este libro: Asbed Bedrossian, Ted Bleaney, Michael A. Burstein, David Livinstone Clink, John Douglas, Marcel Gagné, James Alan Gardner, Richard Gotlib, Peter Halasz, Howard Miller, Laura Osborn, el doctor Ariel Reich, Alan B. Sawyer, Sally Tomasevic, Edo van Belkom, Andrew Weiner y David Widdicombe.

Parte de esta novela fue escrita mientras era Escritor Residente en la Biblioteca Pública de Richmond Hill (Ontario). Mi agradecimiento más sincero a la bibliotecaria extraordinaria Cameron Knight, el Consejo de Dirección de la Biblioteca Pública de Richmond Hill y el Consejo Canadiense para las Artes.

Partes de este libro fueron escritas en la casa donde John A. Sawyer pasa sus vacaciones en el lago Canandaigua, Nueva York, y en la de Mary Stanton en West Palm Beach, Florida; y en la casita para invitados de Robin y Jillian Ridington en Retreat Island, Columbia Británica. Les doy las gracias a todos por su extraordinaria generosidad y hospitalidad.

Nota del autor

¿Es *Neanderthal o Neandertal?*

Ambas grafías son correctas, y ambas son de uso común, incluso entre los paleoantropólogos.

El fósil que da nombre a este tipo de homínido fue hallado en 1856, en un valle cercano a Düsseldorf. El lugar se llamaba entonces *Neanderthal: thal* significa «valle» *y Neander* es la versión griega de Neumann, el apellido del tipo que dio nombre al valle.

A principios del siglo XX, el Gobierno alemán regularizó la grafía de toda la nación, y «thal» y «tal», ambos en uso en diversas partes del país, se convirtieron solamente en «tal». Así que está claro que el lugar que antes se llamaba *Neanderthal* ahora sólo se escribe correctamente como *Neandertal.*

¿Pero qué hay del fósil del homínido? ¿Deberíamos por tanto llamarlo también *Neandertal?*

Algunos dicen que sí. Pero hay un problema: los nombres científicos quedan tallados en piedra una vez que se acuñan y, para siempre jamás, este tipo de homínido será conocido en la literatura técnica con «th», bien como *Homo neanderthalensis o* como *Homo sapiens neanderthalensis* (dependiendo de si se clasifica como una especie distinta a la nuestra o solamente como una subespecie). Resulta extraño escribir algo distinto a «Neanderthal» en los nombres científicos.

Mientras tanto, aquellos que están a favor de escribir «hombre de Neandertal» guardan silencio cuando se trata del tema del hombre de Pekín: no hay ningún movimiento para cambiarlo a «hombre de Beijing», aunque el nombre de la ciudad siempre se escribe Beijing hoy en día.

He comprobado las últimas ediciones de seis importantes diccionarios ingleses: *The American Heritage English Dictionary, The Encarta World English Dictionary, Merriam Webster's Collegiate Dictio*

nary, The Oxford English Dictionary, Random House Webster's Unabridged Dictionary y Webster's New World Dictionary. Todos aceptan ambas grafías.

¿Y qué hay sobre la pronunciación? Algunos puristas dicen que, con independencia de cómo se deletree *-tal o -thal,* hay que pronunciarlo con un sonido fuerte de T, ya que ambos *t y th* siempre han sonado así en alemán.

Tal vez, pero he oído a varios paleontólogos decirlo con un sonido como el de la *th* del inglés (como en *thought). Y* en los seis diccionarios que he consultado, todos excepto el *Oxford English Dictionary* (OED) permiten ambas pronunciaciones (el OED sólo acepta *tal).*

Al final, todo se reduce a una cuestión de opción personal. En la extensa recopilación de material de investigación que consulté para la creación de este libro, la grafía *thal* supera a la *tal* en más de dos a uno (incluso en la literatura técnica reciente), así que he optado por la grafía original: *Neanderthal,* que puede usted pronunciar como quiera.

Los bosques del sur nos comunican el mensaje de que no tuvo que ser así, que hay espacio en la tierra para una especie biológicamente comprometida con los aspectos morales de lo que, irónicamente, nos gusta llamar «humanidad»: el respeto a los demás, la contención personal y el rechazo a la violencia como solución al conflicto de intereses. La aparición de estas tendencia en los monos bonobos apunta a lo que podría haber sido el *Homo sapiens si* la historia evolutiva hubiera sido tan sólo ligeramente distinta.

RICHARD WRANGHAM y DALE PETERSON
Demonic Males: Apes and the Origins of Human Violence

Tenéis intimidad cero de todas formas. Superadlo.

SCOTT MCNEALY
Jefe de personal, Sun Microsystems.

1

PRIMER DÍA
VIERNES, 2 DE AGOSTO
148/103/24

La negrura era absoluta.

Contemplándola se hallaba Louise Benoit, de veintiocho años, una escultural posdoctorada de Montreal con una cabellera de hirsuto pelo castaño recogida, como se exigía allí, en una redecilla. Hacía su guardia en una abarrotada sala de control, enterrada dos kilómetros («una milla y *cuagto»,* como explicaba a veces a los visitantes americanos con aquel acento francés que les encantaba) bajo la superficie de la Tierra.

La sala de control estaba junto a la cubierta situada sobre la enorme caverna oscura que albergaba el Observatorio de Neutrinos de Sudbury. Suspendida en el centro de la caverna se hallaba la esfera acrílica más grande del mundo, de doce metros («casi *cuagenta* pies») de diámetro. La esfera contenía mil cien toneladas de agua pesada cedida por la Atomic Energy of Canada Limited.

Envolviendo aquel globo transparente había una disposición geodésica de vigas de acero inoxidable, que sostenían 9.600 tubos multiplicadores, cada uno alojado en una parábola reflectante y apuntando hacia la esfera. Todo esto (el agua pesada, el globo acrílico que la contenía y la concha geodésica envolvente) estaba alojado en una caverna en forma de cañón de diez pisos de altura, excavada a partir de la roca norita adyacente. Y esa gargantuesca cueva estaba llena casi hasta arriba con agua regular ultrapura.

Louise sabía que los dos kilómetros de roca canadiense que había encima protegían el agua pesada de los rayos cósmicos. Y la concha de agua regular absorbía la radiación de fondo natural de las pequeñas cantidades de uranio y torio de las rocas cercanas, impidiendo que alcanzara también el agua pesada. De hecho, nada podía penetrar en el agua pesada excepto los neutrinos, aquellas infinitésimas partículas subatómicas que eran el tema de la investigación de Louise. Billones de neutrinos atravesaban la Tierra cada segundo; de hecho, un neutrino podía atravesar un bloque de plomo de un añoluz de grosor con sólo un cincuenta por ciento de probabilidades de golpear algo.

Con todo, del Sol surgían neutrinos con una profusión tan enorme que ocasionalmente se producían colisiones... y el agua pesada era un blanco ideal para esas colisiones. Los nucleos de hidrógeno del agua pesada contenían un protón (el componente normal de un núcleo de hidrógeno) además de un neutrón. Y cuando un neutrino chocaba contra un neutrón, el neutrón se descomponía, liberando un nuevo protón, un electrón y un destello de luz que podía ser detectado por los tubos fotomultiplicadores.

Al principio, las oscuras cejas arqueadas de Louise no se alzaron cuando oyó la alarma de detección de neutrinos hacer *ping;* la alarma sonaba brevemente una docena de veces al día, y aunque normalmente era lo más excitante que pasaba allí abajo, no merecía la pena levantar la vista de su ejemplar de *Cosmopolitan.*

Pero entonces la alarma volvió a sonar, y luego otra vez más, y entonces se convirtió en un sólido e interminable silbido eléctrico como el ECG de un moribundo.

Louise se levantó de su mesa y se acercó a la consola detectora. Encima había una foto enmarcada de Stephen Hawking: sin firmar, naturalmente. Hawking había visitado el Observatorio de Neutrinos de Sudbury en su inauguración hacía unos cuantos años, en 1998. Louise dio un golpecito en el altavoz de alarma, por si era un fallo del sistema, pero la alarma continuó.

Paul Kiriyama, un delgaducho estudiante graduado, entró corriendo en la sala de control, procedente de algún lugar de la enorme instalación subterránea. Louise sabía que Paul solía cortarse ante ella, pero esta vez no le faltaron palabras.

-¿Qué demonios está pasando? -preguntó. Había una cuadrícula de pantallas de noventa y ocho por noventa y ocho en el panel, representado los 9.600 tubos fotomultiplicadores; cada uno de ellos estaba iluminado.

-Tal vez alguien ha encendido por accidente las luces de la caverna -dijo Louise, sin que ella misma se lo creyera.

El prolongado pitido cesó por fin. Paul pulsó un par de botones, que activaron cinco monitores de televisión conectados a cinco cámaras subacuáticas situadas dentro de la cámara de observación. Sus pantallas eran rectángulos perfectamente negros.

-Bueno, si las luces estaban encendidas -dijo-, ahora están apagadas. Me pregunto qué...

-¡Una supernova! -declaró Louise, dando una palmada con sus manos de largos dedos-. Tendríamos que contactar con la Oficina Central de Mensajes Astronómicos; establezcamos nuestras prioridades.

Aunque el ONS había sido construido para estudiar los neutrinos procedentes del Sol, podía detectarlos en cualquier parte del universo.

Paul asintió y se plantó delante de un buscador de la red, y pinchó en el enlace con el sitio de la Oficina. Louise sabía que merecía la pena informar del hecho, aunque todavía no estuvieran muy seguros.

Una nueva serie *de pings* surgieron del panel detector. Louise miró las pantallas de litio: varios cientos de luces estaban encendidas por toda la parrilla. Extraño, pensó. Una supernova debería registrarse como una fuente *direccional...*

-¿Habrá algo estropeado en el equipo? -dijo Paul, llegando claramente a la misma conclusión-. O tal vez la conexión de uno de los fotomultiplicadores se está interrumpiendo, y los otros detectan el arco.

El aire resonó con un chasquido y un gruñido procedentes de la sala de al lado, la cubierta sobre la gigantesca cámara de detección misma.

-Tal vez deberíamos encender las luces de la cámara -dijo Louise. El gruñido continuó, una bestia subterránea acechando en la oscuridad.

-Pero ¿y si es una supernova? -dijo Paul-. El detector es inútil con las luces encendidas y...

Otro fuerte chasquido, como un jugador de hockey lanzando un mate.

-¡Enciende las luces!

Paul levantó la tapa protectora del interruptor y lo pulsó. Las imágenes de los monitores de televisión fluctuaron y luego se estabilizaron para mostrar...

-Mon Dieu! -exclamó Louise.

-Hay algo dentro del tanque de agua pesada! -dijo Paul-. ¿Pero cómo...?

-¿Lo has visto? -preguntó Louise-. Se está moviendo y... ¡Santo Dios, es un hombre!

Los chasquidos y gemidos continuaron, y entonces...

Pudieron verlo en los monitores y oírlo a través de las paredes.

La gigantesca esfera acrílica se hizo pedazos, resquebrajándose a lo largo de varias de las vigas que mantenían unidos sus componentes.

-Tabernacle! -maldijo Louise, advirtiendo que el agua pesada debía de estar mezclándose con el H_2O corriente dentro de la cámara en forma de cañón. Su corazón latía con fuerza. Durante medio segundo no supo si preocuparse más por la destrucción del detector o por el hombre que obviamente se estaba ahogando en su interior.

-¡Vamos! -dijo Paul, acercándose a la puerta que conducía a la cubierta sobre la cámara de observación. Las cámaras estaban conectadas a los sistemas de vídeo: no se perderían nada.

-*Un moment* -contestó Louise. Cruzó la sala de control, tomó un teléfono y marcó una extensión mirando la lista pegada en la pared. El teléfono sonó dos veces.

-¿Doctor Montego? -dijo Louise cuando contestó la voz de acento jamaicano del médico de la empresa minera-. Al habla Louise Benoit, del ONS. Le necesitamos inmediatamente en el observatorio. Hay un hombre ahogándose en la cámara de detección.

-¿Un hombre ahogándose? -dijo Montego-. ¿Pero cómo puede haber llegado allí?

-No lo sabemos. ¡Dese prisa!

-Voy para allá -dijo el doctor. Louise colgó el teléfono y corrió hacia la misma puerta azul que Paul había atravesado antes, y que ya había vuelto a cerrarse. Se sabía los carteles de memoria:

MANTENGAN LA PUERTA CERRADA
PELIGRO: CABLES DE ALTO VOLTAJE
EQUIPO ELECTRÓNICO PROHIBIDO A PARTIR DE ESTE PUNTO
CALIDAD DEL AIRE COMPROBADA. ACCESO PERMITIDO

Louise agarró el pomo, abrió la puerta y entró en la amplia extensión de la cubierta de metal.

Una trampilla lateral conducía a la cámara de detección propiamente dicha; el último trabajador de la construcción había salido por ella y la había sellado tras de sí. Para sorpresa de Louise, la trampilla seguía todavía sellada por cuarenta cerrojos; por supuesto, se *suponía* que estaba sellada, pero no había forma alguna de que un hombre pudiera haber entrado en la cámara a no ser por esa trampilla...

Las paredes que rodeaban la cubierta estaban cubiertas por una capa de plástico verde oscuro para mantener a raya el polvo de las rocas. Docenas de conductos y tubos de polipropileno colgaban del techo, y vigas de acero esbozaban la forma de la sala. Algunas paredes estaban cubiertas de ordenadores; en otras había estanterías. Paul estaba junto a una de éstas, rebuscando a la desesperada, presumiblemente en pos de unas tenazas lo bastante fuertes para arrancar los cerrojos.

El metal chirriaba agónico. Louise corrió hacia la trampilla, aunque no tenía ninguna posibilidad de abrirla con las manos desnudas. El corazón le dio un vuelco; un sonido, como el de los disparos de una ametralladora, irrumpió en la sala cuando los cerrojos saltaron. La trampilla se abrió de golpe, rebotó sobre sus goznes y golpeó el suelo con un tañido reverberante. Louise se había apartado de un salto, pero un géiser de agua fría brotó por la abertura, empapándola.

La parte superior de la cámara de contención estaba llena de nitrógeno gaseoso, que Louise sabía que ahora ya debía de estar siendo ventilado. El chorro de agua remitió rápidamente. Se acercó a la abertura en la cubierta y se asomó, tratando de no respirar. El interior estaba iluminado por los reflectores que Paul había conectado, y el agua era absolutamente pura; Louise podía ver hasta el fondo, treinta metros más abajo.

Apenas distinguía las gigantescas secciones curvadas de la esfera acrílica; el índice de refracción acrílica era casi idéntico al del agua, lo que dificultaba su visión. Las secciones, ahora separadas unas de otras, estaban sujetas al techo por cables de fibra sintética; de no ser así habrían caído al fondo del armazón geodésico que las rodeaba. La abertura de la trampilla sólo permitía una perspectiva limitada, y Louise no podía ver todavía al hombre que se ahogaba.

-Merde!-las luces del interior de la cámara se habían apagado-. ¡Paul! -gritó Louise-. ¿Qué estás haciendo?

La voz de Paul (ahora llegaba desde el fondo de la sala de control), apenas era audible por encima del equipo de aire acondicionado y el chapoteo del agua en la enorme caverna bajo los pies de Louise.

-Si ese hombre está vivo todavía -gritó-, verá las luces de la cubierta a través de la trampilla.

Louise asintió. Lo único que el hombre vería ahora sería un único cuadrado iluminado, de un metro de lado, en lo que, para él, sería un enorme techo oscuro.

Un momento después, Paul regresó a la cubierta. Louise lo miró y luego volvió a la trampilla abierta. Seguía sin haber rastro del hombre.

-Uno de nosotros debería entrar -dijo Louise.

Los ojos almendrados de Paul se abrieron de par en par. Pero... el agua pesada...

-No se puede hacer otra cosa -dijo Louise-. ¿Qué tal nadador eres?

Paul parecía cortado. Louise sabía que lo último que quería era quedar mal ante ella, pero...

-No muy bueno -dijo, bajando la mirada.

Ya era bastante embarazoso estar con Paul mirándola todo el tiempo, pero Louise no podía nadar muy bien con su mono de nailon azul, el uniforme del ONS. Debajo, como casi todo el mundo que trabajaba en el ONS, sólo llevaba la ropa interior: la temperatura era de unos tropicales 40,6 °C a esas profundidades de la Tierra. Se quitó los zapatos y luego se bajó la cremallera que corría por la parte delantera de su mono; gracias a Dios, se había puesto sujetador, aunque le habría gustado que no tuviera tantos encajes.

-Vuelve a encender las luces de ahí abajo -dijo Louise. Por fortuna, Paul no vaciló. Antes de que regresara, Louise ya había atravesado la trampilla y se había metido en el agua, que se mantenía a diez grados para desanimar el crecimiento biológico y para reducir la tasa de ruido espontáneo de los tubos fotomultiplicadores.

Louise sintió un arrebato de pánico, la súbita sensación de estar en un lugar muy alto sin nada que la sujetase: el fondo estaba lejos, muy lejos por debajo. Chapoteaba en el agua, la cabeza y los hombros asomando por la trampilla abierta, esperando a que el pánico remitiera. Cuando lo hizo, inspiró profundamente tres veces, cerró la boca v se zambulló bajo la superficie.

Louise veía con claridad, y los ojos no le picaban en absoluto. Miró alrededor, tratando de localizar al hombre, pero había tantos pedazos de acrílico v...

Allí estaba.

Había flotado hacia arriba, y quedaba un pequeño espacio (quizá de unos quince centímetros) entre la superficie del agua y la cubierta superior. Normalmente estaba llena de nitrógeno ultrapuro. El pobre tipo tenía que estar muerto: respirar aquello tres veces sería fatal. Una triste ironía: probablemente se había abierto paso hasta la superficie, pensando que encontraría aire, sólo para que lo matara el gas que inhaló allí. El aire respirable que entraba por la trampilla abierta debía de estar ahora mezclándose con el nitrógeno, pero sin duda era va demasiado tarde para que eso sirviera de nada.

Louise volvió a asomar la cabeza y los hombros por la trampilla. Vio a Paul, que esperaba ansiosamente a que le dijera algo, cualquier cosa. Pero no había tiempo para eso. Inhaló más aire, llenando sus pulmones tanto como pudo, y luego se zambulló. No había suficiente espacio para que mantuviera la nariz por encima del agua sin golpearse constantemente la cabeza con el techo de metal mientras nadaba. El hombre estaba a unos diez metros. Louise pataleó, cubriendo la distancia tan rápidamente como pudo, y entonces...

Una nube en 11 agua. Algo oscuro.

Mon Dieu!

Era sangre.

La nube rodeaba la cabeza del hombre, oscureciendo sus rasgos. No se movía. Si seguía vivo, sin duda estaba inconsciente.

Louise asomó la boca y la nariz a la superficie. Inspiró con cautela, pero ahora ya había suficiente aire respirable, y entonces agarró el brazo del hombre. Louise le hizo dar la vuelta

(había estado flotando boca abajo), de modo que su nariz asomara también al aire, pero no pareció servir de nada. No emitió ningún gemido, nada que indicase que todavía respiraba.

Louise empezó a sacarlo a rastras del agua. Fue un trabajo difícil: el hombre era bastante grueso, e iba completamente vestido, con la ropa empapada. Louise no tuvo tiempo de fijarse mucho, pero advirtió que no llevaba protección ni botas de seguridad. No podía tratarse de uno de los mineros que buscaban níquel, y aunque Louise sólo había atisbado de refilón la cara del individuo (un tipo blanco, barba rubia), tampoco pertenecía al ONS.

Paul debía de estar esperando en la cubierta de arriba. Louise vio su cabeza asomada hacia el agua, viendo cómo Louise y el hombre se acercaban. En otras circunstancias, Louise habría sacado al herido del agua antes de salir ella, pero la trampilla no era lo bastante grande para que pasaran ambos a la vez, y haría falta que Paul y ella sacaran juntos al hombretón.

Louise soltó el brazo del tipo y asomó la cabeza por la trampilla ahora que Paul se había apartado. Se tomó un instante para respirar, estaba agotada de arrastrar al hombre por el agua, y luego apoyó las manos en el suelo mojado, se aupó y salió. Paul volvió a agacharse y ayudó a Louise a salir, y luego se volvieron hacia el hombre.

Había empezado a alejarse flotando, pero Louise consiguió agarrarlo por el brazo y arrastrarlo hacia la abertura. Louise y Paul se esforzaron entonces por sacarlo y por fin consiguieron subirlo. Todavía estaba sangrando; la herida se le veía claramente en un lado de la cabeza.

Paul se agachó de inmediato junto al hombre y empezó a hacerle la respiración boca a boca, su mejilla manchada de sangre cada vez que se volvía para ver si el ancho pecho del hombre se alzaba.

Louise, mientras tanto, sostuvo la muñeca derecha del hombre y le buscó el pulso. No tenía... ¡No, no, un momento! ¡Allí estaba! *¡Había* pulso!

Paul siguió insuflando aire en la boca del hombre, una y otra vez, y finalmente éste empezó a respirar por su cuenta. Expulsó agua y vómito. Paul le colocó la cabeza de lado, y el líquido que expulsaba se mezcló con la sangre del suelo, diluyéndola un poco.

Sin embargo, el hombre todavía parecía inconsciente. Louise, empapada, casi desnuda, y helada por el chapuzón, estaba empezando a sentirse cohibida. Volvió a ponerse el mono v se subió la cremallera. Sabía que Paul la estaba mirando, aunque fingiera no hacerlo.

Todavía pasaría un rato antes de que llegara el doctor Montego. El ONS no estaba sólo a dos kilómetros de profundidad, sino también a un kilómetro y cuarto de distancia en horizontal del ascensor más cercano, en el pozo número nueve. Aunque la cabina hubiera estado arriba (y no había ninguna garantía de que lo estuviera), Montego tardaría veintitantos minutos en llegar.

Louise pensó que lo mejor sería quitarle al hombre la ropa empapada. Tendió la mano hacia la camisa gris pizarra, pero... Pero no había botones, ni cremallera. No parecía un jersey, aunque carecía de cuello y...

¡Ah, allí estaban! Broches ocultos a lo largo de la parte superior de los anchos hombros. Louise intentó soltarlos, pero no cedieron. Miró los pantalones del hombre. Parecían verde oliva oscuro, aunque puede que fuesen mucho más claros cuando estaban secos. Pero no llevaba cinturón; en lugar de eso, una serie de broches y pliegues le rodeaban la cintura.

De repente a Louise se le ocurrió que el hombre podría estar sufriendo de descompresión. La cámara de detección estaba a treinta metros de profundidad, ¿quién sabía hasta dónde había caído o lo rápidamente que había subido? La presión del aire en estas profundidades de la Tierra era el 130 % de lo normal. En ese momento, Louise no supo calcular cómo afectaría a alguien la descompresión, pero en todo caso el hombre estaba recibiendo una concentración superior de oxígeno que la de la superficie, y eso sin duda tenía que ser bueno.

No había otra cosa que hacer sino esperar; el hombre respiraba y su pulso se había estabilizado. Louise finalmente tuvo oportunidad de mirar la cara del desconocido. Era ancha pero no chata, de pómulos angulosos. Y su nariz era gigantesca, del tamaño de un puño. La

mandíbula inferior del hombre estaba cubierta de una barba tupida y rubia oscura, y tenía el pelo rubio liso aplastado contra la frente. Sus rasgos faciales eran vagamente de la Europa del este, aunque de cutis más bien pálido, como el de los nórdicos, no oliváceo. Los ojos, muy separados, estaban cerrados.

¿De dónde habrá salido? -preguntó Paul, sentado ahora en el suelo junto al hombre, con las piernas cruzadas-. Nadie puede bajar ahí v...

Louise asintió.

-Y aunque pudiera, ¿cómo entraría en la cámara de detección sellada?

Hizo una pausa y se apartó el pelo de los ojos, advirtiendo por primera vez que había perdido la redecilla mientras nadaba en el tanque.

-¿Sabes? El agua pesada se ha estropeado. Si este tipo sobrevive, le espera un juicio en toda regla.

Louise sacudió la cabeza. ¿Quién podía ser ese hombre? Tal vez un canadiense nativo fanático, un indio que consideraba que la minería estaba invadiendo territorios sagrados. Pero tenía el pelo rubio, cosa rara entre los nativos. Tampoco podía tratarse de una desafortunada broma juvenil: el hombre parecía tener unos treinta y cinco años.

Era posible que fuera un terrorista o un manifestante antinuclear. Pero aunque Atomic Energy of Canada había suministrado en efecto el agua pesada, allí no se realizaban trabajos nucleares.

Fuera quien fuese, reflexionó Louise, si finalmente moría a causa de sus heridas sería un candidato de primera para los Premios Darwin. Era una clásica estupidez evolutiva: una persona hacía algo tan increíblemente estúpido que le costaba la vida.

2

Louise Benoit oyó el sonido de la puerta al abrirse. Alguien entraba en la sala situada sobre la cámara de detección.

-¡Eh! -exclamó, llamando la atención del doctor Montego-. ¡Por aquí!

Reuben Montego, un jamaicano-canadiense de treinta y tantos años, corrió hacia ellos. Se rapaba la cabeza al cero (gracias a eso era el único en el ONS a quien se le permitía no usar redecilla), pero, como todos tenía que usar casco. El doctor se agachó, giró la muñeca izquierda del hombre herido y...

-¿Qué demonios es esto? -dijo Reuben con su marcado acento.

Louise lo vio también: algo insertado, al parecer, en la piel de la muñeca del hombre; una pantalla rectangular de alta definición y acabado mate de unos ocho centímetros de alto por dos de ancho. Mostraba una hilera de símbolos, los situados más a la izquierda cambiaban una vez por segundo. Seis pequeñas cuentas, cada una de un color distinto, formaban una ristra bajo la pantalla, y algo (tal vez una lente) estaba situado en el borde del aparato más alejado del brazo del hombre.

-¿Una especie de reloj a la moda? -dijo Louise.

Reuben decidió claramente aplazar la solución de ese misterio por el momento; colocó los dedos índice y medio sobre la arteria radial del hombre.

-Tiene buen pulso -anunció. Entonces le dio una leve palmadita en una mejilla al hombre, luego en la otra, intentando conseguir que recuperara el conocimiento-. Vamos -dijo, animándolo-. Vamos. Despierta.

Por fin el hombre se sacudió. Tosió violentamente y escupió más agua por la boca. Entonces abrió los ojos. Sus iris eran de un asombroso marrón dorado; Louise nunca había visto nada parecido. Tardaron un segundo o dos en enfocar y entonces se abrieron de par en

par. El hombre parecía absolutamente asombrado de ver a Reuben. Volvió la cabeza y vio a Louise y Paul, y su expresión continuó siendo de asombro. Se movió un poco, como si intentara apartarse de ellos.

-¿Quién es usted? -preguntó Louise.

El hombre la miró, sin expresión.

-¿Quién es usted? -repitió Louise-. ¿Qué estaba intentando hacer?

-Dar -dijo el hombre, elevando su grave voz como si formulara una pregunta.

-Tengo que llevarlo al hospital -dijo Reuben-. Obviamente ha recibido un buen golpe en la cabeza. Tendremos que hacerle radiografías del cráneo.

El hombre contemplaba la cubierta metálica, como si no pudiera creer lo que estaba viendo.

-¿Dar barta dulb tinta? -dijo-. *¿Dar hoolb ka tapar?* Louise se encogió de hombros.

-¿Ojibwa? -dijo. Había una reserva ojibwa no muy lejos de la mina.

-No -dijo Reuben, negando con la cabeza.

-Monta has palap- ko -dijo el hombre.

-No le comprendemos -le dijo Louise al desconocido-. ¿Habla usted inglés?

Nada.

-Parlezvous francais?

Tampoco nada.

-¿Nihongo ga dekimasu ka? -dijo Paul, *y* Louise supuso que significaba: «¿Habla usted japonés?»

El hombre los miró alternativamente, con los ojos todavía muy abiertos, pero no respondió.

Reuben se levantó entonces y le tendió una mano al hombre. Éste la contempló durante un segundo, luego la tomó en su propia mano, que era enorme, con los dedos como salchichas y un pulgar extraordinariamente largo. Dejó que el otro lo ayudara a ponerse en pie. Reuben rodeó entonces con un brazo la ancha espalda del hombre, ayudándolo a sostenerse. Pesaba treinta kilos más que Reuben, todos ellos músculo. Paul se situó al otro lado del hombre y usó un brazo para ayudar también a sostener al desconocido. Louise se adelantó a los tres y mantuvo abierta la puerta de la sala de control, que se había cerrado automáticamente después de que Reuben entrara.

Dentro de la sala de control, Louise se puso sus botas de seguridad y un casco, y Paul hizo lo mismo; los cascos tenían lámparas incorporadas y orejeras con las que podían protegerse los oídos en caso necesario. También se pusieron gafas de seguridad. Reuben todavía llevaba su casco. Paul encontró uno encima de una taquilla de metal y se lo ofreció al herido, pero antes de que éste pudiera responder, el doctor lo rechazó.

-No quiero presión alguna en su cráneo hasta que hayamos hecho esas radiografías -dijo-. Muy bien, vamos a llevarlo a la superficie. He pedido una ambulancia cuando venía de camino.

Los cuatro salieron de la sala de control, bajaron por un pasillo y entraron en la zona de llegada a las instalaciones del ONS. En el Observatorio imperaba la higiene: ya tanto daba, pensó Louise abatida. Dejaron atrás la cámara de aspiración, un cubículo parecido a una ducha que limpiaba el polvo y la tierra de los que entraban en el ONS. Luego pasaron junto a una hilera de duchas de verdad: todo el mundo tenía que lavarse antes de entrar en el ONS, pero eso tampoco era necesario para salir. Había un puesto de primeros auxilios allí, y Louise vio que Reuben miraba brevemente la taquilla que indicaba «Camillas». Pero el hombre caminaba bastante bien, así que el médico les indicó que continuaran hacia el ascensor.

Entonces conectaron las luces de sus cascos y se dispusieron a recorrer el kilómetro y cuarto del oscuro túnel de tierra. Las paredes lisas estaban jalonadas de barras de acero y cubiertas con malla de alambre: a esas profundidades, con el peso de dos kilómetros de corteza presionando sobre ellas, las paredes de roca sin reforzar hubiesen estallado en cualquier espacio abierto.

Mientras recorrían el túnel, topándose de vez en cuando con charcos de barro, el hombre empezó a caminar con más soltura. Era evidente que se estaba recuperando de su ordalía.

Paul y el doctor Montego se enzarzaron en una animada discusión sobre cómo podía haber entrado aquel individuo en la cámara sellada. Por su parte, Louise estaba sumida en sus pensamientos sobre el detector de neutrinos destrozado... y lo que eso iba a influir en la financiación de su investigación. El aire les daba en la cara durante todo el camino: ventiladores gigantescos insuflaban constantemente atmósfera de la superficie.

Finalmente, llegaron al ascensor. Reuben había ordenado que dejaran allí estacionada la cabina, en el nivel de seis mil ochocientos pies (la rotulación de la mina era anterior al cambio canadiense al sistema métrico decimal). Todavía les estaba esperando, sin duda para mortificación de los mineros que querían bajar o subir.

Entraron en la cabina y Reuben activó repetidamente el comunicador que permitiría que el operario de la superficie supiera que era el momento de empezar a subir. El ascensor se puso en movimiento. La cabina no tenía luces internas, *y* Reuben, Louise *y* Paul habían apagado las lámparas de sus cascos para no cegarse unos a otros con el resplandor. La única iluminación procedía de los destellos de los apliques en los túneles que pasaban cada doscientos pies, visibles a través de la parte delantera descubierta de la cabina. Sumida en la extraña luz parpadeante, Louise veía atisbos intermitentes de los rasgos angulosos y los ojos hundidos del desconocido.

Mientras subían más y más, Louise notó que los oídos le zumbaban varias veces. Pronto pasaron el nivel de los cuatro mil seiscientos pies, el favorito de Louise. Inco cultivaba árboles allí para reforestar proyectos alrededor de Sudbury. La temperatura se mantenía a unos veinte grados constantes; la luz artificial añadida lo convertía en un invernadero fabuloso.

Por la cabeza de Louise pasaron pensamientos desquiciados, extrañas ideas de *Expediente X* sobre cómo había podido entrar el hombre en la esfera con la trampilla cerrada. Pero se los guardó para sí: si Paul y Reuben tenían ideas similares, se sentían también demasiado cortados para expresarlas en voz alta. Tenía que haber una explicación racional, se dijo Louise. Tenía que haberla.

La cabina continuó su largo ascenso, y el hombre pareció recuperarse. Sus extrañas ropas estaban todavía algo húmedas, aunque el aire que soplaba en los túneles las había secado bastante. Trató de escurrirse la camisa y unas cuantas gotas cayeron sobre el suelo metálico pintado de amarillo de la cabina del ascensor. Entonces usó su enorme mano para apartarse el pelo mojado de la frente y revelar, para sorpresa de Louise (jadeó, aunque el sonido seguramente fue inaudible con los chasquidos de la cabina) un prodigioso arco ciliar sobre cada ojo, como una versión aplastada del logo de McDonald's.

Por fin el ascensor se detuvo con un estremecimiento. Paul, Louise, el doctor Montego y el desconocido desembarcaron, dejando atrás a un pequeño grupo de mineros perplejos e irritados que estaban esperando para bajar. Los cuatro subieron la rampa que conducía a la sala grande donde los trabajadores colgaban cada día su ropa de calle y se ponían el mono. Dos enfermeros de la ambulancia estaban esperando.

-Soy Reuben Montego, el médico de la mina. Este hombre casi se ahoga y ha sufrido un trauma craneal...

Los dos enfermeros y el doctor continuaron discutiendo sobre el estado del hombre mientras lo sacaban del edificio al caluroso día de verano.

Paul y Louise los siguieron, vieron cómo el doctor, el herido y los enfermeros subían a la ambulancia y se perdían por el camino de grava. -¿Y ahora qué? -dijo Paul.

Louise frunció el ceño.

-Tengo que llamar a la doctora Mah -respondió. Bonnie Jean Mah era la directora del ONS. Su despacho estaba en la Universidad de Carleton en Ottawa, a casi quinientos

kilómetros de distancia. Rara vez se la veía en el Observatorio: las operaciones del día a día quedaban en manos de los posdoctorados y los estudiantes graduados, como Louise y Paul.

-¿Qué vas a decirle? -preguntó Paul.

Louise miró en dirección a la ambulancia y su increíble pasajero.

-Je ne sais pas -dijo, sacudiendo lentamente la cabeza.

3

Había empezado mucho más serenamente.

-Día sano -había dicho Ponter Boddit en voz baja, apoyando la barbilla en un brazo mientras miraba a Adikor Huid, que estaba de pie junto al lavabo.

-Eh, dormilón -dijo Adikor, volviéndose y apoyando su musculosa espalda contra el poste rascador. Se meneó a izquierda y derecha-. Día sano.

Ponter le devolvió la sonrisa a Adikor. Le gustaba ver a Adikor moverse, le gustaba ver cómo funcionaban los músculos de su pecho. Ponter no sabía cómo habría sobrevivido a la pérdida de su mujer-compañera Klast sin el apoyo de Adikor, aunque siempre había momentos solitarios. Cuando Dos se convertían en Uno (y esto último acababa de terminar), Adikor iba con su propia mujer-compañera y su hijo. Pero las hijas de Ponter se estaban haciendo mayores, y él apenas las había visto esta vez. Naturalmente, había un montón de mujeres mayores cuyos hombres habían muerto, pero unas mujeres tan llenas de experiencia y sabiduría (¡mujeres lo bastante mayores para votar!) no querían tener nada que ver con alguien tan joven como Ponter, que sólo había visto 447 lunas.

De todas formas, aunque no tuvieran mucho tiempo para él, a Ponter le había gustado ver a sus hijas, pero...

Dependía de la luz. Pero a veces, cuando tenía el sol detrás, y ladeaba así la cabeza, Jasmel era la viva imagen de su madre. Ponter se quedaba sin aliento; echaba de menos a Klast más de lo que podía expresar.

Al otro lado de la habitación, Adikor estaba llenando la piscina, inclinado, manejando el grifo, de espaldas a Ponter. Ponter hundió la cabeza en la almohada en forma de disco y observó.

Algunas personas habían advertido a Ponter de que no se mudara a vivir con Adikor y, Ponter estaba seguro, algunos de los amigos de Adikor le habían expresado a éste probablemente una preocupación similar. No tenía nada que ver con lo ocurrido en la Academia; simplemente, trabajar y vivir juntos podía ser embarazoso. Porque aunque Saldak era una ciudad grande (su población superaba los veinticinco mil habitantes, divididos entre el Borde y el Centro), había sólo seis físicos en ella, y tres eran hembras. A Ponter y Adikor les gustaba hablar de su trabajo y debatir nuevas teorías, y ambos apreciaban tener a alguien al lado que realmente comprendiera lo que decían.

Además, hacían buena pareja en otros aspectos. Adikor era madrugador; empezaba el día corriendo y le gustaba preparar el baño. Ponter se iba creciendo a medida que progresaba el día; se ocupaba siempre de preparar la cena.

El agua seguía manando del grifo; a Ponter le gustaba el sonido, un estrepitoso ruido blanco. Dejó escapar un suspiro de satisfacción y se levantó de la cama, la hierba que crecía en el suelo le hizo cosquillas en los pies. Se acercó a la ventana, agarró las asas conectadas al panel de hoja-metal y separó el postigo del marco magnético de la ventana. Luego, estirando los brazos por encima de la cabeza, colocó el postigo en su posición diurna, adherido a un panel de metal situado en el techo.

El sol se alzaba entre los árboles; le dio en los ojos a Ponter, que bajó la cabeza llevándose la mandíbula al pecho y dejando que su arco ciliar se los protegiera. Fuera, un ciervo bebía del arroyo situado a trescientos pasos. Ponter cazaba de vez en cuando, pero

nunca en las zonas residenciales; los ciervos sabían que allí no tenían nada que temer de ningún humano. A lo lejos, Ponter vio el destello de los paneles solares repartidos por el terreno junto a la casa de al lado.

Ponter le habló al aire.

-Hak -dijo, llamando a su implante Acompañante por el nombre que le había dado-, ¿cuál es la predicción del tiempo?

-Muy buena -dijo el implante Acompañante-. La máxima hoy: dieciséis grados; la mínima esta noche, nueve.

El Acompañante usaba voz femenina. Ponter lo había reprogramado recientemente (y, ahora se daba cuenta, había sido una estupidez) para que utilizara grabaciones de la voz de Klast, tomadas de su archivo de coartadas, como base para su forma de hablar. Le había parecido que oír su voz le haría sentirse menos solitario, pero en cambio le encogía el corazón cada vez que su implante le hablaba.

-No hay posibilidad de lluvia -continuó su Acompañante-. Vientos de veinte por ciento deasil a dieciocho mil pasos por diadécimo.

Ponter asintió: los escáneres del implante detectaron sin dificultad su gesto.

-El baño está listo -dijo Adikor tras él. Ponter se volvió y vio a Adikor metiéndose en la piscina circular abierta en el suelo. Miró el agitador y el agua revolviéndose a su alrededor. Ponter (desnudo, como Adikor) se acercó a la piscina y se metió también. Adikor prefería el agua más caliente que Ponter; habían llegado a un compromiso: una temperatura de treinta y siete grados, la temperatura corporal.

Ponter usó un cepillo *golbas y* las manos para limpiar las partes de Adikor que el propio Adikor no alcanzaba, o que prefería que le limpiara Ponter. Luego Adikor ayudó a Ponter a asearse.

Había mucha humedad en el aire; Ponter inspiró profundamente, dejando que humedeciera sus cavidades nasales. *Pabo,* la gran perra marrón rojizo de Ponter, entró en la habitación. No le gustaba mojarse, así que permaneció apartada varios pasos de la piscina. Pero era evidente que quería que le dieran de comer.

Ponter dirigió a Adikor una mirada de «¿qué se le va a hacer?» y salió del baño, goteando sobre la manta de hierba.

-Muy bien, chica -dijo-. Deja que me vista.

Satisfecha tras haber hecho llegar su mensaje, *Pabo* salió del dormitorio. Ponter se acercó al lavabo y seleccionó un cordón de secado. Agarró las dos asas y se lo pasó de un lado a otro por la espalda; luego soltó un asa del cordón para secarse los brazos y las piernas. Ponter se miró en el espejo cuadrado del lavabo y con los dedos extendidos se aseguró de repartirse el pelo adecuadamente a ambos lados de la cabeza.

Había una pila de ropa limpia en un rincón de la habitación. Ponter se acercó y estudió la selección. Normalmente no pensaba mucho en las ropas, pero si Adikor y él tenían éxito aquel día, uno de los exhibicionistas podría fijarse en ellos. Escogió una camisa gris pizarra, se la puso y aseguró los broches de la parte superior de los hombros para cerrar las aberturas. Aquella camisa era una buena opción, pensó: había sido un regalo de Klast.

Escogió un pantalón y se lo puso, metiendo los pies en los abolsamientos en los que terminaban las perneras. Luego se ajustó las tobilleras de cuero y los cordones del empeine.

Adikor estaba saliendo ya de la piscina. Ponter lo miró, y luego contempló la pantalla de su propio Acompañante. Tenían que ponerse en marcha: el hoverbus llegaría dentro de poco.

Ponter se dirigió a la habitación principal de la casa. *Pabo* se le acercó inmediatamente. Ponter extendió la mano y acarició la cabeza de la perra.

-No te preocupes, chica -dijo-. No me he olvidado de ti.

Abrió la caja de vacío y sacó un hueso de bisonte grande y carnoso, resto de la cena de la noche anterior. Lo dejó en el suelo (la hierba estaba cubierta de hojas de cristal para que la

limpieza fuera más fácil), *y Pabo* empezó a mordisquearlo. Adikor se reunió con Ponter en la cocina y se puso a preparar el desayuno. Sacó dos filetes de carne de alce de la caja de vacío y los puso en la cocina láser, que se llenó de vapor para rehumedecer la carne. Ponter se asomó a mirar por la ventanita de la cocina cómo los rayos rubí se entrecruzaban en intrincadas pautas para asar perfectamente por todas partes los filetes. Adikor llenó un cuenco con piñones, sacó tazones de jarabe de arce diluido y luego los filetes ya hechos.

Ponter se volvió al mirador, el panel cuadrado insertado en la pared, que cobró vida instantáneamente. La pantalla se dividió en cuatro cuadrados más pequeños, uno que mostraba transmisiones del Acompañante ampliado de Hawst; otro, las de Talok; el de la parte inferior izquierda, imágenes de la vida de Gawlt, y el inferior de la derecha, imágenes de Lulasm. Ponter sabía que Adikor era seguidor de Hawst, así que le dijo al mirador que ampliara esa imagen para que llenara la pantalla entera. Ponter tenía que admitir que Hawst siempre tenía algo interesante que mostrar: esa mañana se había dirigido al extrarradio de Saldak, donde cinco personas habían quedado enterradas vivas por un corrimiento de tierras. Con todo, si un exhibicionista pasaba por la entrada de la mina aquel día, Ponter esperaba que fuese Lulasm; a Ponter le parecía que ella siempre hacía las preguntas más inteligentes.

Ponter *y* Adikor se sentaron *y* se pusieron los guantes para comer. Adikor tomó algunos piñones del cuenco y roció con ellos su filete; luego los metió dentro de la carne golpeando con la palma de su mano enguantada.

Ponter sonrió: era una de las rarezas de Adikor, no conocía a nadie más que hiciera eso.

Ponter dio un mordisco a su propio filete, todavía humeando. Tenía ese sabor intenso que sólo notaba en la carne que nunca había sido congelada; ¿cómo había podido sobrevivir nadie antes de que se inventara el almacenamiento al vacío?

Poco después, Ponter vio que el hoverbus se posaba ante la casa. Le dijo al mirador que se apagara, echaron los guantes de comer en el limpiador sónico, Ponter acarició *a Pabo* en la cabeza *y* Adikor y él salieron por la puerta, dejándola abierta para que la perra pudiera entrar y salir a su antojo. Subieron al hoverbus, saludaron a los siete pasajeros que ya había a bordo y se dirigieron al trabajo como un día corriente más.

4

Ponter Boddit había crecido en esa parte del mundo; había visto la mina de níquel toda la vida. Con todo, nunca había conocido a nadie que hubiera visitado sus profundidades: el trabajo minero lo realizaban exclusivamente los robots. Pero cuando le diagnosticaron leucemia a Klast, Ponter y ella empezaron a reunirse con otra gente que sufría cáncer en busca de apoyo, de compañía, para compartir información. Se reunían en las instalaciones de un *kobalant* que, naturalmente, estaba vacío por las noches.

Ponter esperaba que varios de los afligidos por el mal hubieran visitado la mina. Después de todo, al internarse en las profundidades de la roca, sin duda habrían quedado expuestos a una radiactividad anormalmente alta.

Pero no formaba parte de su grupo nadie que hubiera bajado a la mina. Ponter empezó a hacer preguntas y descubrió que aquélla era una mina de níquel muy poco corriente: los niveles de radiación de fondo de sus antiguas rocas eran extraordinariamente bajos.

Y, a causa de eso, se le ocurrió una idea. Era físico y trabajaba con Adikor Huld en la construcción de ordenadores cuánticos. Pero los registros cuánticos eran enormemente sensibles a las alteraciones ambientales; habían tenido un verdadero problema con los rayos cósmicos, que provocaban incongruencias.

La solución, parecía, estaba justo bajo sus pies. Con un millar de brazadas de roca sobre sus cabezas, los rayos cósmicos ya no constituirían un problema. A tanta profundidad no

Librodot

podía penetrar nada que no fueran los neutrinos, y éstos no influirían en los experimentos que Ponter y Adikor querían realizar.

Delag Bowst era el administrador jefe de Saldak: los Grises le habían obligado a aceptar el cargo. Pero, naturalmente, siempre pasaba lo mismo con los administradores: nadie que eligiera ese puesto estaba realmente preparado para él.

Ponter le había presentado su propuesta a Bowst: que lo dejaran construir unas instalaciones de ordenadores cuánticos en las profundidades de la mina. Y Bowst había convencido a los Grises para que dieran su aprobación. Una civilización tecnológica no podía existir sin metales, después de todo, pero la mina no había sido siempre respetuosa con el entorno. Cualquier oportunidad para hacer algo positivo era bienvenida.

Así que se construyeron las instalaciones. A Ponter y Adikor todavía les daba problemas una fuente inesperada de incoherencia: las descargas piezoeléctricas causadas por las tensiones de las rocas a tan grandes profundidades. Pero Adikor creía haber resuelto finalmente el problema, y ahora lo intentarían de nuevo, con un factor numérico mayor que ninguno hasta entonces.

El hoverbus dejó a Ponter y Adikor en la entrada de la mina. Era un hermoso día de verano, con un cielo azul intenso, tal como el implante Acompañante de Ponter había prometido. Ponter olía los pólenes en el aire y oía las llamadas quejumbrosas de los somormujos en el lago. Tomó un protector de cabeza del cobertizo de almacenamiento y se lo ajustó a los hombros, con las dos varas sosteniendo una placa plana sobre su cráneo; Adikor hizo otro tanto.

El ascensor de la entrada de la mina era cilíndrico. Los dos físicos entraron en la cabina y Ponter pulsó con el pie el interruptor de activación.

El ascensor comenzó su largo descenso.

Ponter y Adikor salieron del ascensor y recorrieron el largo túnel hacia el laboratorio de ordenadores cuánticos; naturalmente, había sido construido en una parte de la mina que no contenía filones valiosos. Caminaban en silencio, el silencio cómodo y amistoso de dos hombres que se conocen desde hace mucho tiempo.

Finalmente, llegaron a las instalaciones cuánticas. Consistían en cuatro salas. La primera era un cubículo diminuto para comer; no merecía la pena tomarse el tiempo de subir en ascensor hasta la superficie para alimentarse. La segunda era un cuarto de baño seco: no había fontanería ahí abajo, así que tenían que sacar los residuos. La tercera era la sala de control, que contenía grupos de instrumentos y mesas de trabajo. Y la cuarta, la única sala grande, era la gigantesca cámara de cómputo, más grande que toda la casa que compartían Ponter y Adikor.

El objetivo habitual en la construcción de ordenadores era hacerlos lo más pequeños posible: eso reducía al mínimo los retrasos causados por la velocidad de la luz. Pero los ordenadores de Ponter y Adikor se basaban en usar protones cuánticamente enlazados como registros, y tenía que haber una manera de distinguir entre las reacciones que se producían simultáneamente a causa del enlace cuántico y las que se producían como resultado de la comunicación normal a velocidad de la luz entre dos protones. Y la manera más sencilla de hacerlo era separar los registros para que el tiempo que tardaba la luz en viajar entre dos de ellos fuera fácilmente medible. Por tanto los protones estaban dentro de columnas de contención magnética repartidas por toda la cámara.

Ponter y Adikor se quitaron los protectores de la cabeza y entraron en la sala de control. Adikor era el del sentido práctico: encontraba formas de hacer funcionar las ideas de Ponter en lo referido al software y hardware. Se sentó ante una consola y empezó a ejecutar las rutinas necesarias para inicializar los ordenadores cuánticos.

-¿Cuánto falta para que estemos listos? -preguntó Ponter.

-Otro mediodécimo -dijo Adikor-. Todavía tengo dificultades para estabilizar el registro 69.

-¿Crees que va a funcionar?

-¿Yo? -dijo Adikor-. Naturalmente que sí. -Sonrió-. Claro que dije lo mismo ayer y anteayer y el día anterior.

-El perpetuo optimista -dijo Ponter.

-Bueno, cuando uno está a esta profundidad, no puede hacer otra cosa que subir.

Ponter se echó a reír y entró en la sala de comidas por un tubo de agua. Esperaba que el experimento fuera un éxito hoy. Faltaba poco para el siguiente Consejo Gris y Adikor y él tendrían que dar otra vez explicaciones sobre qué devolvían a la comunidad a través de su trabajo. Los científicos solían obtener la aprobación de sus propuestas (todo el mundo veía claramente que la ciencia había mejorado su vida), pero siempre era más agradable informar de resultados positivos.

Ponter usó los dientes para abrir el cierre de plástico del tubo de agua y bebió parte del fresco líquido. Luego regresó a la sala de control, se sentó a su mesa y empezó a leer un abanico de hojas de plástico cuadrado verde claro, revisando las notas de su último intento y tomando sorbos de agua de vez en cuando. Ponter daba la espalda a Adikor, quien jugueteaba con los controles al otro lado de la pequeña sala, cuya pared principal, casi toda de cristal, formaba una gran ventana que daba a la gran sala de cómputo, de techo más alto y suelo más bajo que las otras.

Ya habían tenido un éxito considerable con los ordenadores cuánticos. El último diezmés, habían obtenido un factor numérico que requería 10 elevado a 73 átomos de hidrógeno como registros..., una cantidad muy superior a todo el hidrógeno que había en todas las estrellas de esta galaxia, y un orden de magnitud sesenta y tantas veces superior a la capacidad de toda la cámara de cómputo, aunque hubiera estado llena enteramente de nitrógeno. Si habían tenido éxito era por una sola razón: realmente conseguían un verdadero cálculo cuántico, con un número limitado de registros físicos existiendo simultáneamente en estados múltiples superpuestos unos a otros.

En cierto modo, el siguiente experimento era meramente una ampliación del anterior, un intento de hallar un factor numérico aún más grande. Pero el número en cuestión era tan enormemente grande que según el Teorema de Digandal tenía que ser primo. Ningún ordenador convencional podía probarlo, pero sus ordenadores cuánticos debían poder hacerlo.

Ponter comprobó unas cuantas páginas impresas más, luego se acercó a otro grupo de control y tocó algunas clavijas, ajustando partes del sistema de grabación. Quería asegurarse de que cada faceta del cálculo quedara grabada para que luego no hubiera dudas sobre los resultados. Si al menos pudieran...

-Preparado -dijo Adikor.

Ponter sintió que el corazón se le desbocaba. Quería que funcionara, por su propio bien y por el de Adikor. Ponter había tenido mucha suerte al principio de su carrera; se había hecho un nombre en el mundo de la física. Aunque muriese aquel día, sería largamente recordado. Ponter sabía que Adikor no había tenido tanto éxito, aunque sin duda lo merecía. Qué maravilloso sería para ambos si pudieran demostrar (o rebatir, cualquiera de los dos resultados sería significativo) el Teorema de Digandal.

Había dos grupos de control que manejar, uno a cada lado de la pequeña sala. Ponter se quedó en el que estaba, junto al arco que conducía al comedor; Adikor se acercó al otro, en el lado opuesto de la sala. Todos los controles tendrían que haber estado localizados en un mismo sitio, pero esta disposición había ahorrado casi treinta brazadas de costoso cable cuánticamente transductivo que se usaba para enlazar los registros. Cada grupo de control estaba montado en una pared. Adikor se situó junto a la suya y tiró de las clavijas necesarias. Ponter, mientras tanto, operaba los controles correspondientes de su propio grupo. -¿Todo listo? -preguntó Adikor.

Librodot

Ponter miró la serie de luces indicadoras de su pantalla; todas eran rojas, del color de la sangre, del color de la salud.

-Sí.

Adikor asintió.

-Diez latidos -dijo, iniciando la cuenta atrás-. Nueve. Ocho. Siete. Seis. Cinco. Cuatro. Tres. Dos. Uno. Cero.

Varias luces se encendieron en la pantalla de Ponter: indicaban que los registros estaban funcionando. En teoría, durante la fracción de un latido, se habían probado todos los factores posibles, y los resultados ya habían sido recibidos como una serie de pautas de interferencia en película fotográfica. Al ordenador convencional le haría falta un rato para decodificar las pautas de interferencia que componían la lista de factores... y, si Digandal estaba equivocado y ese número no era primo, podría ser una lista realmente larga.

Ponter dejó su consola y se dispuso a sentarse. Adikor caminaba de un lado a otro, mirando por la ventana las filas de registros, cada uno una columna sellada de vidrio y acero que contenía una cantidad específica de hidrógeno.

Finalmente, el ordenador convencional hizo *plunk,* indicando que había terminado.

Había un cuadrado en el centro del grupo de control de Ponter; los resultados aparecían en signos negros sobre fondo amarillo. Y los resultados eran...

-¡Cartílagos! -maldijo Adikor, detrás de Ponter, con una mano sobre su hombro.

La pantalla decía: «Error en registro 69; operación abortada.»

-Tenemos que sustituirlo -dijo Ponter-. No nos ha dado más que problemas.

-No es el registro -dijo Adikor-. Es la base que lo sujeta al suelo. Pero harán falta diezdías para hacer una nueva.

-¿Entonces no podemos hacer nada antes del Consejo Gris? -preguntó Ponter. No tenía ganas de enfrentarse a los ciudadanos mayores y decir que no se había añadido nada al conocimiento desde la última sesión del Consejo.

-No, a menos... -La voz de Adikor se apagó.

-¿Qué?

-Bueno, el problema del 69 es que tiende a vibrar sobre su base; los cierres de sujeción tienen un defecto de fabricación. Si pudiéramos encontrar algo con lo que sostenerlo...

Ponter escrutó la sala. No había nada que pareciera adecuado.

-¿Y si voy a la sala de cómputo y me apoyo en el registro? Ya sabes, descargo sobre él todo mi peso. ¿Impediría eso que vibrara? Adikor frunció el entrecejo.

-Tendrías que sujetarlo con firmeza. El equipo tolera cierto movimiento, por supuesto, pero...

-Puedo hacerlo -dijo Ponter-. Pero... pero ¿provocará incongruencia mi presencia en la sala de cómputo?

Adikor negó con la cabeza.

-No. Las columnas de registro están muy bien protegidas: haría falta algo mucho más radiactivo o eléctricamente cargado que un cuerpo humano para trastornar su contenido.

-¿Entonces...?

Adikor volvió a fruncir el entrecejo.

-Es una solución del problema poco elegante.

-Pero podría funcionar.

Adikor asintió.

-Supongo que merece la pena intentarlo. Es mejor que acudir al Consejo con las manos vacías.

-¡Muy bien! -dijo Ponter, decidido-. Hagámoslo.

Adikor asintió, y Ponter abrió la puerta que separaba las otras tres salas de la gran cámara que contenía los tanques de registro. Luego bajó los escalones hasta el suelo de granito pulido de la habitación, que había sido nivelado con rayos láser. Ponter avanzó con cuidado: se había resbalado más de una vez al cruzarlo. Cuando llegó al cilindro 69, colocó

una mano sobre su parte superior curva, la cubrió con la otra mano y apretó con todas sus fuerzas.

-Cuando quieras -dijo.

-Diez -respondió Adikor con un grito-. Nueve. Ocho. Siete. Ponter luchó por mantener las manos firmes. Por lo que podía notar, el cilindro no vibraba en absoluto.

-Seis. Cinco. Cuatro.

Ponter inspiró profundamente, tratando de calmarse. Aguantó.

-Tres. Dos. Uno.

Allá vamos, pensó Ponter.

-¡Cero!

Adikor oyó el cristal sacudirse ferozmente en la ventana que daba a la sala de cómputo.

-¡Ponter! -gritó. Adikor corrió hacia la ventana-. ¿P-Ponter? Pero no había ni rastro de él.

Adikor asió el pomo de la puerta y...

¡Whoosh!

La puerta cedió hacia adentro, abriéndose y arrancando el pomo de la mano de Adikor mientras una gran ráfaga de aire de la sala de control entraba en la sala de cálculo y casi lo tiraba de cabeza por la pequeña escalera. El aire corría hacia la cámara desde la sala de control y la mina situada más allá, como si el que ocupaba antes ese espacio hubiera sido sorbido. Los oídos de Adikor zumbaron repetidas veces.

-¡Ponter! -llamó de nuevo cuando el viento se calmó. Pero aunque la sala era grande, los tanques de registros, dispuestos en una amplia parrilla, eran todos estrechas columnas: no había manera de que Ponter pudiera estar oculto detrás de ninguno de ellos.

¿Qué podía haber sucedido? Si una pared de roca de la mina se había desplomado, y detrás había una zona de baja presión, tal vez...

Pero había sensores sísmicos por todo el complejo minero, que habrían disparado los olores de advertencia en el laboratorio de cómputo si hubiera habido alguna perturbación.

Adikor cruzó corriendo el suelo de granito.

-¡Ponter! -llamó de nuevo-. ¿Ponter?

No había ninguna fisura en el suelo: no podía habérselo tragado la tierra. Adikor vio el tanque del registro 69, el que Ponter había estado sujetando, al fondo de la sala. Ponter, obviamente, no estaba allí, pero Adikor corrió hacia el registro de todas formas, buscando alguna pista y...

¡Cartílagos!

Adikor notó cómo le resbalaban los pies y chocó de espaldas contra el suelo de granito. La superficie estaba cubierta de agua... de un montón de agua. ¿De dónde había salido? Ponter estaba bebiendo un tubo, pero Adikor estaba seguro de que se lo había terminado arriba. Y además había mucha más agua de la que habría cabido en un tubo: había cubos de agua formando un extenso charco.

El agua (si eso era) parecía clara, clara. Adikor se llevó a la cara la mano húmeda, olisqueó. No olía a nada.

Un lametón tentativo.

No sabía a nada.

Era pura, al parecer. Agua clara y pura.

Con el corazón desbocado y la cabeza dándole vueltas, Adikor fue a buscar algo donde meterla; era la única pista que tenía.

¿De dónde había salido el agua?

¿Y adónde había ido Ponter?

5

¿Qué de...?

Negrura absoluta.

Y... ¡agua! Las piernas de Ponter Boddit estaban mojadas, y...

Y se estaba hundiendo, agua hasta la cintura, el pecho, la parte inferior de la mandíbula.

Ponter pataleó violentamente.

Tenía los ojos abiertos de par en par, pero no había nada, absolutamente nada que ver.

Agitó los brazos mientras se movía en el agua. Inhaló aire. ¿Qué había ocurrido? ¿Dónde podía estar?

En un momento se hallaba en las instalaciones de cálculo cuántico, y al siguiente...

Oscuridad, tan implacablemente absoluta que Ponter pensó que tal vez se había quedado ciego. Una explosión podría haber sido la causa; los estallidos rocosos eran siempre un peligro a esa profundidad y...

Y una entrada de agua subterránea era una posibilidad. Agitó los brazos un poco más, y luego extendió los dedos de los pies, tratando de tocar el fondo, pero...

Pero no había nada, nada en absoluto. Sólo más agua. Podía estar a un palmo del fondo, o a un millar. Pensó en zambullirse para averiguarlo, pero en la oscuridad, flotando libremente sin ninguna luz, podría perder la orientación, no saber dónde estaba arriba y no volver a la superficie a tiempo.

Había tragado agua mientras buscaba el fondo. Carecía completamente de sabor y cabía esperar que un río subterráneo estuviera sucio, pero esa agua parecía tan pura como nieve derretida.

Siguió inhalando aire. El corazón le redoblaba en el pecho y... Y quiso nadar hacia la orilla, dondequiera que...

Un gruñido, grave, profundo, a su alrededor.

Otra vez, como un animal despertando, como...

¿Como algo bajo una gran tensión?

Finalmente tuvo suficiente aire en los pulmones para conseguir gritar. -¡Ayuda! -llamó Ponter-. ¡Ayuda!

El sonido resonó extrañamente, como si se hallara en un espacio cerrado. ¿Podía encontrarse todavía en la sala de cálculo? Pero, silo estaba, ¿por qué no respondía Adikor a sus llamadas?

No podía quedarse allí. Aunque todavía no estaba agotado, lo estaría pronto. Necesitaba encontrar una superficie a la que agarrarse, o algo en el agua que pudiera utilizar como ayuda para flotar, y...

El gemido de nuevo, más fuerte, más insistente.

Ponter empezó a nadar como un perro. Si hubiera algo de luz, un poquito al menos. Nadó lo que parecía una corta distancia y...

¡Agonía! La cabeza de Ponter chocó contra algo duro. Se dio la vuelta con una brazada, los miembros empezaron a dolerle, y extendió una mano, con los dedos abiertos, la palma hacia delante. Lo que había golpeado era duro y cálido... No era metal ni cristal. Y era absolutamente liso, tal vez ligeramente cóncavo, y...

Otro gemido, procedente de...

Su corazón se agitó; abrió mucho los ojos pero no vio nada en la oscuridad.

Empezó a nadar en la dirección opuesta. El ruido estaba creciendo ahora hasta proporciones ensordecedoras.

¿Dónde estaba? ¿Dónde estaba?

El volumen continuó aumentando. Nadó más lejos y... *¡Uf! ¡Eso había dolido!*

Había chocado contra otra pared lisa y dura. Desde luego ésas no eran las paredes de la cámara de cálculo cuántico, que estaban recubiertas de tejido amortiguador de sonido.

¡Whooooooooshhhh!

De repente, el agua se movió alrededor de Ponter, abalanzándose, rugiendo, y él quedó atrapado en medio de un río enfurecido. Inspiró profundamente, tragando algo de agua con el aire, y entonces...

Y entonces sintió algo duro chocar contra su sien, y, por primera vez desde que había empezado aquella locura, vio luz: estrellas ante sus ojos.

Y luego negrura otra vez, y el silencio y...

Nada más.

Adikor Huld regresó a la sala de control, sacudiendo asombrado la cabeza, incrédulo.

Ponter y él eran amigos desde hacía años; ambos eran 145 y se habían conocido siendo estudiantes en la Academia de Ciencias. Pero en todo ese tiempo nunca había visto que a Ponter le gustara gastar bromitas. Y además, no había ningún lugar donde pudiera esconderse. Las medidas contra incendios exigían diversas salidas de una sala a la superficie, pero ahí abajo eso era prácticamente imposible. La única salida era atravesando la sala de control. Algunas instalaciones de cálculo tenían suelos falsos para ocultar los cables, pero en aquel caso el cableado estaba al descubierto, y el suelo era de antiguo granito pulido.

Adikor había estado observando los controles, no asomado a la ventana. Sin embargo, no había habido ningún destello de luz que le llamara la atención. Si Ponter se había... ¿qué?, ¿volatilizado? Si se había evaporado, el aire habría olido a humo o a ozono. Pero no olía a nada. Simplemente, había *desaparecido.*

Adikor se desplomó en una silla (la silla de Ponter), anonadado.

No sabía qué hacer a continuación: literalmente, no tenía ni idea. Tardó varios latidos en calmarse. Tenía que notificar a la oficina administrativa de la ciudad que Ponter había desaparecido, para que organizaran una búsqueda. Cabía la posibilidad (remota) de que el suelo se hubiera abierto y Ponter hubiera caído, tal vez a otro pozo, a otro nivel de la mina. En cuyo caso podía estar herido.

Adikor se puso en pie.

El doctor Reuben Montego, los dos enfermeros de la ambulancia y el herido atravesaron las puertas de cristal correderas de la zona de admisión de Urgencias del centro de salud St. Joseph's, parte del Hospital Regional de Sudbury.

El jefe del servicio de Urgencias resultó ser un sij cincuentón con turbante verde jade.

-¿Qué ocurre? -preguntó.

Reuben miró la placa del nombre, que rezaba: Doctor N. Singh.

-Doctor Singh -dijo-, soy Reuben Montego, el médico de la mina Creighton. Este hombre ha estado a punto de ahogarse en un tanque de agua pesada y, como puede ver, sufre un traumatismo craneal.

-¿Agua pesada? -dijo Singh-. ¿De dónde...?

-Del observatorio de neutrinos -respondió Reuben.

-Ah, sí -respondió Singh. Se volvió y pidió una silla de ruedas, luego miró al hombre y empezó a tomar notas en su carpeta-. Forma corporal inusitada-dijo-. Pronunciado arco supraorbital. Muy musculoso, muy ancho de hombros. Miembros cortos. Y... vaya, ¿qué es esto?

Reuben negó con la cabeza.

-No lo sé. Parece implantado en su piel.

-Muy extraño -dijo Singh. Miró al hombre a la cara-. ¿Cómo se encuentra?

-No habla inglés -informó Reuben.

-Ah -dijo el sij-. Bueno, sus huesos hablarán por él. Llevémoslo a Radiología.

Reuben Montego caminaba de un lado a otro en el departamento de Urgencias, hablando de vez en cuando con algún doctor de paso al que conocía. Por fin, Singh le

Librodot

comunicó que las radiografías estaban listas. Reuben esperaba que lo invitaran, por cortesía profesional, y Singh en efecto lo invitó a acompañarle.

El herido seguía en la sala de rayos, presumiblemente por si Singh decidía pedir más radiografías, sentado en la silla de ruedas. Parecía más asustado, pensó Reuben, de lo que solían estar los niños pequeños en los hospitales. El técnico en radiología había colocado las radiografías del hombre (una vista frontal y una lateral) sobre un panel iluminado en la pared, *y* Singh *y* Reuben se acercaron para examinarlas.

-Mire esto -dijo Reuben en voz baja.

-Extraordinario -dijo Singh-. Extraordinario.

El cráneo era alargado, mucho más alargado que un cráneo normal, con una protuberancia redondeada en la parte trasera, casi como un rodete de pelo. El doble arco ciliar era prominente y la frente baja. La cavidad nasal era gigantesca, con extrañas proyecciones triangulares a cada lado apuntando hacia el interior. La enorme mandíbula, visible al pie de la imagen, revelaba lo que había ocultado la barba: la completa falta de barbilla. También mostraba una brecha entre el último molar y el resto de la mandíbula.

-Nunca había visto nada parecido -dijo Reuben.

Los ojos marrones de Singh se abrieron de par en par.

-Yo sí -dijo-. Yo sí. -Se volvió para mirar al hombre, que todavía estaba sentado en la silla de ruedas, farfullando una jerigonza.

Luego Singh volvió a consultar las espectrales imágenes grises-. Es imposible -dijo el sij-. Imposible.

-¿Qué?

-No puede ser...

-¿Qué? Doctor Singh, por el amor de Dios...

Singh alzó una mano.

-No sé cómo es posible, pero...

-¿Sí? ¿Qué?

-Este paciente suyo -dijo Singh, con voz de asombro-, parece ser un Neanderthal.

6

-Buenas noches, profesora Vaughan.

-Buenas noches, Daria. Hasta mañana.

Mary Vaughan miró el reloj: eran ya las nueve menos cinco.

-Ten cuidado.

La joven estudiante graduada sonrió.

-Lo haré. -Y se marchó del laboratorio.

Mary la vio marcharse, recordando con tristeza cuando su propia figura era tan esbelta como la de Daria. Mary, de treinta y ocho años y sin hijos, estaba separada hacía tiempo de su marido.

Volvió a enfrascarse en la película autorradiográfica, interpretando nucleótido tras nucleótido. El ADN que estaba estudiando había sido extraído de una paloma migratoria del Museo de Campo de Historia Natural; lo habían enviado allí, a la Universidad de York, para ver si podía ser secuenciado completamente. Ya lo habían intentado anteriormente, pero el ADN siempre había estado demasiado degradado. El laboratorio de Mary, sin embargo, había tenido un éxito sin precedentes en la reconstrucción de ADN que otros no conseguían descifrar.

Pero, por desgracia, la secuencia se rompió: no había forma de determinar, a partir de aquella muestra, qué cadena de nucleótidos había estado presente originariamente. Mary se

frotó el puente de la nariz. Tendría que extraer un poco más de ADN de la paloma, pero estaba demasiado cansada para hacerlo esa noche. Miró el reloj de pared: las nueve y veinticinco.

No era demasiado tarde; muchas de las clases nocturnas de la universidad terminaban a las nueve, así que todavía habría un montón de gente deambulando por ahí. Si trabajaba hasta pasadas las diez de la noche, normalmente llamaba a alguien del servicio de escolta del campus para que la acompañara hasta su coche. Pero, bueno, no parecía necesario hacerlo a esa hora tan temprana. Mary se quitó la bata de laboratorio verde pálido y la colgó en el perchero de la puerta. Era agosto; el laboratorio tenía aire acondicionado, pero sin duda todavía hacía calor fuera. Tenía por delante otra noche pegajosa e incómoda.

Mary apagó las luces del laboratorio; uno de los fluorescentes latió un poco mientras moría. Luego cerró la puerta con llave y recorrió el pasillo de la primera planta, dejando atrás la máquina de Pepsi (Pepsi había pagado a la Universidad de York dos millones de dólares por la exclusiva de máquinas expendedoras de refrescos del campus).

El pasillo estaba flanqueado por los habituales tablones de anuncios: inauguraciones, tareas de clase, reuniones de clubes, ofertas de tarjetas de crédito baratas y suscripciones a revistas, y todo tipo de artículos en venta de estudiantes y profesorado, incluido un pobre desgraciado que esperaba que alguien le pagara por una vieja máquina de escribir eléctrica.

Mary continuó por el pasillo, haciendo sonar los tacones contra las losas. No había nadie más. Oyó el sonido de las cisternas en los urinarios al pasar ante el lavabo de hombres, pero las descargas eran automáticas, controladas por un temporizador.

La puerta que conducía a la escalera tenía ventanas de cristal de seguridad, reforzadas con malla de alambre. Mary abrió la puerta y bajó los cuatro tramos de escalones de hormigón, cada uno conduciéndola medio piso más bajo. Llegada a la planta baja continuó un trecho por otro pasillo, éste también vacío a excepción de un conserje que trabajaba al fondo. Camino de la entrada dejó atrás las cajas de distribución del periódico del campus, el *Excalibur, y,* por fin, atravesó las puertas dobles para salir al cálido aire de la noche.

La luna no había salido todavía. Mary enfiló por la acera, dejando atrás a algunos estudiantes, aunque no reconoció a ninguno. Espantó algún insecto ocasional y...

Una mano le cubrió la boca, y sintió algo frío y afilado contra la garganta.

-No hagas ningún ruido-dijo una voz grave y rasposa, empujándola hacia atrás.

-Por favor... -dijo Mary.

-Cállate -dijo el hombre. Seguía empujándola hacia atrás, el cuchillo apretado ton fuerza en su garganta. El corazón de Mary latía violentamente. La mano se apartó de su boca, y la notó de nuevo un momento después sobre su pecho, apretando brusca, dolorosamente.

La empujó a un pequeño hueco donde dos paredes de hormigón se encontraban en ángulo recto, oculto por un gran pino. Entonces la obligó a darse la vuelta apretando sus brazos contra la pared, la mano izquierda todavía sujetando el cuchillo mientras le agarraba al mismo tiempo la muñeca. Ahora pudo verlo. Llevaba un pasamontañas negro, pero era desde luego un hombre blanco: círculos de piel eran visibles alrededor de sus ojos azules. Mary intentó darle con la rodilla en la entrepierna, pero él se echó atrás, y lo único que consiguió fue que la mirara fijamente.

-No luches contra mí -dijo la voz. Ella olió el tabaco en su respiración, y pudo sentir contra sus muñecas sus palmas sudorosas. El hombre apartó el brazo de la pared, arrastrando consigo los de Mary, y luego golpeó ambos brazos contra el hormigón, de modo que el cuchillo quedara más cerca de la cara de Mary. Su otra mano encontró la parte delantera de sus propios pantalones, y Mary pudo oír el sonido de una cremallera. Sintió ácido en el fondo de su garganta.

-Yo... tengo... tengo sida -dijo Mary, cerrando los ojos con fuerza, intentando aislarse de todo.

El hombre se echó a reír, un sonido rasposo, sin humor. -Ya somos dos -dijo.

A Mary el corazón le dio un vuelco, pero probablemente también él estaba mintiendo. ¿A cuántas mujeres les había hecho lo mismo? ¿Cuántas habían intentado la misma maniobra desesperada?

Ahora había una mano en la cintura de sus pantalones, tirando hacia abajo. Mary sintió que la cremallera se le abría y los pantalones caían alrededor de sus caderas, y el roce de la pelvis del hombre y su pétrea erección sobre las bragas. Dejó escapar un gemido y la mano del hombre la agarró de repente por la garganta, apretando, las uñas clavadas en su carne.

-Calla, puta.

¿Por qué no pasaba nadie? ¿Por qué no había nadie cerca? Dios, ¿por qué...?

Sintió un duro tirón a sus bragas, y luego el pene del hombre contra su labios. Entró con fuerza en su vagina. El dolor fue agónico, como si la estuvieran rompiendo por dentro.

No tiene nada que ver con el sexo, pensó Mary, mientras las lágrimas se acumulaban en las comisuras de *sus ojos. Es un crimen violento. Su* espalda chocó contra la pared de hormigón, mientras el hombre aplastaba su cuerpo contra el suyo, introduciéndose profundamente en ella, una y otra y otra vez. Sus gruñidos animales se hacían más fuertes con cada embestida.

Y entonces, por fin, se terminó. Él se retiró. Mary sabía que debía mirarlo, buscar cualquier detalle identificativo, mirar incluso si estaba circuncidado o no, cualquier cosa que pudiera ayudar a meter en la cárcel al hijo de puta, pero no podía soportar hacerlo. Ladeó la cabeza y miró al cielo oscuro, confuso a través de las lágrimas que le ardían en los ojos.

-Ahora quédate aquí -dijo el hombre, dándole un golpecito en la mejilla con la hoja del cuchillo-. No digas una palabra, y quédate aquí durante quince minutos.

Y entonces Mary oyó el sonido de una cremallera al subir y luego las pisadas del hombre mientras corría por el suelo cubierto de hierba. Se apoyó entonces contra la pared y se dejó caer hasta la acera, encogiendo las rodillas hasta que tocaron su barbilla. Se odiaba a sí misma por los sollozos desgarradores que se le escapaban.

Al cabo de un rato se tocó entre las piernas y se miró la mano para ver si estaba sangrando. No lo estaba, gracias a Dios.

Esperó a que su respiración se calmara, y a que su estómago se apaciguara lo suficiente para poder levantarse sin vomitar. Y entonces se incorporó, dolorosa, lentamente. Oyó voces (voces de mujeres) en la distancia, dos estudiantes charlando y riendo mientras pasaban de largo. Una parte de ella quiso llamarlas, pero no consiguió que el sonido saliera de su garganta.

Sabía que estaban tal vez a 25 °C de temperatura, pero sentía frío, más que en toda su vida. Se frotó los brazos para entrar en calor.

Tardó (¿cinco minutos?, ¿cinco horas?) en recuperar el aplomo. Tenía que buscar un teléfono, marcar el 911, llamar a la policía de Toronto... o a la policía del campus, o... se lo sabía, lo había leído en los manuales del campus, del centro de crisis de violación de la Universidad de York, pero...

Pero no quería hablar con nadie, ni ver a nadie, ni... ni que nadie la viera así.

Mary se abrochó los pantalones, inspiró profundamente y se puso a caminar. Pasaron unos instantes antes de que se diera cuenta de que no se dirigía hacia su coche, sino que volvía al Edificio de Ciencias de la Vida Farquharson.

Una vez allí, se agarró al pasamanos a lo largo de los cuatro tramos de escaleras, temerosa de soltarlo, temerosa de perder el equilibrio. Por fortuna, el pasillo estaba tan desierto como antes. Volvió al laboratorio sin que nadie la viera, y los fluorescentes cobraron vida.

No tenía que preocuparse por haberse quedado embarazada. Tomaba la píldora (que no era un pecado según su punto de vista, pero sí para su madre) desde que se casó con Colm y, bueno, después de la separación, había seguido tomándola, aunque no tuviera demasiado sentido. Pero encontraría una clínica y se haría una prueba del sida, sólo para asegurarse.

Mary no iba a denunciarlo, ya había tomado esa decisión. ¿Cuántas veces había maldecido a aquellas mujeres que dejaban de denunciar una violación? Estaban traicionando a otras mujeres, dejando escapar a un monstruo, dándole la oportunidad de volvérselo a hacer a alguien más, *a ella,* ahora, pero...

Pero era fácil maldecir cuando no eras tú, cuando no habías estado allí.

Sabía lo que les pasaba a las mujeres que acusaban a los hombres de violación: lo había visto incontables veces en televisión. Intentarían establecer que era culpa suya, que no era un testigo creíble, que de algún modo ella había consentido, que su moral era escasa. *«Así que dice que es una buena católica, señora O'Casey... Oh, lo siento, ya no se llama así, ¿verdad? No desde que dejó a su marido, Colm. Pero usted y el profesor O'Casey siguen legalmente casados, ¿no? Dígale al tribunal, por favor, ¿ se ha acostado con otros hombres desde que abandonó a su marido?»*

Ella sabía que la justicia rara vez se encontraba en un tribunal. La harían pedazos y volverían a montarla para convertirla en alguien a quien ella misma no reconocería.

Y, al final, no cambiaría nada. El monstruo escaparía.

Mary inspiró profundamente. Tal vez cambiara de opinión alguna vez. Pero lo único realmente importante ahora era la prueba física, y ella, la profesora Mary Vaughan, era al menos tan competente como cualquier mujer policía con un equipo antiviolación en eso.

La puerta de su laboratorio tenía una ventana; se colocó de modo que no pudiera verla nadie que pasara por el pasillo. Y entonces se bajó los pantalones. El sonido de su propia cremallera hizo que el corazón diera un brinco. Luego tomó un tubo de cristal para especímenes y algunos bastoncillos de algodón y, reprimiendo las lágrimas, recogió la porquería que había en su interior.

Cuando terminó, selló la probeta, escribió la fecha en tinta roja y la etiquetó: «Vaughan 666», su nombre y el número adecuado para semejante monstruo. Después selló sus bragas en un contenedor opaco, lo etiquetó con las mismas fecha y descripción, y metió ambos contenedores en el frigorífico donde se almacenaban los especímenes biológicos, colocándolos junto al ADN tomado a una paloma migratoria, una momia egipcia y un mamut velludo.

7

-¿Dónde estoy?

Ponter sabía que su voz sonaba asustada, pero, por mucho que lo intentaba, no podía controlarlo. Seguía sentado en aquella extraña silla que rodaba sobre aros, lo cual era cosa buena, porque dudaba que pudiera sostenerse en pie.

-Cálmate, Ponter -dijo su implante Acompañante-. Tu pulso es de...

-¡Que me calme! -exclamó Ponter, como si Hak hubiera sugerido una imposibilidad ridícula-. *¿Dónde estoy?*

-No estoy segura -dijo la Acompañante-. No detecto ninguna señal de las torres de posición. Además, estoy completamente desconectada de la red de información planetaria, y no recibo ningún reconocimiento de los archivos de coartadas.

-¿No estás estropeada?

-No.

-Entonces... entonces esto no puede ser la Tierra, ¿verdad? Recibirías señales si...

-Estoy segura de que *es* la Tierra -dijo Hak-. ¿Te fijaste en el Sol cuando te subieron a ese vehículo blanco?

-¿Qué pasa con eso?

-Su temperatura de color era de 5.200 grados, y abarcaba siete centésimas partes de la esfera celeste..., igual que el Sol visto desde la órbita de la Tierra. Además, reconocí la mayoría de los árboles y plantas que vi., No, se trata sin duda de la superficie de la Tierra.

-¡Pero el hedor! ¡El aire es pestilente!

-Tendré que aceptar tu palabra -dijo Hak.

-¿Podríamos... podríamos haber viajado en el tiempo?

-Eso parece improbable -respondió la Acompañante-. Pero si puedo ver las constelaciones esta noche, sabré decir si hemos avanzado o retrocedido en el tiempo de modo apreciable. Y si consigo divisar algunos de los otros planetas y la fase de la Luna, debería poder calcular la fecha exacta.

-Pero ¿cómo volvemos a casa? ¿Cómo...?

-Una vez más, Ponter, debo rogarte que te calmes. Estás a punto de hiperventilar. Inspira profundamente. Eso es. Ahora suéltalo despacio. Eso es. Relájate. Inspira otra vez...

-¿Qué son esas *criaturas?* -preguntó Ponter, agitando una mano hacia la delgaducha figura con la piel marrón oscura y sin pelo y la otra figura delgaducha de piel más clara y un envoltorio de tejido alrededor de la cabeza.

-¿Mi mejor suposición? -dijo Hak-. Son gliksins.

-¡Gliksins! -exclamó Ponter, tan fuerte que las dos extrañas figuras se volvieron hacia él. Bajó la voz-. ¿Gliksins? Oh, venga ya...

-Mira esas imágenes de cráneos de allí.

Hak le hablaba a Ponter a través de un par de implantes en el caracol del oído, pero al cambiar el balance de voz de izquierda a derecha podía indicar la dirección igual que si señalara. Ponter se levantó, tembloroso, y cruzó la sala, apartándose de los extraños seres y acercándose a un panel iluminado igual al que ellos estaban mirando, con varias profundas vistas de cráneos pegadas a él.

-¡Carne verde! -dijo Ponter, mirando los extraños cráneos-. Son gliksins, ¿no?

-Eso diría yo. Ningún otro primate carece de arco ciliar, ni tiene esa proyección en la parte delantera de la mandíbula inferior.

-¡Gliksins! Pero llevan extintos... bueno, ¿cuánto tiempo?

-Tal vez 400.000 meses -dijo Hak.

-Pero esto no puede ser la Tierra de hace tanto tiempo -dijo Ponter-. Quiero decir: no es posible que la civilización que hemos visto no dejara rastros en el archivo arqueológico. Como mucho, los gliksins tallaban hachas burdas de piedra, ¿no?

-Sí.

Ponter trató de no parecer histérico.

-Entonces, una vez más, ¿dónde estamos?

Reuben Montego miró asombrado al médico de Urgencias, el doctor Singh.

-¿Qué quiere decir con eso de que parece un Neanderthal?

-Los rasgos del cráneo no dejan lugar a duda -dijo Singh-. Créame: tengo un título en craneología.

-¿Pero cómo puede ser, doctor Singh? Los Neanderthales llevan extintos un millón de años.

-En realidad, sólo unos 27.000 años aproximadamente -dijo Singh-, si aceptamos la validez de algunos hallazgos recientes. Si esos hallazgos resultaran ser falsos, entonces se extinguieron hace unos 35.000 años.

-Pero entonces ¿cómo...?

-Eso no lo sé. -Singh indicó con la mano las radiografías sujetas al panel iluminado-. Pero el conjunto de caracteres aquí visibles es inconfundible. Uno o dos podrían darse en cualquier cráneo de *Homo sapiens.* ¿Pero todos ellos? Nunca.

-¿Qué caracteres? -preguntó Reuben.

-El arco ciliar, obviamente -dijo Singh-. Advierta que no se parece a los arcos de los demás primates: es doblemente arqueado y tiene un surco detrás. La forma en que la cara se estira hacia adelante. El prognatismo... ¡mire esa mandíbula! La falta de barbilla. El hueco retromolar. -Indicó el espacio que quedaba detrás de la última muela-. ¿Y ve esas proyecciones triangulares de la cavidad nasal? No las posee ningún otro mamífero, mucho menos un primate. -Dio un golpecito en la parte trasera de la imagen del cráneo-. ¿Y ve esta proyección redonda de atrás? Se llama el *moño occipital.* Es claramente Neanderthaloide.

-Me está tomando el pelo -dijo Reuben.

-Eso es algo que yo no haría nunca.

Reuben miró al desconocido, que se había levantado de la silla de ruedas y estaba ahora contemplando, con asombro, un par de radiografías de cráneos al otro lado de la habitación. Reuben miró de nuevo la radiografía que tenía delante. Tanto él como Singh estaban fuera de la sala cuando habían tomado las placas: era posible que, por algún motivo, alguien hubiera sustituido las imágenes, pero...

Pero aquellas radiografías eran reales, y eran radiografías de una cabeza viva, no de un fósil: el cartílago nasal y el contorno de la carne eran claramente visibles. Con todo, seguía habiendo algo muy extraño en la mandíbula inferior. Partes de ella aparecían en un tono gris mucho más claro en la radiografía, como si estuvieran hechas de material menos denso. Y esas partes eran lisas, sin ninguna característica especial, como si el material fuera de composición uniforme.

-Es un fraude -dijo Reuben, señalando la anomalía de la mandíbula-. El tipo es un fraude; quiero decir: se ha hecho la cirugía plástica para parecer un Neanderthal.

Singh escrutó la radiografía.

-Hay trabajo de reconstrucción, sí... pero sólo en la mandíbula. Los rasgos craneales parecen naturales.

Reuben miró al hombre herido, que todavía estaba mirando las otras radiografías de cráneos mientras farfullaba para sí. El médico intentó imaginar el cráneo del desconocido bajo su piel. ¿Sería como el que Singh le estaba mostrando?

-Tiene varios dientes postizos -dijo Singh, todavía estudiando la radiografía-. Pero todos están sujetos a la sección de mandíbula que ha sido reconstruida. En cuanto al resto de los dientes, parecen naturales, aunque las raíces son taurodóntidas... otra característica Neanderthal.

Reuben se volvió hacia la radiografía.

-No hay cavidades -dijo, ausente.

-Eso es -respondió Singh. Se tomó un momento para calibrar las radiografías-. En cualquier caso, parece que no hay ningún hematoma subdural, ni fractura craneana. No hay ningún motivo para ingresarlo en el hospital.

Reuben miró al desconocido. ¿Quién demonios podía ser? Farfullaba en una lengua extraña, y había sido sometido a extensas operaciones de reconstrucción. ¿Podría ser miembro de algún culto extraño? ¿Por eso había irrumpido en el laboratorio de neutrinos? Tenía más o menos sentido, pero...

Pero Singh tenía razón: a excepción de la restauración maxilar, lo que veían en la radiografía era un cráneo natural. Reuben Montego cruzó despacio la habitación, atento, como si... Reuben advirtió poco después lo que estaba haciendo: se estaba acercando al desconocido no como alguien se acercaría a un ser humano, sino más bien como se acercaría aun animal salvaje. Y, sin embargo, no había nada incivilizado en sus modales.

El hombre oyó claramente acercarse a Reuben. Desvió su atención de las radiografías que lo cautivaban y se volvió para mirar al doctor.

Reuben miró al hombre. Había advertido antes que su rostro era extraño. El arco ciliar sobre cada ojo era obvio. Llevaba el pelo partido exactamente por la mitad, no con la raya a un lado, y parecía algo natural, no forzado. Y la nariz: la nariz era enorme... pero no era agui-

Librodot

leña en lo más mínimo. De hecho, no se parecía a ninguna otra nariz que Reuben hubiera visto: carecía por completo de puente.

Reuben alzó lentamente la mano derecha, con los dedos separados, asegurándose de que el gesto no pareciera amenazador.

-¿Puedo? -dijo, acercando la mano al rostro del desconocido.

El hombre tal vez no comprendiera las palabras, pero la intención del gesto era obvia. Inclinó la cabeza hacia delante, invitando al contacto. Reuben pasó los dedos por el arco ciliar, por la frente, por todo el cráneo de delante hacia atrás, palpando el... ¿cómo lo había llamado Singh?, el moño occipital de la parte trasera, un duro bulto de hueso bajo la piel. No había ninguna duda: el cráneo que aparecía en las radiografías pertenecía a esta persona.

-Reuben -dijo el doctor Montego, tocándose el pecho-. Reuben.

Entonces hizo un gesto al desconocido con la palma hacia arriba.

-Ponter -dijo el desconocido, con voz grave y sonora.

Naturalmente, el desconocido podía estar interpretando que «Reuben» era el término que expresaba el tipo de humanidad a la que pertenecía Montego, y «Ponter» podía ser la palabra del desconocido para Neanderthal.

Singh se acercó a ellos.

-Naonihal -dijo, revelando lo que significaba la N de su placa-. Me llamo Naonihal.

-Ponter -repitió el desconocido. Otras interpretaciones eran todavía posibles, pensó Reuben, pero parecía probable que ése fuera el nombre del hombre.

Reuben miró al sij.

-Gracias por su ayuda.

Se volvió entonces hacia Ponter y le indicó que lo siguiera.

-Vamos.

El hombre se acercó a la silla de ruedas.

-No -dijo Reuben-. No, está usted bien.

Le indicó de nuevo que lo siguiera, y el hombre así lo hizo, a pie. Singh recogió las radiografías, las metió en un sobre grande y salió con ellos, camino de admisión de Urgencias.

Unas puertas de cristal esmerilado bloqueaban el camino. Cuando Singh se plantó en la alfombrilla de goma ante las puertas, éstas se deslizaron y...

Unos flashes electrónicos los deslumbraron.

-¿Es éste el tipo que se cargó el ONS? -preguntó una voz masculina.

-¿Qué cargos va a presentar Inco? -preguntó una femenina.

-¿Está herido? -preguntó otro hombre.

Reuben tardó unos instantes en digerir la escena. Reconoció a un hombre como corresponsal de la emisora local de la CBC, y a otro como el periodista especializado en sucesos mineros del *Sudbury Star.* No conocía a la otra docena de personas, pero empuñaban micrófonos con los logos de Global Television, CTV y Newsworld, y las iniciales de las emisoras locales de radio. Reuben miró a Singh y suspiró, pero suponía que eso era inevitable.

-¿Cuál es el nombre del sospechoso? -gritó otro periodista.

-¿Tiene antecedentes?

Los periodistas siguieron sacando fotos de Ponter, quien no hacía ningún esfuerzo por ocultar el rostro. En ese momento, entraron dos agentes de la Real Policía Montada del Canadá enfundados en oscuros uniformes azules.

-¿Es éste el terrorista?

-¿Terrorista? -dijo Reuben-. No hay ninguna prueba de que lo sea.

-Usted es el médico de la mina, ¿no? -preguntó uno de los policías.

Reuben asintió.

-Reuben Montego. Pero no creo que este hombre sea un terrorista.

-¡Pero voló el observatorio de neutrinos! -declaró un periodista.

-El observatorio resultó dañado, sí -dijo Reuben-, y él estaba allí cuando sucedió, pero no creo que lo pretendiera. Después de todo, estuvo a punto de ahogarse.

-De todas formas -dijo el policía, desmereciendo inmediatamente la opinión que Montego se había formado de él-, tendrá que venir con nosotros.

Reuben miró a Ponter, a los periodistas, luego a Singh.

-Ya sabe qué sucede en casos como éste -le dijo en voz baja al sij-. Si las autoridades se llevan a Ponter, nadie lo volverá a ver jamás. Singh asintió lentamente.

-Es de suponer.

Reuben se mordió el labio inferior, pensando. Entonces inspiró profundamente y habló en voz alta.

-No sé de dónde es -dijo Reuben, rodeando ahora con un brazo los enormes hombros de Ponter-, y no estoy seguro de cómo llegó aquí, pero el nombre de este hombre es Ponter y...

Reuben se detuvo. Singh lo miró. Reuben sabía que podía dejarlo ahí: sí, ya sabían el nombre del hombre. No tenía que decir nada más podría callar, y nadie pensaría que estaba loco. Pero si continuaba... Si continuaba, desataría un infierno.

-¿Puede deletrearlo? -preguntó un periodista.

Reuben cerró los ojos, haciendo acopio de valor.

-Sólo fonéticamente -dijo, mirando ahora al periodista-. Ponter. Pero el de ustedes que lo haya anotado más rápido es, estoy seguro, la primera persona en escribir ese nombre en el alfabeto inglés.

Hizo de nuevo una pausa, miró una vez más a Singh para darse ánimos, y luego continuó.

-Empezamos a sospechar que este caballero de aquí no es un *Homo sapiens sapiens.* Puede que sea... bueno, creo que los antropólogos todavía están discutiendo la nomenclatura adecuada para esta clase de homínido, ¿no? Parece ser lo que llaman *Homo neanderthalensis u Homo sapiens neanderthalensis...* en cualquier caso, al parecer es un Neanderthal.

-¿Qué? -dijo uno de los periodistas.

Otro simplemente soltó una risotada.

Y un tercero (el especialista en minas del *Sudbury Star)* hizo una mueca. Reuben sabía que ese periodista tenía un título en geología; sin duda había seguido un curso o dos de paleontología como parte de sus estudios.

-¿Qué le hace decir eso? -preguntó, escéptico.

-He visto radiografías de su cráneo. El doctor Singh, aquí presente, está bastante seguro de su identificación.

-¿Qué tiene que ver un Neanderthal con la destrucción del ONS? -preguntó un periodista.

Reuben se encogió de hombros, reconociendo que era una buena pregunta.

-No lo sabemos.

-Tiene que ser un fraude -dijo el periodista especializado en minas-. Tiene que serlo.

-Silo es, a mí también me han engañado, y al doctor Singh.

-Doctor Singh -inquirió un periodista-, esta... esta persona ¿es un cavernícola?

-Lo siento -dijo Singh-, pero no puedo discutir sobre un paciente excepto con otro médico implicado en su caso.

Reuben miró a Singh, asombrado.

-Doctor Singh, por favor...

-No -dijo Singh-. Hay reglas...

Reuben agachó la cabeza un momento, pensando. Luego se volvió hacia Ponter con ojos suplicantes.

-Es cosa suya -dijo.

Ponter sin duda no entendió las palabras, pero al parecer captó el significado de la situación. De hecho, a Reuben se le ocurrió que Ponter tendría una buena oportunidad de intentar escapar, si quería: aunque no era particularmente alto, era más fornido que ninguno de los policías. Pero los ojos de Ponter no tardaron en volverse hacia Singh, y Reuben advirtió que Ponter estaba mirando el sobre de papel manila que Singh sujetaba con fuerza.

Ponter se acercó a Singh. Reuben vio que uno de los policías se llevaba la mano a la canana; evidentemente, supuso que Ponter iba a atacar al médico. Pero Ponter se detuvo, justo delante de Singh, y extendió una mano carnosa con la palma hacia arriba, en un gesto que trascendía culturas.

Singh pareció vacilar un segundo, luego le entregó el sobre. No había placa visora iluminada en la sala, y ya había oscurecido. Pero había una gran ventana por donde entraba la luz de una farola del aparcamiento. Alzó entonces una de las radiografías y la colocó contra el cristal para que todo el mundo pudiera verla. Las cámaras la enfocaron inmediatamente, y se sacaron aún más fotografías. Ponter indicó entonces a Singh que se acercara. El sij así lo hizo, y Reuben lo siguió. Ponter señaló la radiografía, luego a Singh. Repitió la secuencia dos o tres veces, y luego abrió y cerró la mano izquierda estirando los dedos, el gesto (al parecer universal) para «hablar».

El doctor Singh se aclaró la garganta, contempló los rostros que llenaban la sala, y luego se encogió un poco de hombros.

-Ah... parece que tengo permiso de mi paciente para discutir sobre sus radiografías.

Sacó un bolígrafo del bolsillo del pecho de su bata y lo usó como puntero.

-¿Ven esta protuberancia redondeada en la base del cráneo? Los paleontólogos la llaman moño occipital...

8

Mary Vaughan condujo despacio los diez kilómetros hasta su apartamento en Richmond Hill. Vivía en Observatory Lane, cerca del Observatorio David Dunlap, antaño (brevemente y hacía mucho tiempo) hogar del mayor telescopio óptico del mundo, ahora reducido a poco más que una facultad de enseñanza a causa de las luces de Toronto.

Mary había comprado la casita allí en parte por su seguridad. Mientras recorría el camino de acceso, el guardia de la garita la saludó, aunque Mary no pudo mirarlo a los ojos... ni a él ni a nadie. Siguió conduciendo, dejó atrás los cuidados céspedes y los grandes pinos, dio la vuelta y bajó al aparcamiento subterráneo. Su plaza de aparcamiento estaba a un buen trecho de los ascensores, pero nunca se sentía insegura al usarla, no importaba lo tarde que fuese. Del techo colgaban cámaras entre las tuberías y los aspersores que brotaban como narices de topos curiosos. La observaban cada paso hasta los ascensores, aunque esa noche, esa noche infernal, deseaba que nadie la viera.

¿Estaba traicionando algo por la manera en que caminaba? ¿Por la rapidez de su paso? ¿Por la cabeza inclinada, por la forma como sujetaba la parte delantera de su chaqueta como si los botones de algún modo ya no proporcionaran suficiente seguridad, suficiente intimidad?

Intimidad. No, ya no había forma de que pudiera tenerla.

Entró en el vestíbulo del ascensor P2 abriendo primero una puerta y luego la otra ante sí. Entonces pulsó el único botón de llamada (desde allí sólo se podía ir hacia arriba), y esperó a que bajara una de las tres cabinas. Normalmente, mientras esperaba miraba los diversos anuncios colocados por la dirección o por otros residentes. Pero esta vez Mary mantuvo los ojos clavados en el suelo, en las pulidas losas a cuadros. No había indicadores de las plantas que mirar por encima de las puertas cerradas, ya que el vestíbulo principal cubría dos pisos, y aunque el botón de SUBIR se apagaba unos pocos segundos antes de que una de las puertas se abriera, ella decidió no mirarlo tampoco. Oh, estaba ansiosa por volver a casa, pero después de una mirada inicial, no podía soportar mirar la brillante flecha que apuntaba hacia arriba...

Finalmente, la puerta más lejana de todas se abrió. Mary entró y pulsó el botón de la planta catorce. La trece, en realidad, pero ese número se consideraba de mala suerte. Por

encima del panel numérico un cristal con un rótulo decía: «Que tenga un buen día. De parte del equipo de dirección.»

El ascensor se puso en marcha. Cuando se detuvo, la puerta se descorrió y Mary recorrió el pasillo (recientemente alfombrado por orden de la misma dirección en un horrible tono sopa de tomate) hasta la puerta de su apartamento. Rebuscó las llaves en su bolso, las encontró, las sacó y...

Y se las quedó mirando, los ojos inundados de lágrimas, la visión borrosa, el corazón redoblando de nuevo.

Tenía un llaverito, de cuyo extremo, un regalo de hacía años de su siempre práctica suegra de entonces, colgaba un silbato amarillo contra violaciones.

Nunca había tenido ocasión de utilizarlo... no hasta que fue demasiado tarde. Oh, podría haberlo tocado después del ataque, pero...

... Pero la violación es un crimen violento, y había sobrevivido. Le habían puesto un cuchillo en la garganta, se lo habían apretado contra la mejilla, y sin embargo no la habían cortado, no la habían desfigurado. Pero si hubiera hecho sonar la alarma, él podría haber vuelto, podría haberla matado.

Se oyó un suave pitido: había llegado otro ascensor. Uno de sus vecinos estaría en el pasillo dentro de un segundo. Mary metió la llave en la cerradura, el silbato colgando, y entró rápidamente en su oscuro apartamento.

Pulsó el interruptor, las luces se encendieron, se dio la vuelta y cerró la puerta, apoyándose en la palanca que hacía que el cerrojo encajara en su sitio.

Mary se quitó los zapatos y cruzó el salón, con sus paredes color melocotón, haciendo caso omiso del ojo rojo del contestador automático, que le hacía guiños. Entró en el dormitorio y se quitó la ropa, ropa que sabía que tiraría, ropa que nunca podría volver a ponerse, ropa que nunca quedaría limpia no importaba cuántas veces la lavara. Entró luego en el cuarto de baño adosado, pero no encendió la luz; se las apañó con la iluminación que llegaba de las lámparas Tiffany de sus mesillas de noche. Se metió en la ducha y, en la semioscuridad, se frotó y frotó y frotó hasta que sintió la piel enrojecida, y entonces sacó su grueso pijama de franela (el que guardaba para las noches de invierno más frías, el que la abrigaba más) y se lo puso, *y se* metió en la cama, abrazándose *y* tiritando *y* llorando un poco más *y* por fin, por fin, después de horas de llorar, se sumergió en un sueño inquieto salpicado de imágenes donde la perseguían y luchaba y la cortaban con cuchillos.

Reuben Montego nunca había visto a su jefe, el presidente de Inco, y la verdad es que le sorprendió que tuviera un número en la guía. Con considerable nerviosismo, lo llamó.

Reuben estaba orgulloso de su empresa. Inco había empezado, como tantas compañías canadienses, como subsidiaria de una firma estadounidense: en 1916, fue creada como filial canadiense de la International Nickel Company, una empresa minera de Nueva Jersey. Pero doce años más tarde, en 1928, la filial canadiense se convirtió en sede de la compañía por medio de un intercambio de acciones.

Las principales operaciones mineras de Inco se desarrollaban en y alrededor del cráter del meteorito de Subdury, donde hacía dieciocho mil años un asteroide de entre uno y tres kilómetros de diámetro había chocado contra el suelo a quince kilómetros por segundo.

El capital de Inco subía y bajaba dependiendo de la demanda mundial de níquel; la compañía proporcionaba un tercio del suministro en todo el mundo. Pero Inco se esforzaba siempre por ser una empresa cívica, así que cuando Herbert Chen, de la Universidad de California, propuso en 1984 que la profundidad de la mina Creighton de Inco, su baja radiactividad natural y la disponibilidad de grandes cantidades de agua pesada almacenadas para ser usadas en los reactores CANDU canadienses convertían a Sudbury en el emplazamiento ideal para el detector de neutrinos más avanzado del mundo, Inco accedió con entusiasmo a ceder el lugar gratis y a hacer las excavaciones adicionales para la cámara de

Librodot

detección de diez pisos y el pozo de mil doscientos metros que conducía hasta ella sin coste alguno.

Y aunque el Observatorio de Neutrinos de Sudbury era un proyecto conjunto de cinco universidades canadienses, dos estadounidenses, Oxford, Los Álamos, Lawrence Berkeley y Brookhaven National Laboratories, cualquier cargo de intrusión contra ese Neanderthal, ese Ponter, tendría que ser presentado por el propietario del terreno. Y ese era Inco.

-Hola, señor -dijo Reuben, cuando el presidente respondió al teléfono-. Por favor, discúlpeme por molestarlo en casa. Soy Reuben Montego, el doctor de...

-Sé quién es usted -dijo la voz grave y cultivada.

Eso halagó a Reuben, pero continuó.

-Señor, quisiera que llamara usted a la policía y dijera que Inco no va a presentar ningún cargo contra el hombre que encontramos dentro del Observatorio de Neutrinos de Sudbury.

-Le escucho.

-He conseguido convencer al hospital para que no le dé el alta a ese hombre. Una ingestión masiva de agua pesada puede ser fatal. Según el protocolo de Seguridad, trastorna la presión osmótica de las paredes celulares. Ese hombre no puede haber tragado lo suficiente para sufrir verdaderos daños, pero estamos utilizando eso como pretexto para impedir que le den el alta. De lo contrario, estaría en la trena ahora mismo.

-«La trena» -repitió el presidente, divertido.

Reuben se sintió aún más cohibido.

-De todas formas, como decía, creo que no debería estar en la cárcel.

-Dígame por qué -dijo la voz.

Y Reuben lo hizo.

El presidente de Inco era un hombre decidido.

-Haré esa llamada -dijo.

Ponter estaba tendido en una... bueno, era una cama, suponía, pero no era un hueco para estar a ras de suelo, sino que estaba elevada y sostenida por un armazón de metal de feo aspecto. Y la almohada era una bolsa amorfa rellena de... no estaba seguro de qué, pero desde luego no eran piñones secos, como su almohada de casa.

El hombre calvo (Ponter había visto pelusa en su oscuro cuero cabelludo, así que la calvicie debía de ser una afección, no un estado congénito) había salido de la habitación. Ponter entrelazó los dedos tras la cabeza, dando un apoyo más firme a su cráneo. No era molesto para Hak. Los escáneres de su Acompañante lo percibían todo dentro de un radio de un par de pasos: sólo tenía que descubrir su lente direccional cuando miraba un objeto que quedaba fuera de su alcance.

-Es claramente de noche -dijo Ponter, al aire.

-Sí -contestó Hak. Ponter sintió los implantes en el caracol de su oído vibrar levemente mientras su cabeza se apoyaba contra sus brazos.

-Pero fuera no está oscuro. Hay una ventana en esta habitación, pero parece que han inundado el exterior con luz artificial. -Me pregunto por qué -dijo Hak.

Ponter se levantó (qué extraño tener que pasar los pies por encima de la cama para levantarse) y se asomó a la ventana. Había demasiada claridad para ver las estrellas, pero...

-Está allí-dijo Ponter, colocando la muñeca contra el cristal para que Hak pudiera ver.

-Es la Luna de la Tierra, sí-dijo Hak-. Y su fase, un ligero menguante, es exactamente la adecuada para la fecha de hoy, 148/103/24.

Ponter sacudió la cabeza y regresó a la extraña cama elevada. Se sentó en el borde; era incómodo hacerlo, pues no tenía respaldo trasero. Se tocó entonces la sien que el hombre de la

cabeza envuelta le había vendado. Ponter se preguntó si los vendajes de aquel hombre se debían a que tenía una herida en la cabeza.

-Me lastimé la cabeza -dijo Ponter, al aire.

Sí -respondió Hak-, pero ya viste las profundo vistas que te sacaron. No había ningún daño serio.

-Pero estuve a punto de ahogarme, también.

-Eso es verdad.

-Así que... así que tal vez mi cerebro resultó herido. Anoxia y todo eso...

-¿Crees que estás alucinando? -preguntó Hak.

-Bueno -dijo Ponter, alzando el brazo derecho, e indicando con un gesto la extraña habitación que lo rodeaba-, ¿cómo si no explicar todo esto?

Hak guardó silencio un momento.

-Si estás alucinando -dijo la Acompañante , entonces si yo te digo que no lo estás podría ser parte de esa alucinación. Así que en realidad no tiene sentido que intente convencerte de lo contrario, ¿no?

Ponter se tumbó en la cama y contempló el techo, que carecía de relojes y obras de arte.

-Deberías intentar dormir un poco -dijo Hak-. Tal vez las cosas tengan más sentido por la mañana.

Ponter asintió levemente.

-Ruido blanco -dijo.

Hak obedeció, reproduciendo un suave siseo tranquilizador a través de los implantes del caracol, pero a Ponter le pareció que pasaba mucho tiempo antes de quedarse dormido.

9

SEGUNDO DÍA
SÁBADO, 3 DE AGOSTO
148/103/25

Adikor Huid no soportaba estar en casa. Todo en ella le recordaba al pobre, desaparecido Ponter. La silla favorita de Ponter, su bloque de datos, las esculturas que Ponter había seleccionado... todo. Por eso había salido, para sentarse en el patio y contemplar tristemente el paisaje. *Pabo* salió también y miró a Adikor un rato; *Rabo* era la perra de Ponter: la tenía desde mucho antes de que Adikor y Ponter empezaran a vivir juntos. Adikor la conservaría, aunque sólo fuera para que la casa no estuviera tan solitaria. *Pabo* regresó al interior. Adikor sabía que iba a la puerta delantera para ver si Ponter regresaba. Llevaba moviéndose de un lado a otro, asomándose a ambas puertas, desde que Adikor había vuelto a casa el día anterior. Adikor nunca había vuelto del trabajo sin Ponter hasta entonces; la pobre *Pabo* estaba desconcertada y muy triste sin duda.

Adikor estaba también profundamente triste. Se había pasado llorando casi toda la mañana. No gimoteaba, ni sollozaba: sólo lloraba, a veces incluso sin darse cuenta él mismo hasta que una gruesa lágrima le caía en el brazo o en la mano.

Los equipos de rescate habían registrado exhaustivamente la mina pero no habían encontrado ningún rastro de Ponter. Habían usado equipo portátil para localizar a su Acompañante, pero no habían conseguido detectar sus transmisiones. Perros y humanos

habían recorrido túnel tras túnel, intentando captar el olor de un hombre que podría estar inconsciente, oculto a la vista.

Pero no había nada. Ponter había desaparecido total y absolutamente, sin dejar rastro.

Adikor cambió de postura. La silla que ocupaba estaba hecha de tablas de pino, con un respaldo que sobresalía y amplios y planos reposabrazos donde podía sostenerse fácilmente un tubo de bebida. No había ninguna duda de que la silla era útil. Su fabricante (Adikor había olvidado el nombre de la mujer, pero estaba marcado en el respaldo) sin duda consideraba que había contribuido suficientemente a la sociedad. Los muebles eran necesarios; Adikor tenía una mesa y dos armaritos hechos por la misma carpintera.

Pero ¿cuál sería la contribución de Adikor, ahora que Ponter ya no estaba? Ponter era el brillante de la pareja; Adikor reconocía eso y lo aceptaba. Pero ¿ cómo contribuiría él ahora, sin Ponter, el querido, querido Ponter?

El trabajo de cálculo cuántico se había acabado, por lo que a Adikor se refería. Sin Ponter, no continuaría. Otros (había un grupo femenino al otro lado del océano, en Evsoy, y otro masculino en la costa oeste de aquel continente) continuarían trabajando en líneas paralelas. Les deseaba suerte, suponía, pero aunque leería sus informes con interés, una parte de sí siempre lamentaría que no fueran Ponter y él los que hicieran los descubrimientos.

Álamos y abedules formaban un frondoso dosel alrededor del patio y los lirios blancos florecían al pie musgoso de los árboles. Una ardilla pasó correteando y Adikor oyó a un pájaro carpintero picoteando un tronco. Inspiró profundamente, inhalando pólenes y los olores de hojas y suelo.

Se oyó algo moviéndose; de vez en cuando, un animal grande se acercaba a la casa durante el día y...

De repente, *Pabo* salió corriendo por la puerta trasera. También ella había detectado la llegada. Adikor hinchó las aletas de la nariz. Era una persona (un hombre) quien venía.

¿Podría ser...?

Pabo dejó escapar un gemido lastimero. El hombre apareció a la vista. No era Ponter. Por supuesto que no.

A Adikor le dolía la cabeza. *Pabo* regresó a la casa, a la puerta delantera, para continuar su vigilia.

-Día sano -le dijo Adikor al hombre que llegaba. No era nadie a quien hubiera visto antes: un tipo rechoncho, de pelo rojizo. Llevaba una camisa suelta azul oscuro y un pantalón gris.

-¿Se llama usted Adikor Huld, y reside aquí, en el Borde de Saldak?

-Sí a lo primero -dijo Adikor-, y obviamente a lo segundo.

El hombre alzó el brazo izquierdo, apuntando a Adikor con el interior de su muñeca. Quería transferir algo al Acompañante de Adikor, sin duda.

Adikor asintió y sacó una clavija de control de su Acompañante. Vio cómo la pantallita de su unidad destellaba al recibir datos. Esperaba que fuese una carta de presentación: quizás era un pariente que visitaba la zona, o tal vez un mercader buscando trabajo, transfiriendo sus credenciales. Adikor podría borrar la información fácilmente si no era de interés.

-Adikor Huld -dijo el hombre-, es mi deber informarle que Daklar Bolbay, actuando como *tabant* de las menores Jasmel Ket y Megameg Bek, le acusa del asesinato del padre de éstas, Ponter Boddit.

-e Qué? -dijo Adikor, alzando la cabeza-. Está usted bromeando.

-No, no bromeo.

-Pero Daklar es... era la mujer-compañera de Klast. Me conoce desde hace años.

-Da lo mismo -dijo el hombre-. Por favor, muéstreme su muñeca para que pueda confirmar que se han transferido los documentos apropiados.

Adikor, aturdido, así lo hizo. El hombre simplemente miró la pantalla (decía «Bolbay acusa a Huld, transferencia completa»), y luego miró de nuevo a Adikor.

-Habrá un *dooslarm basadlarm* -(una antigua fórmula que significaba literalmente «preguntar pequeño antes de preguntar grande»)-, para determinar si debe usted enfrentarse a un tribunal completo por este crimen.

-¡No ha habido ningún crimen! -dijo Adikor, la furia creciendo en su interior-. Ponter ha desaparecido. Puede que esté muerto, eso lo reconozco, pero si es así, fue un accidente.

El hombre lo ignoró.

-Puede elegir libremente a cualquier persona para que hable en su favor. El *dooslarm basadlarm* ha sido fijado para mañana por la mañana.

-¡Mañana! -Adikor sintió que cerraba los puños-. ¡Eso es ridículo!

-La justicia pospuesta no es justicia en absoluto -dijo el hombre mientras se marchaba.

10

Mary necesitaba café. Se levantó de la cama, fue a la cocina y puso la cafetera en marcha. Luego entró en el salón y pulsó el botón de reproducción de su contestador automático, un viejo y fiel Panasonic que emitía fuertes chasquidos cuando arrancaba y terminaba de rebobinar su cinta.

-Cuatro mensajes nuevos -anunció la voz masculina, fría y carente de emoción, y entonces el aparato empezó a reproducirlos.

-Qué tal, hermanita, soy Christine. Tengo que contarte lo de este tipo nuevo con el que estoy saliendo... lo conocí en el trabajo. Sí, lo sé, lo sé, siempre dices que no me líe con nadie de la oficina, pero de verdad, es tan guapo y tan simpático, y tan gracioso. ¡Te lo juro por Dios, hermanita, es un verdadero hallazgo!

Un verdadero hallazgo, pensó Mary. *Santo cielo, otro verdadero hallazgo.*

La voz mecánica de nuevo:

-Viernes, 9.04 p.m.

Eso era poco más de las seis en Sacramento. Christine debía de haber llamado en cuanto volvió a casa de la oficina.

-Hola, Mary, soy Rose. Hace siglos que no te veo. Vamos a almorzar juntas, ¿eh? ¿Tienen un Blueberry Hill en York? Me acercaré e iremos... cerraron el que tengo cerca. De todas formas, supongo que ahora estás fuera... espero que te lo estés pasando genial, sea lo que sea que estés haciendo. Dame un toque.

La voz de la máquina:

-Viernes, 9.33 p.m.

Dios, pensó Mary. Santo Dios. Eso debió de ser exactamente cuando... cuando...

Cerró los ojos.

Y entonces se reprodujo el siguiente mensaje.

-¿Profesora Vaughan? _ dijo una voz con acento jamaicano-. ¿Es el domicilio de la profesora Mary Vaughan, la genetista? Lo siento si no lo es... y odio tener que llamar tan tarde. Lo intenté en el campus de York, por si todavía estaba usted allí, pero se puso el contestador. Hice que información telefónica me diera los números de todas las M. Vaughan de Richmond Hill... hay un artículo en la red sobre usted que dice que es ahí donde vive.

El mensaje contestador de Mary sólo decía «Soy Mary», pero quien llamaba presumiblemente se había contentado con eso.

-De todas formas... Dios, espero que no se me corte aquí... mire, me llamo Reuben Montego, soy médico, trabajo en la mina Creighton de Inco, en Sudbury. No sé si habrá visto ya las noticias, pero hemos encontrado un...

Hizo una pausa, y Mary se preguntó por qué. Hasta ahora había estado farfullando.

-Bueno, mire, si no ha visto las noticias, digamos que hemos encontrado lo que creemos que es un espécimen de Neanderthal en, ah, un estado notable.

Mary sacudió la cabeza. No había ningún fósil de Neanderthales en América del Norte. El tipo debía de haber encontrado los restos de algún viejo canadiense nativo...

-Hice una búsqueda en la red con «Neanderthal» y «ADN», y su nombre no dejaba de aparecer. ¿Puede...?

Bip. El tipo había sobrepasado el tiempo máximo de grabación de los mensajes.

Viernes, 10.20 p.m. informó la voz robótica.

-Maldición, odio estas cosas -dijo el doctor Montego, cobrando otra vez vida-. Mire, lo que iba a decir es que nos gustaría que autentificara usted lo que tenemos aquí. Llámeme... en cualquier momento del día o de la noche, a mi móvil en...

Mary no tenía tiempo para eso. Ni ese día ni ningún otro por el momento. Además, los Neanderthales no eran su único interés; si se trataba de un hueso de nativo antiguo bien conservado, eso sería intrigante, pero la conservación tendría que ser verdaderamente notable para que el ADN no se hubiera deteriorado y...

Sudbury. Eso estaba en la zona septentrional de Ontario. ¿Podrían haber...?

Eso sería fabuloso. Otro hombre helado, petrificado, tal vez encontrado en las profundidades de una mina.

Pero, por Dios, ella no quería pensar en eso ahora mismo. No quería pensar en nada.

Mary regresó a la cocina y llenó un tazón del café ya preparado al que añadió un poco de batido de chocolate de un cartón de medio litro; no conocía a nadie más que hiciera eso, y había renunciado a intentar que se lo sirvieran en los restaurantes. Volvió luego al salón y puso la tele, un aparato de catorce pulgadas que normalmente no usaba mucho: prefería entretenerse con una novela de John Grisham, o, de vez en cuando, un romance de Harlequin, cuando volvía a casa por las noches.

Usó el mando a distancia para sintonizar CablePulse 24, un canal permanente de noticias que dedicaba sólo parte de su pantalla a los noticiarios: la parte derecha mostraba información meteorológica y financiera, y la inferior los titulares de *The National Post.* Mary quería ver cuál sería la temperatura ese día, y si iba a llover, a ver si desaparecía parte de la horrible humedad del aire, y...

-... la destrucción del Observatorio de Neutrinos de Sudbury -decía la Mujer Mofeta; Mary nunca recordaba su nombre, pero tenía una incongruente veta blanca en el pelo oscuro-. Se conocen pocos detalles, pero las instalaciones, situadas a más de dos kilómetros de profundidad, al parecer sufrieron un grave accidente alrededor de las 3.30 de la tarde. No se produjeron víctimas, pero el laboratorio de 73 millones de dólares está de momento clausurado. El detector, que apareció en todos los titulares el año pasado al resolver el llamado Problema de Neutrinos Solares, sondea los misterios del universo. Se inauguró con gran boato en 1998, con la visita del famoso físico Stephen Hawking. -Aparecieron imágenes de archivo de Hawking en su silla de ruedas recorriendo un pozo minero para acompañar el plano de la Mujer Mofeta-.Y hablando de misterios, un hospital de Sudbury sostiene que se halló un Neanderthal *vivo* dentro de la mina. Tenemos conexión con Don Wright. ¿Don?

Mary se quedó mirando, absolutamente asombrada, mientras un periodista nativo canadiense daba un breve informe. El tipo que mostraban en pantalla tenía en efecto arcos ciliares y...

Dios, el cráneo, visto fugazmente en una radiografía que alguien alzaba contra una ventana... *Parecía* Neanderthal, pero...

Pero ¿ cómo podía ser? ¿Cómo era posible? Por el amor de Dios, estaba claro que el tipo no era un salvaje, y llevaba un corte de pelo curioso. Mary veía a menudo CanalPulse 24;

sabía que no desdeñaban emitir de vez en cuando reportajes que eran poco más que anuncios poco disimulados de películas, pero...

Pero Mary estaba suscrita a una lista de correos sobre homínidos; había suficientes temas aburridos allí para que fuera imposible que se le hubiera pasado por alto si alguien fuera a hacer una película sobre los Neanderthal en Ontario...

Sudbury... Ella nunca había estado en Sudbury y...

Y, Cristo, sí, le haría bien marcharse una temporada. Pulsó el botón de memoria de llamadas de su contestador. El primero en aparecer fue un número con el código 705. Pulsó el botón de llamada y se acomodó en su asiento de Morticia, una silla de mimbre de alto respaldo que era su favorita. Después de tres llamadas, la voz que ella ya había escuchado contestó:

-Montego.

-Doctor Montego, soy Mary Vaughan.

-¡Profesora Vaughan! Gracias por llamar. Tenemos...

-Doctor Montego, mire... no tiene ni idea de lo... de lo *ocupada* que estoy ahora mismo. Si se trata de una broma o...

-No es ninguna broma, profesora, pero no queremos llevar a Ponter a ninguna parte todavía. ¿Puede venir usted a Sudbury?

-¿Están absolutamente seguros de tener algo real?

-No lo sé; eso es lo que queremos que nos diga usted. Mire, también estamos intentando contactar con Norman Thierry, de la UCLA, pero allí todavía ni siquiera son las ocho de la mañana y...

Jesús, ella no quería a Thierry metido en eso. Si era cierto (aunque, Dios, ¿cómo podría serlo?), sería una absoluta bomba.

-¿Para qué me quieren allí? -preguntó Mary.

-Quiero que tome usted directamente las muestras de ADN. Quiero que no haya ninguna duda sobre su autenticidad ni sobre su procedencia.

-Hacen falta... Dios, no sé, tal vez cuatro horas de carretera para llegar a Sudbury desde aquí.

-No se preocupe por eso -dijo Montego-. Tenemos preparado un avión de la corporación en Pearson desde anoche, por si llamaba usted. Tome un taxi al aeropuerto y podemos tenerla aquí antes de mediodía. No se preocupe; Inco le reembolsará todos los gastos.

Mary miró su apartamento, con sus estanterías blancas y sus muebles de mimbre, su colección de figuritas Royal Doulton, las láminas enmarcadas de Renoir. Podía pasarse por la Universidad de York para recoger el material adecuado, pero...

No. No quería volver allí. Todavía no... tal vez en septiembre, cuando tuviera que volver a dar clases.

Pero necesitaría el material. Y ahora era de día. Podía dejar el coche en el Aparcamiento DD, acercarse al Edificio Farquharson desde una dirección completamente distinta, sin pasar por donde...

Donde...

Cerró los ojos.

-Tendré que pasarme por York para recoger algunas cosas, pero... sí, muy bien, lo haré.

11

Faltaban veinticuatro días para el siguiente Dos que se convierten en Uno, esos fabulosos cuatro días de vacaciones que Adikor Huid anhelaba tanto cada mes. Pero, a pesar de que sería lo adecuado, desde luego no podía aguardar hasta entonces para hablar con la persona que esperaba que hablara en su favor en el *dooslarm basadlarm.* Podría haberla llamado con comunicación de voz, pero se perdía mucho cuando se intercambiaban sólo palabras, sin gestos o feromonas. No, esto iba a ser muy delicado: sin duda merecía un viaje al Centro.

Adikor usó su Acompañante para pedir un cubo de viaje y un conductor. La comunidad tenía más de tres mil coches; no tendría que esperar mucho a que uno viniera a recogerlo.

Su Acompañante le habló:

-Sabes que es Últimos Cinco, ¿no?

¡Cartílagos! Se le había olvidado. El efecto estaría en pleno apogeo. Sólo había ido dos veces antes al Centro durante Últimos Cinco; conocía a hombres que no lo habían hecho nunca, y de los que se había burlado diciéndoles que había escapado con vida por los pelos.

Pese a todo, probablemente era una buena precaución meterse de nuevo en la piscina antes de ir, para reducir sus propias feromonas. Fue e hizo precisamente eso.

Una vez terminado el baño, se secó con un cordón y se vistió con una camisa marrón oscuro y un pantalón marrón claro. En cuanto terminó, el cubo de viaje se posó ante la casa. *Pabo,* todavía buscando a Ponter, salió corriendo a ver quién había llegado. Adikor salió más despacio.

El cubo era la última versión, casi transparente por completo, con motores de efecto suelo debajo y asientos en cada esquina, una de las cuales ocupaba el conductor. Adikor subió y se sentó en el asiento acolchado, junto a éste.

-¿Va al Centro? -preguntó el conductor, un 143 con una tira calva que le corría por la cabeza, donde se había ensanchado.

-Sí.

-¿Sabe que es Últimos Cinco?

-Lo sé.

El conductor se echó a reír.

-Bueno, no le estaré esperando.

-Lo sé -dijo Adikor-. Vamos.

El conductor asintió y operó los controles. El cubo tenía un buen anulador de sonido: Adikor apenas oía los ventiladores. Se preparó para el viaje. Pasaron junto a otro par de cubos, ambos con pasajeros masculinos. Adikor pensó que los conductores probablemente se consideraban muy útiles: él no había manejado nunca un cubo de viaje, pero tal vez ese trabajo le gustaría...

-¿Cuál es su contribución?-preguntó el conductor en tono tranquilo, para trabar conversación.

Adikor siguió mirando el panorama a través de las paredes del cubo.

-Soy físico.

-¿Aquí? -dijo el conductor, parecía incrédulo.

-Tenemos unas instalaciones en una de las minas.

-Ah, sí -repuso el conductor-. He oído hablar de eso. Ordenadores modernos, ¿verdad?

Un ganso volaba sobre ellos, su cara blanca resaltaba contra su cuello y su cabeza negros. Adikor lo siguió con la mirada.

-Sí.

-¿Cómo va?

Ser acusado de un crimen cambiaba tu perspectiva de todo, advirtió Adikor. En circunstancias normales hubiese dicho «bien», en vez de contar toda la lamentable historia. Pero incluso el conductor podía ser llamado a declarar en algún momento: «Sí, adjudicador,

conduje al sabio Huld, y cuando le pregunté cómo iban las cosas en sus instalaciones, dijo: "Bien." Ponter Boddit estaba muerto, pero no mostraba ningún tipo de remordimiento.»

Adikor inspiró profundamente, y luego midió sus palabras con cuidado.

-Hubo un accidente ayer. Mi compañero murió.

-Oh -dijo el conductor-. Lamento oír eso.

El paisaje era yermo en ese punto: antiguos macizos de granito v matorrales bajos.

-Yo también -dijo Adikor.

Continuaron en silencio. No había manera de que pudieran declararlo culpable de asesinato; sin duda el adjudicador diría que si no había cadáver, no había ninguna prueba de que Ponter estaba muerto, mucho menos de que hubiera sido víctima de un crimen.

Pero si...

Si lo condenaban por asesino, entonces...

¿Entonces qué? Sin duda lo despojarían de sus propiedades y se lo darían todo a la mujer-compañera de Ponter y sus hijos, pero... pero no, no, Klast llevaba ya muerta veinte meses.

Pero, aparte de quitarle sus propiedades, ¿qué más?

Seguro... seguro que eso no.

Y sin embargo, para un asesinato, ¿qué otra pena podían imponerle? Parecía inhumano, pero había sido invocado cada vez que era necesario desde la primera generación.

Sin duda se estaba preocupando por nada. Daklar Bolbay se sentía desconsolada, sin duda, por la pérdida de Ponter... pues Ponter había sido el hombre-compañero de la propia mujer-compañera de Daklar; ambos habían estado unidos a Klast, y su muerte debía de haber golpeado a Bolbay tanto como a Ponter. ¡Y ahora ella había perdido también a Ponter! Sí, Adikor comprendía que su estado mental estuviera temporalmente desequilibrado por esta doble pérdida. Sin duda al cabo de un día o dos Bolbay recobraría la sensatez, retiraría la acusación y le ofrecería una disculpa.

Y Adikor aceptaría graciosamente la disculpa, ¿qué otra cosa podía hacer?

Pero ¿y si no retiraba los cargos? ¿Y si Adikor tenía que seguir con todo aquel absurdo hasta un tribunal? ¿Entonces qué? Bueno, tendría que...

El conductor sacó a Adikor de su ensimismamiento:

-Casi hemos llegado al Centro. ¿Tiene una dirección exacta?

-Lado norte, plaza Milbon.

Adikor vio que el conductor subía y bajaba la cabeza expresando su reconocimiento.

En efecto, se estaban acercando al Centro: las tierras despejadas daban paso a macizos de álamos y abedules, y a bloques de edificios de árboles cultivados y ladrillo gris. Era casi mediodía y las nubes habían desaparecido.

Mientras continuaban, Adikor vio la primera, y luego otra, y después varias más, caminando: las criaturas más hermosas del mundo.

Una de una pareja vio el cubo de viaje y señaló a Adikor. No era tan extraño que un hombre visitara el Centro en un momento u otro aparte de los cuatro días durante los que Dos se convertían en Uno, pero sí era notable en Últimos Cinco, a final de mes.

Adikor trató de ignorar las miradas de las mujeres mientras el conductor continuaba su viaje.

No, pensó. No, no podían declararlo culpable. ¡No había ningún cadáver!

Y sin embargo, si lo hacían...

Adikor se agitó en su asiento mientras el cubo continuaba volando. Notó que el escroto se le contraía, como si sus contenidos quisieran escalar por dentro de su torso, para alejarse del peligro.

12

Reuben Montego estaba encantado de que Mary Vaughan acudiera desde Toronto. Una parte de él esperaba que pudiera demostrar genéticamente que Ponter *no era* un Neanderthal, que demostrara que era una simple variedad de ser humano. Eso devolvería cierta racionalidad a la situación. Después de una noche de sueños inquietos, para Reuben era más fácil aferrarse a la idea de que algún chalado se había hecho alterar para parecer un Neanderthal que aceptar que fuera uno de verdad. Tal vez Ponter era en efecto miembro de algún culto extraño, como Reuben había pensado al principio. Si hubiera llevado una serie de cascos apretados mientras crecía, cada uno esculpido en forma de cabeza de Neanderthal, su cráneo podría haber desarrollado esa forma. Y, en algún momento, obviamente, se había sometido a cirugía submaxilar para dar a su mandíbula inferior ese aspecto prehistórico...

Sí, *podría* haber sucedido así, pensó Reuben.

No tenía sentido ir directamente al aeropuerto de Sudbury; todavía faltaban un par de horas para que llegara la profesora Vaughan. Reuben se dirigió al centro de salud St. Joseph's para ver cómo se encontraba Ponter.

Lo primero que advirtió cuando entró en la habitación del hospital fueron los oscuros semicírculos bajo los ojos de Ponter. Reuben se alegró de no mostrar él mismo casi nunca tal signo de fatiga. Sus padres, allá en Kingston (la de Jamaica, no de Ontario, aunque había vivido una temporada allí también) nunca tenían modo de saber cuándo se había quedado despierto la mitad de la noche leyendo cómics.

Tal vez, pensó Reuben, el doctor Singh debería haberle recetado un sedante a Ponter. Aunque fuera de verdad un Neanderthal, casi con toda certeza todo lo que funcionara en un humano corriente sería efectivo también con él. Pero claro, si la responsabilidad hubiera sido suya, Reuben también se habría pasado de cauto.

En cualquier caso, ahora Ponter estaba sentado en la cama tomando un desayuno tardío que le había traído una enfermera. Se había quedado mirando la bandeja un rato después de su llegada, como si faltara algo. Finalmente envolvió la mano derecha en la servilleta de lino blanco, y estaba usando esa mano cubierta para comer con ella, cogiendo tiras de bacón una a una. Sólo usó los cubiertos para los huevos revueltos, aunque empleó la cuchara en vez del tenedor.

Ponter apartó la tostada después de olisquearla. También rechazó el contenido de la cajita de copos de cereales Kellogg's, aunque pareció disfrutar de las perforaciones que permitían transformar la caja en un cuenco. Después de un sorbo tentativo, apuró la tacita de plástico de zumo de naranja de un solo trago, pero no quiso saber nada del café ni del cartón de 250 mililitros de leche semidesnatada.

Reuben se metió en el cuarto de baño para llevarle a Ponter un vaso de agua... y se detuvo en seco.

Ponter *era* de alguna otra parte. Tenía que serlo. Oh, era bastante corriente que una persona se olvidara de vaciar la cisterna, pero...

Pero Ponter no sólo no había tirado de la cadena: se había limpiado con la larga y fina tira de «Esterilizado para su protección» en vez de con el papel higiénico. Nadie de ninguna parte del mundo civilizado podría cometer ese error. Y Ponter pertenecía sin duda a una cultura tecnológica, con aquel intrigante implante que tenía en la parte interior de la muñeca izquierda.

Bueno, pensó Reuben, la mejor forma de descubrir cosas sobre ese hombre era hablar con él. Estaba claro que no sabía, o no quería, hablar inglés, pero, como solía decir la vieja abuela de Reuben, hay entre nueve y sesenta maneras de despellejar un gato.

-Ponter -dijo Reuben, usando la única palabra que el otro había pronunciado anoche.

El hombre guardó un prolongado silencio durante un largo instante, y ladeó levemente la cabeza. Luego asintió, como si reconociera a alguien aparte de Reuben.

-Reuben -dijo.

Reuben sonrió.

-Eso es. Mi nombre es Reuben. -Habló despacio-. Y su nombre es Ponter.

Ponter, *ka.*

Reuben señaló el implante que Ponter tenía en la muñeca izquierda.-¿Qué es eso? -dijo.

Ponter alzó el brazo.

-Pasalab -dijo. Lo repitió despacio, sílaba a sílaba, al parecer comprendiendo que había comenzado una lección de lenguaje-. *Pasalab.*

Reuben advirtió el error cometido; no había ninguna palabra inglesa equivalente que intercambiar. Oh, tal vez «implante», pero parecía un término demasiado genérico. Decidió probar con algo diferente. Alzó un dedo.

-Uno -dijo.

-Kolb -dijo Ponter.

Hizo el signo de la paz.

-Dos.

-Dak.

El honor de los scouts.

-Tres.

-Narb.

Cuatro dedos. -Cuatro.

-Dost.

Una mano completa, los dedos separados.

-Cinco.

-Alm.

Reuben continuó, añadiendo cada vez un dedo de su mano izquierda hasta completar las cifras del uno al diez. Después intentó alternar los números, sin seguir ninguna secuencia, para ver si Ponter daba siempre la misma palabra por respuesta o si se lo estaba inventando todo sobre la marcha. Por lo que Reuben podía decir (tenía problemas para seguir la pista de aquellas extrañas palabras) Ponter no se equivocó ni una sola vez. No *era* sólo un truco: parecía un verdadero lenguaje.

A continuación, Reuben indicó partes de su propio cuerpo. Se señaló con un dedo índice la cabeza afeitada.

-Cabeza -dijo.

Ponter señaló su propia cabeza.

-Kadun -dijo.

A continuación, Reuben se indicó el ojo izquierdo.

-Ojo.

Y entonces Ponter hizo algo sorprendente. Alzó la mano derecha, la palma hacia afuera, como pidiéndole a Reuben que esperara un momento, y empezó a hablar rápidamente en su propio lenguaje, con la cabeza levemente gacha y ladeada, como si hablara por teléfono con alguien invisible.

-¡Esto es patético! -dijo Hak a través de los implantes en el caracol del oído de Ponter.

-¿Sí? -replicó Ponter-. Nosotros no somos como vosotros, ¿sabes? No podemos descargar información.

-Tanto peor para vosotros -dijo Hak-, pero de verdad, si hubieras prestado atención a lo que se han estado diciendo entre sí y a lo que te han estado diciendo desde que llegamos, ya habrías pillado mucho más de su lenguaje que una simple lista de nombres. He catalogado de forma fiable 116 palabras de su lenguaje, y con razonable fiabilidad he deducido otras 240, basándome en el contexto en que fueron utilizadas.

-Bien -dijo Ponter, algo picado-, si crees que puedes hacerlo mejor que yo...

-Con el debido respeto, un chimpancé aprendería mejor que tú un lenguaje.

-¡Bien! -dijo Ponter. Extendió la mano y tiró de la clavija de control de su Acompañante que conectaba con el altavoz externo-. ¡Hazlo tú!

-Con sumo gusto -dijo Hak, a través de los implantes en el oído, y luego pasó al altavoz...

-Hola -dijo una voz femenina. El corazón de Reuben dio un brinco-. ¡Yuju! Aquí.

Reuben miró hacia abajo. La voz procedía del extraño implante que Ponter llevaba en la muñeca izquierda.

-Háblele a la mano -dijo el implante.

-Umm -dijo Reuben. Y luego añadió-: Hola.

-Hola, Reuben -dijo la voz femenina-. Mi nombre es Hak. -Hak -repitió Reuben, sacudiendo levemente la cabeza-. ¿Dónde está?

-Estoy aquí.

-No, quiero decir *dónde* está. Supongo que esa cosa es una especie de teléfono móvil... por cierto, que está prohibido usarlos en los hospitales: pueden interferir en los equipos médicos. ¿Podríamos llamarla...?

¡Bliiip!

Reuben dejó de hablar. El pitido había surgido del implante. -Aprendizaje de lenguaje -dijo Hak-. Siga.

-¿Aprendizaje? Pero...

-*Siga* -repitió Hak.

-Um, sí, vale. Muy bien.

De repente Ponter asintió, como si hubiera oído una petición que Reuben no hubiera advertido. Señaló la puerta de la habitación.

-¿Eso? -dijo Reuben-. Oh, eso es una puerta.

-Demasiadas palabras -dijo Hak.

Reuben asintió.

-Puerta -dijo-. Puerta.

Ponter se levantó de la cama y caminó hacia la puerta. Puso su manaza sobre el pomo, y la abrió.

-Um -dijo Reuben. Y luego-: ¡Oh! Abrir. Abrir.

Ponter cerró la puerta.

-Cerrar.

Ponter abrió y cerró repetidas veces la puerta.

Reuben frunció el entrecejo, y luego comprendió.

-Abrir. Está abriendo la puerta. O cerrándola. Abrir. Cerrar. Abrir. Cerrar.

Ponter se dirigió a la ventana. La indicó con un gesto de ambas manos. -Ventana -dijo Reuben.

Dio un golpecito al cristal.

-Cristal -informó Reuben.

De nuevo la voz femenina cuando Ponter subió la ventana, exponiendo la pantalla.

-Estoy abriendo la ventana.

-¡Sí! -dijo Reuben-. ¡Abriendo la ventana! ¡Sí!

Ponter bajó la ventana.

-Estoy cerrando la ventana -dijo la voz femenina.

-¡Sí! -dijo Reuben-. ¡Sí, eso es!

13

Adikor Huld había olvidado cómo era Últimos Cinco. Podía olerlas, oler a todas las mujeres. No estaban menstruando... todavía no. El principio de eso, coincidiendo con la luna nueva, marcaría el final de Últimos Cinco, el final del mes actual y el principio del siguiente. Pero todas estarían menstruando pronto; lo notaba por las feromonas que flotaban en el aire.

Bueno, no *todas* ellas, naturalmente. Las prepúberes (miembros de la generación 148) no lo harían, ni tampoco las posmenopáusicas, miembros en su mayoría de la generación 144, ni todas las de generaciones anteriores. Y si alguna de ellas estuviera preñada o dando el pecho, tampoco menstruaría. Pero la generación 149 no se produciría hasta dentro de muchos meses y la generación 148 había sido destetada hacía tiempo. Naturalmente, había unas cuantas que, normalmente sin tener ninguna culpa, eran estériles. Pero el resto, al vivir juntas en el Centro, al oler fácilmente las feromonas de las otras, todas sincronizaban sus ciclos: todas estaban a punto de iniciar el periodo.

Adikor comprendía bien que eran los cambios hormonales los que hacían que muchas de ellas estuvieran inquietas al final de cada mes, y por eso sus antepasados varones, mucho antes de que empezaran a numerar las generaciones, se retiraban a las montañas durante esa época.

El conductor dejó a Adikor cerca de la casa que estaba buscando, un sencillo edificio rectangular, cubierto a medias por la arboricultura, construido en parte con ladrillos y argamasa, con paneles solares en el techo. Adikor inspiró profundamente por la boca: un acto tranquilizador que eludía sus senos nasales y su sentido del olor. Resopló lentamente y recorrió el pequeño sendero entre la disposición de rocas, flores, hierba y matorrales que cubrían el área frontal de la casa. Cuando llegó a la puerta, que estaba entornada, llamó:

-¿Hola? ¿Hay alguien en casa?

Un momento después apareció Jasmel Ket. Era alta, esbelta y acababa de pasar su 225 luna, la edad de la mayoría. Adikor vio a Ponter en su cara, y a Klast también: por fortuna, Jasmel había heredado los ojos de él y las mejillas de ella, en vez de al revés.

-Qqqué -tartamudeó Jasmel. Luchó por controlarse, luego lo intentó otra vez-. ¿Qué estás haciendo aquí?

-Día sano, Jasmel -dijo Adikor-. Ha pasado mucho tiempo.

Tienes un montón de músculos en el cuello para venir aquí... ¡y durante Últimos Cinco además!

Yo no maté a tu padre -dijo Adikor-. De verdad, no lo hice.

-Ha desaparecido, ¿no? Si está vivo, ¿dónde está?

-Si está muerto, ¿dónde está su cadáver? -preguntó Adikor.

-No lo sé. Daklar dice que te deshiciste de él.

-¿Está aquí Daklar?

No, ha ido al intercambio de habilidades.

-¿Puedo pasar?

Jasmel miró su implante Acompañante, como para asegurarse de que seguía funcionando.

-Yo... supongo que sí -dijo.

-Gracias.

Ella se hizo a un lado, y Adikor entró en la casa. El interior era fresco, un alivio que se agradecía en el calor del verano. Un robot casero ronroneaba al fondo, levantando cosas con sus brazos de insecto y sorbiendo el polvo con su pequeña aspiradora.

-¿Dónde está tu hermana? -preguntó Adikor.

-Megameg-dijo Jasmel, recalcando el nombre, como si fuera un detalle que Adikor hubiera olvidado-. Megameg está jugando al *barstalk* con sus amigas.

Adikor se preguntó si tenía que demostrar que lo sabía todo acerca de Megameg; después de todo, Ponter hablaba de ella y de Jasmel constantemente. Si ésa hubiera sido una visita social, tal vez lo hubiese mencionado. Pero era más que eso, mucho más.

Sí, Megameg Bek. Una 148, ¿verdad? Un poco pequeña para su edad, pero quisquillosa. Quiere ser cirujano cuando crezca, creo. Jasmel no dijo nada.

-Y tú -continuó Adikor-, Jasmel Ket, estudias para ser historiadora. Te interesa en especial la Evsoy anterior a la generación uno, pero también te atraen las generaciones treinta a cuarenta de este continente y...

-Muy bien -dijo Jasmel, interrumpiéndolo.

-Tu padre hablaba a menudo de vosotras... y con gran orgullo y amor.

Jasmel alzó levemente las cejas, claramente sorprendida y halagada al mismo tiempo.

-Yo no lo maté -repitió Adikor-. Créeme, lo echo más de menos de lo que puedo decir. Es...

Se detuvo. Había estado a punto de señalar que no había habido todavía un Dos que se convierten en Uno desde la desaparición de Ponter; Jasmel no había tenido que enfrentarse a su ausencia todavía. De hecho, habría sido raro que ella hubiera visto a su padre en los tres últimos días, desde la última vez que Dos dejaron de ser Uno. Pero Adikor había tenido que afrontar la realidad de la ausencia de Ponter, el vacío de su hogar, todos los momentos conscientes desde que desapareció. Sin embargo, no tenía sentido discutir quién sentía la pena más grande; después de todo Adikor reconocía que, por mucho que amara a Ponter, Ponter y su hija Jasmel estaban relacionados genéticamente.

Sin embargo, tal vez Jasmel había estado pensando lo mismo.

-Yo también lo echo de menos. Ya. Yo... -Apartó la mirada-. No pasé mucho tiempo con él cuando Dos se convirtieron en Uno la última vez. Está ese chico, sabes, que...

Adikor asintió. No estaba seguro de cómo era ser padre de una mujer joven. Él mismo no había tenido ningún hijo de la generación 147; oh, se había emparejado con Lurt cuando esa generación fue concebida, pero por algún motivo ella no se quedó embarazada... y, sí, habían soportado los chistes de rigor sobre un físico y una química que no lograban comprender la biología. El retoño de Adikor de la generación 148 era Dab, un niño pequeño que todavía vivía con su madre, y Dab quería pasar todo el tiempo posible con su padre cuando se reunían cada mes.

Pero Adikor había oído... bueno, no eran realmente quejas de Pont^{er}. El comprendía que así eran las cosas. Pero, de todas formas, que Jasmel tuviera tan poco tiempo para él cuando Dos se convertían en Uno había entristecido a Ponter, Adikor lo sabía. Y ahora, al parecer, Jasmel estaba aceptando el hecho de que su padre no estaría allí nunca más, que echaría de menos el tiempo que podría haber pasado con él, y ya no había manera de enmendar las cosas, ningún modo de recuperarlo, ni de volver a ser abrazada por él, ni de oír su voz alabándola o contándole un chiste o preguntándole cómo le iban las cosas.

Adikor miró a su alrededor la habitación y tomó asiento. La silla era de madera, *hecha* por la misma carpintera que suministraba las sillas que Ponter y él tenían en casa: la mujer era amiga de Klast.

Jasmel se sentó al otro lado de la habitación. Detrás de ella, el robot de limpieza se marchó a otra parte de la casa.

-¿Sabes qué sucederá si me declaran culpable? -preguntó Adikor. Jasmel cerró los ojos, tal vez para mirar hacia abajo.

-Sí -dijo en voz baja. Pero entonces, como si fuera una defensa, añadió-: ¿Qué diferencia hay, de todas formas? Ya te has reproducido. Tienes dos hijos.

-No -respondió Adikor-. Sólo tengo uno, un 148.

-Oh -dijo Jasmel en voz baja, tal vez avergonzada por saber menos del compañero de su padre de lo que Adikor sabía sobre las hijas de su compañero.

-Y además, no se trata sólo de mí. Mi hijo Dab será esterilizado también, y mi hermana Kelon... todos los que compartan el cincuenta por ciento de mi material genético.

Naturalmente, ya no eran los días bárbaros de antaño: ahora era la época de las pruebas genéticas. Si Kelon o Dab demostraban que no habían heredado los genes aberrantes de Adikor, tendrían derecho a evitar ser operados. Pero aunque algunos crímenes tenían sencillas causas genéticas bien comprendidas, la tendencia asesina no tenía marcadores tan simples. Y además el asesinato era un crimen tan horrible que no podía permitirse de ningún modo que se transmitiera, por remota que fuese la posibilidad.

-Lo lamento -dijo Jasmel-. Pero...

-No hay peros -dijo Adikor-. Soy inocente.

-Entonces el adjudicador te declarará inocente.

Ah, la falta de experiencia de la juventud, pensó Adikor. Habría sido enternecedor, de no ser por lo que estaba en juego.

-Es un caso muy extraño -dijo Adikor-. Incluso yo lo admito.

Pero no tenía motivo alguno para matar al hombre que amo.

-Daklar dice que siempre te resultó difícil estar a sotavento de mi padre.

Adikor sintió que se le envaraba la espalda.

-Yo no diría eso.

-Yo sí -dijo Jasmel-. Mi padre, seamos sinceros, era más inteligente que tú. No te gustaba ser un adjunto a su genio.

-«Contribuimos lo mejor que podemos» -dijo Adikor, citando el *Código de la Civilización.*

-Eso hacemos, en efecto -dijo Jasmel-. Y tú querías que tu contribución fuera la principal. Pero en vuestra colaboración, eran las ideas de Ponter las que se ponían a prueba.

-Eso no es motivo para matarlo -replicó Adikor.

-¿No? Mi padre ya no está, y tú eres el único que estaba con él cuando desapareció.

-Sí, ya no está. No está y...

Adikor sintió que las lágrimas se acumulaban en sus ojos, lágrimas de tristeza y de frustración.

-Lo echo mucho de menos. Lo digo con la cabeza inclinada hacia atrás: yo no lo hice. No podría haberlo hecho.

Jasmel miró a Adikor. Él notó que las aletas de la nariz de ella se dilataban, captando su olor, sus feromonas.

-¿Por qué debería creerte? -preguntó, cruzando los brazos sobre el pecho.

Adikor frunció el ceño. Había dejado claro su dolor, había tratado de argumentar emociones. Pero aquella muchacha tenía más que los ojos de Ponter: tenía también su mente. Una mente aguda y analítica, una mente que atesoraba la lógica y lo racional.

-Muy bien -dijo Adikor-. Considera esto: si soy culpable de asesinar a tu padre, seré sentenciado. Perderé no sólo mi capacidad para reproducirme, sino también mi posición y mis pertenencias. No podré continuar mi trabajo: el Consejo Gris sin duda exigirá una contribución más directa y tangible a un asesino convicto si quiero seguir siendo parte de la sociedad.

-Y bien que hará -dijo Jasmel.

-Ah, pero si *no soy* culpable... si *nadie* es culpable, si tu padre ha desaparecido, si está perdido, necesita ayuda. Necesita *mi* ayuda: yo soy el único que podría... *recuperarlo.* Sin mí, tu padre ha desaparecido para siempre. -La miró a los ojos dorados-. ¿No lo ves? La postura sensata es creerme: si estoy mintiendo y asesiné a Ponter..., bueno, ningún castigo lo devolverá. Pero si estoy diciendo la verdad y

Ponter no fue asesinado, entonces la única esperanza que tiene es que yo pueda continuar buscándolo.

-Ya han registrado la mina -dijo Jasmel sin inflexiones. -La mina sí, pero...

Librodot

¿Se atrevería a decírselo? Cuando las palabras resonaban dentro de su cabeza parecía una locura; imaginaba lo loco que parecería cuando lo dijera.

-Estábamos trabajando con universos paralelos -dijo Adikor-.

Es posible... remotamente posible, lo sé, pero me niego a renunciar a él, al hombre que es tan importante para ambos..., es posible que se haya, bueno, *deslizado* a otro de esos universos. -La miró, implorante-. Tienes que saber algo del trabajo de tu padre. Aunque le concedieras poco tiempo -vio que aquellas palabras calaban hondo-, tuvo que haberte hablado de nuestro trabajo, de sus teorías.

Jasmel asintió.

-Me habló, sí.

Bueno, entonces, podría..., sólo podría, haber una posibilidad. Pero necesito superar este apestoso *dooslarm basadlarm.* Tengo que volver al trabajo.

Jasmel calló un buen rato. Adikor sabía, por sus ocasionales discusiones con su padre, que dejarla reflexionar en paz sería más efectivo que insistir, pero no pudo evitarlo.

-Por favor, Jasmel. Por favor. Es el único movimiento sensato: asumir que no soy culpable y que hay una posibilidad de que podamos recuperar a Ponter. Decide que soy culpable, y habrá desaparecido para siempre.

Jasmel guardó silencio un rato más. Luego dijo:

¿Qué quieres de mí?

Adikor parpadeó.

-Yo, ah, pensaba que era obvio -dijo-. Quiero que hables en mi favor en el *dooslarm basadlarm.*

*-¿Yo?*exclamó Jasmel-. ¡Pero si yo soy quien te acusa de asesinato!

Adikor alzó su muñeca izquierda.

-He revisado con cuidado los documentos que me entregaron. Mi acusador es la mujer-compañera de tu madre, Daklar Bolbay, actuando en nombre de las hijas de tu madre: tú y Megameg Bek.

-Exactamente.

-Pero ella no puede actuar en tu nombre. Has visto ya 225 lunas, eres una adulta. Sí, no puedes votar todavía... ni yo tampoco, naturalmente, pero eres responsable de ti misma. Daklar sigue siendo la *tabant* de la joven Megameg, pero no la tuya.

Jasmel frunció el ceño.

-Yo... no había pensado en eso. Me he acostumbrado tanto a que Daklar nos cuide a mi hermana y a mí...

-Ahora eres tu propia persona ante la ley. Y nadie podría persuadir mejor a un adjudicador de que yo no maté a Ponter que su propia hija.

Jasmel cerró los ojos, inspiró profundamente y dejó escapar el aire en un largo y entrecortado suspiro.

-Muy bien -dijo por fin-. Muy bien. Si hay una posibilidad, cualquier posibilidad, de que mi padre siga vivo, tengo que aprovecharla. Tengo que hacerlo. -Asintió una sola vez-. Sí, yo seré quien hable en tu favor.

14

La sala de reuniones de la mina Creighton tenía diagramas en las paredes que mostraban la red de túneles y galerías. Un pedazo de mena de níquel ocupaba el centro de una larga mesa de madera. En un extremo de la sala había una bandera canadiense; en el otro, una gran ventana daba al aparcamiento y el agreste paisaje situado más allá.

A la cabecera de la mesa se encontraba Bonnie Jean Mah, una mujer blanca con abundante pelo castaño casada con un chinocanadiense, de allí su apellido. Era la directora del Observatorio de Neutrinos de Sudbury y acababa de llegar en avión de Ottawa.

A un lado de la mesa se sentaba Louise Benoit, la alta y hermosa posdoctorada presente en la sala de control del ONS en el momento del desastre. Y al otro lado se encontraba Scott Naylor, el ingeniero de la compañía que había fabricado la esfera acrílica situada en el corazón del ONS. Junto a él estaba Albert Shawwanossoway, el principal experto en mecánica geológica de Inco.

-Muy bien -dijo Bonnie Jean-. Para poner a todo el mundo al día, han empezado a secar la cámara del ONS, antes de que el agua pesada se contamine más. La AECL va a intentar separar el agua pesada del agua normal y, en teoría, deberíamos poder montar de nuevo la esfera y cargarla con el agua recuperada, y poner de nuevo el ONS en funcionamiento. -Contempló las caras de la habitación-. Pero sigo queriendo saber qué causó exactamente el accidente.

Naylor, un hombre blanco, regordete y calvo, dijo:

-Yo diría que la esfera que contenía el agua pesada reventó por la presión interior.

-¿Podría haber causado eso el desplazamiento provocado por un hombre al entrar en la esfera? -preguntó Bonnie Jean.

Naylor negó con la cabeza.

-La esfera contenía 1.100 toneladas de agua pesada; si se le añade un ser humano, que pesa cien kilos (un décimo de una tonelada), sólo se incrementa la masa en una diezmilésima. Los seres humanos tienen más o menos la misma densidad que el agua, así que el aumento de desplazamiento sólo sería también de una diezmilésima. La esfera acrílica podría soportarlo fácilmente.

-Entonces debe de haber empleado algún tipo de explosivo -dijo Shawwanossoway, un ojibwa de unos cincuenta años con el pelo largo y negro.

Naylor negó con la cabeza.

-Hemos examinado el agua recuperada del tanque. No hay rastros de ningún explosivo... y no hay muchos que resulten efectivos estando empapados, de todas formas.

-Entonces ¿qué? -preguntó Bonnie Jean-. ¿Podría haber habido, no sé, una incursión de magma o algo así, y que el agua hirviera? Shawwanossoway sacudió la cabeza.

-La temperatura del ONS, y de todo el complejo minero, se vigila continuamente: no hubo ningún cambio. En la caverna observatorio permanecía en su valor normal de 105 grados... Fahrenheit, es decir, 41 °C. Caliente, pero no cercana a la ebullición. Recuerden, también, que la mina está a dos kilómetros de profundidad, lo que significa que la presión del aire es de unos mil trescientos milibares... un 30% más que al nivel del mar. Y a mayor presión, naturalmente, el punto de ebullición sube, no baja.

-¿Y el caso contrario? -preguntó Bonnie Jean-. ¿Y si el agua pesada se congeló?

-Bueno, se habría expandido, igual que el agua normal -dijo Naylor. Frunció el ceño-. Sí, eso habría hecho reventar la esfera. Pero el agua pesada se congela a 3,82 °C. No podría hacer tanto frío allá abajo.

Louise Benoit se unió a la conversación.

-¿Y si entró algo más aparte de un hombre? ¿Cuánto material tendría que haberse añadido antes de que estallara?

Naylor lo pensó un momento.

-No estoy seguro; nunca se ha especificado. Siempre supimos exactamente cuánta agua pesada iba a cedernos la AECL. -Hizo una pausa-. Tal vez..., no lo sé, tal vez el 10%. Cien metros cúbicos, o así.

¿Y eso es cuánto? -preguntó Louise. Miró la sala de reuniones en la que se encontraban-. Esta sala mide unos seis metros de lado, ¿no?

-¿Veinte pies? -dijo Naylor-. Sí, supongo.

Librodot

-Y tiene techos de diez pies de altura... es decir, unos tres metros

-continuó Louise-. Así que está usted hablando de un volumen de material tan grande como el contenido de esta sala.

-Más o menos, supongo.

-Eso es ridículo, Louise dijo Bonnie Jean-. Lo único que se encontró allá abajo fue un hombre.

Louise asintió, dándole la razón, pero luego alzó las cejas.

-¿Y el *aire?* ¿Y si cien metros cúbicos de aire fueran insuflados en la esfera?

Naylor asintió.

-Ya había pensado en eso. Pensé que tal vez una erupción de gas se introdujo de algún modo en la esfera, aunque no tengo ni idea de cómo. Las muestras de agua que tomamos estaban algo aireadas, pero...

-¿Pero qué? -preguntó Louise.

-Bueno, contenían nitrógeno, oxígeno y algo de CO_2, además de polvo de roca y polen. En otras palabras, aire de mina corriente.

-Entonces no podían proceder de las instalaciones del ONS -dijo Bonnic Jean.

-Así es, señora -dijo Naylor-. Ese aire es filtrado: está libre de polvo de roca y otros contaminantes.

-Pero las únicas partes de la mina que conectan con la cámara de detección están en las instalaciones del ONS -dijo Louise. Naylor y Shawwanossoway asintieron.

-Muy bien, muy bien -dijo Bonnie Jean, alzando los dedos-. ¿Qué es lo que tenemos? El volumen de material dentro de la esfera se incrementó en, suponemos, un 10% o más. Eso podría haber sido causado por una infusión de cien metros cúbicos o más de aire sin filtrar... aunque a menos que el aire fuera bombeado muy rápidamente, habría sido comprimido por el peso del agua, ¿no? Y, en cualquier caso, no sabemos de dónde vino el aire..., desde luego no del ONS, ni cómo entró en la esfera, ¿cierto?

-Así es, más o menos, señora -dijo Shawwanossowav.

- Y ese hombre... ¿ tampoco sabemos cómo entró en la esfera? -preguntó Bonnie Jean.

-No -respondió Louise-. La compuerta de acceso entre la esfera interior de agua pesada y el tanque externo de agua normal estaba sellada incluso después de que la esfera reventara.

-Muy bien -dijo Bonnie Jean-, ¿sabemos cómo ese... ese Neanderthal, como lo llaman, entró siquiera en la mina?

Shawwanossoway era el único de los presentes que trabajaba para Inco. Extendió los brazos.

-Los de seguridad de la mina han revisado las cintas de seguridad y los archivos de acceso de las cuarenta y ocho horas previas al incidente -dijo-. Caprini... ése es nuestro jefe de seguridad, jura que rodarán cabezas cuando averigüe quién la cagó al dejar entrar a ese tipo, y dice que sucederán cosas aún más terribles cuando descubra a quien ha estado intentando ocultarlo.

-¿Y si no está mintiendo nadie? -dijo Louise.

-Eso no es posible, señorita Benoit -contestó Shawwanossoway-. Nadie puede bajar al ONS sin quedar registrado.

-Nadie podría si utilizara el ascensor -dijo Louise-. Pero ¿y si no llegó de esa forma?

-¿Cree que lo hizo escalando dos kilómetros de conductos de aire en vertical? -preguntó Shawwanossoway, con una mueca-. Aunque pudiera hacer eso, y harían falta unos nervios de acero, las cámaras de seguridad lo habrían grabado de todas formas.

-A eso voy -dijo Louise-. Obviamente no bajó a la mina. Como ha dicho la profesora Mah, lo llaman Neanderthal... pero es un Neanderthal con un especie de implante de alta tecnología en la muñeca. Lo vi con mis propios ojos.

-¿Entonces? -dijo Bonnie Jean.

-¡Por favor! -exclamó Louise-. Todos ustedes deben de estar pensando lo mismo que yo. No tomó el ascensor. No bajó por los conductos de ventilación. Se materializó dentro de la esfera... él, y un montón de aire.

Naylor silbó las primeras notas del tema de *Star Trek,* la serie original. Todos se echaron a reír.

-Vamos -dijo Bonnie Jean-. Sí, es una situación de locos, y podría ser tentador llegar a conclusiones alocadas, pero mantengamos los pies en la tierra.

Shawwanossoway también sabía silbar. Entonó el tema de *Dimensión desconocida.*

-¡Ya basta! -exclamó Bonnie Jean.15

Mary Vaughan era la única pasajera a bordo del Learjet de lnco que volaba de Toronto a Sudbury; había advertido al subir que el avión, pintado de gris oscuro en los costados, tenía escrito en la proa *La pepita de níquel.*

Mary aprovechó el breve tiempo de vuelo para repasar las notas en su ordenador portátil: habían pasado años desde que publicara su estudio sobre el ADN Neanderthal en *Science.* Mientras leía sus notas, retorcía la cadena de oro de la que pendía la sencilla cruz que siempre llevaba al cuello.

En 1994, Mary se había labrado un nombre al recuperar material genético de un oso de treinta mil años de antigüedad que hallaron congelado en los hielos del Yukon. Dos años más tarde, cuando la *Rheinisches Amt für Bodendenkmalpflege* (la agencia responsable de la arqueología en la zona del Rin) decidió que era hora de ver si se podía extraer ADN del fósil más famoso de todos, el hombre de Neanderthal original, llamaron a Mary. Ella tuvo sus dudas: ese espécimen estaba disecado, no había estado congelado nunca y (las opiniones variaban) podía tener hasta cien mil años de antigüedad, tres veces más que el oso. Con todo, el desafío era irresistible. En junio de 1996 voló a Bonn y se dirigió al *Rheinisches Landesmuseum,* donde se alojaba el espécimen.

La parte más conocida (el cráneo con su arco ciliar) estaba expuesta al público, pero el resto de los huesos se guardaban en una caja de acero, dentro de un armario de acero, en el interior de una bóveda de acero. Un cuidador de huesos alemán llamado Hans condujo a Mary a la bóveda. Llevaban vestidos de plástico protectores y mascarillas de cirujano: había que tomar todo tipo de precauciones para no contaminar los huesos con ADN moderno. Sí, los descubridores originales sin duda habían contaminado los huesos, pero después de siglo y medio, su ADN desprotegido en la superficie tenía que haberse degradado por completo.

Mary sólo pudo tomar un trocito muy pequeño de hueso; los sacerdotes de Turín guardaban su sudario con igual celo. A pesar de todo, fue extraordinariamente difícil para ella y para Hans, como profanar una gran obra de arte. Mary tuvo que secarse las lágrimas de los ojos cuando Hans usó una sierra de orfebre para cortar un trozo semicircular, de sólo un centímetro de ancho y tres gramos de peso, del húmero derecho, el hueso mejor conservado de todos.

El duro carbonato cálcico de las capas exteriores del hueso tendría que haber aportado cierta protección al ADN original interior. Mary se llevó la muestra a su laboratorio de Toronto y la dividió en piezas diminutas.

Hicieron falta cinco meses de trabajo concienzudo para extraer un trocito de nucleótido379 de la zona de control del ADN mitocondrial del Neanderthal. Mary usó la reacción en cadena de polimerasas para reproducir millones de copias del ADN recuperado, y lo secuenció con cuidado. Luego comparó la parte correspondiente de ADN mitocondrial de 1.600 humanos modernos: canadienses nativos, polinesios, australianos, africanos, asiáticos y europeos. Cada una de esas personas tenía al menos 371 nucleóticos iguales de 379; la desviación máxima era de sólo ocho nucleótidos.

Pero el ADN Neanderthal tenía una media de sólo 352 nucleótidos en común con los especímenes modernos; se desviaba en unas sorprendentes veintisiete bases. Mary llegó a la

conclusión de que la especie humana y los Neanderthales tenían que haber divergido entre 550.000 y 690.000 años para que su ADN fuera tan diferente. En contraste, todos los humanos modernos probablemente compartían un antepasado común 150.000 o 200.000 años en el pasado. Aunque la fecha de más de medio millón de años para la divergencia entre Neanderthal y hombre moderno era mucho más reciente que la división entre el género *Homo y sus* parientes más cercanos, los chimpancés y bonobos, sucedida hacía cinco u ocho millones de años, todavía era lo suficientemente remota para que Mary considerara que los Neanderthales eran probablemente una especie completamente distinta de los humanos modernos, no sólo una subespecie. *Homo neanderthalensis,* no *Homo sapiens neanderthalensis.*

No todos estuvieron de acuerdo. Milford Wolpoff, de la Universidad de Michigan, estaba seguro de que los genes Neanderthales habían sido plenamente absorbidos por los europeos modernos: consideraba que cualquier prueba que demostrara algo distinto era, por tanto, una aberración o una interpretación errónea.

Pero muchos antropólogos estuvieron de acuerdo con el análisis de Mary, aunque todos (Mary incluida) dijeron que harían falta más estudios para estar seguros... si se pudiera encontrar más ADN de Neanderthal.

Y ahora, tal vez, sólo tal vez, se había encontrado más. Era imposible que aquel hombre de Neanderthal fuese real, pensaba Mary, pero silo era...

Mary cerró el portátil y miró por la ventanilla. Ontario Norte se extendía bajo ella, con las rocas del Escudo Canadiense al descubierto en bastantes puntos y álamos y abedules salpicando el paisaje. El avión comenzaba su descenso.

Reuben Montego no tenía ni idea de qué aspecto tenía Mary Vaughan, pero como no había ningún otro pasajero a bordo, no tuvo ningún problema para localizarla. Resultó que era blanca, de treinta y tantos años largos, con pelo rubio miel que mostraba raíces más oscuras. Le sobraban quizás unos cinco kilos y, al acercarse, a Reuben no le cupo duda de que no había dormido mucho la noche anterior.

-Profesora Vaughan -dijo, tendiendo la mano-. Soy Reuben Montego, el médico de la Mina Creighton. Muchas gracias por venir. -Señaló a la joven que había recogido camino del aeropuerto de Sudbury-. Ésta es Gillian Ricci, la encargada de prensa de Inco; cuidará de usted.

Reuben pensó que Mary parecía inadecuadamente complacida con la atractiva joven que le acompañaba; tal vez la profesora era lesbiana. Tomó la maleta que sostenía Mary.

-Traiga, déjeme que la ayude.

Mary le entregó la maleta, pero se colocó junto a Gillian en vez de junto a Reuben mientras recorrían la pista recalentada por el sol de verano. Tanto Reuben como Gillian llevaban gafas de sol; Mary tenía que entrecerrar los ojos para soportar el resplandor, pues evidentemente había olvidado traerlas.

Llegaron al Ford Explorer color vino de Reuben y Gillian iba a ocupar amablemente el asiento trasero cuando Mary la detuvo.

-No, yo me sentaré ahí –dijo-. Yo... ah... quiero estirar las piernas. Su extraña declaración flotó entre ellos un segundo, y entonces

Reuben vio que Gillian se encogía de hombros y se pasaba al asiento de pasajeros delantero.

Fueron directamente al centro de salud St. Joseph's, en la calle Paris, dejando atrás el museo de ciencias en forma de copo de nieve. Por el camino, Reuben informó a Mary sobre el accidente en el ONS y el extraño que habían encontrado.

Mientras aparcaban, Reuben vio tres furgonetas de emisoras locales de televisión. Sin duda la seguridad del hospital mantenía a los periodistas alejados de Ponter, pero, también sin ninguna duda, los periodistas estarían siguiendo esa historia con atención.

Librodot

Cuando llegaron a la habitación 3G, Ponter estaba de pie, mirando por la ventana, de espaldas a ellos. Saludaba, y Reuben advirtió que las cámaras de televisión debían de estar enfocando apuntando a su ventana. *Un famoso accesible,* pensó Reuben. *La prensa va a adorara este tipo.*

Reuben tosió amablemente, y Ponter se dio la vuelta. Quedó iluminado por detrás y seguía siendo difícil distinguir sus rasgos. Pero cuando avanzó un paso, el médico disfrutó viendo cómo Mary se quedaba boquiabierta al poner por primera vez los ojos sobre el Neanderthal. Había visto brevemente a Ponter por la tele, le había dicho, pero al parecer eso no la había preparado para la realidad.

-Bueno, se acabó Carleton Coon -dijo Mary, cuando recobró la compostura.

-¿Cómo dice? -preguntó Reuben bruscamente.

Mary pareció desconcertada, luego se ruborizó.

-Oh, vaya. Carleton Coon. Un antropólogo estadounidense. El tipo que dijo que si se vistiera a un Neanderthal con un traje de Brooks Brothers, no tendría problemas para hacerse pasar por un humano normal.

Reuben asintió. Luego dijo:

-Profesora Mary Vaughan, me gustaría presentarle a Ponter.

-Hola -dijo la voz femenina del implante de Ponter.

Reuben vio que los ojos de Mary se ensanchaban.

-Sí -dijo, asintiendo-. Esa cosa de su muñeca habla.

-¿Qué es? -preguntó Mary-. ¿Un reloj parlante?

-Mucho más.

Mary se inclinó hacia delante para echarle una ojeada.

-No reconozco esos números, si eso es lo que son-dijo-. Y... oiga, ¿no cambian demasiado rápido para ser segundos?

-Tiene usted buen ojo -dijo Reuben-. Sí, así es. La pantalla usa diez números distintos, aunque no se parecen a ninguno que yo conozca. Y lo cronometré: hay un incremento cada 0,86 segundos, lo cual, si se calcula, es exactamente una cienmilésima parte del día. En otras palabras, es un reloj decimal basado en la Tierra y, como puede ver, muy sofisticado. No se trata de una pantalla de plasma; no sé qué es, pero puede leerse no importa desde qué ángulo lo mires ni cuánta luz incida sobre él.

-Me llamo Hak -dijo el implante de la muñeca izquierda del extraño-. Soy la Acompañante de Ponter.

-Ah-dijo Mary, enderezándose-. Um, me alegro de conocerla. Ponter emitió una serie de sonidos graves que Mary no comprendió. -Ponter se alegra de conocerla también -dijo Hak.

-Nos pasamos la mañana dando una clase de lengua -dijo Reuben, mirando ahora a Mary-. Como puede ver, hemos hecho algunos progresos aceptables.

-Eso parece -dijo Mary, asombrada.

-Hak, Ponter -dijo Reuben-. Ésta es Gillian.

-Hola -dijo Gillian, intentando, le pareció a Reuben, mantener la compostura.

-Hak es... bueno, supongo que «ordenador» es el término adecuado. Un ordenador portátil y parlante. -Reuben sonrió-. Deja en pañales a mi Palm Pilot.

-¿Fabrica... fabrica *alguien* un aparato así? -preguntó Gillian.

-No que yo sepa -dijo Reuben-. Pero ella, Hak, tiene al parecer una memoria perfecta. Se le dice una palabra una vez y la aprende para siempre.

-¿Y este hombre, Ponter, no habla de verdad inglés? -preguntó Mary.

-No -respondió Reuben.

-Increíble -dijo Mary-. Increíble.

El implante de Ponter pitó.

-Increíble -repitió Reuben, volviéndose hacia Ponter-. Significa no creíble -otro *bliip-,* no verdadero. -Se volvió de nuevo hacia Mary-. Trabajamos los conceptos de *verdadero y*

Librodot

falso usando matemáticas sencillas, pero, como puede ver, todavía nos falta camino por recorrer. Para empezar, aunque evidentemente para Hak, con su memoria perfecta, es más fácil aprender inglés que para nosotros aprender su lengua, ni ella ni Ponter son capaces de pronunciar la «i» larga, y...

-¿De veras? -dijo Mary. Parecía bastante interesada, advirtió Reuben.

-Se llama usted Mare -dijo Hak, demostrando el argumento-. Ella se llama Gill'an.

-Eso es... es sorprendente.

-¿Lo es? -dijo Reuben-. ¿Por qué?

Mary inspiró profundamente.

-Se ha debatido mucho a lo largo de los años si los Neanderthales podían hablar y, en caso de poder hacerlo, qué gama de sonidos habrían emitido.

-¿Y...?

-Algunos lingüistas piensan que no habrían podido pronunciar el fonema i largo, porque sus bocas habrían sido mucho más alargadas que las nuestras.

-¡Así que es un Neanderthal! -declaró Reuben.

Mary tomó aliento otra vez, lo dejó escapar lentamente.

-Bueno, eso es lo que he venido a averiguar, ¿no?

Soltó la bolsita que llevaba y la abrió. Sacó un par de guantes de látex y se los puso. A continuación, sacó un frasco de plástico lleno de bastoncillos de algodón y extrajo uno.

-Necesito que le diga que abra la boca -dijo Mary.

Reuben asintió.

-Es fácil. -Se volvió hacia Ponter-. Ponter, abra la boca.

Hubo una pausa de un segundo: Hak, había descubierto Reuben, podía traducir a Ponter sin que los otros lo oyeran. Ponter arrugó su continuo entrecejo rubio (una visión bastante sorprendente), como si le extrañara la petición, pero hizo lo que le pedían.

Reuben se quedó anonadado. Tenía un amigo en el instituto que podía meterse el puño entero en la boca. Pero la de Ponter se abrió tanto y su capacidad era tan enorme que probablemente podría haberse metido no sólo el puño, sino también un tercio del antebrazo.

Mary se acercó vacilante y metió el bastoncillo en la boca de Ponter, frotando el interior de la mejilla larga y angulosa.

-Las células de la boca se desprenden fácilmente -dijo, a modo de explicación, advirtiendo al parecer la expresión de asombro de Gillian-. Es la manera más simple de tomar una muestra de ADN. Sacó el bastoncillo, lo pasó inmediatamente a un frasco esterilizado.

-Muy bien, es todo lo que necesito -dijo.

Reuben le sonrió a Gillian, luego a Mary.

Magnífico. ¿Cuándo lo sabremos con seguridad?

Bueno, tengo que volver a Toronto, y...

Naturalmente, si eso es lo que quiere -dijo Reuben-. Pero, bueno, llamé a un amigo mío del Departamento de Química y Bioquímica de la Laurentian. Es una universidad pequeña, pero con un gran laboratorio donde realizan pruebas forenses para la policía montada v la PPO. Podría hacer usted su trabajo allí.

-Inco la alojará en el Ramada -añadió Gillian.

Mary estaba evidentemente sorprendida.

-Yo... -Pero luego pareció considerarlo-. Claro -dijo-. Claro, ;por qué no?

16

Ahora que Jasmel había accedido a declarar en favor de Adikor, el siguiente paso habría sido llevarla al Borde y mostrarle el escenario del supuesto crimen. Pero Adikor suplicó la indulgencia de Jasmel durante un diadécimo o así, diciendo que había más de un encargo que tenía que hacer en el Centro.

Ponter, naturalmente, había tenido a Klast como su mujer-pareja; Adikor la recordaba con cariño, y se entristeció mucho cuando ella murió. Pero Adikor tenía una mujer propia y ella, maravillosamente, seguía viva. Adikor conocía a la hermosa Lurt Fradlo desde hacía el mismo tiempo que a Ponter, y Lurt y él tenían un hijo, Dab, un 148. Sin embargo, a pesar de conocerla desde hacía tanto tiempo, Adikor sólo había estado ocasionalmente en el laboratorio de química de Lurt; después de todo, cuando Dos se convertían en Uno, era fiesta y nadie iba a trabajar. Por fortuna, su Acompañante conocía el camino, y lo dirigió hasta allí.

El laboratorio de Lurt estaba hecho por completo de piedra; aunque sólo había un riesgo mínimo de explosión en cualquier laboratorio químico, la seguridad dictaba que la estructura estuviera hecha de algo que pudiera contener explosiones e incendios.

La puerta principal del edificio del laboratorio estaba abierta. Adikor entró.

-Día sano dijo una mujer, disimulando, pensó Adikor, de un modo admirable su sorpresa de ver a un hombre allí en esa época del mes. -Día sano repuso Adikor-. Estoy buscando a Lurt Fradlo. -Está al final de ese pasillo.

Adikor sonrió y se encaminó pasillo abajo.

-Día sano dijo tras asomar la cabeza por la puerta del laboratorio de Lurt.

Lurt se dio la vuelta, con una enorme sonrisa en su hermoso rostro.

-¡Adikor! -Cubrió la distancia entre ellos y le dio un abrazo-. ¡Qué agradable sorpresa!

Adikor no recordaba haber visto jamás hasta entonces a Lurt durante un Últimos Cinco. Parecía perfectamente sana y racional... igual que Jasmel, por cierto. Tal vez todo aquel asunto de los Últimos Cinco era una exageración de los hombres...

-Hola, preciosa -dijo Adikor, apretujándola otra vez-. Me alegro de verte.

Pero Lurt conocía bien a su hombre.

-Algo va mal -dijo, soltándolo-. ¿Qué es?

Adikor miró por encima del hombro, asegurándose de que estaban solos. Entonces tomó de la mano a Lurt y la guió hasta un par de sillas de laboratorio junto a una gráfica de la tabla periódica; las otras únicas entidades animadas del laboratorio eran un par de robots de servicio. Uno vertía líquido en vasos picudos de análisis; otro montaba una estructura con tubos y cristal. Adikor se sentó v Lurt ocupó el asiento frente a él.

-Me han acusado de asesinar a Ponter dijo.

Lurt abrió mucho los ojos.

-¿Ponter ha muerto?

-No lo sé. Lleva desaparecido desde ayer por la tarde.

-Estuve en una fiesta de troceado de carne anoche -dijo Lurt-. No me había enterado.

Él le contó toda la historia. Ella era compasiva, y en ningún momento manifestó incredulidad en lo concerniente a la inocencia de Adikor; la confianza de Lurt era algo con lo que Adikor podía contar siempre.

¿Quieres que hable en tu favor? -preguntó Lurt.

Adikor apartó la mirada.

-Bueno, de eso se trata. Verás, ya se lo he pedido a Jasmel. Lurt asintió.

-La hija de Ponter. Sí, eso impresionará a un adjudicador, creo.

-Es lo que yo creo. Espero que no te sientas despreciada. Ella sonrió.

-No, no, por supuesto que no. Pero, mira, si hay algo más que pueda hacer para ayudar...

-Bueno, hay una cosa -dijo Adikor. Sacó un frasquito de la bolsa que llevaba colgando de la cadera-. Es una muestra de un líquido que recogí en el lugar de la desaparición de Ponter: había charcos por todo el suelo. ¿Podrías analizarlo para mí?

Lurt tomó el frasquito y lo alzó a la luz.

-Claro -dijo-. Y si hay algo más que pueda hacer, sólo tienes que pedirlo.

Jasmel, la hija de Ponter, acompañó a Adikor al Borde. Fueron directamente a la mina de níquel; Adikor quería enseñarle el lugar exacto donde había desaparecido su padre. Pero cuando llegaron al ascensor del pozo, Jasmel pareció vacilar.

-¿Qué ocurre? -preguntó Adikor.

-Yo... um, tengo claustrofobia.

Adikor sacudió la cabeza, confundido.

-No, no tienes. Ponter me contó que cuando eras pequeña te gustaba esconderte dentro de cubos de *dobalak.* Y te llevó a explorar cavernas el último diezmes.

-Bueno, um... -Jasmel se calló.

-Oh -dijo Adikor, asintiendo, comprendiendo-. No te fías de mí, ¿verdad?

Es que... bueno, mi padre fue la última persona que bajó ahí contigo. Y nunca volvió a subir.

Adikor suspiró, pero comprendía su actitud. Alguien (algún ciudadano privado) tenía que acusar a Adikor del crimen, o los procedimientos legales no podrían continuar. Y si se deshacía de Jasmel y Megameg y Bolbay, tal vez no quedara nadie para presentar la acusación...

-Podemos pedirle a alguien que baje con nosotros dijo Adikor.

Jasmel lo consideró, pero también ella debía de estar pensando que todo cobraba un nuevo significado en un momento como aquél. Sí, podía pedir escolta, alguien a quien conociera bien, alguien en quien confiara implícitamente. Pero podían llamar a esa persona a declarar también, si el asunto acababa en un tribunal pleno. «Sí, adjudicadores, sé que Jasmel habla en defensa de Adikor, pero incluso ella le tenía demasiado miedo para bajar a la mina a solas con él. ¿Y pueden reprochárselo ;Después de lo que él le hizo a su padre?»

Finalmente, consiguió esbozar una débil sonrisa... una sonrisa que a Adikor le recordó un poco la del propio Ponter.

-No -dijo-. No, por supuesto que no. Estoy nerviosa, supongo. -Sonrió un poco más, quitándole importancia-. Es esta época del mes, después de todo.

Pero cuando se acercaron al ascensor, un hombre particularmente fornido se alzó tras él.

-Deténgase, sabio Huld -dijo.

Adikor estaba seguro de que no había visto a ese hombre en la vida.

-¿Sí?

-¿Está pensando en bajar a su laboratorio?

-Sí, en efecto. ¿Quién es usted?

-Gaskdol Dut -dijo el hombre-. Mi contribución es el cumplimiento.

-¿El cumplimiento? ¿De qué?

-De su escrutinio judicial. No puedo dejarlo bajar. -¿Escrutinio judicial? -dijo Jasmel-. ¿Qué es eso?

-Significa que las transmisiones del Acompañante del sabio Huid están siendo controladas directamente por un ser humano que vive y respira según se reciben en el pabellón de archivos de coartadas -dijo Dut-, y así será diez décimos al día, veintinueve días al mes, hasta que se demuestre su inocencia, si es el caso.

-No sabía que estuviera permitido hacer eso -dijo Adikor, sorprendido.

-Oh, pues sí-dijo Dut-. En el momento en que Daklar Bolbay cursó su queja contra usted, un adjudicador ordenó que lo colocaran bajo escrutinio judicial.

-¿Por qué? -dijo Adikor, intentando controlar su furia.

-¿No le transfirió Bolbay un documento explicándoselo? -preguntó Dut-. Un fallo, si no lo hizo. De cualquier forma, un escrutinio judicial garantiza que no intenta usted salir de esta jurisdicción, alterar pruebas potenciales y ese tipo de cosas.

Pero no estoy intentando hacer nada de eso -dijo Adikor-. ¿Por qué no me deja bajar a mi laboratorio?

Dut miró a Adikor como si no pudiera creer la pregunta.

-¿Por qué no? Porque las señales de su Acompañante no se podrán detectar desde allá abajo. No podríamos mantenerlo bajo escrutinio.

-Hueso sin tuétano -dijo Adikor en voz baja.

Jasmel se cruzó de brazos.

-Soy Jasmel Ket, y...

-Sé quién es usted -dijo el controlador.

-Bueno, entonces sabe que Ponter Boddit era mi padre. El controlador asintió.

Este hombre está intentando rescatarlo. Tiene usted que dejarlo bajar a su laboratorio.

Dut sacudió la cabeza, asombrado.-Este hombre está acusado de haber matado a su padre.

-Pero es posible que no lo hiciera -respondió Jasmel-. Puede que mi padre esté todavía vivo. La única forma de averiguarlo es repetir el experimento de cálculo cuántico.

-No sé nada de experimentos cuánticos -dijo Dut.

-¿Por qué no me sorprende eso? -dijo Adikor.

-Vaya, es usted un bocazas, ¿eh? -contestó Dut, mirando a Adikor de arriba abajo-. En cualquier caso, mis órdenes son sencillas. Impedirle que salga de Saldak, e impedir que baje a su laboratorio. Y recibí una llamada del pabellón de archivos de coartadas diciendo que iba usted a hacer exactamente eso.

-Tengo que bajar.

-Lo siento -dijo Dut, cruzando sus enormes brazos delante de su enorme pecho-. No sólo no se le puede controlar allí abajo, sino que podría intentar deshacerse de pruebas que todavía no se hayan encontrado.

Jasmel tenía en efecto la rápida mente de su padre.

-No hay nada que me impida a mí bajar al laboratorio, ¿no? Yo no estoy bajo escrutinio judicial.

Dut lo consideró.

-No, supongo que no.

-Muy bien -dijo Jasmel, volviéndose hacia Adikor-. Dime qué tengo que hacer para traer a mi padre de vuelta.

Adikor negó con la cabeza.

-No es tan fácil. El equipo es muy complejo y, ya que Ponter y yo lo montamos, la mitad de las clavijas de control ni siquiera están etiquetadas.

Jasmel no ocultó su frustración. Miró al hombretón.

-Bueno, ¿y si baja usted con nosotros? Así verá qué hace Adikor.

-¿Bajar ahí? -Dut rió-. ¿Quiere que baje al único sitio donde mi Acompañante no puede ser controlado... y que lo haga con la persona que puede haber cometido allí un asesinato anteriormente? Me está cepillando el pelo de la espalda.

-Tiene que dejarle bajar -insistió Jasmel.

Pero Dut negó con la cabeza.

-No. Lo que tengo que hacer es impedirle que baje.

Adikor sacó la mandíbula.

-¿Cómo? –dijo.

-¿Qqué... qué dice? -replicó Dut.

-¿Cómo? ¿Cómo va a impedirme que baje?

-Usando todos los medios necesarios -dijo Dut, con tranquilidad.

Librodot

-Muy bien, pues -dijo Adikor. Permaneció inmóvil un momento, como pensando si realmente quería intentar hacer eso-. Muy bien, pues -repitió, y empezó a caminar resueltamente hacia la entrada del ascensor.

-Alto -dijo Dut, sin ningún énfasis.

-¿O qué? -dijo Adikor, sin mirar atrás. Trató de parecer intrépido, pero la voz le falló y no produjo el efecto que quería-. ¿Va a darme un golpe en el cráneo?

A su pesar, los músculos de su cuello se contrajeron, preparándose para el golpe.

-Ni hablar -dijo Dut-. Lo dormiré con un dardo tranquilizante. Adikor dejó de andar y se dio media vuelta.

-Oh.

Bueno, nunca se había topado con la ley antes... ni conocía a nadie que lo hubiera hecho. Supuso que tenía sentido que tuvieran un modo de detener a la gente sin causarle daño.

Jasmel se interpuso entre Adikor y el lanzador de dardos que Dut sostenía ahora en la mano.

-Tendrá que dispararme a mí primero _ dijo-. Va a bajar.

-Como quiera. Pero se lo advierto: despertará con un dolor de cabeza terrible.

-¡Por favor! -dijo Jasmel-. Está intentando salvar a mi padre, ¿no lo entiende?

Por una vez, la voz de Dut tuvo algo de calor.

-Está agarrando usted humo. Sé que debe de ser muy duro, pero tiene que aceptar la realidad. -Hizo un gesto con el lanzador para que los dos se marcharan de la mina . Lo siento, pero su padre está muerto.

17

El laboratorio de genética de la Universidad Laurentian no disponía del equipo especial para extraer ADN degradado de especímenes antiguos, como el laboratorio de Mary en York. Pero nada de eso haría falta. Era una cuestión sencilla tomar las células de la boca de Ponter y extraer ADN de una de las mitocondrias: en cualquier laboratorio genético del mundo podría haberlo hecho.

Mary introdujo dos imprimaciones, pequeñas piezas de ADN mitocondrial que encajaban con el principio de la secuencia que había identificado hacía años en el fósil del Neanderthal alemán. Luego añadió la enzima polimerasaADN y disparó la reacción en cadena de polimerasa, que haría que la sección en la que estaba interesada se ampliara, reproduciéndose una y otra vez, duplicándose en cada ocasión. Pronto tendría millones de copias de la cadena para analizar.

Como había dicho Reuben Montego, el laboratorio realizaba mucho trabajo forense, y por eso tenían cinta selladora para cristal. La cinta se usaba para que los genetistas pudieran declarar sin ningún género de duda que no había manera de que el contenido de un frasco hubiera sido alterado cuando no lo tenían delante. Mary selló el bote donde estaba teniendo lugar la amplificación RCP y firmó en la cinta.

Usó entonces uno de los ordenadores del laboratorio para acceder a su correo en York. Había recibido más correo electrónico en el último día que en todo el mes anterior, y muchos mensajes eran de expertos en Neanderthal de todo el mundo que de algún modo se habían en-

terado de que ella estaba en Sudbury. Había mensajes de la Universidad de Washington, la Universidad de Michigan, la UCB, la UCLA, Brown, SUNY Stony Brook, Stanford, Cambridge, el Museo de Historia Natural de Inglaterra, el Instituto de Prehistoria Cuaternaria y Geología de Francia, de sus viejos amigos del *Rbeinisches Landesmuseum,* y más, todos pidiendo muestras del ADN del Neanderthal, al mismo tiempo que hacían bromas al respecto, como si, naturalmente, aquello no pudiera estar sucediendo de verdad.

Ella ignoró todos aquellos mensajes, pero sintió la necesidad de enviar una nota a su estudiante graduada en York:

Daria:

Lamento dejarte en la estacada, pero sé que puedes encargarte de todo. Estoy segura de que has visto los informes en la prensa, y todo lo que puedo decir es, sí, parece que existe la posibilidad de que sea un Neanderthal. Ahora mismo estoy haciendo pruebas de ADN para averiguarlo con seguridad.

No sé cuándo volveré. Probablemente me quede aquí unos cuantos días más, como mínimo. Pero quería decirte..., advertirte, en realidad..., que creo que un hombre intentó seguirme cuando salí del laboratorio el viernes por la noche. Sé precavida... si vas a trabajar hasta tarde, haz que tu novio venga a recogerte al final del día o que alguien te acompañe hasta la residencia.

Ten cuidado.

MNV

Mary leyó la nota un par de veces y luego pulsó: «Enviar ahora.» Luego permaneció sentada contemplando la pantalla durante mucho, mucho tiempo.

Maldición.

Maldición. Maldición. Maldición.

No podía quitárselo de la cabeza, ni siquiera cinco minutos. Calculaba que la mitad de sus pensamientos de aquel día se habían centrado en los horribles acontecimientos de... *Dios mío, ¿había sido apenas ayer?* Parecía mucho más lejano, aunque los recuerdos de las cosas que él le había hecho estaban todavía marcados a fuego.

Si hubiera estado en Toronto, podría haberlo hablado con su madre, pero...

Pero su madre era una buena católica, y no había forma de evitar temas desagradables cuando se hablaba acerca de una violación. A mamá le preocuparía que Mary pudiera estar embarazada... y no admitiría jamás un aborto. Mary y ella habían discutido sobre el edicto de Juan Pablo II por el que las monjas violadas en Bosnia debían tener sus hijos. Y decirle a su madre que no había nada de lo que preocuparse porque Mary tomaba la píldora no iba a ser mucho mejor. En lo que a los padres de Mary se refería, el método Ogino era la única forma aceptable de control de la natalidad... Mary pensaba que era un milagro que sólo tuviera tres hermanos en lugar de una docena.

Y, claro, podía hablar con sus hermanos, pero... le resultaba imposible hablar con un hombre, con cualquier hombre, de aquello. Eso descartaba a sus hermanos, Bill y John. Y su única hermana, Christine, se había mudado a Sacramento, y no parecía un tema adecuado para hablarlo por teléfono.

Y sin embargo tenía que hablar con alguien. Con alguien en persona. Con alguien, *allí.*

Había un ejemplar del calendario de la universidad en una mesa del laboratorio; Mary encontró el mapa del campus en él y localizó lo que estaba buscando. Se levantó y recorrió el pasillo hasta las escaleras, pasó del edificio de Ciencia Uno al de las aulas y se encaminó por lo que los estudiantes de la Laurentian llamaban «el callejón de los bolos», el largo pasillo de cristal de la planta baja que corría entre el edificio de las aulas y la sala de actos. Lo recorrió seguida por el sol de la tarde, dejó atrás un puesto de donuts y unos cuantos kioscos dedicados a actividades estudiantiles. Finalmente giró a la izquierda al fondo del callejón de los bolos,

Librodot

dejó atrás las oficinas, subió las escaleras, dejó atrás la librería del campus y recorrió un corto pasillo.

Acudir al centro de crisis de violación de la Universidad de York quedaba completamente descartado. Los consejeros de allí eran voluntarios en su mayoría, y aunque sin duda se protegía la confidencialidad, el chismorreo de que una docente hubiera sido atacada resultaría irresistible. Además, podían verla entrar o salir de la oficina.

Pero la Universidad Laurentian, por pequeña que fuera, tenía también un centro de crisis de violación. La triste verdad era que todas las universidades necesitaban uno: había oído que incluso había uno en la Universidad Oral Roberts. Allí nadie conocía a Mary, y todavía no la habían entrevistado en televisión, aunque sin duda sería conocida cuando tuviera los resultados de las pruebas de ADN de Ponter. Así que, si quería un poco de anonimato, eso no podía esperar.

La puerta estaba abierta. Mary entró en la pequeña zona de recepción.

-Hola -dijo la joven negra sentada tras la mesa. Se levantó y se acercó a Mary-. Pasa, pasa.

Mary comprendió su solicitud. Muchas mujeres probablemente llegaban hasta el umbral, pero luego se marchaban, incapaces de expresar lo que les había sucedido.

Aunque la mujer probablemente se daba cuenta de que si Mary era la víctima de una violación, no acababa de suceder. No llevaba la ropa desaliñada, y su maquillaje y su pelo estaban en orden. Además el centro debía de recibir visitantes que no eran víctimas: gente que venía a ofrecerse voluntaria, a investigar, a usar la fotocopiadora.

-¿Te han herido? -preguntó la mujer.

Herido. Sí, ésa era la forma correcta de abordarlo. Era más fácil admitir que habías sido herida que aceptar la palabra con «V». Mary asintió.

-Tengo que preguntarlo -dijo la mujer. Tenía grandes ojos marrones y llevaba una joya pequeña en la nariz-. ¿Ha sido hoy? Mary negó con la cabeza.

Durante medio segundo, la mujer pareció..., bueno, decepcionada no era la palabra adecuada, pensó Mary, pero los hechos recientes eran sin duda mucho más interesantes, si se utilizaba el material preciso para recabar pruebas, si...

-Ayer -dijo Mary, hablando por primera vez-. Anoche. -¿Fue... fue alguien que conozcas?

-No -respondió Mary... pero entonces calló. En realidad, no estaba segura de la respuesta a esa pregunta. El monstruo tenía puesto un pasamontañas. Podría haber sido cualquiera: un estudiante a quien le hubiera dado clase; otro miembro del claustro; alguien del personal no docente; un chorizo de la zona de Driftwood. Cualquiera-. No lo sé. El... llevaba una máscara.

-Sé que te hirió -dijo la joven, rodeando a Mary con un brazo y haciéndola pasar-, ¿pero te hizo daño? ¿Necesitas ver a un médico? -La mujer alzó una mano-. Tenemos una doctora excelente.

Mary volvió a negar con la cabeza.

-No -dijo-. Tenía un... -La voz de Mary se quebró, sorprendiéndola. Lo intentó de nuevo-. Tenía un cuchillo, pero no lo utilizó.

-Animal -dijo la mujer.

Mary asintió.

Entraron en una habitación interior, con paredes pintadas de rosa pálido. Había dos sillones, pero ningún sofá: incluso allí, incluso en ese santuario, la visión de un sofá podría ser excesiva. La mujer le indicó a Mary que ocupara uno de los sillones, cómodo y acolchado, y ocupó el otro, sentándose frente a ella, pero se inclinó hacia delante y tomó amablemente la mano izquierda de Mary.

-¿Quieres decirme tu nombre? -preguntó la mujer.

Mary pensó en darle un nombre falso, o tal vez... No quería mentirle a esa dulce joven que intentaba ayudarla; tal vez su segundo nombre, Nicole: eso no sería realmente una mentira, pero seguiría ocultando su identidad. Pero cuando abrió la boca, salió «Mary».

-Mary Vaughan.

-Mary, yo me llamo Keisha.

Mary la miró.

-¿Qué edad tienes? -preguntó.

-Diecinueve -dijo Keisha.

Tan joven.

-¿Alguna vez... tú...?

Keisha apretó los labios y asintió.

-¿Cuándo?

-Hace tres años.

Mary notó que los ojos se le abrían de par en par. Entonces sólo tendría dieciséis. Podía... Dios mío, su primera vez podía haber sido una violación.

-Lo siento mucho -dijo Mary.

Keisha ladeó la cabeza, aceptando el comentario.

-No te diré que lo superarás, Mary, pero podrás sobrevivir. Y nosotras te ayudaremos a hacerlo.

Mary cerró los ojos y tomó aire. Luego lo dejó escapar lentamente. Podía sentir a Keisha apretando amablemente su mano, transfiriéndole fuerzas. Por fin, Mary volvió a hablar.

-Lo odio -dijo. Abrió los ojos. El rostro de Keisha mostraba preocupación, apoyo-. Y... -añadió, despacio, en voz baja-, me odio a mí misma por dejar que sucediera.

Keisha asintió y extendió el otro brazo, abrazando y sosteniendo también amablemente la mano derecha de Mary.

18

Adikor y Jasmel regresaron de la mina a casa de Adikor, la casa que había compartido con Ponter. Las costillas de iluminación se encendieron a una orden de Adikor, y Jasmel lo contempló todo con interés.

Era la primera vez que Jasmel visitaba lo que fuera la residencia de su padre; Dos siempre se convertían en Uno con los hombres cuando los hombres acudían al Centro, en vez de las mujeres visitar el Borde.

Jasmel se sintió fascinada y melancólica mientras recorría la casa, mirando la colección de esculturas de Ponter. Sabía que le gustaban los roedores de piedra y, en efecto, solía regalarle tallas de ese tipo cada vez que había un eclipse lunar. Jasmel sabía que a Ponter le gustaban especialmente los roedores hechos de minerales que no eran propios de la zona del animal: su orgullo y alegría, a juzgar por el lugar que ocupaba junto a la plancha *wadlak* era un castor a la mitad de su tamaño natural, un animal local, moldeado con malaquita importada de Evsoy central.

Mientras continuaba curioseando, el Acompañante de Adikor emitió un sonidito.

-Día sano -le dijo él-. Oh, maravilloso, amor. ¡Magnífica noticia! Espera un latido... -Se volvió hacia Jasmel-. Querrás oír esto: es mi mujerco-mpañera, Lurt. Ha analizado ese líquido que encontré en el laboratorio de cálculo cuántico después de que desapareciera tu padre.

Adikor sacó una clavija de control de su Acompañante, activando el altavoz externo.

-Jasmel Ket, la hija de Ponter, está conmigo -dijo Adikor-. Adelante.

-Día sano, Jasmel -dijo Lurt.

-También para ti -respondió Jasmel.

-Muy bien -continuó Lurt-. Esto debería sorprenderos. ¿Sabes qué es el líquido que me trajiste?

-Creía que era agua -dijo Adikor-. ¿Lo es?

-Más o menos. En realidad es agua *pesada.*

Jasmel alzó la ceja.

-¿De veras? -dijo Adikor.

-Sí -contestó Lurt-. Pura agua pesada. Naturalmente, las moléculas de agua pesada se dan en la naturaleza; componen aproximadamente el 0,1% del agua de lluvia normal, por ejemplo. Pero conseguir una concentración como ésta... bueno, no estoy segura de cómo se haría. Supongo que se podría idear una técnica para fraccionar agua natural, basándose en el hecho de que el agua pesada es un diez por ciento más pesada, pero habría que procesar una enorme cantidad de agua para separar la cantidad que dijiste que encontraste. No conozco ninguna instalación capaz de hacer eso, y no se me ocurre ningún motivo de *por qué* querría nadie hacerlo.

Adikor miró a Jasmel, y luego de nuevo a su muñeca.

-¿No hay ninguna posibilidad de que suceda de modo natural? ¿De que pueda haberse filtrado de las rocas?

-Ninguna posibilidad -dijo la voz de Lurt-. Estaba ligeramente contaminada con lo que al final identifiqué como la solución limpiadora que se usa en los suelos de tu laboratorio; debe de haber quedado un residuo seco que se disolvió en el agua. Pero por lo demás es absolutamente pura. El agua filtrada del suelo contendría minerales disueltos dentro: ésta es *fabricada.* Por quién, no lo sé, y cómo, no estoy segura... pero desde luego no es algo que sucediera naturalmente.

-Fascinante -dijo Adikor-. ¿Y no había ni rastro del ADN de Ponter?

-No. Había un poco del tuyo: sin duda se te desprendieron algunas células al recoger el agua, pero de nadie más. No había rastros de plasma sanguíneo ni de nada más que pudiera haber surgido de él tampoco.

-Muy bien. ¡Muchas gracias!

-Día sano, querido -dijo la voz de Lurt.

-Día sano -repitió Adikor, y tiró de la clavija de control que ponía fin a la conversación.

-¿Qué es agua pesada? -preguntó Jasmel.

Adikor se lo explicó.

-Debe de ser la clave -concluyó.

-¿Estás diciendo la verdad sobre el origen del agua pesada? -preguntó Jasmel.

-Sí, por supuesto. La recogí del suelo de la cámara de los ordenadores después de que Ponter desapareciera.

-No es venenosa, ¿verdad?

-¿El agua pesada? No veo por qué.

-¿Qué uso se le da?

-Ninguno, que yo sepa.

-¿No hay modo alguno en que el cuerpo de mi padre pudiera haber sido, no sé, *convertido* de algún modo en agua pesada?

-Lo dudo mucho -dijo Adikor-. Y tampoco hay restos de los elementos químicos que componían su cuerpo. No se desintegró ni entró en combustión espontánea: simplemente desapareció. -Adikor sacudió la cabeza-. Tal vez mañana, en el *dooslarm basadlarm,* podamos explicarle al adjudicador por qué tenemos que bajar al laboratorio. Hasta entonces, espero que Ponter se encuentre bien, dondequiera que esté.

Después de dejar a Mary Vaughan instalada en el laboratorio de genética de la universidad, Reuben Montego tomó un bocado en un Taco Bell y luego se dirigió al centro de

salud St. Joseph's. En el vestíbulo vio a Louise Benoit, la hermosa estudiante francocanadiense de posdoctorado. Estaba discutiendo con alguien que parecía pertenecer al departamento de seguridad del hospital.

-¡Pero yo le salvé la vida! -la oyó Reuben exclamar-. ¡Sin duda querrá verme!

Reuben se acercó a la joven.

-Hola -dijo-. ¿Cuál es el problema?

La mujer volvió su hermoso rostro hacia él, los ojos marrones se ensancharon de gratitud.

-¡Oh, doctor Montego! -dijo-. Gracias a Dios que está usted aquí. Venía a ver cómo está nuestro amigo, pero no me dejan subir a su planta.

-Soy Reuben Montego -le dijo Reuben al hombre de seguridad, un tipo pelirrojo *y* musculoso-. Soy el... *-Bueno, ¿por qué no?-,* el medico de cabecera del señor Ponter. Puede confirmarlo con el doctor Singh.

-Sé quién es usteddijo el hombre de seguridad-. Y, sí, está usted en la lista de admitidos.

-Bueno, esta joven me acompaña. Es verdad que le salvó la vida a Ponter en el Observatorio de Neutrinos de Sudbury.

-Muy bien -dijo el hombre-. Lamento dar la lata, pero tenemos periodistas y curiosos intentando colarse a todas horas y...

En ese momento llegó el doctor Naonihal Singh, con un turbante marrón oscuro.

-¡Doctor Singh! -llamó Reuben.

-Hola -dijo Singh, acercándose y estrechando la mano de Reuben-. Escapando del teléfono, ¿no? El mío ha estado sonando sin parar.

Reuben sonrió.

-El mío también. Parece que todo el mundo quiere saber cosas de nuestro señor Ponter.

-Sabe, me encanta que esté bien -dijo Singh-, pero la verdad es que me gustaría darle de alta. No tenemos suficientes camas en el hospital, gracias a Mike Harris.

Reuben asintió, comprensivo. El cicatero antiguo primer ministro de Ontario había clausurado o fusionado muchos hospitales por toda la provincia.

-Y -continuó Singh-, no está bien que yo lo diga, pero si él pudiera marcharse de aquí, tal vez a mí dejarían de incordiarme los periodistas.

-¿Adónde podríamos llevarlo? -preguntó Reuben.

-Eso no lo sé -repuso Singh-. Pero si está bien, no tiene nada que hacer en un hospital.

Reuben asintió.

-Muy bien, vale. Nos lo llevaremos al salir. ¿Hay algún modo de largarse sin que nos vea la prensa?

-La idea es más bien que la prensa sepa que se ha ido -dijo Singh.

-Sí, sí-contestó Reuben-. Pero nos gustaría llevarlo a algún lugar seguro *antes* de que se den cuenta.

-Ya veo -dijo Singh-. Sáquelo por el garaje subterráneo. Aparque allí; tome el ascensor de personal hasta la B2, y salga por el pasillo. Mientras Ponter mantenga la cabeza gacha dentro del coche, nadie lo verá marcharse.

-Excelente -dijo Reuben.

-Por favor, lléveselo hoy -dijo Singh.

Reuben asintió.

-Lo haré. -Gracias.

Reuben y Louise se encaminaron escaleras arriba.

-Hola, Ponter -dijo Reuben al entrar en la habitación del hospital. Ponter estaba sentado en la cama. Llevaba la misma ropa con la que lo habían encontrado.

Al principio Reuben pensó que Ponter había estado viendo la televisión, pero luego el doctor advirtió la manera en que tenía levantado el brazo izquierdo, con el ojo de cristal de

Librodot

Hak vuelto hacia la pantalla. Lo más probable era que la Acompañante hubiera estado escuchando más muestras de lenguaje, intentando comprender más palabras por el contexto.

-Hola, Reuben -dijo Hak, presumiblemente de parte de Ponter. Ponter se volvió para mirar a Louise. Reuben advirtió que no reaccionaba como lo habría hecho un varón humano normal; no había ninguna sonrisa de deleite ante la inesperada visita de una hermosa joven.

-Louise -dijo Reuben-. Éste es Ponter.

Louise dio un paso adelante.

-¡Hola, Ponter! Soy Louise Benoit.

-Louise te sacó del agua -dijo Reuben.

Ponter sonrió ahora cálidamente; tal vez allí todos le parecían iguales, pensó Reuben.

-Lou... -dijo la voz de Hak. Ponter se encogió de hombros, como pidiendo disculpas.

-No puede pronunciar la i larga de tu nombre -dijo Reuben. Louise sonrió.

-No importa. Puedes llamarme Lou; muchos de mis amigos lo hacen.

-Lou -repitió Ponter, hablando por sí mismo con su voz grave-. Yo... tu... yo...

Reuben miró a Louise.

-Todavía estamos construyendo su vocabulario. Me temo que no hemos llegado a las amabilidades sociales todavía. Estoy seguro de que está intentando darle las gracias por salvarle la vida.

-No hay de qué -dijo Louise-. Me alegro de que estés bien. Reuben asintió.

-Y hablando de estar bien -dijo-. Ponter, te vas de aquí. La ceja continua de Ponter se alzó sobre su frente.

¡Sí! -dijo Hak, hablando otra vez por él-. ¿Dónde? ¿Dónde ir? Reuben se rascó un lado de su cabeza afeitada.

-Ésa es una buena pregunta.

-Lejos -dijo Hak-. Lejos.

-¿Quieres ir lejos? -preguntó Reuben-. ¿Por qué?

-El... el... -Hak se calló, pero Ponter movió una mano, cubriendo su gigantesca nariz: tal vez el equivalente Neanderthal de tapársela con dos dedos.

-¿El olor? -dijo Reuben. Asintió y se volvió hacia Louise-. Con una nariz como ésa, no me extraña que tenga un agudo sentido del olfato. Yo mismo odio el olor de los hospitales, y me paso un montón de tiempo en ellos.

Louise miró a Ponter, pero le habló a Reuben.

-¿Sigue sin tener ni idea de dónde procede?

-No.

-Yo creo que de un mundo paralelo -dijo Louise, simplemente.

-¿Qué? -exclamó Reuben-. ¡Oh, vamos!

Louise se encogió de hombros.

-¿De dónde si no podría ser?

-Bueno, ésa es una buena pregunta, pero...

-Y si viene de un mundo paralelo -dijo Louise-, supongamos que ese mundo no tiene motores de combustión interna, ni cualquiera de las otras cosas que contaminan nuestro aire. Si uno tuviera realmente una nariz muy sensible, no desarrollaría jamás tecnologías apestosas.

-Tal vez, pero eso no significa que tenga que proceder de otro universo.

-De cualquier forma -dijo Louise, apartándose el pelo largo y castaño de los ojos-, probablemente quiera alejarse de la civilización. Ir a algún lugar que no huela tan mal.

-Bueno, yo puedo conseguir un permiso en Inco -dijo Reuben-. Lo bueno de ser el jefe del personal médico es que puedes redactar tus propias autorizaciones. Me gustaría seguir trabajando con él.

-Yo tampoco tengo nada que hacer mientras secan las instalaciones del ONS -dijo Louise.

Reuben sintió que su corazón redoblaba. ¡Maldición, seguía siendo un perro de presa! Pero sin duda Louise estaba pensando en ir con ellos por su interés científico en Ponter. En cualquier caso, sería magnífico pasar más tiempo con ella; su acento era increíblemente sexy.

Me pregunto si las autoridades intentarán retenerlo otra vez-dijo Reuben.

-Sólo ha pasado un día desde que llegó aquí -dijo Louise-, y apuesto a que nadie en Ottawa se lo ha tomado todavía en serio. Es sólo otra historia sensacionalista del tipo de las del *National Enquirer.* Los agentes federales y los militares no aparecen cada vez que alguien dice que ha visto un ovni. Estoy segura de que todavía no les ha dado por pensar que esto podría ser una realidad.

Los olores son de verdad horribles, pensó Ponter, mientras miraba a Lou y Reuben. Hacían un contraste absoluto: él con la piel oscura y completamente calvo, y ella con la piel aún más clara que la de Ponter y el pelo castaño tupido que le caía en cascada por debajo de los estrechos hombros.

Ponter todavía estaba asustado y confundido, pero Hak le susurraba palabras tranquilizadoras en los implantes de su oído cada vez que la Acompañante detectaba que los signos vitales de Ponter se agitaban demasiado. Sin la ayuda de Hak, Ponter estaba seguro de que ya se habría vuelto loco.

¡Habían pasado tantas cosas en tan poco tiempo! Sólo el día antes se había despertado en su propia cama con Adikor, le había dado de comer a su perra, había acudido al trabajo...

Y ahora estaba *allí,* dondequiera que eso pudiera ser. Hak tenía razón: tenía que ser la Tierra. Ponter sospechaba que había otros planetas habitables en las infinitas extensiones del espacio, pero parecía pasar lo mismo allí que en casa, el aire era respirable... ¡respirable, en el sentido en que la cocina de su querido Adikor podía considerarse comestible! Había aromas hediondos, olores gaseosos, olores frutales, olores químicos, olores que ni siquiera podía identificar. Pero, tenía que admitirlo, el aire lo mantenía, y la comida que le habían dado era (¡en su mayor parte!) químicamente compatible con su sistema digestivo.

Así pues: la Tierra. Y seguramente no la Tierra del pasado. Había partes de la Tierra moderna, sobre todo en las regiones ecuatoriales, que estaban poco exploradas, pero, como había señalado Hak, la vegetación que veían era prácticamente igual que en Saldak, lo que significaba que era improbable que estuviera en otro continente, o en el hemisferio sur. Y aunque hacía calor, la mayoría de los árboles que había visto eran de hoja caduca; esto no podía ser una zona ecuatorial.

¿El futuro, entonces? Pero no. Si la humanidad dejara de existir, por algún motivo insondable, no serían los gliksins quienes ocuparan su lugar. Los gliksins se habían extinguido; su resurgimiento era tan improbable como el de los dinosaurios.

Si no era sólo la Tierra, sino de hecho la misma *parte* de la Tierra de donde había venido el propio Ponter, entonces ¿dónde estaban las vastas nubes de palomas pasajeras? No había visto ninguna desde su llegada. Tal vez, pensó Ponter, los olores nauseabundos las habían espantado.

Pero no.

No.

Eso no era ni el futuro ni el pasado. Era el *presente...* un mundo paralelo, un mundo donde, increíblemente, a pesar de su innata estupidez, los gliksins no se habían extinguido.

-Ponter -dijo Reuben.

Ponter alzó la cabeza, con una expresión vagamente perdida en el rostro, como si hubiera perdido la concentración.

-¿Sí?

-Ponter, vamos a llevarte a otro lugar. No estoy seguro de dónde. Pero, bueno, para empezar, te sacaremos de aquí. Tú... puedes venir a alojarte conmigo.

Librodot

Ponter ladeó la cabeza, sin duda escuchando la traducción de Hak. Pareció asombrado un par de veces: presumiblemente Hak no estaba segura de cómo traducir algunas de las palabras que había empleado Reuben.

-Sí -dijo Ponter, por fin-. Sí. Nos vamos de aquí.

Reuben hizo un gesto para que Ponter abriera la marcha.

-Abro puerta -dijo Ponter, hablando por sí mismo, con evidente placer, mientras abría la puerta de la habitación del hospital-. Atravieso puerta -dijo, acompañando las palabras con la acción adecuada.

Esperó a que Louise y Reuben salieran también.

-Cierro puerta -dijo, cerrando la puerta tras ellos. Y sonrió de oreja a oreja, y cuando Ponter sonreía de oreja a oreja, su boca medía casi un palmo de una comisura a otra-. ¡Ponter fuera!

19

Siguiendo las instrucciones del doctor Singh, Reuben Montego, Louise Benoit y Ponter llegaron sin problemas al coche de Reuben, que éste había trasladado al aparcamiento del personal. Reuben tenía un SUV de color vino, con la pintura descascarillada por culpa de las carreteras de gravilla del lugar donde estaba situado Inco. Ponter subió al asiento trasero y se tendió, cubriéndose la cabeza con un ejemplar del *Sudbury Star* del día. Louise (que había ido andando al hospital) se sentó delante con Reuben. Había aceptado la invitación de Reuben para reunirse con él y con Ponter en su casa para cenar: el doctor había dicho que la llevaría a la suya más tarde.

Iniciaron el viaje, con la CJMXFM sonando suavemente en la radio. La canción que escuchaban era la versión de Geri Halliwell de *It's raining men.*

-Bueno -dijo Reuben, mirando a Louise-, convénzame. ¿Por qué cree que Ponter procede de un universo paralelo?

Louise frunció los labios un momento (Dios, pensó Reuben, sí que es guapa), y entonces dijo:

-¿Cómo está de física?

-¿Yo? Lo que estudié en el instituto. Oh, y compré un ejemplar *de Breve historia, del tiempo* cuando Stephen Hawking vino a Sudbury, pero no llegué muy lejos en su lectura.

-Muy bien dijo Louise, mientras Reuben giraba a la derecha-, déjeme hacerle una pregunta. Si se lanza un único fotón contra una barrera con dos rendijas verticales, y un pedazo de papel fotográfico al otro lado muestra pautas de interferencia, ¿qué ha pasado?

-No lo sé -reconoció Reuben, sincero.

-Bueno -dijo Louise-, una interpretación es que ese único fotón se ha convertido en una onda de energía y, al golpear la pared con las rendijas, cada rendija ha creado un nuevo frente de onda y se ha obtenido la interferencia clásica, con picos y valles que se amplifican unos a otros o se cancelan unos a otros.

Sus palabras hicieron sonar una vaga campana en la mente de Reuben. -Muy bien.

-Bueno, como decía, ésa es una interpretación. Otra es que el universo mismo *se divide,* convirtiéndose brevemente en dos universos. En uno, el fotón (todavía una partícula) atraviesa la rendija izquierda, y en el otro atraviesa la rendija derecha. Y, como no hay ningún modo de discernir por qué rendija atraviesa el fotón en este universo o en el otro, los dos universos se colapsan y vuelven a ser uno, siendo la pauta de interferencia el resultado de la reunión de universos.

Reuben asintió, pero sólo porque eso parecía lo más adecuado.

-Así que tenemos una base física experimental para creer en la existencia temporal de universos paralelos -dijo Louise-. Esas pautas de interferencia aparecen aunque sólo envíes un fotón hacia un par de rendijas. Pero ¿y si los dos universos *no* vuelven a colapsarse en uno? ¿Y si, después de dividirse, continúan por caminos separados?

-¿Sí? -dijo Reuben, intentando seguirla.

-Bueno, imagine el universo dividiéndose en dos, quién sabe, hace docenas de miles de años, cuando había dos especies de humanidad viviendo juntas: nuestros antepasados, que eran los CroMagnons, y los antepasados de Ponter, los antiguos Neanderthales. No sé cuánto tiempo coexistieron las dos especies, pero...

-Desde hace cien mil años hasta hace tal vez veintisiete mil años -dijo Reuben.

Louise puso cara de estar impresionada, claramente sorprendida de que Reuben dispusiera de ese dato.

Reuben se encogió de hombros.

-Hemos traído a una genetista de Toronto, Mary Vaughan. Ella me lo ha dicho.

-Ah. Vale, bien, en algún momento de ese periodo, quizá se produjo una división, y los dos universos continuaron divergiendo. En uno, nuestros antepasados se hicieron dominantes. Y en el otro, los Neanderthales llegaron a convertirse en dominantes, creando su propia civilización y su propio lenguaje.

A Reuben la cabeza le daba vueltas.

-Pero... ¿pero entonces cómo volvieron los dos universos a entrar en contacto?

-Je *ne sais pas* -dijo Louise, negando con la cabeza.

Salieron de Sudbury, recorrieron la Carretera Regional 55 hasta la mal llamada ciudad de Lively, cerca de la cual se encontraba la mina.

-Ponter -dijo Reuben-. Probablemente ya puedes levantarte, va no nos detendrá el tráfico.

Ponter no se movió.

Reuben cayó en la cuenta de que había hablado de un modo demasiado complejo.

-Ponter, arriba -dijo.

Oyó el sonido del periódico al arrugarse y vio la enorme cabeza de Ponter surgir en el espejo retrovisor.

-Arriba -confirmó Ponter.

-Esta noche, te alojarás en mi casa -dijo Reuben-. ¿Comprendido?

Después de una pausa, presumiblemente para que se hiciera la traducción, Ponter dijo que sí.

-Ponter tiene que comer -intervino Hak.

-Sí -contestó Reuben-. Sí, comeremos pronto.

Continuaron hasta la casa de Reuben, adonde llegaron veinte minutos más tarde. Era una casa moderna de dos plantas en un par de acres de terreno en las afueras de Lively. Ponter, Louise y Reuben entraron, y Ponter observó fascinado cómo Reuben abría la puerta principal y luego echaba el cerrojo y la cadena una vez que estuvieron dentro.

Ponter sonrió.

-Qué bueno -dijo, con deleite.

Al principio, Reuben pensó que le hacía un cumplido por la decoración, pero luego se dio cuenta de que Ponter estaba claramente complacido porque la casa tenía aire acondicionado.

-Bueno -dijo Reuben, sonriéndoles a Louise y Ponter-, bienvenidos a mi humilde morada. Poneos cómodos.

Louise miró en derredor.

-¿No estás casado? -preguntó.

Reuben vaciló; la primera y mejor interpretación de la pregunta era que ella estaba comprobando su disponibilidad. La segunda interpretación, más probable, era que de pronto había caído en la cuenta de que se había marchado al campo con un hombre a quien apenas

conocía, y ahora estaba sola con él y un Neanderthal en una casa vacía. Y la tercera interpretación, advirtió Reuben, mientras advertía el caos de su salón, con revistas tiradas por aquí y allá y un plato con restos de pizza en la mesita, era que *obviamente* vivía solo: ninguna mujer habría soportado semejante desorden.

-No -contestó Reuben-. Lo estuve, pero...

Louise asintió.

-Tienes buen gusto -dijo, contemplando los muebles, una mezcla de caribeño y canadiense, con montones de caoba.

-Es cosa de mi esposa -dijo Reuben-. No he cambiado casi nada desde que nos separamos.

-Ah -dijo Louise-. ¿Puedo ayudarte con la cena?

-No, había pensado en preparar unos filetes. Tengo una barbacoa en la parte de atrás.

-Soy vegetariana -dijo Louise.

-Oh. Um, podría prepararte algunas verduras a la plancha... y, um, ¿una patata?

-Eso sería magnífico -dijo Louise.

-Muy bien. Hazle compañía a Ponter -dijo Reuben, y se marchó al cuarto de baño para lavarse las manos.

Más tarde, mientras trabajaba en el patio trasero, Reuben pudo ver que Louise y Ponter mantenían una conversación cada vez más animada. Presumiblemente, Hak captaba más palabras a medida que pasaba el tiempo. Finalmente, cuando los filetes estuvieron hechos, Reuben llamó al cristal para atraer la atención de Louise y Ponter, y les hizo señas para que salieran.

Un momento después, así lo hicieron.

-¡Doctor Montego! -dijo Louise, entusiasmada-. ¡Ponter es físico!

-¿Sí?

-Sí, sí. No tengo todos los detalles todavía, pero es físico sin duda... y creo que es físico cuántico.

-¿Y cómo se deduce eso? -preguntó Reuben.

-Dijo que se dedica a pensar en cómo funcionan las cosas, y yo dije, suponiendo que tal vez fuera ingeniero, si se refería a cosas grandes, v él dijo que no, no, cosas pequeñas, cosas demasiado pequeñas para verlas. Y yo dibujé algunos diagramas (material básico de la física) y él los reconoció, y dijo que eso es lo que hacía.

Reuben miró a Ponter con renovada admiración. La frente hacia atrás y el ceño prominente lo hacían parecer, bueno, un poco obtuso, pero... ¡físico! ¡Científico!

-Bueno, bueno, bueno -dijo Reuben. Les indicó que se sentaran ante una mesa redonda con un parasol. Fue sirviendo en platos los filetes y las verduras a la parrilla que había envuelto en papel de aluminio y los llevó a la mesa.

Ponter mostró su ancha sonrisa. ¡Eso sí que era comida para él! Pero entonces miró de nuevo en derredor, igual que le había visto hacer Reuben esa mañana, como si faltara algo.

Reuben usó su cuchillo para cortar un pedazo de filete y se lo llevó a la boca.

Ponter, torpemente, imitó lo que había hecho Reuben, aunque cortó un trozo mucho más grande.

Cuando terminó de masticar, Ponter emitió algunos sonidos que debían de ser palabras en su idioma. Inmediatamente fueron seguidos por una voz masculina que Reuben no había oído hasta entonces.

-Buena -dijo-. Buena comida.

La voz parecía proceder del implante de Ponter.

Reuben alzó las cejas, sorprendido, y Louise explicó:

Empezaba a confundirme al hablar con ellos, intentando discernir cuándo era el implante que hablaba por su cuenta y cuándo traducía a Ponter. Ahora usa una voz masculina cuando traduce lo que dice Ponter, y una voz femenina para sus propias palabras.

-Es más sencillo así -dijo la familiar voz femenina de Hak.

Librodot

-Sí -dijo Reuben-, desde luego que sí.

Louise usó torpemente sus largos dedos para desliar el papel de aluminio de sus verduras.

-Bueno, veamos qué más podemos averiguar.

Y durante la hora siguiente Reuben y Louise hablaron con Ponter y Hak. Pero para entonces ya habían salido los mosquitos, y en abundancia. Reuben encendió una vela ácida para espantarlos, pero el olor hizo que Ponter se atragantara. Reuben apagó la vela, y volvieron al salón. Ponter se sentó en un cómodo sillón, Louise en un extremo del sofá con sus largas piernas bajo el cuerpo y Reuben en el otro extremo.

Continuaron hablando durante otras tres horas, reconstruyendo poco a poco lo sucedido. Y, cuando la historia completa surgió a la luz, Reuben se hundió en el sofá, absolutamente sorprendido.

20

TERCER DÍA
DOMINGO, 4 DE AGOSTO
148/103/26

BÚSQUEDA DE NOTICIAS Palabra(s) clave: *Neanderthal*

La noticia de esta mañana en Sudbury, Canadá, es que las propuestas de matrimonio superan las amenazas de muerte dos a uno a favor del visitante Neanderthal. Veintiocho mujeres han enviado cartas o e-mails a este periódico declarándose, mientras que la policía de Sudbury y la Real Policía Montada del Canadá han registrado sólo trece amenazas de muerte contra su vida...

ENCUESTA DE *USA TODAY:*

- Porcentaje que cree que el supuesto Neanderthales un fraude: 54%.
- Que cree que es realmente un Neanderthal, pero viene de algún lugar de esta Tierra: 26%
- Que cree que viene del espacio exterior: 11%
- Que cree que viene de un mundo paralelo: 9%

La policía desactivó hoy una bomba en la entrada del pozo de la mina que conduce a la caverna que alberga el Observatorio de Neutrinos de Sudbury, donde el supuesto Neanderthal apareció por primera vez...

Una secta religiosa de Baton Rouge, Louisiana, recibe la llegada del Neanderthal de Canadá como la Segunda Venida de Cristo. «Claro que parece un humano antiguo -declaró el reverendo Hooley Gordwell-. El mundo tiene seis mil años de antigüedad, y Cristo vino por primera vez hace un tercio de ese tiempo. Nosotros hemos cambiado un poco, quizá debido a

una nutrición mejor, pero él no.» El grupo está planeando una peregrinación a la ciudad minera de Sudbury, Ontario, donde el Neanderthal vive actualmente.

A la mañana siguiente, temprano, después de procurar que no los vieran por el camino, Ponter y el doctor Montego se reunieron con Mary en el laboratorio de la Universidad Laurentian. Era hora de analizar el ADN de Ponter, de responder a la gran pregunta.

Secuenciar los 379 nucleótidos requería un trabajo meticuloso. Mary estaba sentada a una mesa de plástico blanco lechoso, con la superficie iluminada por los tubos fluorescentes que tenía debajo. Había colocado la película autorradiactiva *en* la mesa y, con un rotulador, iba escribiendo las letras del alfabeto genético para la cadena en cuestión: GGC, que indicaba el aminoácido glicina; TAT, el código de la tirosina; ATA, en el ADN mitocondrial, opuesto al ADN nuclear, especificaba metionina; AAA, la nomenclatura de la lisina...

Por fin terminó: las 379 bases de una parte específica de la región de control de Ponter quedaron identificadas. El ordenador portátil de Mary tenía incorporado un programa de análisis de ADN. Empezó a teclear las 379 letras que acababa de escribir en la película y luego le pidió a Reuben que las tecleara de nuevo, sólo para asegurarse de que las había introducido correctamente.

El ordenador informó inmediatamente de tres diferencias entre lo que había introducido Mary y lo que había introducido Reuben, advirtiendo (era un programita inteligente) un error causado porque Mary se había dejado accidentalmente una T en un punto; los otros dos errores eran erratas de Reuben. Cuando estuvo segura de que habían introducido correctamente las 379 letras, hizo que el programa comparara la secuencia de Ponter con la que había extraído del espécimen tipo de Neanderthal del *Rheinisches Landesmuseum.*

-¿Bien? -dijo Reuben-. ¿Cuál es el veredicto?

Mary se echó atrás en su asiento, anonadada.

-El ADN que tomé de Ponter difiere en siete puntos del ADN recuperado del fósil de Neanderthal. -Alzó una mano-. Era de esperar un poco de variación individual, y naturalmente habrá habido alguna deriva genética con el paso del tiempo, pero...

-¿Sí? -dijo Reuben.

Mary alzó los hombros.-Es un Neanderthal, en efecto.

-Guau -dijo Reuben, mirando a Ponter como silo viera por primera vez-. Guau. Un Neanderthal viviente.

Ponter habló un poco de su propio lenguaje, y su implante interpretó: -¿Mi especie desaparecida? -dijo la voz masculina.

-¿De aquí? -preguntó Mary-. Sí, su especie desapareció de aquí... hace al menos 27.000 años.

Ponter bajó la cabeza, reflexionando sobre esto.

Mary reflexionó también. Hasta la aparición de Ponter, los parientes vivos más cercanos del *Homo sapiens* eran los dos miembros del género *Pan:* el chimpancé y el bonobo. Ambos estaban relacionados con los humanos y compartían aproximadamente el 95% del ADN de la humanidad. Mary estaba lejos de terminar sus estudios con el ADN de Ponter, pero suponía que compartiría hasta un 99% con su especie *Homo sapiens.*

Y ese 1% restante explicaba todas las diferencias. Si era un Neanderthal típico, su cavidad craneana era probablemente más grande que la de un hombre normal. Y era más musculoso que ningún humano que Mary hubiera conocido: sus brazos eran tan gruesos como los muslos de la mayoría de los hombres. Además, sus ojos eran de un increíble marrón dorado; Mary se preguntó si habría variantes de color entre su especie.

También era bastante velludo, aunque lo parecía menos a causa de su color claro. Sus antebrazos y, supuso, su espalda y su pecho, estaban bien cubiertos. Y tenía barba, y una cabeza llena de pelo partido por la mitad.

Entonces se dio cuenta: ya había visto ese tipo de peinado. Los bonobos, los pequeños simios llamados a veces chimpancés pigmeos, llevaban el mismo peinado. Fascinante. Se preguntó si toda su gente tenía el pelo así o era sólo un estilo que cultivaba.

Ponter volvió a hablar en su propio idioma, en voz baja, quizás hablando solo, pero el implante tradujo las palabras al inglés de todas formas.

-Mi especie desaparecida.

Mary habló con toda la amabilidad de la que fue capaz. -Sí. Lo siento.

Más sílabas brotaron de los labios de Ponter, y su Acompañante dijo: -Yo... no hay otros. Yo... todos...

Sacudió la cabeza y volvió a hablar. La Acompañante pasó a su voz femenina, hablando por sí misma.

-No tengo vocabulario para traducir lo que está diciendo Ponter. Mary asintió con lentitud, apenada. -La palabra que estás buscando -dijo amablemente- es «solo».

El *dooslarm basadlarm* de Adikor Huid tuvo lugar en el edificio del Consejo Gris, en la periferia del Centro. Los varones podían llegar allí sin internarse mucho en el territorio femenino; las hembras podían entrar en él sin salir técnicamente de su tierra. Adikor no estaba seguro de cómo influiría en sus posibilidades que los interrogatorios preliminares fueran durante Últimos Cinco, pero la adjudicadora, una mujer llamada Komel Sard, parecía pertenecer a la generación 142, así que hacía tiempo que debía de haber dejado atrás la menopausia.

La acusadora de Adikor, Daklar Bolbay, se alzaba ahora en la gran cámara cuadrada. Los ventiladores soplaban el aire desde el lado norte de la cámara hacia el sur, y la adjudicadora Sard se encontraba en el extremo sur, contemplando el desarrollo de la acción con expresión neutra en su rostro sabio y arrugado. El aire servía a un doble propósito: le traía las feromonas del acusado, a menudo para ella algo tan significativo como las palabras pronunciadas, e impedía que sus propias feromonas (que podrían haber traicionado qué argumentos la impresionaban) fueran detectadas por la acusadora o el acusado, ambos situados en el lado norte.

Adikor había visto a Klast muchas veces, y siempre se había llevado bien con ella; su hombre-compañero, después de todo, era Ponter. Pero Bolbay, que había sido la mujer-compañera de Klast, no parecía tener ni su calidez ni su simpatía.

Bolbay llevaba un pantalón naranja oscuro y un top naranja oscuro: el naranja había sido siempre el color de los acusadores. Por su parte, Adikor iba de azul, el color de los acusados. Cientos de espectadores, igualmente divididos entre varones y hembras, se sentaban a cada lado de la sala; un *dooslarm basadlarm* por asesinato se consideraba algo digno de ver. Jasmel Ket estaba allí, al igual que su hermana menor, Megameg Bek. La mujer-compañera de Adikor, Lurt, estaba presente también; le había dado un gran abrazo cuando llegó. Sentado a su lado estaba Dab, el hijo de Adikor, de la misma edad que la pequeña Megameg.

Y, naturalmente, casi todos los exhibicionistas de Saldak estaban presentes: no había nada más interesante en aquel momento que esa audiencia. A pesar de su actual situación, Adikor se alegró de ver a Hawst en persona, pues habla usado mucho su mirador para enterarse de cosas en el pasado. También reconoció a Lulasm, el favorito de Ponter, y a Gawlt y Talok y Repeth y a un par de otros más. Los exhibicionistas eran fáciles de detectar: tenían que llevar ropa plateada, lo que indicaba a cuantos tenía alrededor que sus emisores implantados eran públicamente accesibles.

Adikor estaba sentado en un taburete. Había espacio de sobra por todas partes para que Bolbay caminara a su alrededor mientras hablaba, y lo hacía con gran teatralidad.

-Díganos, sabio Huid, ¿tuvo éxito su experimento? ¿Consiguieron hallar el factor numérico elegido?

Adikor negó con la cabeza.

-No.

-Así que hacerlo bajo la superficie no sirvió de nada -dijo Bolbay-. ¿De quién fue la idea de hacer ese experimento bajo tierra? -Su voz era grave para tratarse de una hembra, un rumor profundo.

-Ponter y yo lo acordamos juntos.

-Sí, sí, ¿pero quién fue el primero en sugerir la idea? ¿Usted o el sabio Boddit?

-No estoy seguro.

-Fue usted, ¿verdad?

Adikor se encogió de hombros.

-Es posible.

Bolbay estaba ahora delante de él. Adikor se negó a reconocer su presencia mirándola.

-Ahora, sabio Huld, díganos por qué eligió usted esa localización.

-No he dicho que la eligiera. He dicho que es posible que lo hiciera. -Bien. Díganos por qué se eligió esa localización para su trabajo. Adikor frunció el ceño, pensando cuántos detalles era apropiado dar. -La Tierra es bombardeada continuamente por los rayos cósmicos -dijo por fin.

-¿Y eso qué es?

-Radiación ionizante que procede del espacio exterior. Una corriente de protones, núcleos de helio y otros núcleos. Cuando chocan con núcleos de nuestra atmósfera, producen radiación secundaria... principalmente piones, muones, electrones y rayos *dutar.*

-¿Y son peligrosos?

-En realidad no. Al menos, no en las pequeñas cantidades producidas por los rayos cósmicos. Pero afectan a los instrumentos delicados, y por eso quisimos emplazar nuestro equipo en algún lugar que estuviera protegido de ellos, y, bueno, la mina de níquel Debral estaba cerca.

-¿No podrían haber utilizado otra instalación?

-Supongo que sí. Pero Debral es única no sólo por su profundidad (es la mina más profunda del mundo), sino también por la baja radiación de fondo de sus rocas. El uranio y otros materiales radiactivos presentes en muchas otras minas desprenden partículas cargadas que habrían lastrado nuestros instrumentos.

-¿Entonces estaban bien protegidos allí abajo?

-Sí... de todo excepto de los neutrinos, supongo.

Adikor captó la expresión del rostro de la adjudicadora Sard.

-Son partículas minúsculas que atraviesan la materia sólida; nada puede ser protegido contra ellos.

-Bien, ¿no estaban protegidos también contra algo más allá abajo? -preguntó Bolbay.

-No comprendo -dijo Adikor.

-Mil brazadas de roca entre ustedes y la superficie. Ninguna radiación (ni siquiera las partículas de rayos cósmicos que han recorrido sin impedimentos enormes distancias) podían alcanzarlos.

-Correcto.

-Y ninguna radiación podía llegar a la superficie desde donde estaban ustedes trabajando, ¿no es cierto?

-¿Qué quiere decir?

-Quiero decir que las señales de sus Acompañantes, el suyo y el del sabio Boddit, no podían llegar desde allí hasta la superficie -dijo Bolbay.

-Sí, eso es cierto, aunque no le había dado importancia a ese detalle hasta que un controlador me lo mencionó ayer.

-¿No le había dado importancia? -El tono de Bolbay denotaba incredulidad-. Desde el día en que nació, tiene usted un cubo de registro personal en el pabellón de archivos de coartadas que está junto al edificio de este mismo Consejo. Y ha grabado todo lo que ha

hecho, cada momento de su vida, a medida que lo transmitía su Acompañante. Cada momento de su vida en la superficie de la Tierra, es decir, excepto el tiempo que pasó allá abajo.

-No soy ningún experto en esos asuntos -dijo Adikor, sin demasiada sinceridad-. En realidad no sé mucho de la transmisión de datos de los Acompañantes.

-Vamos, sabio Huid. Hace un momento nos estaba contando historias de muones *y* piones, *¿y* ahora espera que creamos que no comprende una sencilla emisión de radio?

-No he dicho que no la comprendiera. He dicho que nunca había pensado en ese tema.

Bolbay estaba de nuevo tras él.

-¿Nunca pensó en el hecho de que, mientras estaba allí abajo, por primera vez desde su nacimiento, no habría ningún registro disponible de lo que estaba haciendo?

-Mire -dijo Adikor, hablando directamente a la adjudicadora, antes de que Bolbay diera la vuelta y bloqueara de nuevo su línea de visión-. No he tenido motivos para acceder a mi propio archivo de coartadas desde hace muchísimos meses. Cierto, el hecho de que mis acciones se registran normalmente es algo de lo que soy consciente, en un sentido abstracto, pero no pienso en ello cada día.

-Y sin embargo -dijo Bolbay-, cada día de su vida, disfruta usted de la paz y la seguridad que esas mismas grabaciones hacen posibles. -Miró a la adjudicadora-. Sabe que cuando pasea de noche las posibilidades de ser víctima de un robo o asesinato *o lasagklat* son casi cero, porque no es posible escapar a semejante crimen. Si se acusa a alguien de eso... bien, digamos de que *yo* le he atacado en la plaza Peslar. Si usted pudiera convencer a un adjudicador de que su acusación era plausible, el adjudicador podría ordenar que se abriera su archivo o su mina de coartadas por el lapso de tiempo en cuestión, lo cual demostraría que soy inocente. El hecho de que un crimen no pueda cometerse sin que quede constancia hace que todos nos relajemos.

Adikor no dijo nada.

-Excepto cuando alguien idea el modo de recluirse con su víctima en un lugar, prácticamente el único donde no puede hacerse ningún registro de lo que suceda.

-Eso es ridículo -dijo Adikor.

-¿Loes? Esa mina fue explotada mucho antes del comienzo de la Era de los Acompañantes, y, naturalmente, llevamos ya siglos empleando robots para trabajar en las minas. Es casi inaudito que un humano tenga que bajar a esas minas, y por eso nunca nos hemos ocupado de la falta de comunicación entre los Acompañantes que están allí y el pabellón de archivos de coartadas. Pero usted lo dispuso para estar con el sabio Boddit en un escondite subterráneo durante lapsos de tiempo prolongados.

-Ni siquiera pensarnos en eso.

-¿No? -dijo Bolbay-. ¿Reconoce el nombre de Kobast Gant? El corazón le dio un vuelco a Adikor, y la boca se le secó. -Es un investigador de inteligencia artificial.

-Así es. Y él declarará que hace meses mejoró su Acompañante y el del sabio Boddit, añadiéndoles sofisticados componentes de inteligencia artificial.

-Sí. Eso hizo.

-¿Porqué?

-Bueno, um...

-¿Por qué?

-Porque a Ponter no le gustaba estar desconectado de la red de información planetaria. Con nuestros Acompañantes desconectados de la red, allá abajo, le parecía bien concentrar mucha más capacidad de proceso en ellos, para que pudieran ayudarnos mejor con nuestro trabajo.

-¿Y eso se le olvidó? -dijo Bolbay.

-Como ha dicho usted -replicó Adikor con aspereza-, eso fue hace meses. Me he acostumbrado a tener un Acompañante que es más charlatán de lo corriente. Después de todo, estoy seguro de que Kobast Gant también declarará que, aunque eran primeras versiones de su software de inteligencia artificial para Acompañantes, su intención era que estuvieran

disponibles para todos los que lo quisieran. Esperaba que la gente los encontrara útiles, aunque nunca estén desconectados de la red... y consideraba que todos se acostumbrarían rápidamente, y que pronto sería tan natural para ellos como tener un Acompañante menos listo. -Adikor cruzó las manos sobre el regazo-. Bueno, yo me acostumbré rápidamente al mío y, como dije al principio, ni siquiera pensé mucho en el tema, ni por qué había sido originalmente necesario... pero... ¡espere! ¡Espere!

-¿Sí? -dijo Bolbay.

Adikor miró directamente a la adjudicadora Sard, sentada al otro lado de la sala.

-¡Mi Acompañante podría decirles lo que sucedió allá abajo! La adjudicadora miró firmemente a Adikor.

-¿Cuál es su contribución, sabio Huld? -preguntó.

-¿Yo? Soy físico.

-Y programador informático, ¿no es así? -dijo la adjudicadora-. De hecho, usted y el sabio Boddit estaban trabajando en ordenadores complejos.

-Sí, pero...

-Entonces -dijo la adjudicadora, difícilmente creo que podamos confiar en nada de lo que diga su Acompañante. Sería un asunto trivial para alguien de su experiencia programarlo para que nos diga lo que usted quisiera.

-Pero yo...

-Gracias, adjudicadora Sard -dijo Bolbay-. Ahora díganos, sabio Huld, ¿cuántas personas están relacionadas normalmente con un experimento científico?

-Esta pregunta no tiene sentido -respondió Adikor-. Algunos proyectos los emprende un solo individuo y...

-... y otros los emprende una docena de investigadores, ¿no es cierto?

-A veces, sí.

-Pero su experimento implicaba sólo a dos investigadores. Eso no es correcto -dijo Adikor-. Otras cuatro personas trabajaron en diversas etapas de nuestro proyecto.

-Pero ninguna de ellas fue invitada a bajar a la mina. Sólo ustedes dos, Ponter Boddit y Adikor Huid, bajaban allí, ¿verdad? Adikor asintió.

-Y sólo uno de ustedes regresó a la superficie.

Adikor permaneció impasible.

-¿No es eso, sabio Huld? Sólo uno de ustedes regresó a la superficie.

-Sí, pero como ya he explicado, el sabio Boddit desapareció.

-Desapareció -dijo Bolbay, como si nunca hubiera oído la palabra antes, como si se estuviera esforzando por comprender su significado-. ¿Quiere decir que se desvaneció?

-Sí.

-En el aire.

Eso es.

-Pero no hay absolutamente ningún registro de esa desaparición.

Adikor sacudió levemente la cabeza. ¿Por qué lo perseguía así Bolbay? Nunca había sido desagradable con ella, y no podía imaginar que Ponter lo hubiera presentado jamás ante Bolbay en términos desfavorables. ¿Qué era lo que la motivaba?

-No se ha encontrado ningún cadáver -dijo Adikor, desafiante-. No han encontrado ningún cadáver porque no hay ningún cadáver.

-Eso dice usted, sabio Huld. Pero a un millar de brazadas bajo tierra podría haber eliminado el cuerpo dejándolo en un montón de sitios: poniéndolo en una bolsa hermética para impedir que sus olores escapen, y luego arrojándolo por una fisura, enterrándolo bajo una roca suelta o tirándolo a una máquina trituradora de rocas. El complejo minero es enorme, después de todo, con decenas de miles de túneles y galerías. Sin duda podría haberse usted librado del cadáver allí abajo.

-Pero no lo hice.

-Eso dice usted.

-Sí-dijo Adikor, obligándose a adoptar un tono de calma-, eso digo.

La noche anterior, en casa de Reuben, Louise y Ponter habían intentado idear un experimento que pudiera demostrar a los demás que lo que Ponter decía era cierto: que procedía de un mundo paralelo.

Los análisis químicos de las fibras de sus ropas podrían hacerlo. Ponter había dicho que eran sintéticas, y presumiblemente no coincidirían con ningún polímero conocido. Igualmente, algunos de los componentes del extraño implante Acompañante de Ponter casi con toda certeza serían desconocidos para la ciencia de este mundo.

Un dentista podría demostrar que Ponter nunca había estado expuesto a agua fluorada. Incluso sería posible demostrar que había vivido en un mundo sin armas nucleares, dioxinas, ni motores de combustión interna.

Pero, como había señalado Reuben, todas esas cosas simplemente demostrarían que Ponter no procedía de *esta* Tierra, no que viniera de *otra* Tierra. Podía, después de todo, ser un alienígena.

Louise había argumentado que no había modo alguno en que la vida de otro planeta se pareciera tantísimo a los resultados aleatorios que la evolución había producido en el nuestro, pero admitió que para algunos la idea de alienígenas era más aceptable, y desde luego más familiar, que la idea de universos paralelos... un comentario que instó a Reuben a decir que Kira Nerys estaba más atractiva vestida de cuero.[1]

Finalmente, el propio Ponter proporcionó una prueba adecuada. Su implante, dijo, contenía mapas completos de la mina de níquel que estaba supuestamente situada cerca, en esa versión de la Tierra; después de todo, había sido el emplazamiento de las instalaciones donde trabajaba él también. Naturalmente, la mayoría de los yacimientos principales ya habían sido encontrados por su gente y por el personal de Inco, pero, comparando los mapas de la Acompañante con los de la página web de Inco, el implante de Ponter identificó un lugar rico en cobre que no había detectado Inco. De ser acertada, era exactamente el tipo de información que sólo podría tener alguien procedente de un universo paralelo.

Así que ahora, Ponter Boddit (ya sabían su nombre completo), Louise Benoit, Bonnie Jean Mah, Reuben Montego y una mujer a quien Louise veía por primera vez, una genetista llamada Mary Vaughan, estaban todos ellos en los tupidos bosques, exactamente a 372 metros de distancia del edificio de la ONS en la superficie. Los acompañaban dos geólogos de Inco, que manejaban una barrena de toma de muestras. Uno de ellos insistía en que Ponter no podía tener razón en que hubiera cobre en aquel punto.

Sondearon a 9,3 metros, tal como Hak había dicho que hicieran, y retiraron el tubo de muestra. Louise se sintió aliviada de que la barrena con punta de diamante se parara por fin: el sonido rechinante le había producido dolor de cabeza.

El grupo llevó la muestra al aparcamiento, cada uno sujetándola en algún momento del trayecto. Y allí, donde había espacio para hacerlo, los geólogos retiraron la opaca membrana externa. En la parte superior, naturalmente, había humus, y debajo, un residuo de barro, arena, grava y guijarros. Debajo de eso, dijo uno de los geólogos, había roca norita del Precámbico.

Y debajo, exactamente a la profundidad que había dicho Hak, había...

Louise aplaudió, entusiasmada. Reuben Montego sonreía de oreja a oreja. El geólogo, incrédulo, murmuraba para sí. La profesora Mah sacudía lentamente la cabeza adelante y atrás, asombrada. Y la genetista, la doctora Vaughan, miraba a Ponter con los ojos muy abiertos.

[1] Uno de los personajes femeninos de la serie de televisión Star Trek: Espacio Profundo Nueve. *(N. del T.)*

Librodot

Estaba allí, exactamente donde él había dicho que estaría: cobre nativo, retorcido y bulboso, pero sin duda metálico.

Louise le sonrió a Ponter y pensó en el mundo verde y limpio que le había descrito la noche anterior.

-Dinero caído del cielo -dijo en voz baja.

La profesora Mah se acercó a Ponter y tomó su mano gigantesca en la suya, estrechándola con firmeza.

-No lo habría creído -dijo-, pero bienvenido a nuestra versión de la Tierra.

21

A excepción de los geólogos, todos se reunieron en la sala de conferencias de la mina Creighton: Mary Vaughan, la genetista que había venido desde Toronto; Reuben Montego, el doctor de Inco; Louise Benoit, la posdoctorada del ONS que estaba presente cuando el detector resultó destruido; Bonnie Jean Mah, la directora del proyecto ONS; y, el más importante de todos, Ponter Boddit, físico de un mundo paralelo, el único Neanderthal vivo que se veía en esta Tierra desde hacía al menos veintisiete mil años.

Mary había elegido sentarse junto a Bonnie Jean Mah, la única mujer de la sala que tenía una silla vacía a su lado. Frente a ella, en la parte delantera de la sala, estaba Reuben Montego.

-Pregunta -dijo con aquel acento jamaicano que Mary encontraba delicioso-. ¿Por qué hay una mina en este sitio?

La propia Mary no tenía ni idea, y ninguno de los que obviamente lo sabían parecían inclinados a irse por las ramas, pero por fin Bonnie Jean Mash replicó:

-Porque hace mil ochocientos millones de años un asteroide cayó aquí, dejando grandes depósitos de níquel -dijo.

-Exactamente -dijo Reuben-. Un hecho que sucedió mucho antes de que hubiera ninguna vida multicelular en la Tierra, un hecho que el mundo de Ponter y el nuestro comparten en sus pasados comunes.

Los miró uno a uno, hasta detenerse en Mary.

-Hay poca capacidad de decisión a la hora de elegir dónde se abre una mina -dijo Reuben-. Se hace donde están los yacimientos. Pero ¿y el ONS? ¿Por qué se construyó allí?

-Porque los dos kilómetros de roca sobre la mina proporcionan un escudo excelente contra los rayos cósmicos, haciendo que sea un lugar ideal para un detector de neutrinos -dijo Mah.

-Pero no sólo eso, ¿verdad, señora? -dijo Reuben, quien, según dedujo Mary, se había vuelto todo un experto gracias a la ayuda de Louise-. Hay minas profundas por todo el planeta. Pero esta mina tiene muy poca radiación de fondo, ¿verdad? De hecho, este lugar es único para albergar instrumentos que serían afectados negativamente por la radiación natural.

Eso le pareció razonable a Mary, y advirtió que la profesora Mah asentía. Pero entonces Mah añadió:

-¿Y...?

-Pues que en el universo de Ponter se construyó una mina en este mismo punto, para extraer los mismos depósitos de níquel -respondió Reuben-. Y con el tiempo él mismo reconoció el valor de este lugar y convenció a su gobierno para que emplazara unas instalaciones de física en ese subsuelo.

-¿Entonces nos quiere hacer creer que hay un detector de neutrinos en el mismo lugar en otro universo? -preguntó Mah.

Reuben negó con la cabeza.

-No -dijo-. No, no lo hay. Recuerde, la posibilidad de elegir esta instalación como observatorio de neutrinos tuvo que ver también con un accidente histórico: que los reactores nucleares de Canadá, al contrario de los americanos, los británicos, los japoneses o los rusos, tienen que usar agua pesada como moderador. Ese conjunto de circunstancias no se repite en el mundo de Ponter... de hecho, parece que no utilizan energía nuclear. Pero estas instalaciones subterráneas son igualmente buenas para otro tipo de instrumentos muy delicados.

Hizo una pausa y fue mirando de rostro en rostro, y luego dijo:

-Ponter, ¿dónde trabajas?

-Dusble korbul to kalbtadu -repuso Ponter.

Y el implante, utilizando su voz masculina, proporcionó la traducción:

-En unas instalaciones de cálculo cuántico.

-¿Cálculo cuántico? -repitió Mary, pero se sintió incómoda al hacerlo: no estaba acostumbrada a ser la más ignorante de la reunión.

-Eso es -dijo Reuben, sonriendo-. ¿Doctora Benoit? Louise se levantó y asintió.

-El cálculo cuántico es algo con lo que nosotros mismos acabamos de empezar a jugar -dijo, apartándose el pelo de los ojos-. Un ordenador normal puede determinar los factores de un número dado probando un posible factor para ver si funciona, *y* luego otro, *y* otro, y otro: cálculo a lo bruto. Pero si se usa un ordenador convencional para calcular el factor de un número grande (pongamos por caso uno con 512 dígitos, como los que se usan para codificar las transaccciones de tarjetas de crédito en la Red), harían falta incontables siglos para probar todos los factores posibles uno a uno.

También ella los miró a todos de uno en uno, para asegurarse de que no había perdido a su público.

-Pero un ordenador cuántico utiliza la superposición de estados cuánticos para comprobar múltiples factores hipotéticos de manera simultánea -dijo Louise-. Es decir, en esencia, nuevos universos duplicados de corta vida se crean específicamente para hacer el cálculo cuántico, y, una vez que el cálculo del factor se ha completado (cosa que sería virtualmente instantánea) todos esos universos se colapsan y vuelven a ser uno solo, ya que, excepto por el número candidato que probaron para ver si era un factor, son por lo demás idénticos. Y así, en el tiempo que se tarda en probar un solo factor, se consigue que todos ellos se prueben simultáneamente, y se resuelve un problema anteriormente irresoluble. -Hizo una pausa-. Al menos, hasta ahora, así es como creíamos que funcionan los cálculos cuánticos: basándose en la superposición momentánea de estados cuánticos que crean de manera efectiva universos diferentes.

Mary asintió, tratando de seguir la explicación.

-Pero supongamos que no es así como sucede realmente -dijo Louise-. Supongamos que en vez de crear universos temporales durante una fracción de segundo, un ordenador cuántico accede a universos paralelos *ya existentes...* otras versiones de la realidad donde el ordenador cuántico también existe.

-No hay ninguna base teórica para creer eso -dijo Bonnie jean, molesta-. Y, además, no hay ningún ordenador cuántico en estas instalaciones, en el único universo que sabemos que existe.

-¡Exactamente! -dijo Louise-. Lo que yo propongo es esto: el doctor Boddit y su colega estaban intentando hallar el factor de un número tan grande que para comprobar todos sus posibles factores hicieron falta más versiones del ordenador cuántico que había en universos separados y ya existentes. ¿No lo ve? Contactó con miles, millones, de universos existentes. Y en cada uno de esos universos paralelos, el ordenador cuántico encontró un duplicado de sí mismo, y ese duplicado probó un factor potencial diferente. ¿De acuerdo? Pero ¿y si se estuviera hallando el factor de un número enorme, un número gigantesco, un número con más factores posibles que universos paralelos donde las instalaciones de cálculo cuántico ya existen? ¿Entonces qué? Bueno, creo que eso es lo que sucedió: el doctor Boddit y su

compañero estaban hallando el factor de un número gigantesco, el ordenador cuántico encontró a sus hermanos en todos y cada uno de los universos paralelos donde ya existía, pero siguió necesitando más copias de sí mismo, y por eso fue a buscar *a otros* universos paralelos, incluyendo aquellos en los que las instalaciones de cálculo cuántico nunca habían sido construidas... como *nuestro* universo. Y cuando alcanzó uno de ésos, fue como golpear una pared, que abortó el experimento. Y ese choque causó que una gran parte de las instalaciones de cálculo de Ponter fueran transferidas a este universo.

Mary advirtió que la doctora Mah asentía.

-El aire que acompañó a Ponter.

-Exactamente -dijo Louise-. Como suponíamos, fue principalmente aire lo que se tranfirió a este universo... aire suficiente para reventar la esfera acrílica. Pero, además del aire, se transfirió también a una persona que estaba en las instalaciones de cálculo cuántico.

-Entonces, ¿él no sabía que iba a venir aquí? -preguntó Mah.

-No -respondió Reuben Montego-, no lo sabía. Si nosotros estábamos asombrados, imagine lo sorprendido que estaba él. El pobre hombre se encontró de pronto sumergido en agua, en medio de una oscuridad absoluta. Si no se hubiera transferido con él aquella enorme burbuja de aire, se habría ahogado con toda seguridad.

Todo tu mundo vuelto del revés, pensó Mary. Miró al Neanderthal. Estaba haciendo un buen trabajo al ocultar la desorientación y el miedo que debía de sentir, pero la conmoción sin duda había sido enorme.

Mary le dirigió una sonrisita de compasión.

22

El *dooslarm basadlarm* de Adikor Huld continuaba. La adjudicadora Sard seguía sentada en el extremo sur, y Adikor en el centro, con Daklar Bolbay caminando en círculos a su alrededor.

-¿Se ha cometido un crimen de verdad? -preguntó Bolbay, mirando ahora a la adjudicadora Sard-. No se ha encontrado ningún cadáver, y por eso podría argumentarse que éste es simplemente un caso de desaparición, no importa lo improbable que esa circunstancia parezca hoy. Pero hemos registrado la mina con detectores de señales portátiles, y por eso sabemos que el implante de Ponter no transmite. Si estuviera herido, estaría transmitiendo. Incluso si hubiera muerto por causas naturales, continuaría transmitiendo durante días, usando la energía almacenada, durante días después de que cesaran los propios procesos bioquímicos de Ponter. Nada que no sea una acción violenta puede explicar la desaparición de Ponter y el silencio de su Acompañante.

Adikor sintió un nudo en el estómago. Bolbay tenía razón en su razonamiento: los Acompañantes estaban diseñados a prueba de engaños. Antes de que existieran, la gente a veces desaparecía, y sólo después de muchos meses se los declaraba muertos, a menudo simplemente porque no había una explicación mejor. Pero Lonwis Trob había prometido que sus Acompañantes cambiarían eso, y así había sido. Ya no desaparecía nadie.

Sard estaba obviamente de acuerdo.

-Acepto que la ausencia de cadáver y de transmisiones por parte del Acompañante sugieren una actividad criminal -dijo-. Prosigamos.

-Muy bien dijo Bolbay. Miró brevemente a Adikor, y luego se volvió hacia la adjudicadora-. El asesinato nunca ha sido común. Terminar con la vida de otro, poner un total y completo fin a la existencia de alguien, es atroz más allá de ninguna comparación. Sin embargo, hay casos conocidos, la mayoría, lo reconozco, de antes de la época de los

Acompañantes y los registros del archivo de coartadas. Y en casos anteriores, los tribunales pidieron que se demostraran tres cosas para confirmar un cargo de asesinato.

»La primera es la oportunidad para cometer el crimen..., y en este caso Adikor Huld la tuvo, de un modo que no tuvo nadie en este planeta, pues estaba más allá de las capacidades de su Acompañante para transmitir sus acciones.

»La segunda es una técnica, un modo en que el crimen pudiera haberse cometido. Sin cadáver, sólo podemos especular acerca del modo en que se cometió, aunque, como verán más tarde, hay un método probable.

»Y, finalmente, hay que demostrar un motivo, una razón para el crimen, algo que impulsara a alguien a cometer un acto tan horrible y definitivo. Y ésa es una cuestión que me gustaría tratar ahora, adjudicadora.

La vieja hembra asintió.

-Estoy escuchando.

Bolbay se volvió para mirar a Adikor.

-Usted y Ponter Boddit vivían juntos, ¿no es cierto?

Adikor asintió.

-Desde hace seis diezmeses.

-¿Lo amaba?

-Sí. Mucho.

-Pero su mujer-compañera había muerto recientemente.

-Ella era también su mujer-compañera, Daklar Bolbay -dijo Adikor, aprovechando la oportunidad para recalcar el conflicto de intereses de Bolbay.

Pero Bolbay estaba preparada para la ocasión.

-Sí. Klast, mi amada. Ya no vive, y por eso siento un gran pesar. Pero no le echo la culpa a nadie: no hay nadie a quien echar la culpa. La enfermedad se presenta, y los prolongadores de vida hicieron todo lo posible para que sus últimos meses fueran cómodos. Pero para la muerte de Ponter Boddit sí que hay alguien a quien echar la culpa.

-Tenga cuidado, Daklar Bolbay -dijo la adjudicadora Sard-. No ha demostrado que el sabio Boddit esté muerto. Hasta que yo decida eso, puede hablar de esa posibilidad sólo en términos hipotéticos.

Bolbay se volvió hacia Sard y asintió.

-Mis disculpas, adjudicadora -dijo. Se volvió de nuevo hacia Adikor-. Estábamos discutiendo otra muerte, otra sobre la cual no existe ninguna duda: la de Klast, que fue la mujer-compañera de Ponter... y la mía propia. -Bolbay cerró los ojos-. Mi pena es demasiado grande para expresarla, y no la exhibiré ante nadie. Klast hablaba a menudo de él; sé cuánto amaba a Ponter, y cuánto él la amaba a ella. -Bolbay guardó silencio un instante, tal vez para recuperarse-. Sin embargo, a la luz de esta reciente tragedia, debemos plantear otra posibilidad respecto a la desaparición de Ponter. ¿Podría haberse quitado la vida, desesperado por la muerte de Klast? -Miró a Adikor-. ¿Cuál es su opinión, sabio Huld?

-Estaba muy triste por la pérdida, pero la pérdida fue hace *ya* algún tiempo. Si Ponter hubiera sentido impulsos suicidas, estoy seguro de que yo lo habría sabido.

Bolbay asintió razonablemente.

-No pretendo decir que conocía al sabio Boddit tan bien como usted, sabio Huld, pero comparto su valoración. Con todo, ¿podría haber habido otros motivos para que cometiera suicidio?

Adikor se sorprendió.

-¿Como cuáles?

-Bueno, su trabajo... perdóneme, sabio Huld, pero no veo otra forma de expresarlo: su trabajo conjunto era un fracaso. Era inminente una sesión del Consejo Gris en la cual ustedes tendrían que haber discutido sus contribuciones a la sociedad. ¿Podría haber temido tanto que su trabajo fuera cancelado que, bueno, decidió poner fin a su vida?

Librodot

-No -dijo Adikor, anonadado por la sugerencia-. No, de hecho, si alguien hubiera olido mal ante el Consejo, habría sido yo, no él.
Bolbay dejó que este comentario calara, y entonces continuó:

-¿Sería tan amable de profundizar en esa idea?

-Ponter era el teórico -dijo Adikor-. Sus teorías no han sido probadas ni rebatidas, así que todavía había trabajo válido que hacer con respecto a ellas. Pero yo era el ingeniero: yo era quien se suponía que tenía que construir los aparatos experimentales para comprobar las ideas de Ponter. Y fue ese aparato, nuestro prototipo de ordenador cuántico, lo que falló. El Consejo podría haber considerado inadecuada mi contribución, pero desde luego no habrían pensado lo mismo de la de Ponter.

-Entonces la muerte de Ponter no puede haber sido un suicidio -dijo Bolbay.

-Una vez más -intervino Sard-, hablará usted del sabio Boddit como si estuviera vivo, hasta que yo decida lo contrario.

Bolbay inclinó de nuevo la cabeza ante la adjudicadora.

-Una vez más, mis disculpas. -Se volvió hacia Adikor-. Si Ponter quisiera matarse, ¿es justo decir, sabio Huid, que no se habría quitado la vida de un modo que pudiera implicarlo a usted?

-La sugerencia de que él pudiera quitarse la vida es tan improbable... -empezó a decir Adikor.

-Sí, estamos de acuerdo en eso -dijo Bolbay, tranquilamente-, pero, hipotéticamente, silo hiciera, sin duda no habría elegido hacerlo de un modo que dejara una sospecha de juego sucio, ¿no está usted de acuerdo?

-Sí, estoy de acuerdo.

-Gracias -dijo Bolbay-. Ahora, este asunto que mencionó usted respecto a que su propia contribución tal vez fuera inadecuada... Adikor se agitó en su taburete.

-¿Sí?

-Bueno, yo, naturalmente, no tenía ninguna intención de sacar este tema -dijo Bolbay. A Adikor le pareció captar una vaharada de falsedad en ella-. Pero como lo ha mencionado usted, deberíamos quizás ahondar en esta cuestión... sólo para descartarla, ya me entiende.

Adikor no dijo nada y, al cabo de un instante, Bolbay continuó.

-¿Cómo se sentía, viviendo a sotavento de él? -preguntó amablemente.

-Yo... ¿perdone?

-Bueno, acaba usted de decir que la contribución de Ponter no era probable que fuera puesta en duda, pero la suya sí.

-En el Consejo concreto que se avecina, sí -dijo Adikor-. Pero en general...

-En general -dijo Bolbay, y su voz grave era relamida-, debe usted admitir que su propia contribución era una fracción de la suya. ¿No es cierto?

-¿Está esto relacionado con el caso?

-De hecho, adjudicadora, creo que sí dijo Bolbay.

Sard parecía dudosa, pero asintió para que Bolbay continuara. Así lo hizo.

-Sin duda, sabio Huld, debe usted saber que cuando las generaciones todavía por nacer estudien física y cálculo informático, el nombre de Ponter será mencionado a menudo, mientras que el suyo rara vez lo será, ¿no?

Adikor notó que el pulso se le aceleraba.

-Nunca me he planteado tal cosa.

-Oh, vamos -dijo Bolbay, como si los dos supieran lo contrario-. La disparidad de sus contribuciones era obvia.

-Se lo advierto de nuevo, Daklar Bolbay -dijo la adjudicadora-. No veo ningún motivo para humillar al acusado.

-Estoy simplemente tratando de explorar su estado mental -replicó Bolbay, inclinándose de nuevo. Sin esperar a que Sard respondiera, se volvió hacia Adikor-. Así pues, sabio Huld, díganos: ¿qué se sentía al estar haciendo una contribución menor?

Adikor inspiró profundamente.

-No es asunto mío sopesar nuestro valor relativo.

-Por supuesto que no, pero acerca de la diferencia entre el suyo y el de él no cabe duda -dijo Bolbay, como si Adikor estuviera obsesionado con algún detalle sin importancia, en vez de ver el panorama general-. Es bien sabido que Ponter era el brillante. -Bolbay sonrió solícita . Así pues, una vez más, díganos por favor qué sentía al saber eso.

-Sentía -dijo Adikor, tratando de mantener un tono pausado-antes de que Ponter desapareciera exactamente lo mismo que hoy. Lo único que ha cambiado es que ahora estoy triste y sin palabras por la pérdida de mi mejor amigo.

Bolbay se había colocado ahora tras él. El taburete era giratorio; Adikor podría haberla seguido mientras andaba, pero decidió no hacerlo.

-¿Su mejor amigo? -dijo Bolbay, como si eso fuera una admisión sorprendente-. ¿Su mejor amigo, dice? ¿Y cómo hizo honor a esa amistad cuando desapareció? Anunciando que eran su software y su equipo, no sus teoremas, lo importante de sus experimentos.

Adikor se quedó boquiabierto.

-Yo... yo no he dicho eso. Le dije a un exhibicionista que sólo haría comentarios sobre el papel del software y el hardware, porque eran mi responsabilidad.

-¡Exactamente! Desde el momento en que él desapareció, quitó usted importancia a las contribuciones de Ponter.

-¡Daklar Bolbay! -exclamó Sard-. Tratará al sabio Huld con el debido respeto.

-¿Respeto? -desdeñó Bolbay-. ¿Como el que él mostró a Ponter una vez desaparecido?

A Adikor le daba vueltas la cabeza.

-Podemos acceder a mi archivo de coartadas, o al del exhibicionista -dijo. Señaló a Sard, como si fueran viejos aliados-. La adjudicadora puede oír las palabras exactas que empleé.

Bolbay hizo un ademán, descartando esta sugerencia como si fuera una locura absoluta.

-No importa qué palabras dijera: lo que importa es lo que nos dicen sobre lo que estaba usted sintiendo. Y lo que estaba sintiendo era alivio porque su rival había desaparecido...

-No -dijo Adikor bruscamente.

-Se lo advierto, Daklar Bolbay -dijo Sard, bruscamente.

-Alivio porque ya no seguiría eclipsado por otro -continuó Bolbay.

-¡No! -dijo Adikor, la furia creciendo en su interior.

-Alivio -continuó Bolbay, alzando la voz- porque ahora podría empezar a reclamar como única toda contribución que hubieran hecho en conjunto.

-¡Basta, Bolbay! -ladró Sard, golpeando el brazo de su sillón con la palma de la mano.

-¡Alivio -gritó Bolbay- porque su rival estaba muerto! Adikor se puso en pie y se volvió para enfrentarse a Bolbay. Contrajo los dedos en un puño y echó atrás el brazo.

-¡Sabio Huid! -tronó la voz de la adjudicadora Sard en la sala.

Adikor se detuvo. El corazón se le salía del pecho. Bolbay, advirtió, se había colocado sabiamente a sotavento, de modo que los ventiladores ya no impulsaran sus feromonas hacia él. Miró su propio puño cerrado: un puño que podría haber roto el cráneo de Bolbay de un solo golpe, un puño que podría haberle aplastado el pecho, roto las costillas, reventado el corazón con un buen impacto. Era como si fuese algo ajeno a él, algo que ya no formara parte de su cuerpo. Adikor bajó el brazo, pero todavía había tanta furia en él, tanta indignación, que durante varios latidos fue incapaz de abrir los dedos. Se volvió hacia Sard, implorante.

-Yo... adjudicadora, sin duda comprende... Yo... yo no podría haber... -Negó con la cabeza-. Ha oído lo que me ha dicho. Yo... nadie podría...

Los ojos violeta de la adjudicadora Sard mostraban espanto mientras miraba a Adikor.

-Nunca he visto una exhibición semejante, dentro o fuera de un proceso legal -dijo-. Sabio Huid, ¿qué le ocurre?

Adikor todavía se rebullía por dentro. Bolbay tenía que conocer la historia, por supuesto que sí. Era la mujer-compañera de Klast, y Ponter estaba con Klast incluso en

Librodot

aquellos días. Pero... pero... ¿era por eso por lo que Bolbay lo perseguía con tanta saña? ¿Era ése su motivo? Sin duda debía de saber que Ponter nunca habría querido eso.

Adikor se había sometido a una terapia intensiva para resolver su problema para controlar la cólera. Su querido Ponter había reconocido que era una enfermedad, un desequilibrio químico, y (para crédito de aquel hombre maravilloso) había permanecido junto a Adikor durante todo su tratamiento.

Pero ahora..., ahora Bolbay lo había engañado, lo había provocado, lo había empujado más allá del límite para que todos lo vieran.

-Digna adjudicadora -dijo Adikor, *intentando* parecer tranquilo. ¿Debería explicarlo? ¿Podría? Adikor agachó la cabeza-. Pido disculpas por mi estallido.

La voz de Sard todavía temblaba de asombro.

-¿Tiene alguna prueba más que apoye su acusación, Daklar Bolbay?

Bolbay, después de haber conseguido el efecto exacto que quería, se había convertido en la viva imagen de la razón.

-Si se me permite, adjudicadora, hay un pequeño detalle...

23

Al final de la reunión en la sala de conferencias de Inco, Reuben Montego invitó a todo el mundo a su casa para otra barbacoa. Ponter sonrió con satisfacción: obviamente, le había gustado la cena de la noche anterior. Louise aceptó también la invitación, argumentando que, con el ONS en ruinas, no tenía mucho que hacer últimamente. Mary también aceptó: parecía divertido, y era mejor que pasar otra noche sola mirando el techo de su habitación del hotel. Pero la profesora Mah rehusó. Debía volver a Ottawa: tenía una cita a las diez de la noche, en el 24 de Sussex Drive, para informar al primer ministro.

El problema ahora era librarse de los medios de comunicación, que según los guardias de seguridad de Inco estaban apostados ante las puertas de la mina Creighton. Pero Reuben y Louise elaboraron rápidamente un plan, que pusieron en práctica de inmediato.

Mary tenía un coche de alquiler, cortesía de Inco, un Dodge Neon rojo (cuando lo recogió, Mary preguntó al encargado si usaba gas noble: todo lo que recibió fue una mirada vacía por respuesta).

Mary dejó su Neon en la mina y ocupó el asiento de pasajeros del Ford Explorer negro de Louise, que tenía una matrícula personalizada: «D20.» Al cabo de un momento, Mary cayó en la cuenta de que era la fórmula química del agua pesada. Louise sacó una manta del maletero del coche (los conductores sensatos de Ontario y Quebec siempre llevan mantas o sacos de dormir por si tienen un accidente en invierno), y envolvió a Mary en ella.

Al principio a Mary le pareció horriblemente calurosa, pero, por fortuna, el coche de Louise tenía aire acondicionado; pocos estudiantes graduados podían permitirse eso, pero Mary sospechaba que Louise no tenía dificultad para conseguir un buen trato allá donde fuere.

Louise condujo por el caminito de grava hasta la entrada de la mina, y Mary, bajo la manta, hizo todo lo posible por parecer animada y voluminosa. Al cabo de un momento, Louise aceleró, como si quisiera escapar.

-Ahora mismo estamos atravesando la verja -le dijo a Mary, que no veía nada-. ¡Y funciona! La gente nos señala y están empezando a seguirnos.

Louise los condujo hasta Sudbury. Si todo salía según lo planeado, Reuben habría esperado que los periodistas echaran a correr detrás del Explorer, y luego habría llevado a Ponter a su casa en las afueras de Lively.

Librodot

Louise condujo hasta el pequeño edificio de apartamentos donde vivía y aparcó. Mary oyó los otros coches detenerse junto a ellos, algunos haciendo chirriar los neumáticos dramáticamente. Louise bajó del asiento del conductor y se acercó a la puerta de pasajeros.

-Muy bien -le dijo a Mary, después de abrir la puerta-, ya puede salir.

Mary así lo hizo, y oyó las otras puertas cerrarse de golpe a medida que los conductores se apeaban.

-*Voilá!* -gritó Louise mientras ayudaba a Mary a quitarse la manta de encima, y Mary les sonrió tímidamente a los periodistas.

-¡Oh, mierda! -dijo uno de ellos.

-¡Maldición! -dijo otro.

Pero una tercera periodista (había tal vez una docena presente) fue más lista.

-Es usted la doctora Vaughan, ¿verdad? -la interpeló-. ¿La genetista?

Mary asintió.

-Bueno -exigió saber la periodista-, ¿es o no es un Neanderthal?

Mary y Louise tardaron cuarenta y cinco minutos en librarse de los periodistas, quienes, aunque decepcionados por no haber encontrado a Ponter, quedaron encantados al oír los resultados de las pruebas de ADN de Mary.

Sin embargo, Mary y Louise pudieron por fin entrar en el edificio y subir hasta el pisito de la tercera planta. Esperaron hasta que todos los periodistas se hubieron marchado (el aparcamiento se veía perfectamente desde la ventana del dormitorio de Louise). Luego la posgraduada sacó un par de botellas de vino del frigorífico, volvió con Mary al coche y condujeron hasta Lively.

Llegaron a casa de Reuben poco antes de las seis de la tarde. Reuben y Ponter no habían querido empezar todavía a preparar la cena hasta asegurarse de que Louise y Mary llegaban. Ponter había estado tumbado en el sofá del salón: Mary se dijo que tal vez se sentía un poco incómodo por el clima, cosa que no era sorprendente, teniendo en cuenta todo lo que le había sucedido.

Louise anunció que iba a ayudar a preparar la cena. Mary se enteró de que era vegetariana y de que, al parecer, se sentía mal por haber tenido que obligar a Reuben a hacer un esfuerzo extra la noche anterior. Reuben, advirtió Mary, aceptó rápidamente la oferta de ayuda de Louise... ¿qué varón heterosexual no lo haría?

-Mary, Ponter -dijo Reuben-, sentíos como en *casa.* Louise *y* yo pondremos la barbacoa en marcha.

Mary sintió que su corazón empezaba a latir más rápido, y que la boca se le secaba. No había estado a solas con un hombre desde... desde...

Pero era temprano, y...

Y Ponter no era...

Era un tópico, pero también cierto, más cierto que nada. Ponter no era como los otros hombres.

No pasaría nada; después de todo, Reuben y Louise no estarían lejos. Mary inspiró profundamente, intentando calmarse.

-Claro -dijo en voz baja-. Por supuesto.

-Magnífico -dijo Reuben-. Hay refrescos y cerveza en el frigorífico; abriremos el vino de Louise con la cena.

Louise y él se metieron en la cocina y luego, un par de minutos más tarde, se encaminaron al patio trasero. A Mary se le cortó la respiración cuando Reuben cerró las cristaleras que daban al patio, pero él no quería que escapara el fresco al exterior. Sin embargo, con las puertas cerradas y el ronroneo del aire acondicionado, Mary dudaba que Reuben y Louise pudieran oírla.

Mary volvió la cabeza para mirar a Ponter, que se había puesto en pie, Consiguió ofrecerle una débil sonrisa.

Ponter le sonrió a su vez.

Librodot

No era feo; no, no lo era. Pero su cara era bastante poco común: como si alguien hubiera tomado un modelo de barro de un rostro humano normal y hubiera tirado de él hacia adelante.

-Hola -dijo Ponter, hablando por sí mismo.

-Hola.

-Embarazoso -dijo Ponter.

Mary recordó su viaje a Alemania. Había odiado ser incapaz de hacerse comprender, odiado esforzarse por leer las instrucciones de una cabina telefónica, intentar pedir en un restaurante, intentar preguntar direcciones. Qué horrible tenía que ser para Ponter (¡un científico, un intelectual!) verse reducido a comunicarse al nivel de un niño.

Las emociones de Ponter eran obvias: sonreía, fruncía el ceño, alzaba sus cejas rubias, reía; ella no lo había visto llorar, pero suponía que podía hacerlo. Todavía no tenían el vocabulario necesario para discutir cómo se sentía por estar allí; había sido más fácil hablar sobre mecánica cuántica que sobre sentimientos.

Mary asintió, comprensiva.

-Sí -dijo-, debe de ser muy embarazoso no poder comunicarse. Ponter ladeó un poco la cabeza. Tal vez había comprendido; tal vez no. Contempló el salón de Reuben como si faltara algo.

-Sus habitaciones no tienen...

Frunció el ceño, frustrado, pues al parecer quería expresar una idea para la que ni él ni su implante tenían vocabulario. Finalmente, se acercó al extremo de una voluminosa estantería, llena de novelas de misterio, deuvedés y pequeñas tallas jamaicanas. Ponter se dio media vuelta y empezó a frotarse la espalda de lado a lado contra el borde del último estante.

Mary se sorprendió al principio, pero luego comprendió lo que estaba haciendo: Ponter estaba utilizando la estantería como poste rascador. Una imagen del satisfecho Baloo de *El libro de la selva* de Disney se formó en su mente. Intentó contener una sonrisa. A ella le solía picar la espalda a menudo... y, pensó brevemente, había pasado mucho tiempo desde la última vez que se la rascó alguien. Si la espalda de Ponter era en efecto velluda, probablemente le picaba a menudo. Al parecer, las habitaciones de su mundo tenían aparatos de rascado de algún tipo.

Se preguntó si sería educado ofrecerse a rascarle la espalda... y ese pensamiento la hizo detenerse. Había dado por supuesto que nunca querría tocar a un hombre, jamás, ni ser tocada por ninguno. No había nada necesariamente sexual en *rascar* una espalda, pero, claro, los libros que Keisha le había dado confirmaban lo que ya sabía: que tampoco había nada sexual en una violación. De todas formas, no tenía ni idea de qué constituía una conducta adecuada entre hombre y mujer en la sociedad de Ponter: podría ofenderlo enormemente, o...

Tranquilízate, muchacha.

Sin duda no le parecía más atractiva a Ponter de lo que él le parecía a ella. Ponter siguió rascándose unos instantes más, y luego se apartó de la enorme estantería. Hizo un gesto con la palma abierta, como invitando a Mary a ocupar su turno.

A ella le preocupaba dañar la madera o derribar las cosas de los estantes, pero todo parecía haber sobrevivido a los vigorosos movimientos de Ponter.

-Gracias -dijo Mary. Cruzó la habitación, se colocó detrás de una mesita de café de vidrio y apoyó la espalda en la esquina de la estantería. Se frotó un poco contra la madera. La verdad es que se sintió bien, aunque el cierre del sujetador se le encallaba al pasar por el ángulo.

-Bueno, ¿sí? -dijo Ponter.

Mary sonrió.

-Sí.

Justo entonces sonó el teléfono. Ponter lo miró, y Mary también. Volvió a sonar.

-Desde luego, no para yo -dijo Ponter.

Mary se echó a reír y se acercó a una mesita esquinera, que sostenía un teléfono verdiazulado de una sola pieza. Descolgó.

-Casa del doctor Montego.

-¿Está ahíla profesora *Mary* Vaughan por casualidad? -preguntó una voz masculina.

-Um, al aparato.

-¡Magnífico! Me llamo Sanjit. Soy productor *de Planeta Diario,* el noticiario científico nocturno de Discovery Channel Canadá.

-Oh -dijo Mary-. Es un programa muy bueno.

-Gracias. Hemos estado siguiendo ese asunto del Neanderthal que ha aparecido en Sudbury. Francamente, no lo creímos al principio, pero bueno, nos acaba de llegar un teletipo que dice que usted ha autentificado el ADN del espécimen.

-Sí -dijo Mary-. Tiene en efecto ADN de Neanderthal.

-¿Qué hay del... hombre? ¿No es un farsante?

-No. Es genuino.

-Guau. Bueno, mire, nos encantaría que apareciera usted mañana en el programa. Pertenecemos a la CTV, así que podemos enviarle a alguien de nuestro afiliado local y hacerle una entrevista, estando usted allí y Jay Ingram, uno de nuestros presentadores, aquí en Toronto.

-Um -dijo Mary-, bueno, claro. Supongo.

-Magnífico -dijo Sanjit-. Bien, déjeme establecer de qué nos gustaría hablar.

Mary se volvió y miró por la ventana del salón: vio a Louise y Reuben ocupados en la barbacoa.

-Muy bien.

-Primero, déjeme ver si tenemos bien su historial. Usted es profesora en York, ¿no es así?

-Sí, de genética.

-¿Con plaza fija?

-Sí.

-Y su título es en...

-Biología molecular.

-Bien, en 1996, fue usted a Alemania a recoger ADN del espécimen de Neanderthal que hay allí; ¿es correcto?

Mary miró a Ponter, para ver si se ofendía porque ella hablaba por teléfono. El le dirigió una mirada indulgente, así que continuó. -Sí.

-Háble me de eso -dijo Sanjit.

En resumen, la preentrevista duró más o menos veinte minutos. Oyó a Louise y Reuben entrar y salir de la cocina un par de veces, y Reuben asomó la cabeza en el salón una vez para ver si Mary estaba bien; ella cubrió el teléfono con una mano y le dijo lo que pasaba. Reuben sonrió y volvió a cocinar. Por fin Sanjit terminó con sus preguntas, y acordaron los detalles para grabar la entrevista. Mary colgó el teléfono y se volvió hacia Ponter.

-Lo siento -dijo.

Pero Ponter avanzaba hacia ella, con un brazo extendido. Ella advirtió de inmediato lo idiota que había sido: la había atraído hasta allí, junto a las estanterías, lejos de la puerta. Con un empujón de aquel brazo enorme, la apartaría también de la ventana, fuera de la vista de Reuben y Louise.

-Por favor -dijo Mary-. Por favor. Gritaré...

Ponter dio otro lento paso hacia adelante, y entonces... Y entonces Mary gritó.

-¡Socorro! /Socorro!

Ponter se desplomó contra la alfombra. Su frente estaba perlada de sudor y su piel se había vuelto de un color ceniciento. Mary se arrodilló junto a él. Su pecho subía y bajaba rápidamente, y había empezado a jadear.

-¡Socorro! -gritó ella de nuevo.

Oyó que la puerta de cristal se deslizaba al abrirse. Reuben entró en tromba.

-¿Qué...? ¡Oh, Dios!

Corrió junto al caído Ponter. Louise llegó unos segundos más tarde. Reuben le tomó el pulso a Ponter.

-Ponter está enfermo -dijo Hak, usando su voz femenina.

-Sí -asintió Reuben-. ¿Sabes qué le ocurre?

-No -respondió Hak-. Su pulso es elevado, su respiración entrecortada. Su temperatura corporal es de 39.

Mary se sorprendió un momento al oír al implante citar lo que parecía una cifra en grados Celsius, en cuyo caso tenía fiebre... pero, claro, era una escala de temperatura lógica para ser desarrollada por cualquier ser con diez dedos.

-¿Tiene alguna alergia? -preguntó Reuben.

Hak soltó un pitidito.

-Alergias -dijo Reuben-. Comidas o cosas del entorno que normalmente no afectan a la gente, pero que a él le causan enfermedad.

-No -dijo Hak.

-¿Estaba enfermo antes de salir de vuestro mundo?

-¿Enfermo? -repitió Hak.

-Malo. No bien.

-No.

Reuben miró un reloj de madera profusamente tallada que había en uno de sus estantes.

-Han pasado unas cincuenta y una horas desde que llegó aquí. Cristo. Cristo.

-¿Qué ocurre? -preguntó Mary.

-Dios, soy un idiota -dijo Reuben, poniéndose en pie. Corrió a otra habitación de la casa y regresó con un maletín médico de cuero marrón, que abrió. Sacó un depresor lingüal de madera y una linterna pequeña.

-Ponter -dijo con firmeza-, abre la boca.

Los ojos dorados de Ponter estaban ahora medio cubiertos por sus párpados, pero hizo lo que le pedía Reuben. Evidentemente, Ponter nunca había sido examinado antes de esa forma; se resistió a la intromisión de la espátula de madera en la boca. Pero, calmado tal vez por algunas palabras de Hak que sólo él podía oír, pronto dejó de resistirse, y Reuben apuntó con la linterna dentro de la cavernosa boca del Neanderthal.

-Sus amígdalas y otros tejidos están muy inflamados -dijo Reuben. Miró a Mary, luego a Louise-. Es una infección de algún tipo.

-Pero tú, la profesora Vaughan, o yo misma hemos estado con él casi todo el tiempo que lleva aquí -dijo Louise-, y no estamos enfermos.

-*Exactamente* -replicó Reuben-. Lo que tenga, probablemente lo pilló aquí... y es algo a lo que nosotros tres tenemos inmunidad natural, pero él no.

El doctor rebuscó en su maletín, encontró un frasco de pastillas.

-Louise -dijo, sin volverse-, trae un vaso de agua, por favor. Louise corrió a la cocina.

-Voy a darle unas aspirinas muy fuertes -le dijo Reuben a Hak, o a ella... Mary no estaba segura de a quién-. Esto debería bajarle la fiebre.

Louise regresó con un vaso de agua. Reuben lo tomó. Metió dos píldoras entre los labios de Ponter.

-Hak, dile que se trague las píldoras.

Mary no estaba segura de si la Acompañante había entendido las palabras de Reuben o simplemente deducido sus intenciones, pero acto seguido Ponter se tragó las píldoras y, con su manaza sostenida por la de Reuben, consiguió hacerlas pasar con un poco de agua, aunque gran parte le corrió barbilla abajo, empapando su barba rubia.

Pero no se atoró, advirtió Mary. Un Neanderthal no podía atragantarse: eso era lo bueno de no poder articular muchos sonidos. La cavidad bucal estaba dispuesta de modo que ningún

líquido ni comida podían irse por mal sitio. Reuben ayudó a Ponter a beber más agua, hasta vaciar el vaso.

Maldición, pensó Mary. *Maldición.*

¿Cómo podían haber sido tan estúpidos? Cuando Hernán Cortés y sus conquistadores llegaron a América Central, traían consigo enfermedades contra las que los aztecas no tenían ninguna inmunidad, y eso que los aztecas y los españoles sólo estuvieron separados durante unos pocos miles de años, tiempo suficiente para que se desarrollaran patógenos en una parte del planeta contra los que no podían defenderse en la otra. El mundo de Ponter llevaba separado de éste al menos veintisiete mil años; aquí tenían que haber evolucionado enfermedades contra las que él no tendría ninguna resistencia.

Y...

Mary se estremeció.

Y viceversa también, naturalmente.

Reuben estaba pensando sin duda lo mismo. Se puso en pie, cruzó la habitación y descolgó el teléfono que Mary había utilizado antes.

-Hola, operadora -dijo-. Soy el doctor Reuben Montego, y esto es una emergencia médica. Necesito que me ponga en contacto con el Laboratorio para el Control de Enfermedades de Sanidad Canadiense en Ottawa. Sí, eso es... con quien se encargue del control de las enfermedades infecciosas...

24

El *dooslarm basadlarm* de Adikor Huld se suspendió temporalmente, en principio para la cena, pero también porque la adjudicadora Sard quería darle una oportunidad de calmarse, de recuperar la compostura y de consultar con otros cómo paliar el daño de su estallido violento.

Cuando el *dooslarm basadlarm* se reemprendió, Adikor se sentó de nuevo en el taburete. Se preguntó a qué genio se le había ocurrido sentar al acusado en un taburete mientras los demás daban vueltas a su alrededor. Tal vez Jasmel lo supiera; estaba estudiando historia, después de todo, y esos procedimientos eran de origen antiguo.

Bolbay avanzó hacia el centro de la sala.

-Deseo que nos trasladamos al pabellón de archivos de coartadas -dijo, dirigiéndose a la adjudicadora.

Sard miró el reloj montado en el techo, evidentemente preocupada por lo mucho que estaba tardando todo aquello.

-Ya ha establecido usted que el archivo de coartadas del sabio Huid no puede mostrar nada que lleve a la desaparición de Ponter Boddit. -Frunció el ceño, y añadió, en un tono que no admitía discusión-: Estoy *segura* de que el sabio Huld y quienquiera que vaya a hablar en su favor estarán de acuerdo en que esto es cierto sin tener que trasladarnos todos allí para demostrarlo.

Bolbay asintió respetuosamente.

-En efecto, adjudicadora. Pero no es el cubo de coartadas del sabio Huid lo que deseo abrir. Es el de Ponter Boddit.

-No mostrará tampoco nada acerca de su desaparición-dijo Sard, y parecía exasperada-, y por el mismo motivo: las mil brazadas de roca que bloqueaban sus transmisiones.

-Cierto, adjudicadora -respondió Bolbay-. Pero no es la desaparición del sabio Boddit lo que deseo revisar. Más bien, quiero mostrarle acontecimientos que datan de hace doscientos veintinueve meses.

Librodot

-¡Doscientos veintinueve! -exclamó la adjudicadora-. ¿Cómo puede algo tan antiguo tener relación con este procedimiento?

-Si me lo permite -dijo Bolbay-, creo que verá que tiene gran importancia.

Adikor se daba golpecitos sobre el arco ciliar con el pulgar, pensando. Doscientos veintinueve meses; eso era hacía poco más de dieciocho años y medio. Ya conocía a Ponter entonces: los dos pertenecían a la generación 145, y habían entrado al mismo tiempo en la Academia. Pero ¿qué hecho del pasado podía...?

Adikor se puso en pie.

-Digna adjudicadora, me opongo a esto.

Sard lo miró.

-¿Se opone? -dijo, sorprendida de oír algo semejante durante un proceso legal-. ¿Sobre qué base? Bolbay no está proponiendo abrir su archivo de coartadas... sólo el del sabio Boddit. Y como él ha desaparecido, abrir su archivo es algo que Bolbay, como *tabant* de sus familiares vivos más cercanos, tiene derecho a solicitar.

Adikor se enfureció consigo mismo. Sard podría haber denegado la petición de Bolbay si él hubiera mantenido cerrada la boca. Pero ahora sin duda sentía curiosidad por lo que Adikor quería que se mantuviera oculto.

-Muy bien -dijo Sard, tomando su decisión. Miró a la multitud de espectadores-. Ustedes tendrán que quedarse aquí, hasta que yo decida si esto es algo que tenga que ser visto públicamente. La familia inmediata del sabio Boddit, el sabio Huld y quien vaya a hablar en su favor pueden acompañarnos, siempre y cuando ninguno sea exhibicionista. -Por último, sus ojos cayeron sobre Bolbay-. Muy bien, Bolbay. Será mejor que esto merezca mi tiempo.

Sard, Bolbay, Adikor y Jasmel, con Megameg de la mano, recorrieron el ancho pasillo cubierto de hiedra que conducía al pabellón de coartadas. Bolbay al parecer no pudo resistirse a pinchar a Adikor mientras caminaban.

-No hay nadie que hable en tu favor, ¿eh? -dijo.

Por una vez, Adikor consiguió mantener cerrada la boca.

No había mucha gente viva todavía que hubiera nacido antes de la introducción de los Acompañantes: los pocos pertenecientes a la generación 140 y los aún menos de la 139 que no habían muerto todavía.

Para todos los demás, un Acompañante había formado parte de sus vidas desde justo después de nacer, cuando se instalaba el implante infantil inicial. La celebración del milésimo mes desde el principio de la Era de la Coartada tendría lugar al cabo de poco: se planeaban grandes festejos por todo el mundo.

Incluso allí, en Saldak, muchos miles habían nacido y habían muerto va desde que se instalara el primer Acompañante; ese implante inicial había sido colocado en el antebrazo de su propio creador, Lonwis Trob. El gran pabellón de archivos de coartadas, junto al edificio del Consejo Gris, estaba dividido en dos alas. La del sur se topaba con un macizo de antigua roca; sería extraordinariamente difícil ampliar esa ala, y por eso se empleaba para almacenar los cubos de coartadas activos de los vivos, un número que era siempre una constante. El ala norte, aunque no era mucho más grande que la otra, podía agrandarse mucho, como se requería; cuando alguien moría, su cubo de coartadas se desconectaba del receptor y se llevaba allí.

Adikor se preguntó en qué ala estaría almacenado el cubo de Ponter ahora. Técnicamente, la adjudicadora tenía todavía que fallar si se había producido un asesinato. Esperaba que fuera en el ala de los vivos; no estaba seguro de poder mantener la compostura si tenía que enfrentarse al cubo de Ponter en el otro lado.

Adikor ya había estado en los archivos. El ala norte, el ala de los muertos, tenía una sala para cada generación, con arcadas abiertas entre sí. La primera era diminuta y sólo contenía un cubo, el de Walder Shar, el único miembro de la generación 131 que todavía vivía en

Saldak cuando se introdujeron los Acompañantes. Las siguientes cuatro salas eran sucesivamente más grandes, y albergaban cubos de miembros de las generaciones 132, 133, 134 y 135, cada una diez años más joven que la precedente. A partir de la generación 136, todas las salas eran del mismo tamaño, aunque muy pocos cubos de generaciones posteriores a la 144 habían sido transferidos, pues casi todos sus miembros seguían vivos.

En el ala sur había una única sala, con treinta mil receptáculos para cubos de coartadas. Aunque en un principio en el ala sur reinaba un perfecto orden, con la colección inicial de cubos clasificados por generación y, cada generación por sexos, se había desbaratado mucho con el tiempo. Los niños nacían por grupos, de un modo ordenado, pero la gente moría a edades muy distintas, y por eso los cubos de las generaciones siguientes habían sido colocados en receptáculos vacíos, dondequiera que hubiese uno.

Eso hacía que encontrar un cubo concreto entre los más de veinticinco mil que componían la población de Saldak fuera imposible sin un directorio. La adjudicadora Sard se presentó a la mantenedora de coartadas, una gruesa mujer de la generación 143.

-Día sano, adjudicadora -dijo la mujer, sentada a horcajadas en una silla de montar tras una mesa en forma de riñón.

-Día sano -respondió Sard-. Quiero acceder al archivo de coartadas de Ponter Boddit, físico de la generación 145.

La mujer asintió y le habló a un ordenador. La pantalla cuadrada de la máquina mostró una serie de números.

-Síganme -dijo, y Sard y los demás así lo hicieron.

A pesar de su envergadura, la mantenedora iba a paso vivo. Los condujo por una serie de pasillos cuyas paredes estaban cubiertas de hileras de nichos, cada uno con un cubo de coartadas, un bloque de granito reconstituido del tamaño de la cabeza de una persona.

-Aquí lo tenemos -dijo la mujer-. Receptáculo número 16.321: Ponter Boddit.

La adjudicadora asintió, luego volvió su arrugada muñeca con su propio Acompañante hacia el brillante ojo azul del cubo de Ponter.

-Yo, Komel Sard, adjudicadora, ordeno la apertura del receptáculo de coartadas 16.321, para investigaciones legales justas y adecuadas. Sello temporal.

El ojo del receptáculo se volvió amarillo. La adjudicadora se apartó y la mantenedora alzó su Acompañante.

-Yo, Mabla Dabdalb, mantenedora de coartadas, acepto la apertura del receptáculo 16.321, para investigaciones legales justas y adecuadas. Sello temporal.

El ojo se volvió rojo, y sonó una nota.

-Aquí tiene, adjudicadora. Puede usar el proyector de la sala doce.

-Gracias -dijo Sard, y volvieron a la entrada. Dabdalb señaló la sala que les había asignado, *y* Sard, Bolbay, Adikor, Jasmel *y* Megameg se dirigieron hacia allí y entraron.

La habitación era grande y cuadrada, con una pequeña galería de sillas de montar contra una pared. Todos se sentaron, excepto Bolbay, que se acercó a la consola de control adosada a la pared. Sólo se podía acceder a los archivos de coartadas dentro de ese edificio; como protección contra cualquier visionado no autorizado, el pabellón de archivos estaba completamente aislado de la red de información planetaria, y no tenía líneas de telecomunicaciones externas. Aunque a veces era incómodo tener que ir físicamente a los archivos para acceder a las grabaciones propias, el aislamiento se consideraba una protección conveniente.

Bolbay miró al grupito allí reunido.

-Muy bien -dijo-. Voy a solicitar los acontecimientos sucedidos en 146/120/11.

Adikor asintió, resignado. No estaba seguro del undécimo día, pero la luna centésimo vigésima desde el nacimiento de la generación 146 parecía la adecuada.

La habitación se oscureció y una esfera casi invisible, como una burbuja de jabón, pareció flotar ante ellos. Bolbay evidentemente consideró que el tamaño por defecto no era lo bastante dramático para sus propósitos; Adikor la oyó toquetear las clavijas de contro[1] y el

Librodot

diámetro de la esfera creció hasta que tuvo más de una brazada de longitud. Tocó más controles y la esfera se llenó con tres esferas más pequeñas unidas, cada una teñida de un color distinto. Luego esas tres esferas se subdividieron en otras tres y ésas volvieron a subdividirse, y así sucesivamente, como un vídeo acelerado de la mitosis de alguna extraña célula. Mientras la esfera principal se llenaba de esferas cada vez más y más pequeñas, éstas adquirieron más y más colores, hasta que, finalmente, el proceso se detuvo y una imagen de un joven de pie en una sala de pensamiento de presión positiva de la Academia de Ciencias llenó la esfera visora, como una escultura tridimensional de cuentas.

Adikor asintió: aquella grabación se había realizado hacía tanto tiempo que los avances en resolución no estaban disponibles todavía. Con todo, podía verse.

Bolbay estaba manejando evidentemente más controles. La burbuja giró de modo que todos pudieran ver la cara de la persona representada. Era Ponter Boddit. Adikor había olvidado lo joven que era Ponter entonces. Miró a Jasmel, sentada junto a él. Su mirada era de asombro. Probablemente no se le escapaba que su padre tenía entonces aproximadamente la misma edad que ella.

Ése, naturalmente, es Ponter Boddit -dijo Bolbay-. Con la mitad de su edad actual... o de la que sería su edad actual si todavía estuviera vivo.

Continuó rápidamente antes de que la adjudicadora pudiese amonestarla.

-Ahora voy a avanzar...

La imagen de Ponter caminó, se sentó, se puso en pie, deambuló por la *sala,* consultó un bloque de datos, se frotó contra un poste rascador, todo a velocidad frenética. Y entonces la puerta hermética de la sala se abrió (la presión positiva impedía el paso de feromonas que pudieran distraer el estudio) y entró un joven Adikor Huid.

-Pausa -dijo la adjudicadora Sard.

Bolbay congeló la imagen.

-Sabio Huld, ¿confirma que ése es efectivamente usted?

Adikor se sintió mortificado al ver su propio rostro; había olvidado que durante un breve periodo de tiempo había adoptado la moda de afeitarse la barba. Ah, si fuera la única locura de su juventud que había quedado grabada...

-Sí, adjudicadora -reconoció Adikor, en voz baja-. Ése soy yo.

-Muy bien -dijo Sard-. Continúe.

La imagen de la burbuja empezó a avanzar de nuevo a toda velocidad. Adikor se movía por la sala, como hacía Ponter, aunque la imagen de Ponter permanecía siempre en el centro de la esfera: era el espacio que lo rodeaba lo que cambiaba.

Adikor y Ponter parecían estar hablando amistosamente... Y luego menos amistosamente...

Bolbay redujo la reproducción a velocidad normal.

Ponter y Adikor estaban discutiendo en ese punto.

Y entonces...

Adikor quería cerrar los ojos. Sus propios recuerdos del hecho eran bastante vívidos. Pero nunca lo había visto desde esa perspectiva, nunca había visto la expresión de su rostro...

Y por eso miró.

Y vio cómo cerraba el puño...

Vio cómo echaba atrás el brazo, el bíceps hinchado...

Vio cómo impulsaba el brazo hacia delante...

Vio cómo Ponter alzaba la cabeza justo a tiempo...

Vio cómo su puño alcanzaba la mandíbula de Ponter...

Vio cómo la mandíbula de Ponter se torcía...

Vio cómo Ponter retrocedía tambaleándose, la sangre manándole por la boca...

Vio cómo Ponter escupía dientes.

Bolbay congeló de nuevo la imagen. Sí, en su favor, la expresión en el rostro del joven Adikor era ahora de sorpresa y remordimiento. Sí, se inclinaba para ayudar a levantarse a Ponter. Sí, era evidente que lamentaba lo que había hecho, que por supuesto había sido...

Había sido estar a un pelo de matar a Ponter Boddit, al golpearlo en el cráneo con un puñetazo refrendado por toda la fuerza de Adikor.

Megameg estaba llorando. Jasmel se había agitado en su asiento, apartándose de Adikor. La adjudicadora Sard meneaba lentamente la cabeza adelante y atrás, incrédula. Y Bolbay...

Bolbay estaba de pie, los brazos cruzados delante del pecho.

-Bien, Adikor -dijo Bolbay-, ¿debo reproducirlo con sonido, o le gustaría ahorrarnos a todos el tiempo y contarnos por qué peleaban usted y Ponter?

Adikor sintió náuseas.

-Esto no es justo -dijo en voz baja-. No es justo. Me he sometido a tratamiento para controlar mi temperamento... a ajustes de los niveles de neurotransmisores. Mi escultor de personalidad lo confirmará. Nunca había golpeado a nadie con anterioridad en toda mi vida, y no he vuelto a hacerlo.

-No ha respondido a mi pregunta -dijo Bolbay-. ¿Por qué estaban peleando?

Adikor guardó silencio, meneando lentamente la cabeza adelante y atrás.

-¿Bien, sabio Huld? -exigió saber la adjudicadora.

-Era por algo trivial -dijo Adikor, mirando ahora el suelo cubierto de hiedra-. Era... -Inspiró profundamente, luego dejó escapar el aire muy despacio-. Era un asunto filosófico, relacionado con la física cuántica. Ha habido muchas interpretaciones de los fenómenos cuánticos, pero Ponter se aferraba a lo que sabía perfectamente que era un modelo incorrecto. Yo... ahora sé que me estaba pinchando, pero...

-Pero resultó ser demasiado para usted -dijo Bolbay-. Dejó que una simple discusión de ciencia... *¡de ciencia!,* se le fuera de las manos, y se enfadó tanto que la resolvió de un modo que podría haberle costado a Ponter la vida si lo hubiera golpeado una fracción de palmo más arriba.

-Esto no es justo -repitió Adikor, mirando ahora a la adjudicadora-. Ponter me perdonó. Nunca presentó una acusación pública: sin la acusación de la víctima, por definición no se ha cometido ningún crimen. -Su tono era ahora suplicante-. *Ésa es la ley.*

-Vimos esta mañana en la cámara del Consejo lo bien que controla Adikor Huid su temperamento hoy en día -dijo Bolbay-. Y ahora hemos visto que intentó matar una vez a Ponter Boddit. Fracasó en esa ocasión, pero creo que hay motivos para creer que recientemente tuvo éxito, allá en las instalaciones de cálculo cuántico, bajo tierra.

Bolbay hizo una pausa, luego miró a Sard.

-Creo -dijo, complaciente- que hemos establecido los hechos suficientemente para que este asunto sea enviado a un tribunal pleno.

25

Mary se acercó a la ventana principal de la casa de Reuben y se asomó al exterior. Aunque eran más de las seis de la tarde, todavía habría luz durante un par de horas en esa época del año y...

¡Santo Dios! El productor de Discovery Channel no era el único que había descubierto dónde estaban. Dos furgonetas de televisión con antenas parabólicas en el techo, y tres coches con logotipos de emisoras de radio estaban aparcados fuera, además de un cascado Honda con un guardabarros de color distinto al resto del coche: presumiblemente pertenecía a un periodista de prensa escrita. Desde que el teletipo había confirmado la autentificación del

ADN de Ponter, al parecer todo el mundo había empezado a tomarse en serio aquella historia demencial.

Reuben soltó por fin el teléfono. Mary se volvió a mirarlo.

-No estoy preparado para tener invitados -dijo el doctor-, pero...

-¿Qué? -preguntó Louise, sorprendida.

Mary ya lo había deducido.

-No vamos a ir a ninguna parte, ¿verdad? -dijo.

Reuben negó con la cabeza.

-El CLCE ha ordenado la cuarentena de este edificio. Nadie entra ni sale.

-¿Durante cuánto tiempo? -preguntó Louise, los ojos muy abiertos.

-Eso es cosa del Gobierno -respondió Reuben-. Varios días, como mínimo.

-¡Días! -exclamó Louise-. Pero... pero...

Reuben extendió las manos.

-Lo siento, pero no podemos saber qué anda flotando en la corriente sanguínea de Ponter.

-¿Qué fue lo que acabó con los aztecas? -preguntó Mary.

-La viruela, principalmente -respondió Reuben.

-Pero la viruela... -dijo Louise-. Si él la tuviera, ¿no debería tener pústulas en la cara?

-Aparecen dos días después de la fiebre -dijo Reuben.

-Pero, de todas formas, la viruela ha sido erradicada.

-En este universo, sí -dijo Mary-. Y por eso nosotros ya no nos vacunamos contra ella. Pero es posible...

Louise asintió, comprendiendo.

-Es posible que no haya sido eliminada en su universo.

-Exactamente -dijo Reuben-. Y aunque lo haya sido, podría haber incontables patógenos que han evolucionado en su mundo contra los cuales nosotros no tenemos ninguna inmunidad.

Louise tomó aire, al parecer para intentar conservar la calma.

-Pero yo me siento bien -dijo.

-Y yo también. ¿Mary?

-Bien, sí.

Reuben *negó* con la cabeza.

-Pero no podemos correr ningún riesgo. Tienen muestras de sangre de Ponter en el St. Joseph's. La mujer del CLCE con la que estoy tratando dice que hablará con su jefe de patología y harán pruebas de todo lo que se les ocurra.

-¿Tenemos suficiente comida? -preguntó Louise.

-No contestó Reuben-. Pero nos traerán más, y... *¡Dingdong!*

-¡Oh, Cristo! -dijo Reuben.

-¡Hay alguien en la puerta! -declaró Louise, asomándose a la ventana.

-Un periodista -dijo Mary, al ver al hombre.

Reuben corrió escaleras arriba. Durante medio segundo, Mary pensó que iba a buscar una escopeta, pero entonces lo oyó gritar, aparentemente desde una ventana que había abierto allí arriba.

-¡Márchese! ¡Esta casa está en cuarentena!

Mary vio que el periodista retrocedía unos pasos y echaba atrás la cabeza para mirar a Reuben.

-Me gustaría hacerle unas preguntas, doctor Montego -dijo. -¡Márchese! -gritó Reuben-. El Neanderthal está enfermo, y este lugar ha sido declarado en cuarentena por orden de Sanidad de Canadá. Mary vio que llegaban más vehículos por la carretera y unas luces rojas y amarillas empezaban a barrer la escena.

-Vamos, doctor -respondió el periodista-. Sólo unas cuantas preguntas.

-Hablo en serio -dijo Reuben-. Estamos conteniendo una enfermedad infecciosa, aquí.

-Tengo entendido que la profesora Vaughan está ahí también -gritó el periodista-. ¿Puede hacer algún comentario sobre el ADN del Neanderthal?

-¡Márchese! ¡Por el amor de Dios, hombre, márchese! -Profesora Vaughan, ¿está usted ahí dentro? Soy Stan Tinbergen, del *Sudbury Star.* Me gustaría...

-¡Mon Dieu! -exclamó Louise, señalando hacia la calle-. ¡Ése hombre tiene un rifle!

Mary miró hacia donde señalaba Louise. En efecto, allí había alguien, apuntando con un arma a la casa desde unos treinta metros de distancia. Un segundo después, el hombre que había a su lado se llevó un megáfono a la boca.

-Habla la Real Policía Montada del Canadá -dijo la voz amplificada y reverberante del hombre-. *Apártese de la casa.*

Tinbergen se dio media vuelta.

-Esto es una propiedad privada -gritó-. Nadie ha cometido ningún delito y...

-Apártese -ordenó el policía, que iba vestido de paisano, aunque Mary vio que su coche blanco estaba en efecto rotulado con las letras RPMC y el equivalente francés, GRC.

-Si el doctor Montego o la profesora Vaughan responden unas cuantas preguntas yo...

-¡Última advertencia! -dijo el policía a través del megáfono-. Mi compañero sólo tratará de herirle, pero...

Tinbergen no quería renunciar a su reportaje.

-¡Tengo derecho a hacer preguntas!

-Cinco segundos -tronó la voz del oficial de policía.

Tinbergen no se movió.

-¡Cuatro!

-¡El público tiene derecho a saber! -gritó el periodista.

-¡Tres!

Tinbergen se dio de nuevo media vuelta, al parecer decidido a hacer una última pregunta.

-Doctor Montego -gritó, alzando la cabeza-, ¿supone esta enfermedad algún riesgo para la gente?

-¡Dos!

-Responderé a todas sus preguntas -gritó Reuben-. Pero no así. ¡Márchese!

-¡Uno*!*

Tinbergen se volvió, levantando las manos hasta la altura del pecho. -¡Muy bien, vale!

Empezó a apartarse de la casa.

En cuanto el periodista llegó al otro extremo del camino de acceso, el teléfono empezó a sonar en casa de Reuben. Mary cruzó el salón y lo atendió, pero Reuben debía de haber descolgado ya en una extensión de arriba.

-Doctor Montego -oyó decir a una voz de hombre-, soy el inspector Matthews, de la RPMC.

En otro caso, Mary hubiese colgado el teléfono, pero se moría de curiosidad.

-Hola, inspector -dijo la voz de Reuben.

-Doctor, Sanidad nos ha pedido que le prestemos toda la ayuda que precise.

La voz del hombre se oía débil; Mary supuso que llamaba desde un teléfono móvil. Torció el cuello para asomarse por la ventana; el hombre que había usado el altavoz estaba ahora en efecto de pie junto a su coche blanco, hablando por un móvil.

-¿Cuánta gente hay dentro de la casa?

-Cuatro personas -contestó Reuben-. Yo mismo, el Neanderthal y dos mujeres: la profesora Mary Vaughan, de la Universidad de York, y Louise Benoit, una estudiante de física posdoctorada que trabajaba para el Observatorio de Neutrinos de Sudbury.

-Tengo entendido que uno está enfermo -dijo Matthews.

-Sí, el Neanderthal. Tiene fiebre alta.

-Déjeme que le dé el número de mi móvil -dijo el policía. Leyó una serie de dígitos.

-Lo tengo -dijo Reuben.

-Voy a estar aquí hasta que llegue mi relevo, a las once -dijo Matthews-. El relevo tendrá el mismo teléfono; llame si necesita cualquier cosa.

-Necesito antibióticos para Ponter. Penicilina, eritromicina... unas cuantas cosas.

-¿Tiene correo electrónico en casa? -preguntó Matthews. -Sí.

-Haga la lista. Envíela a Robert Matthews, con doble «t», a rpmcgrc.gc.ca. ¿Lo tiene?

-Sí -dijo Reuben-. Lo necesitaré tan pronto como sea humanamente posible.

-Lo tendrá ahí esta noche, si son cosas que pueden tener en una farmacia corriente o el St. Joseph's.

-Vamos a necesitar más comida también.

-Les traeremos lo que quieran. Mándeme un mail con una lista de alimentos, artículos de aseo, ropa, lo que necesite.

-Magnífico -dijo Reuben-. Yo debería tomar muestras de sangre de todos nosotros, y enviarlas al St. Joseph's y otros laboratorios.

-Bien.

Acordaron en llamarse mutuamente si las circunstancias cambiaban de algún modo, y Reuben colgó. Mary lo oyó bajar las escaleras.

-¿Bien? -preguntó Louise... revelando que Mary había estado escuchando al mirarlos a ambos.

Reuben resumió la llamada.

-Lo siento -dijo-. Lo siento de veras.

-¿Y los demás? -dijo Mary-. ¿Los otros que estuvieron en contacto con Ponter?

Reuben asintió.

-Le diré al inspector Matthews que los localicen. Probablemente los pondrán en cuarentena en el St. Joseph's en vez de aquí.

Entró en la cocina y regresó con una libreta y un trozo de lápiz que parecía usar para la lista de la compra.

-Muy bien, ¿quién más ha estado expuesto a Ponter?

-Un estudiante graduado que trabajaba conmigo -dijo Louise-. Paul Kiriyama.

-La doctora Mah, naturalmetne -dijo Mary-, y... Dios mío, ya está camino de Ottawa. ¡Será mejor que impidamos que se reúna con el primer ministro esta noche!

-También había un puñado de gente del St. Joseph's -dijo Reuben-. Los camilleros de la ambulancia, el doctor Singh, un radiólogo, enfermeras...

Continuaron haciendo la lista.

Ponter seguía tendido en la alfombra de color champán. Parecía inconsciente; Mary veía subir y bajar su enorme pecho. Tenía la frente inclinada cubierta de sudor, y sus ojos se movían tras los párpados como animales subterráneos en el fondo de madrigueras.

-Muy bien -dijo Reuben-. Creo que están todos. -Miró a

Mary, luego a Louise, luego al yacente Ponter-. Tengo que hacer una lista de los medicamentos que necesito para tratar a Ponter. Si tenemos suerte...

Mary asintió y miró también a Ponter. *Si tenemos suerte*, pensó, *ninguno de nosotros va a morir.*

26

CUARTO DÍA
LUNES, 5 DE AGOSTO
148/103/27

BÚSQUEDA DE NOTICIAS Palabra(s) clave: *Neanderthal*

¿Accedió Ponter Boddit a Canadá de manera ilegal? Esa pregunta continúa inquietando a los expertos en inmigración, tanto aquí como en el extranjero. Nuestro invitado de esta noche es el profesor Simon Cohen, que enseña derecho de ciudadanía en la Universidad McGill de Montreal...

Las diez principales razones por las que sabemos que Ponter Boddit debe de ser un Neanderthal auténtico:

- Número diez: Cuando conoció a su primera hembra humana, la golpeó con una porra y se la llevó arrastrándola por los pelos.
- Número nueve: Se le confunde en la penumbra con Leónidas Brezhney.
- Número ocho: Cuando Arnold Schwarzenegger fue a hacerle una visita, Boddit dijo: «¿Quién es ese flacucho?»
- Número siete: Sólo ve las noticias de la Fox.
- Número seis: La publicidad de McDonald's ahora reza: «Miles de millones de *Homo sapiens* atendidos... más un Neanderthal.»
- Número cinco: Llamó «colega» a Tom Arnold.
- Número cuatro: Cuando le enseñaron una roca rara en el Smithsonian, la talló hasta obtener una punta de lanza perfecta.
- Número tres: Lleva un reloj Fossil y bebe Old Milwaukee muy muy muy antiguo.
- Número dos: Está cobrando royalties por el fuego.
- ¿Y la razón número uno por la que sabemos que Ponter Boddit tiene que ser un Neanderthal? Cachetes peludos... los cuatro.

John Pearce, director de adquisiciones internacionales de Random House Canada, ha ofrecido a Ponter Boddit el mayor anticipo de la historia editorial canadiense por los derechos mundiales de su biografía autorizada, según informa el periódico *Quill* & *Quire...*

Se rumorea que el Pentágono está interesado en hablar con Ponter Boddit. Las implicaciones militares de la forma en que supuestamente llegó aquí han llamado la atención de al menos un general de cinco estrellas...

Ahora veremos si he cometido el mayor error de mi vida, pensó Adikor Huld mientras se sentaba en el taburete de la cámara del Consejo.

-¿Quién habla en favor del acusado? -preguntó la adjudicadora Sard.

No se movió nadie. A Adikor el corazón le dio un vuelco. ¿Había decidido Jasmel Ket abandonarlo? Al fin y al cabo, ¿quién podría reprochárselo? El día anterior había visto con sus propios ojos que una vez (cierto, hacía mucho tiempo) Adikor había intentado aparentemente matar a su padre.

La sala estaba en silencio, aunque uno de los espectadores, al parecer llegando a la misma conclusión a la que Bolbay había llegado anteriormente, dejó escapar una risita breve y despectiva: *nadie* iba a hablar en favor de Adikor.

Pero entonces, por fin, Jasmel se puso en pie.

-Yo -dijo-. Yo hablo en favor de Adikor Huld.

Hubo exclamaciones de sorpresa por parte del público.

Daklar Bolbay, que estaba sentada cerca, se levantó, anonadada.

-Adjudicadora, esto no está bien. La muchacha es una de las acusadoras.

La adjudicadora Sard inclinó hacia delante su arrugada cabeza mirando a Jasmel.

-¿Es eso cierto?

-No -respondió Jasmel-. Daklar Bolbay era la mujer-compañera de mi madre; la nombraron mi *tabant* cuando murió mi madre.

Pero he visto ya doscientas veinticinco lunas y reclamo los derechos de la mayoría de edad.

-¿Eres una 147? -preguntó Sard.

-Sí, adjudicadora.

Sard se volvió hacia Bolbay, que estaba todavía de pie.

-Todos los 147 alcanzaron su responsabilidad personal hace meses. A menos que argumente que su pupila es mentalmente incompetente, su custodia sobre ella terminó automáticamente. ¿Es mentalmente incompetente?

Bolbay se rebullía por dentro. Abrió la boca, sin duda para hacer claramente una observación, pero se lo pensó mejor. Agachó la cabeza.

-No, adjudicadora.

-Muy bien, pues -dijo Sard-. Ocupe su asiento, Daklar Bolbay.

-Gracias, adjudicadora -dijo Jasmel-. Ahora, si puedo...

-Un momento, 147 -dijo Sard-. Habría sido una cortesía por tu parte decirle a tu *tabant* que ibas a oponerte a su caso.

Adikor comprendía por qué Jasmel había permanecido en silencio. Si hubiera advertido a Bolbay, ésta habría hecho todo lo posible para disuadirla. Pero Jasmel tenía el encanto de su padre.

-Habla usted sabiamente, adjudicadora. Mantendré su consejo bajo mi ceño.

Sard asintió, satisfecha, e indicó a Jasmel que continuara. Jasmel se dirigió al centro de la sala.

-Adjudicadora Sard, ha oído usted muchas insinuaciones de Daklar Bolbay. Insinuaciones y ataques sin fundamento sobre el carácter de Adikor Huld. Pero apenas lo conoce. Adikor era el hombre-compañero de mi padre; cierto, sólo he visto a Adikor brevemente cuando Dos se convertían en Uno... él tiene su propio hijo, el joven Dab, que está aquí en esta sala y su mujer, Lurt, sentada junto a Dab. Pero, con todo, nos veíamos frecuentemente... mucho más frecuentemente que Daklar y él.

Se acercó a Adikor y puso la mano sobre su hombro.

-Me presento aquí, la hija del hombre a quien se le acusa de haber matado, y le digo que no creo que lo hiciera.

Hizo una pausa, miró brevemente a Adikor y luego miró a los ojos a la adjudicadora, sentada al otro lado de la sala.

-Ya has visto el registro de coartadas -insistió Bolbay, sentada a horcajadas cerca, en la primera fila de espectadores. Sard la hizo callar.

-Sí -dijo Jasmel-. Sí, lo he visto. Sabía que mi padre tenía una lesión en la mandíbula. Le dolía de vez en cuando, sobre todo por las mañanas cuando hacía frío. No sabía quién le había causado la lesión: él no lo dijo nunca. Pero sí que decía que había sido hacía mucho, que el responsable se sintió extremadamente arrepentido, y que había perdonado al individuo. -Hizo un pausa-. Mi padre era bueno juzgando caracteres. No habría sido compañero de Adikor si hubiera creído que existía la más leve posibilidad de que Adikor repitiera sus acciones. -Miró a Adikor y luego a la adjudicadora-. Sí, mi padre ha desaparecido. Pero no creo que fuera asesinado. Si está muerto, es a causa de un accidente. Y si no lo está...

Librodot

-¿Crees que está herido? -preguntó la adjudicadora Sard. Jasmel se sorprendió: no era frecuente que la adjudicadora hiciera preguntas directas.

-Podría estarlo, adjudicadora.

Pero Sard negó con la cabeza.

-Niña, te compadezco. De verdad. Sé bien lo que es perder a un padre. Pero lo que estás diciendo no tiene sentido. Los hombres registraron las minas en busca de tu padre. Las mujeres también se unieron a la búsqueda, aunque era Últimos Cinco. También se utilizaron perros para rastrear.

-Pero si estuviera muerto -dijo Jasmel-, su Acompañante habría emitido una señal localizadora, al menos durante cierto tiempo. Lo buscaron con equipo portátil y no encontraron nada.

-Cierto -contestó Sard-. Pero si su Acompañante se hubiera estropeado o destruido deliberadamente, no habría ninguna señal. -Pero no hay ninguna prueba...

-Niña -dijo la adjudicadora-, se sabe que han desaparecido hombres antes. Si las circunstancias de su vida son insoportables algunos se quitan el implante y se marchan a los bosques. Se desprenden de todas las ataduras de la civilización avanzada y se unen a una de esas comunidades que eligen vivir según los medios tradicionales, o simplemente se aíslan y viven una vida nómada. ¿Hay algo que pudiera haber impulsado a tu padre a desaparecer?

-Nada -respondió Jasmel-. Lo vi la última vez que Dos se convirtieron en Uno, y estaba bien.

-Brevemente -dijo la adjudicadora.

-¿Perdone?

-Lo viste brevemente. -A Sard no le pasó inadvertido que Jasmel alzaba la ceja-. No, no he mirado tu archivo de coartadas; no has sido acusada de ningún delito, después de todo. Pero sí que hice algunas averiguaciones: es prudente que una adjudicadora lo haga en un caso tan poco corriente como éste. Así que vuelvo a preguntar: ¿había algún motivo para que tu padre optara por desaparecer? Podría simplemente haber eludido a Adikor en la mina, después de todo, y esperado hasta que no hubiera ninguno de los robots mineros cerca y luego haber usado el ascensor.

-No, adjudicadora -dijo Jasmel-. No vi en él ningún síntoma de inestabilidad mental, ningún indicio de que no fuera feliz... bueno, tan feliz como pueda serlo un hombre que ha perdido a una compañera.

Estoy de acuerdo en eso -dijo Adikor, mirando directamente a la adjudicadora-. Ponter y yo éramos muy felices juntos.

-Su palabra es algo sospechosa, dadas las actuales circunstancias -dijo Sard-. Pero, una vez más, he hecho mis propias investigaciones y confirman lo que dice. Ponter no tenía ninguna deuda que no pudiera controlar, ningún enemigo, ningún nadalp... ningún motivo para dejar atrás una familia y una carrera.

-Exactamente -dijo Adikor, sabiendo una vez más que lo más prudente era callarse pero incapaz de controlarse.

-Así pues -dijo la adjudicadora Sard, si no tenía ningún motivo para desear desaparecer, y no padecía inestabilidad mental, entonces volvemos a la declaración de Bolbay. Si Ponter Boddit estuviera simplemente herido, o muerto por causas naturales, los equipos de búsqueda lo habrían encontrado.

Pero... -dijo Jasmel.

-Niñala cortó Sard-, si tienes alguna prueba, no simples opiniones personales, sino pruebas irrefutables, de que Adikor Huid no es culpable, ofrécenoslas.

Jasmel miró a Adikor. Adikor miró a Jasmel. A excepción de alguno que otro que tosía o se agitaba en su asiento, el gigantesco salón permaneció en silencio.

-¿Bien? -dijo la adjudicadora-. Estoy esperando.

Adikor se encogió de hombros mirando a Jasmel. No tenía ni idea de si plantear aquello era adecuado o no. Jasmel se aclaró la garganta.

Librodot

-Sí, adjudicadora, existe otra posibilidad...

27

Mary había pasado la noche incómoda.

Reuben Montego tenía campanitas en el patio; Mary opinaba que habría que fusilar a la gente que tiene campanitas que suenan con el viento, pero bueno, ya que Reuben tenía un par de acres de tierra, era probable que no molestaran a nadie más. Sin embargo, el tintineo constante le había impedido conciliar el sueño.

Hubo mucha discusión a la hora de acostarse. Reuben tenía una cama de matrimonio en su cuarto, un sofá en el despacho del primer piso y otro abajo, en el salón. Por desgracia, ninguno era sofá-cama. Al final, acordaron dejarle a Ponter la cama; la necesitaba más que los demás. Reuben se quedó con el sofá de arriba, Louise con el sofá de abajo para la primera noche, y Mary durmió en un sillón reclinable, también en el salón.

Ponter estaba enfermo, pero Hak no. Mary, Reuben y Louise acordaron turnarse para darle nuevas lecciones de lengua al implante. Louise dijo que era noctámbula, de todas formas, así que Hak podría aprender las veinticuatro horas sin interrupción. Y Louise, en efecto, desapareció en la habitación de Ponter poco antes de las diez de la noche, y no bajó de nuevo al salón hasta pasadas las dos. Mary no estaba segura de si había sido el sonido de la llegada de Louise lo que la despertó, o si ya estaba despierta, pero sabía que tenía que subir y ayudar a Hak a aprender más inglés.

Hablar a la Acompañante le resultaba molesto a Mary, no porque la pusiera nerviosa hablar con un ordenador (nada de eso: la fascinaba), sino porque tenía que estar a solas en el dormitorio de Ponter, y porque tenía que cerrar la puerta para que el ruido de sus conversaciones con la Acompañante no molestara a Reuben, que dormía en la habitación de al lado.

Le sorprendió lo mucho más fluida que se había vuelto Hak en las horas que la Acompañante había pasado hablando con Louise.

Por fortuna, Ponter durmió durante toda la lección de lenguaje, aunque Mary tuvo un breve momento de pánico cuando de repente se movió y se puso de costado. Si Mary comprendía bien lo que Hak estaba tratando de explicarle, la Acompañante suministraba ruido blanco a través de los implantes auditivos de Ponter, de modo que las conversaciones que Hak mantenía no lo molestaran.

Mary sólo consiguió aguantar una hora diciendo sustantivos y verbos para Hak antes de sentirse demasiado cansada para continuar. Se excusó y bajó al salón. Louise se había quedado con el sujetador y las bra*gas y* estaba tendida en el sofá, tapada en parte por una manta.

Mary ocupó el sillón reclinable y, esta vez, por puro cansancio, se quedó rápidamente dormida.

Por la mañana, la fiebre de Ponter había desaparecido. Tal vez las aspirinas y antibióticos que Reuben le había suministrado le estaban sirviendo de ayuda. El Neanderthal se levantó de la cama v bajó las escaleras... y, para sorpresa de Mary, iba absolutamente desnudo. Louise seguía dormida, y Mary, enroscada en el sillón reclinable, acababa de despertarse. Durante medio segundo, tuvo miedo de que Ponter hubiera bajado a buscarla... no, desde luego, si estaba interesado en alguna, era en la joven y hermosa francocanadiense.

Pero aunque miró brevemente a Louise y a Mary, resultó que lo que buscaba en realidad era la cocina. Al parecer no se había dado cuenta de que Mary tenía los ojos abiertos.

Ella iba a hablar, a protestar por su desnudez, pero, bueno...

Dios mío, pensó Mary, mientras él atravesaba el salón. *Dios mío.* Puede que no fuera gran cosa de cuello para arriba, pero...

Giró la cabeza para verle los glúteos mientras desaparecía en la cocina, y miró de nuevo cuando volvió a salir, con una de las latas de Coca-Cola de Reuben en la mano: Reuben tenía todo un estante del frigorífico dedicado a esa bebida. La científico que había en Mary se sintió fascinada de ver a un Neanderthal en carne y hueso, y...

Y la mujer que había en ella simplemente disfrutó viendo moverse el musculoso cuerpo de Ponter.

Mary se permitió una sonrisita. Había creído que tal vez nunca podría mirar de nuevo a un hombre de esa forma.

Era bueno saber que aún podía.

Mary, Reuben y Louise habían sido entrevistados ya varias veces por teléfono, y Reuben, con permiso de Inco, había organizado una rueda de prensa. Los tres se situaron ante un micrófono en conexión con los periodistas, que grababan la sesión a través de la ventana del salón con lentes zoom.

Mientas tanto, se estaban haciendo análisis de viruela, peste bubónica y toda una gama de otras enfermedades. Las muestras de sangre habían sido enviadas en un jet de las Fuerzas Aéreas Canadienses al Centro de Control y Prevención de Enfermedades (CDC) de Atlanta y al cuarto nivel del laboratorio de emergencias del Centro Canadiense de Ciencias para la Salud Humana y Animal de Winnipeg. Los resultados del primer grupo de cultivos llegaron a las 11.14 de la mañana. No se había encontrado todavía ningún patógeno en la sangre de Ponter, y nadie que hubiera estado con él (incluidos todos los que ahora estaban en cuarentena en el St. Joseph's) mostraba ningún síntoma de enfermedad. Mientras se probaban los otros cultivos, los microbiólogos también buscaban en las muestras sanguíneas algún patógeno desconocido: células u otras inclusiones de tipos que nunca hubiesen visto antes.

-Es una lástima que sea físico en vez de médico -le dijo Reuben a Mary, tras la rueda de prensa.

¿Por qué?

Bueno, tenemos suerte de contar con antibióticos efectivos que ofrecerle. Las bacterias se hacen inmunes con el tiempo: normalmente le administro a mis pacientes eritromicina, porque la penicilina es muy poco eficaz hoy en día, pero a Ponter le administré penicilina primero. Se basa en el moho del pan, naturalmente, y si la gente de Ponter no hace pan, entonces puede que nunca la hayan descubierto, así que podría ser efectiva contra cualquier tipo de infección bacteriana que hubiera traído consigo de su mundo. Luego le di eritromicina y un puñado de otros medicamentos, para combatir cualquier cosa que pueda haber pillado aquí. De todas formas, la gente de Ponter tendrá probablemente antibióticos propios, pero es probable que sean distintos de los que nosotros hemos descubierto. Si pudiera decirnos qué utilizan, tendríamos una nueva arma en la guerra contra la enfermedad... un arma contra la que nuestras bacterias no han desarrollado todavía ninguna resistencia.

Mary asintió.

-Interesante -dijo-. Lástima que el portal entre su mundo y el nuestro se cerrara casi inmediatamente. Probablemente hay montones de posibilidades comerciales fascinantes entre dos versiones de la Tierra. Las farmacéuticas seguro que son tan sólo la punta del iceberg. La mayoría de los alimentos que consumimos no crecen de forma natural. Puede que a él no le gusten los productos derivados del trigo, pero la patata, el tomate, el maíz modernos, los pollos domésticos y los cerdos y las vacas... todos son formas de vida que hemos creado esencialmente mediante cría selectiva. Podríamos intercambiarlas por los alimentos que ellos tengan.

Reuben asintió.

-Y eso es sólo el comienzo. Hay indudablemente montones de cosas más por hacer en términos de intercambio de vetas mineras. Apuesto a que nosotros sabemos dónde hay minerales valiosos, fósiles y similares que ellos no han encontrado, y viceversa.

Mary se dijo que probablemente él tenía razón.

-Todo lo que sea natural y tenga más de unas pocas decenas de miles de años estaría presente en ambos mundos, ¿no? Otra Lucy, otra *Tyrannosaurus* Sue, otro grupo de fósiles de Burgess Shale, otro diamante Hope... al menos, la piedra original, sin tallar.

Hizo una pausa, considerando concienzudamente todas aquellas posibilidades.

Hacia mediodía, Ponter se sentía claramente mucho mejor. Mary y Louise lo contemplaban, cubierto por una manta, tendido en la cama, mientras dormía tranquilamente.

-Me alegro de que no ronque -dijo Louise-. Con esa nariz tan grande...

-Lo cierto es que probablemente por eso no ronca: tiene aire de sobra.

Ponter se volvió en la cama.

Louise lo miró un instante, luego se volvió hacia Mary.

-Voy a darme una ducha -dijo.

A Mary le había bajado el periodo esa mañana; desde luego, le apetecía una ducha también.

-Yo me ducharé después de ti.

Louise entró en el cuarto de baño y cerró la puerta tras ella. Ponter volvió a agitarse, luego se despertó.

-Mare -dijo en voz baja. Dormía con la boca cerrada y su voz al despertar sonaba áspera.

-Hola, Ponter. ¿Has dormido bien?

Él alzó su larga y rubia ceja (Mary todavía no se había acostumbrado a eso), como si pensara que era una pregunta ridícula.

Ponter ladeó la cabeza: Louise había empezado a ducharse. Y entonces distendió las aletas de la nariz, cada agujero del diámetro de una moneda de veinticinco centavos, y miró a Mary.

Y de repente ella advirtió lo que estaba sucediendo, y se sintió enormemente avergonzada e incómoda. Él podía oler que estaba menstruando. Mary retrocedió, no veía el momento de ducharse. La expresión de Ponter fue neutral.

-Luna -dijo.

Sí, pensó Mary, es esa época del mes. *Pero desde luego no quería hablar del tema.* Bajó rápidamente las escaleras.

28

La adjudicadora Sard tenía una expresión en su rostro sabio y arrugado que indicaba: «Será mejor que esto merezca la pena.»

-Muy bien, niña -le dijo a Jasmel, que estaba todavía de pie junto a Adikor en la sala del Consejo-. ¿Qué otra explicación, además de una acción violenta, existe para la desaparición de tu padre?

Jasmel guardó un momento de silencio.

-Se lo diría alegremente, adjudicadora, pero...

Sard se estaba impacientando más que de costumbre.

-¿Sí?

Pero, bueno, el sabio Huld podría explicarlo mucho mejor que yo.

-¡El sabio Huid!exclamó la adjudicadora-. ¿Propones que el *acusado* hable en su propia defensa? -Sark sacudió la cabeza, asombrada.

-No -dijo Jasmel rápidamente, advirtiendo que Sark estaba a punto de prohibir esa escandalosa idea-. No, nada de eso. Él simplemente recalcaría algunos puntos técnicos: información sobre física cuán

-¡Física -¡Física cuántica!dijo Sard-. ¿Qué puede tener que ver la física cuántica con este caso?

-Puede que de hecho sea la clave -dijo Jasmel-. Y el sabio Huld puede presentar la información de manera mucho más elocuente... -vio que Sard fruncía el entrecejo- y *sucinta* que yo.

-¿No hay nadie más que pueda proporcionar la misma información? -preguntó la adjudicadora.

No, adjudicadora -respondió Jasmel. Bueno, hay un grupo de hembras en Evsoy que están realizando una investigación similar, pero...

-¡Evsoy! -exclamó Sard, como si Jasmel hubiera nombrado la cara oculta de la Luna. Volvió a menear la cabeza

- Oh, está bien.

Fijó una mirada de depredador sobre Adikor-. Sea breve, sabio Huld. Adikor no estaba seguro de si debía levantarse o no, pero se estaba cansando de estar sentado en el taburete, así que lo hizo.

-Gracias, adjudicadora -dijo-. Yo, ah, agradezco que me permita hablar aparte de responder simplemente a las preguntas que se me formulan.

-No me haga lamentar mi indulgencia -dijo Sard-. Adelante.

-Sí, por supuesto. El trabajo que Ponter Boddit y yo estábamos realizando implicaba cálculos cuánticos. Ahora bien, en un cálculo cuántico, al menos según una teoría, se contacta con incontables universos paralelos donde también existen ordenadores cuánticos idénticos. Y todos esos ordenadores cuánticos abordan simultáneamente diferentes porciones de un problema matemático complejo. Al sumar su capacidad, hacen el trabajo de manera mucho más rápida.

-Fascinante, estoy segura -dijo Sard-. Pero ¿qué tiene esto que ver con la supuesta muerte de Ponter?

-Es, ah, mi creencia, digna adjudicadora, que la última vez que realizamos nuestro experimento de cálculo cuántico, un... pasaje macroscópico de algún tipo... pudiera haberse abierto en uno de esos universos, y Ponter cayó por él y...

Daklar Bolbay hizo una mueca despectiva; otros en el público siguieron su ejemplo. Sard sacudió una vez más la cabeza, incrédula.

-¿Espera que me crea que el sabio Boddit desapareció en *otro universo?*

Ahora que la multitud sabía hacia dónde se inclinaban los sentimientos de la adjudicadora, no tuvieron necesidad de contenerse. De muchos asientos brotó una carcajada.

Adikor sintió que el pulso se le aceleraba y que sus puños se cerraban... cosa que era lo último que debía hacer, lo sabía. No podía hacer nada respecto a la taquicardia, pero lentamente se obligó a abrir las manos.

-Adjudicadora -dijo, consiguiendo adoptar el tono más deferente posible-, la existencia de mundos paralelos subraya gran parte del pensamiento teórico de la física cuántica de hoy en día y...

-¡Silencio!-gritó Sard, y su voz resonó en la sala. Algunos miembros del público se quedaron boquiabiertos de su volumen-. Sabio Huid, en todos mis cientos de meses como adjudicadora, nunca he oído una excusa tan endeble. ¿Cree que los que no acudimos a su vanagloriada Academia de Ciencias somos ignorantes que pueden ser engañados con pura cháchara?

-Digna adjudicadora... Cállese -dijo Sard-. Cállese y vuelva a sentarse.

Adikor tomó aire y lo retuvo... como le habían enseñado a hacer en aquellos doscientos veinte meses largos en que recibió tratamiento por haber golpeado a Ponter. Soltó el aire muy despacio, imaginando que su furia escapaba con él.

-¡He dicho que se siente! -exclamó Sard.

Adikor obedeció.

-Jasmel Ket! -dijo la adjudicadora, volviendo su feroz mirada ahora hacia la hija de Ponter.

-¿Sí, adjudicadora? -preguntó Jasmel, la voz temblando. La adjudicadora tomó aire también, y se controló.

-Niña -dijo, más calmada-, niña, sé que perdiste a tu madre recientemente a causa de la leucemia. Sólo puedo imaginar lo injusto que debe de haber sido para ti, y para la pequeña Megameg. -Le sonrió a la hermana de Jasmel, y nuevas arrugas se amontonaron sobre las otras más antiguas de su cara. Y ahora parece que también tu padre ha muerto... y, una vez más, no del modo inevitable que tarde o temprano nos alcanza a todos, sino inesperadamente, sin advertencia, y a una edad temprana. Puedo comprender por qué te sientes tan reacia a renunciar a él, por qué aceptas una explicación absurda...

-No es eso, adjudicadora -dijo Jasmel.

-¿No lo es? Estás desesperada para aferrarte a algo, a algún tipo de esperanza. ¿No es eso?

Yo... no lo creo.

Sard asintió.

-Hará falta tiempo para aceptar lo que le ha sucedido a tu padre. Eso lo sé. -Contempló la sala, y luego finalmente su mirada se posó sobre Adikor-. Muy bien -dijo. Guardó silencio un momento, reflexionando-. Muy bien -repitió. Estoy preparada para decidir. Creo que es justo y adecuado declarar que se ha encontrado una buena causa circunstancial para el crimen de asesinato, y por tanto ordeno que este asunto sea juzgado por un trío de adjudicadores, suponiendo que alguien aún desee seguir adelante.

Miró ahora a Bolbay.

¿Quiere continuar presentando cargos, por cuenta de su pupila menor, Megamek Bek?

Bolbay asintió.

-Sí.

Adikor sintió que la cabeza le daba vueltas.

-Muy bien -dijo Sard. Consultó un bloque de notas-. Un tribunal pleno se reunirá en este salón del Consejo dentro de cinco días a partir de ahora, el 148/104/03. Hasta entonces, usted, sabio Huld, continuará bajo escrutinio judicial. ¿Lo entiende?

-Sí, adjudicadora. Pero si tan sólo pudiera bajar a...

-Nada de peros -replicó Sard-. Y una cosa más, sabio Huld. Yo dirigiré el tribunal, e instruiré a los otros dos adjudicadores. Reconozco que ha habido cierto dramatismo en hacer que la hija de Ponter Boddit hable en su favor, pero el efecto no soportará un segundo intento. Le sugiero fervientemente que busque a alguien más apropiado para que hable en su favor la próxima vez.29

A primera hora de la tarde, Reuben Montego pudo darles una buena noticia. Había estado comunicándose por teléfono y email con varios expertos de las sedes del CLCE y el CDC, así como del laboratorio de emergencias de Winnipeg.

-Ya te habrás dado cuenta de que a Ponter no parece gustarle el grano ni los productos lácteos -dijo Reuben, sentado ahora en el sofá mientras bebía el aromático café etíope que Mary había descubierto que le gustaba.

-Sí -dijo Mary, mucho más cómoda después de la ducha, aunque hubiera tenido que ponerse la misma ropa que el día anterior -. Le encantan la carne y la fruta fresca. Pero no parece sentir mucho interés por los productos agrícolas, el pan, ni la leche.

-En efecto. Y la gente con la que he estado hablando me dice que eso es muy positivo para nosotros.

-¿Por qué?preguntó Mary. No soportaba el café de Reuben, aunque había pedido un poco de Maxwell House y, sí, batido de chocolate para que se lo trajeran más tarde, además de ropa. Por el momento, se contentaba con la cafeína que proporcionaban las latas de Coca-Cola.

-Porque sugiere que Ponter no procede de una sociedad agrícola explicó Reuben. Lo que he averiguado gracias a Hak lo confirma, más o menos. La versión de la Tierra de Ponter parece tener una población mucho más baja que ésta. Por tanto, no practican la agricultura ni la ganadería, al menos no a la escala que nosotros hemos estado haciendo los últimos miles de años.

-Yo creía que esas cosas eran necesarias para mantener cualquier tipo de civilización, no importa cuál sea la población -dijo Mary. Reuben asintió.

-Me muero de ganas de que Ponter pueda responder a esas preguntas. De todas formas, me dicen que la mayoría de las enfermedades serias que nos afectan empezaron en animales domésticos, y luego pasaron a las personas. El sarampión, la tuberculosis y la viruela proceden todas del ganado vacuno; la gripe procede de los cerdos y los patos, y la tos ferina de los cerdos y los perros.

Mary frunció el entrecejo. Por la ventana vio pasar un helicóptero: más periodistas.

-Es verdad, ahora que lo pienso.

-Y -continuó Reuben- las epidemias sólo evolucionan en áreas de gran densidad de población, donde hay muchas víctimas potenciales. En zonas de baja densidad, los gérmenes de esas enfermedades no son evolutivamente viables: matan a sus propios anfitriones, y luego no tienen otro sitio al que ir.

-Sí, supongo que eso también es cierto -dijo Mary.

-Probablemente es demasiado simplista decir que si Ponter no procede de una sociedad agrícola, entonces debe de pertenecer a una sociedad de cazadores-recolectores -dijo Reuben-. Sin embargo, ese parece ser el modelo que más se ajusta, al menos según entendemos en nuestro mundo, a lo que Hak ha tratado de describir. Las sociedades cazadoras-recolectoras sí que tienen densidades de población mucho más bajas, y también muchas menos enfermedades.

Mary asintió.

-Me han dicho que el mismo principio es aplicable a los primeros exploradores europeos y los nativos, aquí en las Américas -continuó Reuben-. Todos los exploradores procedían de sociedades agrícolas y muy pobladas, y rebosaban de gérmenes epidémicos. Los nativos pertenecían todos a sociedades de baja densidad, con poca o ninguna ganadería: no tenían gérmenes epidémicos propios, ni ninguna de las enfermedades que pasan del ganado a los humanos. Por eso la devastación se produjo sólo en un sentido.

-Yo creía que la sífilis llegó al Antiguo Mundo desde el Nuevo -dijo Mary.

-Bueno, sí, hay algunas pruebas de eso -dijo Reuben-. Pero aunque la sífilis se originó tal vez en América del Norte, aquí no se transmitía sexualmente. Fue sólo cuando llegó a Europa que aprovechó la oportunidad de ese medio de transmisión y se convirtió en una causa importante de mortandad. De hecho, la forma endémica v no venérea de la sífilis todavía existe, aunque ahora se da principalmente sólo en las tribus beduinas.

-¿De verdad?

-Sí. Así que, en vez de ser un ejemplo para rebatir la forma en que se contagian las epidemias, la sífilis confirma que el desarrollo de las epidemias requiere condiciones sociales típicas de civilizaciones superpobladas.

Mary digirió esto durante un momento.

Librodot

-Eso significa que nosotros tres vamos a estar bien, ¿no?

-Ésa parece la conclusión más probable: Ponter sufre algo que tenemos aquí, pero probablemente no habrá traído nada de su lado por lo que tengamos que preocuparnos.

-Pero ¿qué pasará con él? ¿Se pondrá bien?

Reuben se encogió de hombros.

-No lo sé -dijo-. Le he dado suficientes antibióticos de amplio espectro para acabar con la mayoría de las infecciones bacterianas, grampositivas y gramnegativas. Pero las enfermedades virales no responden a los antibióticos, ni existe un antiviral de amplio espectro. A menos que tengamos pruebas de que tiene una enfermedad viral concreta, administrarle antivirales al azar probablemente haría más daño que bien. -Parecía tan frustrado como se sentía Mary-. No podemos hacer otra cosa sino esperar y observar.

Los exhibicionistas ocupaban toda la cámara del Consejo, rodeaban a Adikor Huld y le gritaban preguntas, como lanzas arrojadas contra un mamut emboscado.

-¿Le sorprende la decisión de la adjudicadora Sard? -preguntó Lulasm.

-¿Quién va a hablar en su favor delante del tribunal? -preguntó Hawst.

Tiene usted un hijo de la generación 148; ¿es lo bastante mayor para comprender lo que podría sucederles a usted... y a él? -dijo un exhibicionista cuyo nombre Adikor no sabía, un 147 que presumiblemente tenía un público más joven viéndolo con sus miradores.

Los exhibicionistas le gritaron también sus preguntas a la pobre Jasmel.

-Jasmel Ket, ¿cómo son las relaciones entre usted y Daklar Bolbay?

-¿Crees que tu padre puede estar vivo todavía?

-Si el tribunal condena al sabio Huld por asesinato, ¿cómo te sentirás por haber defendido a una persona culpable?

Adikor sintió la furia crecer en su interior, pero luchó, *luchó* para ocultarla. Sabía que las emisoras. Acompañantes de los exhibicionistas estaban siendo vistas por incontables personas.

Por su parte, Jasmel se negó a responder nada, y los exhibicionistas la dejaron por fin en paz. Al cabo de un rato, los que acosaban a Adikor se hartaron y se marcharon de la sala, dejándolos a Jasmel y a él solos en la enorme cámara. Jasmel miró a Adikor a los ojos un instante, y luego desvió la mirada. Adikor no estaba seguro de qué decirle: sabía leer los estados de ánimo de su padre, pero Jasmel tenía mucho de Klast también.

Finalmente, para llenar el silencio, Adikor dijo:

Sé que lo hiciste lo mejor posible.

Jasmel miró ahora al techo, con sus auroras pintadas y su reloj montado en el centro. Luego bajó la cabeza, y miró Adikor.

-¿Lo hiciste? -preguntó.

-¿Qué? -El corazón de Adikor redobló-. No, por supuesto que no. Yo amo a tu padre.

Jasmel cerró los ojos.

-No sabía que fuiste tú quien intentó matarlo antes.

-No intenté matarlo. Estaba furioso, eso es todo. Creí que lo entendías, creí...

-¿Porque seguí hablando en tu favor creíste que no me preocupó lo que vi? ¡Ese era mi *padre!* ¡Lo vi escupir los dientes!

-Fue hace mucho tiempodijo Adikor, en voz baja-. Yo, ah, no lo recordaba tan... tan sangriento. Lamento que tuvieras que verlo. -Hizo una pausa-. Jasmel, ¿no lo entiendes? *Yo amo* a tu padre: le debo todo lo que soy. Después de ese... incidente..., él podría haber presentado cargos; podría haberme hecho esterilizar. Pero no lo hizo. Comprendió que yo tenía, tengo, una enfermedad, una incapacidad para controlar a veces mi ira. Todo lo que soy se lo debo a él; le debo tener un hijo, Dab. Lo que siento hacia tu padre es *gratitud. Yo* nunca le haría daño. No podría.

-Tal vez te cansaste de estar en deuda con él.

-No había ninguna deuda. Todavía eres joven, Jasmel, y no tienes ningún lazo aún, pero pronto lo tendrás, lo sé. No hay ninguna deuda entre dos personas que se aman. Sólo hay perdón total, y se sigue adelante.

-La gente no cambia -dijo Jasmel.

Sí que cambia. Yo lo hice. Y tu padre lo sabía.

Jasmel guardó silencio durante largo rato.

¿Quién va a hablar en tu favor esta vez?

Adikor había ignorado la pregunta cuando se la hicieron a gritos los exhibicionistas. Pero ahora lo pensó seriamente.

-Lurt es la opción natural -dijo-. Es una *145,* lo bastante mayor para que los adjudicadores la respeten. Y dijo que haría cualquier cosa para ayudarme.

-Espero... -dijo Jasmel. Continuó un momento más tarde-. Espero que lo haga bien.

-Gracias. ¿Qué vas a hacer tú ahora?

Jasmel miró directamente a Adikor.

Por ahora... por ahora, necesito alejarme de aquí... y de ti.

Se dio la vuelta y salió de la enorme sala del Consejo, dejando a Adikor completamente solo.

30

QUINTO DÍA
MARTES, 6 DE AGOSTO
148/103/28

BÚSQUEDA DE NOTICIAS Palabra(s) clave: *Neanderthal*

Un líder espiritual islámico ha denunciado al supuesto hombre de Neanderthal como un claro producto de los experimentos de ingeniería genética occidentales. El Wilayat alFaqih de Irán conmina al Gobierno canadiense a admitir que Ponter Boddit es producto de un procedimiento perverso e inmoral de ADNrecombinado...

Ottawa está siendo sometida a presiones para que conceda la ciudadanía canadiense a Ponter Boddit... y las solicitudes proceden de una fuente inusitada. El presidente le pidió hoy al primer ministro de Canadá que acelerara el proceso por el cual el Neanderthal pueda convertirse en canadiense legal. Ponter Boddit ha indicado que nació en una localidad que se corresponde, en su mundo, con Sudbury, Ontario. «Si nació en Canadá -dice el presidente-, entonces es canadiense.»

El presidente está presionando para que se conceda pasaporte canadiense a Boddit, para que el Neanderthal pueda viajar libremente a Estados Unidos una vez levantada la cuarentena, dando fin al debate de Capitol Hill sobre si podría entrar por la aduana norteamericana.

La Sección 5, Párrafo 4 de la Ley de Ciudadanía Canadiense da amplia libertad, que Washington insta a que se invoque: «Para aliviar casos especial e inusitadamente

problemáticos o para recompensar servicios de valor excepcional a Canadá, y sin alterar cualquier otra previsión de esta Ley, el gobernante en ejercicio puede, a su discreción, ordenar al ministro que conceda la ciudadanía a cualquier persona...»

Una petición por Internet con más de diez mil firmas recogidas en todo el mundo ha sido cursada al ministro de Sanidad canadiense, exigiendo que Ponter Boddit permanezca permanentemente en cuarentena...

Las acciones de Inco cerraron hoy en su punto más alto tras cincuenta y dos semanas...

«Es un circo mediático -declaró Bernie Monks, de Sudbury-. Ontario Norte no ha visto nada igual desde que nacieron los quintillizos Dionne allá por 1934...»

Continúan lloviendo ofertas de trabajo para Ponter Boddit. El Laboratorio de Investigación Básica de ITT en Japón le ha ofrecido el puesto de director de una nueva unidad de cálculo cuántico. Microsoft e IBM también le han ofrecido contratos con generosas cláusulas adicionales. El MIT, CalTech y otras ocho universidades le han ofrecido puestos docentes. La Corporación RAND le ha hecho igualmente una oferta, así como Greenpeace. No hay noticias todavía sobre cuál de estas ofertas le parece más atractiva al Neanderthal...

Una coalición de científicos franceses ha firmado una declaración diciendo que aunque la llegada de Ponter Boddit a esta Tierra tuvo lugar en suelo canadiense, es evidente que no nació en ese país, y que ningún Neanderthalense vivió jamás en América del Norte. Su ciudadanía, argumentan, debería ser por tanto francesa, ya que los fósiles de Neanderthal más antiguos se encuentran en ese país...

Los defensores de los derechos civiles a ambos lados de la frontera condenan la cuarentena forzosa del llamado hombre de Neanderthal, diciendo que no hay pruebas de que suponga una amenaza médica para nadie...

Uno tras otro, los análisis de sangre fueron negativos. Lo que había contraído Ponter parecía haber remitido, y no había ninguna prueba de que tuviera nada que fuese peligroso para los humanos de este mundo. Con todo, el CLCE no estaba dispuesto a levantar todavía la cuarentena.

Ponter llevaba su propia camisa otra vez, la de cuando llegó. La policía le había traído un pequeño ajuar de ropa adicional, comprada en el Mark's Work Wearhouse local, pero no le sentaba muy bien: parecía imposible comprar ropa de confección para una persona que era una versión levemente aplanada de Mister Universo.

El inglés de Ponter (o de Hak) estaba mejorando ostensiblemente. La Acompañante no tenía la «i» larga en su repertorio preprogramado, pero había registrado tanto a Mary como a Reuben pronunciándola, y reproducía la versión adecuada cada vez que la palabra lo requería y no podía articularla. Pero sonaba gracioso oírse llamar «Marec», la mitad con el tono de voz de Hak y la otra mitad con su propia voz o con la de Reuben, así que Mary le dijo a la Acompañante que no se molestara: la gente solía llamarla «Mare», de todas formas, y no importaba si Hak seguía haciéndolo también. Louise igualmente le dijo a Hak que no pasaba nada si seguía llamándola sólo «Lou».

Finalmente, Hak anunció que había acumulado un vocabulario suficiente para mantener conversaciones verdaderamente significativas. Sí, dijo, habría lagunas y dificultades, pero podrían resolverlas sobre la marcha.

Y así, mientras Reuben estaba ocupado al teléfono obteniendo los resultados de más pruebas con otros médicos, y mientras Louise, la noctámbula, dormía arriba, tras aceptar el

ofrecimiento de Ponter de usar la cama cuando él no la empleara, Mary y Ponter se sentaron en el salón y tuvieron su primera charla de verdad. Ponter hablaba en voz baja, emitiendo sonidos en su propio idioma, y Hak, usando su voz masculina, proporcionaba la traducción al inglés.

-Es bueno charlar.

Mary dejó escapar una risita nerviosa. Se había sentido frustrada por su incapacidad para comunicarse con Ponter, y ahora que *podían* hablar, no sabía qué decirle.

Sí -dijo-. Es bueno charlar.

-Un día precioso-dijo la voz traducida de Ponter, mientras miraba por la ventana trasera del salón.

Mary volvió a reírse; de buena gana, esta vez. Hablar del tiempo..., un formalismo que trascendía las fronteras entre las especies.

-Sí que lo es.

Y entonces se dio cuenta de que no era ella quien no sabía qué decirle a Ponter. Más bien, tenía tantas preguntas que no sabía por dónde empezar. Ponter *era* científico: debía de tener algún conocimiento de lo que sabía su gente sobre genética, sobre la división entre el género *Homo* y el género *Pan,* sobre...

Pero no. No. Ponter era una persona... primero y antes que nada, era una persona, y una persona que había sufrido una ordalía terrible.

La ciencia podía esperar. Ahora, hablarían sobre él, sobre cómo le iba.

-¿Cómo te encuentras? -preguntó Mary.

-Estoy bien -dijo la voz traducida.

Mary sonrió.

-Lo digo en serio. ¿Cómo te encuentras?

Ponter pareció vacilar, y Mary se preguntó si los hombres de Neanderthal compartían con los hombres de su especie esa cierta reluctancia a hablar sobre sentimientos. Pero entonces él resopló por la boca, un suspiro largo y entrecortado.

-Estoy asustado -dijo-. Y echo de menos a mi familia. Mary alzó las cejas.

-¿Tu familia?

-Mis hijasdijo él-. Tengo dos hijas, Jasmel Ket y Megameg Bek.

Mary se quedó un poco boquiabierta. No se le había ocurrido pensar en la familia de Ponter.

-¿Qué edad tienen?

-La mayor tiene... lo sé en meses, y vosotros contáis el tiempo por años, ¿no? La mayor tiene... ¿Hak?

La voz femenina de Hak intervino.

Jasmel tiene dieciocho años. Megameg tiene ocho.

-Santo Dios -dijo Mary-. ¿Estarán bien? ¿Y su madre?

Klast murió hace dos diezmeses -dijo Ponter.

-Veinte meses -añadió Hak-. Uno coma ocho años.

Lo siento -dijo Mary suavemente.

Ponter asintió.

Las células de su sangre, cambiaron...

-Leucemia -dijo Mary, proporcionando la palabra.

-La echo de menos cada mes -dijo Ponter.

Mary se preguntó por un instante si Hak había traducido bien. Sin duda Ponter quería decir que la echaba de menos cada día.

-Perder ambos padres...

-Sí - dijo Ponter . Naturalmente, Jasmel es adulta ya, así que...

-¿Así que ya puede votar y todo eso?-preguntó Mary.

-No, no, no. ¿Ha sumado mal Hak?

-Por supuesto que no dijo la voz femenina de Hak.

-Jasmel es demasiado joven para votar -dijo Ponter-. *Yo soy* demasiado joven para votar.

-¿Qué edad hay que tener en tu mundo para votar?

-Debes tener al menos seiscientas lunas... dos tercios del tradicional tiempo de vida de novecientos meses.

Hak, que evidentemente quería disipar la idea de que matemáticamente era incapaz, suministró rápidamente las conversiones.

-Se puede votar a la edad de cuarenta y nueve años; el lapso de vida tradicional es de setenta y tres años, aunque muchos viven más hoy en día.

-Aquí, en Ontario, la gente puede votar cuando cumple los dieciocho -dijo Mary-. Años, quiero decir.

-¡Dieciocho! -exclamó Ponter-. Eso es una locura.

-No conozco ningún lugar donde la edad para votar sea superior a los veintiún años.

-Eso explica mucho sobre vuestro mundo -dijo Ponter-. Nosotros no dejamos que la gente conforme la política hasta que haya acumulado sabiduría y experiencia.

-Pero entonces, si Jasmel no puede votar, ¿qué la convierte en una adulta?

Ponter alzó ligeramente los hombros.

Supongo que esas distinciones no son tan significativas en mi
mundo como aquí. De todas formas, a los 225 meses, un individuo o una individua acepta la responsabilidad legal de sí mismo, y normalmente está a punto de establecer su propio hogar.- Sacudió la cabeza-. Ojalá pudiera hacer saber a Jasmel y Megameg que sigo con vida, y que no paro de pensar en ellas. Aunque no pueda regresar a casa, daría cualquier cosa por hacerles llegar un mensaje.

-¿Y no hay forma de que puedas volver?

-No veo cómo. Oh, tal vez si se pudiera construir aquí un ordenador cuántico, y si las condiciones que llevaron a mi... traspaso... pudieran duplicarse con exactitud. Pero yo soy físico teórico, sólo tengo una idea muy vaga de cómo se construye un ordenador cuántico. Mi compañero, Adikor, sabe cómo, pero no tengo forma de contactar con él.

-Debe de ser muy frustrante.

-Lo sientodijo Ponter-. No pretendía echarte encima mis problemas.

-No importa-dijo Mary-. ¿Hay... hay algo que nosotros, cualquiera de nosotros, pueda hacer para ayudarte?

Ponter emitió una única y triste sílaba Neanderthal. Hak la tradujo corno «no».

Mary quiso alegrarlo.

Bueno, no creo que vayamos a estar en cuarentena mucho tiempo. Tal vez cuando salgas de aquí puedas viajar, ver un poco de mundo. Sudbury es una ciudad pequeña, pero...

-¿Pequeña?-dijo Ponter, los ojos muy abiertos-. Pero hay... no sé cuántos. Decenas de miles de habitantes al menos.

-En el área metropolitana de Sudbury viven unas ciento sesenta mil personas -dijo Mary, que lo había leído en una guía en la habitación del hotel.

-¡Ciento sesenta mil! -repitió Ponter-. ¿Y eso es una ciudad pequeña? Tú, Mare, eres de otra parte, ¿no? Una ciudad diferente. ¿Cuántas personas viven allí?

-La ciudad de Toronto tiene dos millones cuatrocientos mil habitantes. El gran Toronto (una zona urbana continua con Toronto como centro), tiene tal vez tres millones y medio.

-¿Tres millones y medio? -dijo Ponter, incrédulo.

-Más o menos.

-¿Cuántas personas hay?

-¿En todo el mundo?

-Sí.

-Un poco más de seis mil millones.

Ponter se hundió en su asiento.

-Es... es... un número de personas increíble.

Mary alzó las cejas.

-¿Cuántos habitantes tiene tu mundo?

-Ciento ochenta y cinco millones -dijo Ponter.

¿Por qué tan pocos?

-¿Por qué tantos?

-No lo sé -respondió Mary . Nunca lo había pensado.

-¿No sabéis...? En mi mundo, sabemos cómo prevenir los embarazos. Tal vez podría enseñaros...

Mary sonrió.

-También nosotros tenemos métodos.

Ponter alzó la ceja.

-Tal vez los nuestros funcionan mejor.

Mary se echó a reír.

-Tal vez.

¿Hay comida suficiente para seis mil millones de personas?

Comemos sobre todo plantas. Cultivamos...

Un *bliip,* la señal convenida que Hak empleaba al oír una palabra que no constaba todavía en su base de datos y que no podía deducir por el contexto.

-Las hacemos crecer deliberadamente. He advertido que no parece gustarte el pan...

Otro *bliip*

-Una... comida hecha con grano, pero el pan, o el arroz, es lo que comernos la mayoría.

-¿Conseguís alimentar bien a seis mil millones de personas con *plantas?*

-Bueno, ah, no -dijo Mary-. Unos quinientos millones de personas no tienen suficiente para comer.

-Eso está muy mal -dijo Ponter, simplemente.

Mary no podía estar en desacuerdo. Con todo, advirtió con un sobresalto que hasta el momento Ponter había estado expuesto solamente a una visión parcial de la Tierra. Había visto un poco la televisión, pero no lo suficiente para abrir de verdad los ojos. Sin embargo, parecía que Ponter iba a pasarse el resto de la vida en esta Tierra. Había que hablarle de la guerra, de la tasa de delincuencia, la contaminación y la esclavitud... toda la mancha sangrienta a través del tiempo que era la historia humana.

-Nuestro mundo es un lugar complejo -dijo Mary, como si eso excusara el hecho de que hubiera gente muriendo de hambre.

-Eso he visto -contestó Ponter-. Nosotros sólo tenemos una especie de humanidad, aunque había más en el pasado. Pero vosotros parece que tenéis tres o cuatro.

Mary ladeó levemente la cabeza.

_¿Qué?

_Los diferentes tipos de humano. Tú perteneces obviamente a una especie, y Reuben a otra. Y el varón que ayudó a rescatarme, parecía ser de una tercera especie.

Mary sonrió.

-Eso no son especies distintas. Sólo hay una especie de humanidad aquí también: el *Homo sapiens.*

-¿Podéis reproduciros unos con otros? -preguntó Ponter.

-Sí.

-¿Y los retoños son fértiles?

-Sí.

Ponter frunció el ceño.

-Tú eres la experta en genética, no yo, pero... -dijo-. Pero... si todos pueden reproducirse unos con otros, entonces ¿para qué la diversidad? ¿Por qué a lo largo del tiempo toda la humanidad no ha acabado por parecer similar, una mezcla de todas las posibles tendencias?

Mary resopló ruidosamente. No esperaba llegar a ese lío concreto tan pronto.

-Bueno, umm, en el pasado... no hoy, entiéndeme, sino... -Tragó saliva-. Bueno, no hoy exactamente, sino en el pasado, la gente de una raza...

Un *bliip* diferente, una palabra reconocida que no podía ser traducida en ese contexto.

-La gente de un color de piel no quería tener mucho que ver con la gente de otro color.

-¿Por qué? -preguntó Ponter. Una pregunta simple, muy simple en realidad...

Mary se encogió de hombros.

-Bueno, las diferencias de coloración se produjeron originalmente porque las poblaciones estaban aisladas geográficamente. Pero después de eso... después de eso se produjo una interacción limitada debido a la ignorancia, la estupidez, el odio.

-Odio -repitió Ponter.

-Sí, es triste decirlo. -Volvió a encogerse de hombros-. Hay muchas cosas en el pasado de mi especie de las que no estoy orgullosa. Ponter guadó silencio un buen rato.

-Me he estado preguntando por este mundo vuestrodijo por fin-. Me sorprendí al ver las imágenes de cráneos en el hospital. He visto esos cráneos, pero en mi mundo sólo son conocidos por los fósiles encontrados. Me sorprendió ver en carne lo que hasta entonces sólo había conocido como hueso.

Hizo de nuevo una pausa, mirando a Mary, como desconcertado por su aspecto. Ella se rebulló levemente en la silla.

-No sabíamos nada del color de vuestra piel -dijo Ponter-, ni del color de vuestro pelo. Los... *Bliip* (Hak también pitaba como un árbitro cuando se omitía una palabra porque el equivalente inglés no estaba todavía en el vocabulario de la Acompañante)-. Los de mi mundo se asombrarían al conocer tanta diversidad.

Mary sonrió.

-Bueno, no todo es natural -dijo-. Quiero decir, mi pelo no es realmente de este color.

Ponter parecía asombrado.

-¿De qué color es de verdad?

Más o menos de un castaño ratón.-¿Por qué lo alteraste?

Mary se encogió un poco de hombros.

-Autoexpresión, y... bueno, he dicho que era castaño, pero la verdad es que tiene un poco de gris. A mí... a mucha gente, en realidad, no nos gusta el gris.

-El pelo de mi especie se vuelve gris cuando envejecemos. -Es lo que nos pasa a nosotros también. Nadie nace con el pelo gris. Ponter volvió a fruncir el ceño.

-En mi lengua, el término para quien tiene el conocimiento que da la experiencia y el que usamos para el color del pelo es el mismo: «Gris.» No me cabe en la cabeza que alguien quiera ocultar ese color.

Mary se encogió de hombros una vez más.

-Nosotros hacemos muchas cosas que no tienen sentido.

-Eso es verdad -dijo Ponter. Hizo una pausa, como considerando si continuar o no-. A menudo nos hemos preguntado qué fue de vosotros... en nuestro mundo, quiero decir. Perdóname. No quiero parecer... *-bliip-,* pero debes saber que vuestros cerebros son más pequeños que los nuestros.

Mary asintió.

-Un diez por ciento más pequeños, de media, si no recuerdo mal.

-Y parecíais físicamente más débiles. A juzgar por las cicatrices de vuestros huesos, consideramos que vuestra especie tendría la mitad de nuestra masa muscular.

-Yo diría que así es -dijo Mary, asintiendo.

-Y -continuó Ponter- has hablado de vuestra incapacidad para llevaros bien, incluso con otros de vuestra misma especie.

Mary volvió a asentir.

-Hay algunas pruebas arqueológicas de esto entre vuestra especie en mi mundo también -dijo Ponter-. Una teoría extendida es que os destruisteis mutuamente... ya que al

no ser tan inteligentes... Verás... -Ponter agachó la cabeza . Lo siento. No quería molestarte.

-No importa.

-Estoy seguro de que hay una explicación mejor -dijo Ponter-. Sabíamos tan poco de vosotros...

-En cierto modo -dijo Mary-, el hecho de saber que podría haber sido de otra manera, que no tendríamos que haber sobrevivido necesariamente... probablemente sirva de algo. Recordará a mi gente lo preciosa que es la vida.

-¿Es que eso no les parece obvio? -preguntó Ponter, con los ojos muy abiertos de asombro.

31

Adikor salió por fin de la sala del Consejo, tras atravesar lenta y tristemente la puerta. Todo aquello era una locura, ¡una locura! Había perdido a Ponter y, como si eso no fuera lo bastante devastador, ahora tendría que enfrentarse a un tribunal pleno. La confianza que pudiera tener en el sistema judicial (una entidad de la que sólo había sido vagamente consciente hasta entonces) había quedado destrozada. ¿Cómo podía una persona inocente y dolida ser acosada de esa forma?

Adikor se encaminó por un largo pasillo de cuyas paredes pendían retratos cuadrados de grandes adjudicadores del pasado, hombres y mujeres que habían desarrollado los principios de la ley moderna. ¿Era esa... esa *burla* lo que realmente tuvieron en mente? Continuó su camino, sin prestar mucha atención a la gente con la que se encontraba ocasionalmente... hasta que un destello naranja le hizo volverse.

Bolbay, todavía vestida con el color de los acusadores, estaba al fondo del pasillo. Se había entretenido en el edificio del Consejo, tal vez para evitar a los exhibicionistas, y ahora buscaba la salida.

Antes de poder pensárselo, Adikor echó a correr hacia ella, sintiendo el musgo de la alfombra bajo sus pies. Cuando Bolbay salía por la puerta del fondo al sol de la tarde, la alcanzó.

-¡Daklar!

Daklar Bolbay se volvió, sobresaltada.

¡Adikor! -exclamó, los ojos muy abiertos. Alzó la voz-. ¡Quienquiera que esté monitorizando a Adikor Huid para su escrutinio judicial que preste atención! ¡Ahora se está enfrentando a mí, su acusadora!

Adikor negó lentamente con la cabeza.

No estoy aquí para hacerte daño.

-He visto que tus hechos no siempre casan con tus intenciones -dijo Bolbay.

-Eso fue hace *años* -dijo Adikor, empleando la palabra que más enfatizaba la cantidad de tiempo-. Nunca había golpeado a nadie antes y nunca he vuelto a hacerlo desde entonces.

-Pero lo hiciste -dijo Bolbay-. Perdiste el control. Te desataste. Intentaste matar.

-¡No! No, nunca quise hacerle daño a Ponter.

-No está bien que estemos hablando -dijo Bolbay-. Tienes que disculparme.

Se dio la vuelta.

Adikor extendió la mano, agarrando a Bolbay por el hombro.

-¡No, espera!

El rostro de ella mostró pánico mientras se volvía a mirarlo, pero rápidamente cambió de expresión, mirándole significativamente la mano. Adikor la apartó.

-Por favor -dijo-. Por favor, tan sólo dime *por qué.* ¿Por qué me persigues con tanta... con tanta *saña?* En todo el tiempo que hace que nos conocemos, nunca te hice ningún mal. Tienes que saber que yo amaba a Ponter, y que él me amaba a mí. Él no querría que me acosaras de esta forma.

-No te hagas el inocente conmigo -dijo Bolbay.

-¡Pero es que *soy* inocente! ¿Por qué estás haciendo esto?

Ella simplemente negó con la cabeza, se dio media vuelta y se marchó.

-¿Por qué? -preguntó Adikor tras ella-. *¿Por qué?*

-Tal vez podamos hablar sobre tu gente -le dijo Mary a Ponter-. Hasta ahora, sólo hemos tenido fósiles de Neanderthal para estudiarlos. Se ha debatido sobre muchas cosas, como, bueno, por ejemplo, para qué sirven vuestros arcos ciliares prominentes.

Ponter parpadeó.

Protegen mis ojos del sol.

-¿De veras? -dijo Mary-. Supongo que eso tiene sentido. Pero entonces, ¿por qué no los tenemos nosotros? Quiero decir: los Neanderthales evolucionaron en Europa, mis antepasados procedían de África, donde hay mucho más sol.

Nosotros nos preguntamos lo mismo cuando examinamos los fósiles de los gliksins -dijo Ponter.

-e Gliksins?

-El tipo de homínido fósil de mi mundo al que más os parecéis. Los gliksins no tenían el ceño prominente, así que supusimos que eran nocturnos.

Mary sonrió.

-Supongo que gran parte de lo que se deduce a partir de unos huesos es erróneo. Dime, ¿qué pensáis de esto? -Se dio golpecitos con el índice en la barbilla.

Ponter pareció incómodo.

-Ahora sé que no es así, pero...

-¿Sí?

Ponter usó una mano abierta para acariciarse la barba, mostrando su mandíbula sin barbilla.

-Nosotros no tenemos esas proyecciones, así que supusimos... ¿Qué? -dijo Mary.

-Supusimos que era una protección contra la baba. Tenéis la cavidad bucal tan pequeña, que pensamos que la saliva se os salía constantemente. Además, *tenéis* el cerebro más pequeño que nosotros y, bueno, los idiotas babean a menudo...

Mary se echó a reír.

-Santo cielo -dijo-. Pero, dime, hablando de mandíbulas, ¿qué le pasó a la tuya?

-Nada -dijo Ponter-. Es igual que era antes.

-Vi las radiografías que te sacaron en el hospital -dijo Mary-. Tu mandíbula muestra una reconstrucción extensa.

-Oh, *eso* -dijo Ponter, en tono de disculpa-. Me golpearon en la cara hace un par de cientos de meses.

-¿Con qué te golpearon? -preguntó incrédulamente Mary-. ¿Con un ladrillo?

-Con un puño.

Mary se quedó boquiabierta.

-Sabía que los Neanderthales eran fuertes, pero... ¿Un puñetazo lizo eso?

Ponter asintió.

-Tienes suerte de que no te matara -dijo Mary.

-Tuvimos suerte los dos... el golpeado, como podríamos decir, y el golpeador.

-¿Por qué te golpearon?

-Una discusión estúpida -dijo Ponter-. Desde luego, él no debería haberlo hecho, y me pidió muchas disculpas. Decidí no insistir en el asunto. Si lo hubiera hecho, lo habrían juzgado por intento de asesinato.

-¿Podría haberte matado de un solo puñetazo?

-Oh, sí. Yo reaccioné a tiempo y alcé la cabeza: por eso me dio en la mandíbula en vez de en el centro de la cara. Si me hubiera golpeado ahí, podría haberme hundido el cráneo.

-Oh, vaya -dijo Mary.

Estaba furioso, pero yo lo había provocado. Fue tanto culpa mía como suya.

¿Podrías.. podrías *matar* a alguien con las manos desnudas?

preguntó Mary.

-Desde luego. Sobre todo si me acercara por detrás. -Ponter entrelazó los dedos, alzó los brazos, e hizo el gesto de descargar con los puños enlazados-. Podría aplastar un cráneo así desde atrás. Desde delante, si descargara un buen puñetazo o una patada en el centro del pecho de alguien, podría aplastarle el corazón.

-Pero... pero... no te ofendas, pero los simios son muy fuertes también, y rara vez se matan entre sí cuando pelean.

-Eso es porque la lucha dentro de un grupo de simios en busca de dominación se basa en el ritual y el instinto, simplemente se abofetean... es sólo una exhibición de conducta. Pero los chimpancés sí que matan a otros chimpancés, aunque suele ser con los dientes. Cerrar los dedos y formar un puño es algo que sólo hacen los humanos.

-Oh... vaya -Mary advirtió que se estaba repitiendo, pero no se le ocurría nada mejor para resumir sus sentimientos-. Aquí los humanos pelean constantemente. Algunos incluso lo hacen por deporte: el boxeo, la lucha libre.

-Locura -dijo Ponter.

-Bueno, estoy de acuerdo, sí. Pero casi nunca se matan entre sí. Quiero decir: es casi imposible que un humano mate a otro con las manos desnudas. Supongo que no somos lo bastante fuertes.

-En mi mundo dijo Ponter-, golpear es matar. Y por eso *nunca* nos golpeamos. Porque cualquier violencia puede ser fatal, y no podemos permitirlo.

-Pero a ti te golpearon.

Ponter asintió.

-Sucedió hace mucho tiempo, cuando yo era todavía estudiante en la Academia de Ciencias. Estaba discutiendo como sólo puede hacerlo un joven, como si ganar importara. Noté que la persona con laque discutía se estaba enfureciendo, pero continué con mi argumento. Y él reaccionó de... una manera desafortunada. Pero lo perdoné.

Mary miró a Ponter, imaginándolo volviendo la otra larga y angulosa mejilla hacia la persona que lo había golpeado.

Adikor había hecho que su Acompañante llamara un cubo de viaje para que lo llevara a casa, y ahora estaba sentado en la parte trasera, en el patio, solo, estudiando procedimientos legales. Alguien podría en efecto estar monitorizando las transmisiones de su Acompañante, pero todavía podía usarlo para conectar con el conocimiento acumulado de todo el mundo, transfiriendo los resultados a un bloque de datos para verlos más fácilmente.

Su mujer-compañera, Lurt, había accedido de inmediato a hablar en su defensa delante del tribunal. Pero aunque ella y los demás (se le permitiría llamar a testigos esta vez) podrían defender el carácter de Adikor y la estabilidad de su relación con Ponter, parecía improbable que eso fuera suficiente para convencer a la adjudicadora Sard y sus asociados para que no continuaran con el proceso. Y por eso Adikor había empezado a repasar la historia legal, buscando otros casos de acusación de asesinato sin que hubiera llegado a encontrarse un cadáver, con la esperanza de localizar un juicio previo que pudiera ayudarlo.

El primer caso similar que descubrió databa de la generación 17. El acusado era un hombre llamado Dassta, y se decía que había matado a su mujer-compañera tras irrumpir supuestamente en el Centro. Pero el cadáver de ella no se localizó nunca: desapareció sin más un día. El tribunal declaró que, sin un cadáver, no podía decirse que se había cometido asesinato.

Adikor se entusiasmó con ese descubrimiento... hasta que siguió leyendo la ley.

Ponter y Adikor habían escogido sillones normales: sillones frágiles, de hecho. Era un signo del inquebrantable convencimiento de Ponter de que Adikor estaba curado, de que su temperamento nunca volvería a estallar en violencia física. Pero Adikor se sintió ahora tan frustrado que aplastó el reposabrazos de su sillón con un golpe del puño, haciendo volar astillas de madera. Para que los casos previos tuvieran peso legal, leyó en su bloque de datos, tenían que ser de las últimas diez generaciones; la sociedad siempre avanzaba, decía el *Código de Civilización, y* lo que la gente había hecho hacía mucho tiempo no tenía relación con la sensibilidad de hoy en día.

Adikor continuó investigando y acabó por encontrar un caso intrigante de la generación 140, sólo ocho generaciones antes de la actual. Un hombre había sido acusado de matar a otro durante una disputa porque el segundo había construido una casa demasiado cerca de la del primero. Pero, una vez más, no se encontró ningún cadáver. En ese caso, también, el tribunal declaró que la falta de cuerpo era suficiente para descartar la acusación. Eso animó a Adikor, aunque...

La generación 140. Era de la época... veamos, entre 1.100 y 980 meses antes: de ochenta y ocho a setenta y ocho años atrás. Pero los Acompañantes habían sido introducidos hacía poco menos de mil meses: las celebraciones para conmemorarlo se avecinaban.

¿Databa el caso de la generación 140 de antes o de después de la introducción de los Acompañantes? Adikor siguió leyendo.

De antes. *¡Cartílagos!* Bolbay sin duda alegaría que aquello no era pertinente. Claro, diría, los cadáveres e incluso la gente con vida podía desaparecer fácilmente durante los tiempos oscuros, antes de que el gran Lonwis Trob nos liberara a todos, pero un caso en el que no podía haber habido registro de las actividades del acusado no tenía nada que ver con otro en que el acusado había ideado una situación específicamente para *evitar* que se registraran.

Adikor investigó un poco más. Por un momento le pareció que podría ser conveniente que hubiera gente especializada en ocuparse de los asuntos legales de otros: eso, parecía, sería una buena contribución. Habría intercambiado alegremente trabajo con alguien familiarizado con este campo y que pudiera realizar aquella investigación por él. Pero no: seguramente era una mala idea. La mera existencia de gente que trabajara en exclusiva en cosas legales sin duda aumentaría el número de demandas y...

De repente, *Pabo* salió corriendo de la casa, ladrando. Adikor alzó la cabeza y, como siempre esos días, el corazón le dio un vuelco. ¿Podría ser? ¿Podría ser?

Pero no, no lo era. Por supuesto que no. Y sin embargo era alguien a quien Adikor no esperaba ver: la joven Jasmel Ket.

-Día sano -dijo ella, cuando estuvo a diez pasos de distancia.

-Día sano -respondió Adikor, intentando mantener un tono neutral.

Jasmel se sentó en el otro sillón, el que usaba su padre. *Pabo co*nocía bien a Jasmel; la perra había acudido a menudo al Centro cuando Dos se convertían en Uno, y estaba claramente contenta de ver otro rostro familiar. *Pabo* se frotó el hocico en las piernas de Jasmel, y la muchacha rascó la piel castaño rojiza de la cabeza del animal.

-¿Qué le ha pasado a tu sillón? -preguntó Jasmel.

Adikor apartó la mirada.

Nada.

Jasmel prefirió evidentemente no insistir. Después de todo, lo que había sucedido era obvio.

-¿Accedió Lurt a hablar en tu favor? -preguntó.

Adikor asintió.

Bien -dijo Jasmel-. Estoy segura de que hará todo lo que pueda. Guardó silencio un rato, y luego, tras mirar de nuevo la silla rota, añadió:

-Pero...

-Sí dijo Adikor-. Pero...

Jasmel contempló el paisaje. En la distancia deambulaba un mamut, estoico, plácido.

Ahora que este asunto ha sido transferido a un tribunal pleno, el cubo de coartadas de mi padre ha sido trasladado al ala de los muertos. Daklar se pasó toda la tarde revisando partes, mientras se prepara para presentar su caso contra ti. Es su derecho, naturalmente, como acusadora que habla en defensa de una persona muerta. Pero yo insistí en que me dejara ver también el archivo de coartadas de Ponter. Y os he visto a mi padre y a ti juntos, en los días anteriores a su desaparición.

Volvió a mirar a Adikor.

— Bolbay no puede verlo, pero claro, lleva sola mucho tiempo. Aunque... bueno, ya te dije que había un joven que se interesaba por mí. A pesar de lo que dijiste de que todavía no tengo lazos, sé cómo es el amor... y en mi mente no hay ninguna duda de que amabas verdaderamente a mi padre. Después de verte como él te veía, no puedo creer que le hicieras ningún daño.

-Gracias.

-¿Hay... hay algo que yo pueda hacer para ayudarte a presentarte ante el tribunal?

Adikor negó con la cabeza tristemente.

-No estoy seguro de que haya ya nada que pueda salvarnos, ni a mí ni a mis parientes.

32

SEXTO DÍA
MIÉRCOLES, 7 DE AGOSTO
148/103/29

BÚSQUEDA DE NOTICIAS Palabra(s) clave: *Neanderthal*

Playgirl le ha enviado una carta a Ponter Boddit, preguntándole si le gustaría posar desnudo...

«¿Tiene alma?dijo el reverendo Peter Donaldson, de la Iglesia del Redentor de Los Ángeles-. Ésa es la pregunta clave. Y yo digo, no, no la tiene...»

«Creemos que la prisa por conceder a Ponter la ciudadanía canadiense está calculada para permitirle representar a Canadá en los próximos Juegos Olímpicos, y solicitamos al COI que prohíba específicamente que compita cualquiera que no sea *Homo sapiens...»*

Consigue la tuya ahora: camisetas con la cara de Ponter Boddit. Tallas S, M, L, XL, XXL y Neanderthal disponibles.

Los Escépticos Alemanes, con sede en Nuremberg, anunciaron hoy que no había ningún buen motivo para creer que Ponter Boddit procede de un universo paralelo. «Ésa sería la última interpretación que cabría aceptar -dijo el director ejecutivo Karl von Schlegel-, y sólo debería serlo cuando todas las otras alternativas, más sencillas, hayan sido descartadas...»

La policía arrestó hoy a tres hombres que intentaban rebasar el dispositivo especial montado en torno a la casa del doctor

Reuben Montego, en Lively, una ciudad situada catorce kilómetros al sudoeste de Sudbury, donde el hombre de Neanderthal permanece en cuarentena...

Había muchas formas de pasar el tiempo, y parecía que Louise y Reuben habían encontrado una de las más antiguas. Mary no había mirado realmente a Reuben bajo esa luz, pero, ahora que lo hacía, advertía que era bastante guapo. Las cabezas afeitadas no eran lo suyo, pero Reuben tenía rasgos firmes, una sonrisa deslumbrante y ojos inteligentes, y era esbelto y de músculos bien proporcionados.

Y, naturalmente, tenía aquel maravilloso acento... pero eso no era todo. Resultó que hablaba fluidamente francés, lo que significaba que Louise y él podían conversar en ese idioma. Además, a juzgar por su casa, ganaba obviamente sus buenos dineritos, lo que no era sorprendente puesto que era médico.

Un verdadero hallazgo, como diría la hermana de Mary. Naturalmente, Mary tenía bastante mundo para comprender que, una vez terminada la cuarentena, la relación de Reuben y Louise probablemente terminaría también. Con todo, se sentía incómoda: no porque fuera una puritana; le gustaba pensar, a pesar de su educación de niña buena católica, que no lo era. Sino más bien porque tenía miedo de que Ponter se hiciera una idea equivocada sobre la sexualidad en este mundo, que pudiera pensar que ahora se esperaba que él se emparejara con Mary. Y la atención de un hombre era lo último que ella quería en aquel preciso momento.

De cualquier manera, el romance de Louise y Reuben implicaba que Ponter y ella pasaban mucho tiempo juntos y a solas. Pasado un día, resultó que Reuben y Louise se pasaban la mayor parte del tiempo abajo, en el sótano, viendo vídeos de la enorme colección de Reuben, mientras que Mary y Ponter solían estar juntos en la planta baja. Y como Reuben y Louise dormían ahora juntos, se habían quedado con la cama de matrimonio de Ponter. Mary no sabía qué le había dicho Reuben para conseguir el cambio, pero la nueva cama de Ponter era el sofá del despacho de Reuben del piso superior, lo que dejaba todo el salón para Mary.

Algunos domingos Mary iba a misa. No había ido esa semana... aunque podría haberlo hecho, *ya que* el CLCE no había ordenado la cuarentena hasta el domingo por la tarde. Pero ahora lamentaba habérsela perdido.

Por fortuna, había misas televisadas. El canal Vision transmitía una misa católica en directo desde una iglesia de Toronto a diario. Reuben tenía una tele en su despacho, además del aparato que Louise y él utilizaban en el sótano. Mary subió al despacho para ver allí la misa. El cura iba vestido con una opulenta casulla verde. Tenía el pelo blanco y las celas negras, y una cara que le recordó a Mary un Gene Hackman delgado.

-... la gracia y la paz de nuestro Señor Jesucristo, el amor de Dios Pa*dre y* la comunión del Espíritu Santo estén con todos vosotros -anunció el sacerdote, un tal monseñor DeVries, según el rótulo superpuesto en la pantalla.

Mary, sentada en el sofá que esa noche le serviría de cama a Ponter, se persignó.

-Jesús fue enviado para aliviar a los que sufren -anunció DeVries-. Señor, ten piedad.

Mary se unió a la congregación televisiva y repitió:

-Señor, ten piedad.

Vino para llamar a los pecadores -dijo DeVries-. Cristo, ten piedad.

Cristo, ten piedad -repitieron Mary y los demás.

-Reza por todos nosotros a la derecha del Padre. Señor, ten piedad. *-Señor, ten piedad.*

-Que el Señor Todopoderoso tenga misericordia de todos nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna. *-Amén* dijo la congregación.

La lectura, a cargo de una mujer negra con el pelo muy corto que vestía una túnica púrpura, era del Libro del profeta Jeremías. Tras ella, una hermosa vidriera mostraba a Jesús en un halo y a los doce apóstoles, con la Virgen María mirando. Mary no estaba exactamente segura de por qué había sentido la necesidad de escuchar misa. Después de todo, no era ella quien necesitaba perdón por haber pecado...

Ahora sonaba un órgano y un joven cantaba: «Sálvame, Señor, en tu firme amor...»

Mary no había hecho nada malo. Ella era la víctima.

La eucaristía continuó. El sacerdote leyó a Lucas:

-Di que estos dos hijos míos se sentarán a tu derecha y a tu izquierda en tu reino...

Naturalmente, Mary conocía la historia que el sacerdote estaba leyendo: la de la mujer que encontró a Cristo en el camino de Jerusalén. Conocía el contexto. Pero las palabras resonaron en su cabeza: *dos hijos, uno a tu derecha y el otro a tu izquierda...*

¿Podría haber sido así? ¿Podrían dos especies de humanidad haber convivido pacíficamente? Caín era agricultor, cultivaba trigo. Abel era carnívoro y criaba ovejas para el sacrificio. Pero Caín había matado a Abel...

El sacerdote vertía ahora el vino.

-Bendito seas, señor Dios todopoderoso y eterno. Te ofrecemos este vino, fruto de la tierra y del trabajo del hombre, que será bebido por nosotros...

-Oremos, hermanos...

-Dios todopoderoso y eterno que a través de tu hijo Jesucristo...

-Te pedimos que santifiques estos dones en la comunión de tu espíritu...

-Tomad y comed todos de él, porque éste es mi cuerpo, que será entregado por vosotros...

-Tomad y bebed todos de él, porque éste es el cáliz de mi sangre, sangre de la alianza nueva y eterna que será derramada por vosotros para el perdón de vuestros pecados...

Mary deseó poder estar con la congregación, comulgando. Cuando la ceremonia terminó, se persignó de nuevo y se levantó.

Y fue entonces cuando vio a Ponter Boddit, de pie en silencio junto a la puerta, observando, con la boca barbuda y sin barbilla abierta.33

-¿Qué era eso? -preguntó Ponter.

-¿Cuánto tiempo llevas aquí? -exigió saber Mary.

Un rato.

-¿Por qué no has dicho nada?

-No deseaba molestarte dijo Ponter-. Parecías... *concentrada* en lo que pasaba en la pantalla.

Bueno, pensó Mary, en cierto modo, ella le había usurpado la habitación: el sofá donde dormía era el que ella ocupaba ahora. Ponter entró por fin en el despachito de Reuben y se acercó al sofá, presumiblemente para sentarse a su lado. Mary se desplazó hasta un extremo, apoyándose contra uno de los reposabrazos tapizados.

¿Qué era eso? -repitió Ponter.

Mary se encogió levemente de hombros.

-Una ceremonia eclesiástica.

La Acompañante de Ponter pitó.

-Iglesia -dijo Mary-. Un lugar de oración.

Otro pitido.

Religión. Adorar a Dios.

Hak intervino en este punto, empleando su voz femenina.

-Lo siento, Mare. No conozco el significado de ninguna de esas palabras.

-Dios -repitió Mary-. El ser que creó el universo.

Hubo un momento durante el cual la expresión de Ponter permaneció neutral. Pero entonces, al parecer tras oír la traducción de Hak, sus ojos dorados se abrieron de par en par. Habló en su idioma, y Hak tradujo, usando la voz masculina:

-El universo no tuvo ningún creador. Ha existido siempre. Mary frunció el ceño. Sospechaba que a Louise (si salía alguna vez del sótano) le encantaría explicarle a Ponter la cosmología del Big Bang. Por su parte, Mary simplemente dijo:

-Esa no es nuestra creencia.

Ponter sacudió la cabeza, pero evidentemente estaba dispuesto a no insistir.

-Ese hombre -dijo, indicando el televisor- habló de «vida eterna». ¿Tiene tu especie el secreto de la inmortalidad? Nosotros tenemos especialistas en prolongación de la vida, y llevan mucho tiempo buscando eso, pero...

-No -contestó Mary-. No, no. Está hablando del cielo. -Alzó una mano con la palma hacia afuera, y consiguió evitar el pitido de Hak-. El cielo es el lugar donde supuestamente continuamos existiendo después de la muerte.

-Eso es un oxímoron.

Mary se maravilló de la eficacia de Hak. Ponter había dicho una docena de palabras en su idioma, presumiblemente algo parecido a «eso es una contradicción de términos», pero la Acompañante había advertido que había una forma más sucinta de expresarlo en inglés, aunque no fuera en la lengua del Neanderthal.

-Bueno -respondió Mary-, no todo el mundo en la Tierra... En esta Tierra, quiero decir, cree en la otra vida.

-¿Lo cree la mayoría?

-Bueno... sí, supongo que sí.

-¿Y tú?

Mary frunció el ceño, pensando.

-Sí, supongo que sí.

-¿Basándote en qué evidencia? -preguntó Ponter. El tono de sus palabras en Neanderthal era neutral: no estaba intentando ser despectivo.

-Bueno, dicen que...

Mary se calló. ¿Por qué lo creía? Era científica, una pensadora lógica, racionalista. Pero, naturalmente, su adoctrinamiento religioso había tenido lugar mucho antes de su formación en biología. Finalmente, se encogió de hombros, consciente de que su respuesta no sería convincente.

-Lo dice la Biblia.

Hak pitó.

-La Biblia -repitió Mary-. Las escrituras.

Bliip.

-El libro sagrado.

Bliip.

-Un libro santo de enseñanzas morales. La primera parte es compartida por mi gente, llamados cristianos, y por otra religión importante, los judíos. La segunda parte sólo la siguen los cristianos.

-¿Por qué? -preguntó Ponter-. ¿Qué ocurre en la segunda parte?

-Cuenta la historia de Jesús, el hijo de Dios.

-Ah, sí. Ese hombre habló de él. ¿Así que este... este creador del universo tuvo de algún modo un hijo humano? ¿Era Dios humano, entonces?

-No. No, es incorpóreo: sin cuerpo.

-Entonces, ¿cómo pudo...?

-La madre de Jesús era humana, la Virgen María. -Hizo una pausa-. En cierto modo, me pusieron mi nombre por ella. Ponter sacudió levemente la cabeza.

-Lo siento: Hak ha estado haciendo un trabajo admirable, pero está claro que aquí está fallando. Mi Acompañante intepretó algo que dijiste como referido a alguien que nunca ha tenido una relación sexual.

-Virgen, sí -dijo Mary.

-¿Pero cómo puede una virgen ser también madre? -preguntó Ponter-. Eso es otro...

Y Mary lo oyó pronunciar la misma sarta de palabras que Hak había traducido antes como «oxímoron».

Jesús fue concebido sin relación previa. Dios más o menos lo plantó en su vientre.

-Y esa otra facción... ¿judíos, dijiste? ¿Rechaza esta historia?

-Sí.

-Parecen... menos crédulos, digamos. -Miró a Mary-. ¿Tú crees eso? ¿Esa historia de Jesús?

-Yo *soy* cristiana -respondió Mary, confirmándolo tanto para ella como para Ponter-. Una seguidora de Jesús.

-Ya veodijo Ponter-. ¿Y también crees en esa existencia después de la muerte?

-Bueno, nosotros creemos que la verdadera esencia de la persona es el alma...

Bliip.

-Una versión incorpórea de la persona, y que el alma viaja a uno de dos destinos después de la muerte, donde la esencia seguirá viviendo. Si la persona ha sido buena, el alma va al cielo... un paraíso, en presencia de Dios. Si la persona ha sido mala, el alma va al infierno...

Bliip.

-Y es torturada...

Bliip

-Atormentada para siempre.

Ponter guardó silencio un buen rato, y Mary trató de leer sus anchos rasgos.

-Nosotros... -dijo Ponter por fin-. Mi gente... no creemos en otra vida.

-¿Qué creéis que pasa después de la muerte? -preguntó Mary.

-Para la persona que ha muerto, absolutamente nada. Deja de ser, total y completamente. Todo lo que fue desaparece para siempre jamás. -Eso es muy triste.

-¿Lo es? -preguntó Ponter-. ¿Por qué?

-Porque tenéis que continuar viviendo sin ellos.

-¿Vosotros tenéis contacto con aquellos que habitan en esa otra vida?

-Bueno, no. Yo no. Algunas personas dicen que sí, pero nunca se ha demostrado.

-Que me zurzan -dijo Ponter; Mary se preguntó dónde habría aprendido Hak esa expresión-. Pero si no tenéis acceso a esa otra vida, a ese reino de los muertos, entonces, ¿por qué le dais crédito?

-Nunca he visto ese mundo paralelo de donde vienes -dijo Mary-, y sin embargo creo en él. Y tú ya no puedes verlo... pero sigues creyendo también en él.

Una vez más, Hak sacó la máxima nota.

-Touché -dijo, resumiendo perfectamente una docena de palabras pronunciadas por Ponter.

Pero las revelaciones de Ponter habían intrigado a Mary.

-Nosotros sostenemos que la moralidad proviene de la religión, de la creencia en un bien absoluto y de, bueno, el miedo, supongo, a la condena... a ser enviado al infierno.

-En otras palabras -dijo Ponter-, los humanos de vuestra especie os comportáis bien sólo porque se os amenaza si no lo hacéis. Mary ladeó la cabeza, conviniendo.

-Es la prueba de Pascal -dijo-. Verás, si crees en Dios y él no existe, entonces has perdido muy poco. Pero si no crees, y existe, entonces te arriesgas al tormento eterno. Vistas así las cosas, es prudente ser creyente.

-Ah -dijo Ponter; la interjección era la misma en su lenguaje que en el de Mary, así que no hizo falta ninguna traducción por parte de Hak.

-Pero mira -continuó Mary-, aún no has contestado a mi pregunta sobre la moralidad. Sin un Dios... sin la creencia de que seréis recompensados o castigados tras el final de vuestra vida... ¿qué impulsa la moralidad entre vuestra gente? Me he pasado bastante tiempo contigo ya, Ponter, y sé que eres una buena persona. ¿De dónde procede esa bondad?

-Me comporto como lo hago porque es lo adecuado.

-¿Según qué parámetros?

-Según los parámetros de mi gente.

-¿Pero de *dónde* proceden esos parámetros?

-De...

Y aquí Ponter abrió mucho los ojos, grandes orbes bajo una ondulada barrera de hueso, como si hubiera tenido una epifanía... en el sentido laico de la palabra, naturalmente.

-¡De nuestra convicción de que no hay vida ninguna después de la muerte! -dijo, triunfante-. Por eso vuestra creencia me preocupa, ahora lo veo. Nuestra valoración es directa y congruente con todos los hechos observados: la vida de una persona termina por completo con la muerte; no hay ninguna posibilidad de reconciliarse con los muertos, de enmendar nada cuando se han ido, y no hay ninguna posibilidad de que, porque hayan llevado una vida moral, estén ahora en el paraíso, olvidados los problemas de esta existencia. -Hizo una pausa, y sus ojos se movieron a derecha e izquierda escrutando el rostro de Mary, buscando al parecer signos de que ella comprendía a dónde quería llegar-. ¿No lo ves? -continuó Ponter-. Si yo le hago daño a alguien... si le digo algo feo o, no sé, quizá le quito algo que le pertenece... según vuestra visión del mundo puedo consolarme con el convencimiento de que, después de muerta, todavía se puede contactar con esa persona: pueden repararse las cosas. Pero según mi visión del mundo, cuando una persona ha muerto... cosa que podría sucedernos en cualquier momento, por accidente o por un ataque al corazón o por cualquier otra causa... entonces tú, que hiciste el mal, debes vivir sabiendo que toda la existencia de esa persona terminó sin que jamás hicieras las paces con ella...

Mary reflexionó sobre esto. Sí, a la mayoría de los esclavistas no les había importado el asunto, pero sin duda algunas personas con conciencia, atrapadas en una sociedad basada en la compra y la venta de seres humanos, debieron de sentir algún remordimiento... pero ¿se habían consolado acaso con la idea de que la gente a la que estaban maltratando sería recompensada por su sufrimiento después de la muerte?

Sí, los líderes nazis eran la esencia del mal, pero ¿cuántos de los miembros de la tropa, al seguir las órdenes para exterminar a los judíos, habían conseguido dormir de noche gracias a la creencia de que los recién fallecidos estaban ahora en el paraíso?

Y no tenía que tratarse de algo de tanta envergadura. Dios era el gran compensador: si te perjudicaban en vida, se te compensaba en la muerte: el principio fundamental que había permitido a los padres enviar a sus hijos a morir en incontables guerras, una tras otra. De hecho, no importaba si le arruinabas la vida a otra persona, porque esa persona bien podía ir al cielo. Oh, tú mismo podías condenarte al infierno, pero nada de lo que le hicieras a nadie era realmente dañino a la larga. Esta existencia era un mero prólogo: la vida eterna estaba todavía por venir.

Y, en efecto, en esa existencia infinita, Dios compensaría todo lo que le hubieran hecho... *a ella.*

Y aquel hijo de puta, aquel hijo de puta que la había atacado, ardería en el infierno.

No, no importaba si no denunciaba nunca el delito: no había forma de que pudiera escapar a su juicio final.

Pero... pero...

Librodot

-Pero ¿qué hay de tu mundo? ¿Qué les ocurre allí a los delincuentes?

Bliip.

-La gente que vulnera las leyes -dijo Mary-. La gente que intencionadamente hace daño a los demás.

-Ah -dijo Ponter-. Tenemos pocos problemas con eso ya, tras haber limpiado la mayoría de los genes malos de nuestro poso genético hace generaciones.

-¿Qué? -exclamó Mary.

-Los delitos serios se castigaron con la esterilización no sólo del perpetrador, sino también de cualquiera que compartiese el cincuenta por ciento de su material genético: hermanos y hermanas, padres, hijos. El efecto fue doble. Primero, erradicó esos genes malos de nuestra sociedad y...

-e Cómo descubre la genética una sociedad sin agricultura? Quiero decir: nosotros lo hicimos a través del cultivo de plantas y la cría de ganado.

-Puede que nosotros no hayamos criado animales o plantas para alimentarnos, pero sí que domesticamos lobos para que nos ayudaran a cazar. Yo tengo una perra llamada *Pabo* a la que quiero mucho.

Los lobos se adaptaban muy bien a la cría controlada: los resultados fueron obvios.

Mary asintió: eso parecía bastante razonable.

-¿Dijiste que la esterilización tuvo un doble efecto sobre vuestra sociedad?

-Oh, sí. Además de eliminar directamente los genes defectuosos, las familias tenían un fuerte incentivo para que ninguno de sus miembros se comportara de un modo demasiado antisocial.

-Supongo que era de esperar.

-Así es -dijo Ponter-. Como genetista, sin duda sabes que la *única* inmortalidad que realmente existe es genética. La vida es impulsada por genes que quieren asegurarse su propia reproducción, o proteger copias existentes de sí mismos. Así que nuestra justicia apuntó a los genes, no a las personas. Nuestra sociedad está ahora prácticamente libre de delitos porque nuestro sistema judicial apuntó directamente a lo que realmente impulsa toda vida: no al individuo, ni a las circunstancias, sino a los *genes.* Lo hicimos así, de modo que la mejor estrategia de supervivencia para los genes es obedecer la ley.

-Richard Dawkins lo aprobaría, supongo -dijo Mary-. Pero estabas hablando de esa... práctica de esterilización en pasado. ¿Ha terminado?

-No, pero ahora hay poca necesidad de aplicarla.

-¿Tanto éxito tuvo? ¿Ya nadie comete delitos graves?

-Casi nadie lo hace por desórdenes genéticos. Hay, naturalmente, desórdenes bioquímicos que causan una conducta antisocial, pero ésos se pueden tratar con fármacos. La esterilización sólo se emplea ya raramente.

-Una sociedad sin delitos -dijo Mary, meneando lentamente la cabeza, asombrada-. Eso debe de ser... -Hizo una pausa, preguntándose cuánto quería bajar la guardia. Entonces añadió-: Eso debe de ser *fabuloso.* -Frunció el entrecejo-. Pero sin duda un montón de delitos quedarán sin resolver. Quiero decir, si no sabéis quién lo cometió, entonces puede quedar sin castigo... o si tenía un desorden bioquímico, no ser tratado.

Ponter parpadeó.

-¿Delitos sin resolver?

-Sí, ya sabes: delitos que la policía *-bliip-, o* lo que sea que tengáis para hacer cumplir la ley, no pueda averiguar quién los cometió. -No existen esos delitos.

Mary se enderezó. Como la mayoría de los canadienses, estaba en contra de la pena capital... precisamente porque era posible ejecutar a la persona equivocada. Todos los canadienses vivían con la vergüenza del injusto encarcelamiento de Guy Paul Morin, que había pasado diez años pudriéndose en la cárcel por un asesinato que no cometió; de Donald Marshall Jr., que estuvo encarcelado once años por un crimen que tampoco cometió; de David Milgaard, que pasó veintitrés años encarcelado por una violación con asesinato de la que era

Librodot

inocente. La castración era el menor de los castigos a los que Mary le hubiera gustado ver sometido a su propio violador... pero si, en su búsqueda de venganza, se le aplicaba a la persona equivocada, ¿cómo podría vivir consigo misma? ¿Y qué había del caso de Marshall? No, no eran *todos* los canadienses los que vivían con esa vergüenza; eran los canadienses *blan*cos. Marshall era un indio mi'kmaq cuyas protestas de inocencia ante un tribunal blanco, al parecer, no fueron creídas simplemente porque *era* indio.

De todas formas, tal vez estaba pensando ahora más como una atea que como una creyente. Una creyente debería sostener que Milgaard, Morin y Marshall acabarían por recibir su justa recompensa celestial que compensaría lo que hubieran soportado aquí en la Tierra. Después de todo, el propio hijo de Dios había sido ejecutado injustamente, incluso según los parámetros de Roma: Poncio Pilatos no creía que Cristo fuera culpable del crimen del que se le acusaba.

Pero el mundo de Ponter empezaba a parecer peor aún que el juicio de Pilatos: brutales esterilizaciones forzosas con el absoluto convencimiento de que siempre encontrabas el verdadero culpable. Mary reprimió un escalofrío.

-¿Cómo podéis estar seguros de haber castigado a la persona adecuada? Más concretamente, ¿cómo podéis estar seguros de que *no ha*béis castigado a la persona equivocada?

-Por los archivos de coartadas -dijo Ponter, como si eso fuera lo más natural del mundo.

-¿El *qué?*

Ponter, todavía sentado a su lado en el sofá del despacho de Reuben, alzó el brazo izquierdo y lo giró para mostrar el interior de su muñeca. Los extraños dígitos de la Acompañante parpadearon.

-Los archivos de coartadas -repitió-. Hak transmite constantemente información sobre mi localización, además de imágenes tridimensionales de lo que estoy haciendo exactamente. Naturalmente, ha estado fuera de contacto con el receptor desde que llegué aquí.

Esta vez Mary no contuvo el escalofrío.

-¿Quieres decir que vives en una sociedad totalitaria? ¿Que estás constantemente sometido a vigilancia?

-¿Vigilancia? -dijo Ponter, alzando las cejas-. No, no, no. Nadie está vigilando los datos transmitidos.

Mary parpadeó, confusa.

-Entonces, ¿qué se hace con eso?

-Se registra en mi archivo de coartadas.

-¿Y qué es eso, exactamente?

-Un archivo de memoria informatizado; un bloque de material en cuyas capas cristalinas grabamos registros inalterables.

-Pero si nadie lo controla, ¿para qué sirve?

-¿Estoy usando mal la palabra «coartada»? -dijo Hak, con la voz femenina que utilizaba para hablar por su cuenta-. Tenía entendido que una coartada era la prueba de que una persona estaba en otro lugar cuando se cometía un acto.

-Um, sí -dijo Mary-. Eso es una coartada.

-Bien, pues -continuó Hak-. El archivo de Ponter le proporciona una coartada irrefutable para cualquier crimen del que pudiera ser acusado.

Mary sintió que el estómago se le encogía.

-Dios mío... ¿Ponter recurre a ti para que tú demuestres su inocencia?

Ponter parpadeó, y Hak tradujo sus palabras con la voz masculina.

-¿A quién más debería recurrir?

-Quiero decir que aquí, en la Tierra, una persona es inocente hasta que se demuestre lo contrario.

Mientras decía esas palabras, Mary se dio cuenta de que había muchos lugares donde eso no era cierto, pero decidió no enmendar su comentario.

-¿Y yo tengo que entender que no tenéis nada comparable a nuestros archivos de coartadas? -preguntó Ponter.

-Eso es. Oh, hay cámaras de seguridad en algunos sitios. Pero no están en todas partes, y casi nadie tiene una en casa.

-Entonces, ¿cómo os aseguráis de si alguien es culpable? Si no hay ningún registro de lo que sucedió en realidad, ¿cómo podéis estar seguros de que vais a ocuparos de la persona adecuada?

-A eso me refería al mencionar los crímenes sin resolver -dijo Mary-. Si no estamos seguros... y a menudo no tenemos ni idea, entonces la persona se libra.

-Eso no parece un sistema mejor -dijo Ponter lentamente.

-Pero nuestra *intimidad* está protegida. Nadie nos está mirando continuamente por encima del hombro.

-Ni en mi mundo tampoco... al menos, si no eres un... No conozco la palabra. Alguien que lo muestra todo a los otros para que lo vean.

-¿Un exhibicionista? -dijo Mary, alzando sorprendida las cejas.

-Sí. Su contribución es permitir que los demás vean las transmisiones de sus Acompañantes. Tienen implantes ampliados que perciben con mayor resolución *y* a mayor distancia, *y* van a diversos lugares interesantes para que los demás puedan ver lo que está sucediendo en ellos.

-Pero sin duda, en teoría, alguien podría comprometer la seguridad de las transmisiones de cualquiera, no sólo las de un exhibicionista. -¿Por qué querría nadie hacer eso?

-Bueno... um, no sé. ¿Porque puede?

-Yo puedo beber orina -dijo Ponter-, pero nunca he sentido la necesidad de hacerlo.

-Nosotros tenemos personas que consideran un desafío comprometer las medidas de seguridad... sobre todo las relacionadas con los ordenadores.

-Eso difícilmente parece una contribución a la sociedad.

-Tal vez no -dijo Mary-. Pero, mira, ¿y si la persona que es acusada no quiere abrir su... cómo lo llamaste? ¿Su archivo de coartadas?

-¿Por qué no iba a querer?

-Bueno, no lo sé. ¿Por una cuestión de principios?

Ponter parecía perplejo.

-O -dijo Mary- porque lo que estaban haciendo de verdad en el momento del crimen era embarazoso.

Bliip.

-Embarazoso. Ya sabes, algo de lo que sentirse avergonzado. *Bliip.*

-Quizás un ejemplo me ayudará a entender lo que quieres decir -dijo Ponter.

Mary arrugó los labios, pensando.

-Bueno, um, vale, digamos que yo... digamos que estaba, ya sabes, practicando, um, el sexo con el compañero de otra persona. El hecho de que lo estuviera haciendo podría ser mi coartada, pero no querría que la gente lo supiera.

-¿Por qué no?

-Bueno, porque creemos que el adulterio *-bliip-* está mal.

-¿Mal? -dijo Ponter, después de que Hak dedujera al parecer el significado de la palabra sin traducir-. ¿Cómo puede ser, a menos que se presente una demanda de falsa paternidad? ¿A quién hace daño eso?

-Bueno, no sé. Quiero decir que nosotros, ah, consideramos que el adulterio es un pecado.

Bliip.

Mary se esperaba aquel pitido, al menos. Si no tenías ninguna religión, ninguna lista de cosas que, aunque no hicieran realmente daño a otra persona siguieran siendo conductas indeseables (uso de drogas, masturbación, adulterio, ver vídeos porno), entonces tal vez no

fueras tan fanático en lo concerniente a tu intimidad. La gente insistía en ella porque, al menos en parte, había cosas que hacía y que no deseaba que los demás supieran. Pero en una sociedad permisiva, una sociedad abierta, una sociedad cuyos únicos delitos eran los que tenían víctimas específicas, tal vez no fuese tan gran cosa. Y, por supuesto, Ponter no había demostrado ningún pudor por la desnudez (una idea religiosa, nuevamente) y ningún deseo de aislarse en el cuarto de baño.

Mary sacudió la cabeza. Todas las veces que se había sentido cohibida y avergonzada en su vida, todas las veces en que se había alegrado de que nadie pudiera ver lo que estaba haciendo... ¿eran cosas incómodas simplemente porque se trataba de normas impuestas por la Iglesia? La vergüenza que sintió por dejar a Colm; la vergüenza que le impedía divorciarse; la vergüenza que sentía a la hora de afrontar sus propios impulsos ahora que no tenía ningún hombre en su vida; la vergüenza que sentía a causa del pecado... Ponter no soportaba nada de eso, parecía; mientras no le hiciera daño a nadie, nunca se sentía incómodo de hacer las cosas que le daban placer.

-Supongo que vuestro sistema podría funcionar -dijo Mary, dubitativa.

-Funciona -replicó Ponter-. Y recuerda que para los delitos serios, los que implican ataques a otra persona, suele haber al menos *dos* registros de coartadas disponibles: el de la víctima *y* el del perpetrador. La víctima normalmente presenta su archivo como prueba, y la mayor parte del tiempo muestra claramente al perpetrador.

Mary se sentía a la vez fascinada y repelida. Sin embargo...

Aquella noche en York...

Si se hubieran grabado imágenes, ¿podría habérselas mostrado a nadie?

Sí, se dijo con firmeza. Sí. Ella no había hecho nada malo, nada de lo que avergonzarse. Ella era la víctima inocente. Todos los folletos que

Keisha le había dado en el centro de crisis por violación lo decían, y ella de verdad intentaba creerlo.

Pero... pero aun en el caso de que hubiese un registro de lo que ella había visto, ¿podría haber sido utilizado para capturar al monstruo? Llevaba pasamontañas: no le había visto en ningún momento la cara, aunque un millar de rostros distintos habían acosado sus sueños desde entonces. ¿A quién habría acusado? ¿De quién habría sido el archivo de coartadas que hubiesen ordenado abrir los tribunales? Mary no tenía ni idea de por dónde empezar, ni de quién sospechar.

Sintió el estómago revuelto. Tal vez ése era el verdadero problema, la situación que el pueblo de Ponter había evitado: tener demasiados sospechosos, demasiada población, demasiado anonimato, demasiada saña y agresividad en los... *hombres,* pensó. Hombres. Todos los académicos de su generación procuraban utilizar un lenguaje neutro en lo concerniente a los géneros. Pero los crímenes de naturaleza violenta eran de manera abrumadora obra de varones.

Y, sin embargo, ella se había pasado la vida rodeada de hombres buenos y decentes. Su padre; sus dos hermanos; tantos colegas que le habían ofrecido su apoyo; el padre Caldicott, y el padre Belfontaine antes que él; muchos buenos amigos; un puñado de amantes.

¿Qué proporción de hombres constituía realmente el problema? ¿Cuántos eran violentos, coléricos, incapaces de controlar sus emociones, incapaces de refrenar sus impulsos? ¿Era un grupo tan grande que no podría haber sido «limpiado» (era la palabra que había empleado Ponter, una palabra positiva, una palabra esperanzada) del poso genético hacía generaciones?

No importaba lo grande o pequeña que fuera la población de varones violentos, pensó Mary, había demasiados. Una sola bestia ya sería demasiado y...

Y allí estaba ella, pensando como el pueblo de Ponter. En efecto, al poso genético le vendría bien una buena limpieza, una purga terapéutica.

Sí, sin duda.

Librodot

34

Adikor Huid yacía en su cama, mullida, en el suelo, contemplando el reloj montado en el techo. El sol llevaba fuera varios diadécimos ya, pero no encontraba ningún motivo para levantarse.

¿Qué había pasado ese día, allá en el laboratorio de cálculo cuántico? ¿Qué había salido mal?

Ponter no se había evaporado; no lo habían consumido las llamas; no había explotado. Todas aquellas cosas habrían dejado huellas abundantes.

No, sin duda, Ponter había sido *transferido* a otro universo... pero...

Pero eso le sonaba ridículo incluso a él: comprendía lo escandaloso que debía de haberle parecido a la adjudicadora Sard. Y sin embargo, ¿qué otra explicación había?

Ponter había desaparecido.

Y una inmensa cantidad de agua pesada había aparecido en su lugar.

Presumiblemente, pensó Adikor, había sido un intercambio equilibrado: *masas* idénticas pero *volúmenes* radicalmente diferentes. Después de todo, no había sido sólo Ponter lo que había desaparecido; Adikor había oído el aire saliendo de la cámara de cálculo cuántico, como si también hubiera sido absorbido a otro lugar. Pero incluso una habitación llena de aire tenía poca masa, mientras que el agua en estado líquido (incluso el agua *pesada* líquida) se encontraba en el estado de más densidad de esa sustancia, más incluso que el sólido cuando estaba congelada.

Así pues, un gran volumen de aire y un hombre habían desaparecido de ese universo, y una masa idéntica, pero de volumen mucho más pequeño, de agua pesada había venido a reemplazarlos desde... *desde*

el otro lado. Ése era el planteamiento que no abandonaba la mente de Adikor.

Pero...

Pero entonces eso significaba que había agua pesada en el mismo emplazamiento en el otro universo. Y el agua pesada pura no se producía de modo natural.

Lo cual significaba que... el *portal,* otra palabra que se le ocurrió de pronto, tenía que haberse abierto en un tanque de almacenamiento de agua pesada. Y si el agua pesada había sido transferida desde allí hasta aquí, entonces Ponter había sido transferido de aquí hasta allí, lo que quería decir...

Lo que quería decir que probablemente se habría ahogado.

Las lágrimas llenaron las profundas cuencas de los ojos de Adikor, como agua de lluvia acumulándose en pozos.

Ponter se agitó en el sofá y miró de nuevo a Mary.

-Los archivos de coartadas no sólo resuelven delitos -dijo-. Tienen muchos otros usos. Por ejemplo, vi *ayer* en la televisión que dos excursionistas se habían perdido en el parque Algonquino.

Mary asintió.

-Perderse así es imposible en mi mundo. Tu Acompañante triangula las señales de varios transmisores colocados en la cima de las montañas para detectar tu posición, y si estás herido o atrapado por un alud o algo parecido, es fácil que los equipos de rescate conecten con tu Acompañante. Alzó una mano, copiando lo que Mary había hecho antes, cortando la esperada objeción-. Naturalmente, sólo un adjudicador puede ordenar que te localicen de esa forma, y sólo cuando lo solicitas enviando una señal de emergencia, o cuando lo pide un miembro de la familia.

Por la mente de Mary cruzaron los titulares que había visto con demasiada frecuencia: «La policía abandona la búsqueda»; «Suspendido el rastreo de la muchacha desaparecida»; «Víctimas de alud presumiblemente muertas».

-Supongo que disponer de una señal de emergencia como ésa sería muy útil -dijo.

-Lo es -replicó Ponter con firmeza-. Y el Acompañante puede enviar la señal automáticamente, si tú eres incapaz de hacerlo. Monitoriza los signos vitales, y si sufres un ataque al corazón (o estás a punto de tener uno) puede pedir ayuda.

Mary sintió un retortijón. Su propio padre había muerto de un ataque cardíaco, solo, cuando ella tenía dieciocho años. Encontró su cuerpo al llegar a casa del colegio.

Ponter evidentemente confundió la tristeza del rostro de Mary con duda continuada.

-Y sólo un mes antes de que viniera aquí, extravié un escudo para la lluvia queme gustaba mucho: era un regalo de Jasmel. Habría sido..., ¿devastador?, silo hubiera perdido para siempre. Pero simplemente visité el pabellón de archivos donde se guardan mis grabaciones y revisé los acontecimientos del día anterior. Vi exactamente dónde había perdido el escudo y pude recuperarlo.

Mary desde luego se había pasado horas y horas buscando libros extraviados y trabajos de estudiantes y tarjetas de visita y llaves de la casa y cupones a punto de expirar. Tal vez valorabas más esas cosas si estabas seguro de que tu existencia era finita: tal vez ese conocimiento te impulsaba a hacer algo que evitara esas pérdidas de tiempo.

-Una caja negra personal -dijo Mary, en realidad para sí, pero Ponter respondió.

-Lo cierto es que el material de registro es rosa. Usamos granito reprocesado.

Mary sonrió.

-No, no. Una caja negra es como llamamos al registro de vuelo: un aparato a bordo de un avión que registra la conversación telemétrica y de la cabina, por si hay un accidente. Pero la idea de tener mi propia caja negra no se me había ocurrido nunca. -Hizo una pausa-. ¿Cómo se toman entonces las imágenes? -Miró la muñeca de Ponter-. ¿Tu Acompañante lleva una lente?

-Sí, pero sólo se usa para captar cosas fuera del espacio de grabación normal del Acompañante. El Acompañante utiliza campos sensores para registrar todo lo que rodea a la persona, y a la persona misma también. -Ponter emitió el sonido grave que era su risa-. Después de todo, no serviría de mucho si sólo grabáramos lo que es visible desde la lente del Acompañante: montones de imágenes de mi muslo izquierdo o el interior de mi faltriquera. De esta forma, cuando se reproduce mi archivo, puedo verme a mí mismo desde cierta distancia.

-Sorprendente -dijo Mary-. Nosotros no tenemos nada parecido.

-Pero he visto productos de vuestra ciencia, de vuestra industria. Sin duda, si os hubiérais propuesto como prioridad desarrollar esa tecnología...

Mary frunció el ceño.

-Bueno, supongo. Quiero decir: pasamos de poner el primer objeto en el espacio a llevar al primer hombre a la Luna en menos de doce años y...

-Vuelve a decir eso.

-He dicho que quisimos con tantas ganas poner a alguien en la Luna...

-La Luna -repitió Ponter-. ¿Quieres decir la Luna de la *Tierra?* Mary parpadeó.

-Ajá.

-Pero... pero... eso es fantástico -dijo Ponter-. Nosotros nunca hemos hecho nada igual.

-¿No habéis estado en la Luna? ¿Ningún Neanderthal ha llegado a la Luna?

Ponter tenía los ojos muy abiertos.

-No.

-¿Y a Marte o los otros planetas?

No.

-¿Tenéis satélites?

-No, sólo uno, igual que aquí.

-No, me refiero a satélites *artificiales.* Mecanismos sin tripulación que se ponen en órbita, ya sabes, para ayudar a predecir el tiempo, para las comunicaciones y esas cosas.

-No. No tenemos nada de eso.

Mary reflexionó durante un momento. Sin el legado de las V2, sin las bombas volantes de la Segunda Guerra Mundial, ¿habrían podido los humanos poner algo en órbita?

-Nosotros hemos lanzado... bueno, no sé, muchos cientos de cosas al espacio.

Ponter alzó la cabeza, como si intentara visualizar el rostro de la Luna a través del techo de la casa de Reuben.

-¿Cuántas personas viven ahora en la Luna?

-Ninguna -respondió Mary, sorprendida.

-¿No tenéis un asentamiento permanente allí?

-No.

-Entonces la gente va simplemente a ver la Luna y luego vuelve a la Tierra. ¿Cuántos van cada mes? ¿Es una cosa popular?

-Umm, no va nadie. Nadie ha ido desde... bueno, supongo que desde hace más de treinta años. Sólo hemos enviado a doce personas a la superficie de la Luna. Seis grupos de dos.

-¿Por qué lo dejasteis?

-Bueno, es complicado. El dinero fue sin duda un factor.

-Me lo imagino.

-Y, bueno, estaba la situación política. Verás, nosotros... -Hizo una breve pausa-. Vaya, es difícil de explicar. Lo llamamos la *Guerra Fría.* No hubo ninguna lucha, pero Estados Unidos y otra nación grande, la Unión Soviética, estaban enzarzados en un severo conflicto ideológico.

-¿Sobre qué?

-Umm, sobre sistemas económicos, supongo.

-No parece una lucha que merezca la pena -dijo Ponter.

-Parecía muy importante en su época. Pero, de todas formas, el presidente de Estados Unidos fijó el objetivo en... ¿cuándo fue?, en 1961, supongo, de poner a un hombre en la Luna al final de esa década. Verás, los rusos (la gente de la Unión Soviética) habían puesto en el espacio el primer satélite artificial, y luego al primer hombre, y Estados Unidos iba por detrás, así que, bueno, se dispusieron a derrotarlos.

-¿Y lo hicieron?

-Oh, sí. Los rusos nunca consiguieron poner a nadie en la Luna. Pero, bueno, una vez que derrotamos a los rusos, la gente perdió el interés.

-Eso es ridículo... -empezó a decir Ponter, pero entonces se detuvo-. No, debo pedir disculpas. Ir a la Luna es una hazaña magnífica y, lo hicierais una vez o un millar de veces, sigue siendo digno de alabanza. -Hizo una pausa-. Supongo que es simplemente una cuestión de prioridades.

35

Mary y Ponter bajaron a buscar algo de comer. Justo cuando llegaron a la cocina, Reuben Montego y Louise Benoit salieron por fin del sótano. Reuben le sonrió a Ponter.

-¿Más barbacoa?

Ponter le devolvió la sonrisa.

-Gracias. Pero debes dejarme ayudar.

-Te enseñaré cómo -dijo Louise. Le dio una palmada a Ponter en el antebrazo-. Vamos, grandullón.

De repente, Mary se encontró poniendo reparos.

-Creía que eras vegetariana.

-Lo soy-dijo Louise-. Desde hace cinco años. Pero sé cómo se prepara una barbacoa.

Mary sintió la necesidad de acompañarlos cuando Ponter y Louise atravesaron las cristaleras para salir al patio. Pero... pero... no, eso era una tontería.

Louise cerró tras ellos las puertas correderas, manteniendo el aire refrigerado dentro de la casa.

Reuben estaba limpiando la mesa de la cocina. Simuló el acento de un viejo judío.

-¿Bien, se puede saber de qué habéisss estado hablando vosotrrros dosss?

Mary todavía miraba a través del cristal a Louise, que reía y se sacudía el pelo mientras explicaba cómo funcionaba la barbacoa, y a Ponter, colgado de cada palabra.

-Umm, principalmente de religión.

La voz de Reuben regresó de inmediato a la normalidad.

-¿De verdad?

-Ajá -dijo Mary. Apartó los ojos de lo que estaba pasando fuera y miró a Reuben-. O más exactamente, de la ausencia de religión entre los Neanderthales.

-Pues yo creía que los Neanderthales sí que tenían religión -dijo Reuben, que ahora sacaba unos sencillos platos blancos de una alacena . El culto del oso cavernario y todo eso.

Mary negó con la cabeza.

-Has estado leyendo libros antiguos, Reuben. Nadie se toma eso en serio hoy en día.

-¿De veras?

-Sí. Oh, se encontraron algunos cráneos de oso cavernario en una cueva que había sido en efecto ocupada por los Neanderthales. Pero ahora parece que los osos habían muerto simplemente en la cueva, probablemente durante la hibernación, y que los Neanderthales se mudaron después.

-¿Pero no estaban todos los cráneos dispuestos según una pauta?

-Bueno dijo Mary, tomando un montón de platos y repartiéndolos , el tipo que los encontró dijo que estaban en una cuna o un ataúd de piedra. Pero no se tomaron fotos, los obreros supuestamente destruyeron el ataúd y los únicos dos bocetos hechos por el arqueólogo (un tipo llamado Báchler) se contradecían por completo el uno al otro. No, parece que Báchler vio simplemente lo que quería ver.

-Oh -dijo Reuben, que rebuscaba ahora en el frigorífico los ingredientes para preparar una ensalada-. ¿Pero no enterraban los Neanderthales a los muertos con cosas que el difunto podría querer en la otra vida? Sin duda eso es un signo de religión.

-Bueno, lo *sería si* los Neanderthales lo hubieran hecho de verdad. Pero los sitios que son ocupados durante generaciones acumulan basura: huesos, viejas herramientas de piedra y todo eso. Los pocos ejemplos que creíamos tener de artículos en las tumbas de los enterramientos Neanderthales resultaron ser cosas que habían sido enterradas accidentalmente con el cadáver.

Reuben estaba ahora arrancando las hojas a una lechuga iceberg.
-Ah, ¿pero no implica en sí mismo el acto del enterramiento una creencia en la otra vida?

Mary miró alrededor, buscando algo que pudiera hacer para ayudar, pero no parecía que hubiera nada.

_____ Podría ser -dijo , o podría deberse simplemente a un intento de mantener las cosas ordenadas. Se han encontrado montones de cadáveres Neanderthales en posición fetal muy marcada. Eso *podría* deberse a una ceremonia, o podría ser un deseo por parte del pobre diablo que tenía que cavar la tumba de hacer el agujero lo más pequeño posible. Los cuerpos muertos atraen carroñeros, después de todo, y tienden a apestar si los dejas al sol.

Reuben estaba ahora cortando apio.

-Pero... pero yo creía que los Neanderthales fueron, bueno, los primeros niños de las flores.

Mary se echó a reír.

-Ah, sí. La cueva de Shanidar, en Irak... donde se encontraron huesos de Neanderthales cubiertos con polen fosilizado.

-Eso es -asintió Reuben . Como si hubieran sido enterrados con guirnaldas de flores, o algo así.

-Lo siento, pero eso también ha sido desmentido. El polen era sólo una intrusión accidental en la tumba, traída por roedores o por aguas subterráneas que se filtraban a través del sedimento.

-Pero... ¡espera un momento! ¿Y la flauta Neanderthal? Eso fue noticia de primera plana en todo el mundo.

-Sí -dijo Mary-. Ivan Turk la encontró en Eslovenia: un hueso de oso hueco con cuatro agujeros.

-Eso es, eso es. ¡Una flauta! Sin duda se usaba para tocar música religiosa.

-Me temo que no -dijo Mary, apoyada ahora contra el costado del frigorífico-. Resulta que la flauta no era nada de eso: sólo un hueso perforado por los mordiscos de un carnívoro, probablemente un lobo. Y, sí, como es típico de los periódicos, esa revelación no salió en primera plana.

-Eso seguro. Es la primera vez que lo oigo.

-Estuve presente en la reunión de la Sociedad Palcoantropológica en Seattle en el 98, cuando Nowell y Chase presentaron el trabajo en el que desacreditaban la flauta. -Mary hizo una pausa-. No, en realidad parece que, hasta el final, los Neanderthales, al menos en esta versión de la Tierra, no tuvieron nada que pudiéramos llamar *religión,* ni siquiera un conocimiento de ese tema. Oh, algunos de los últimos especímenes hicieron cosas un poco distintas, pero la mayoría de los paleontólogos opinan que sólo estaban imitando a los CroMagnons que vivían cerca: los CroMagnons fueron indiscutiblemente nuestros antepasados.

-Hablando de CroMagnons _ dijo Reuben , ¿qué hay del cruce entre Neanderthales y CroMagnons? ¿No he leído en alguna parte que se hallaron fósiles de un niño híbrido en, bueno, tal vez 1998?

-Sí, ErikTrinkaus insiste mucho en ese espécimen. Es de Portugal. Pero mira, él es antropólogo físico, y yo soy genetista. Él basa su caso enteramente en el esqueleto de un niño que, en su opinión, muestra características híbridas. Pero no tiene el cráneo... y el cráneo es el único diagnóstico verdadero para identificar a un Neanderthal. A mí sólo me parece un niño fornido.

-Hmm -dijo Reuben-. Pero, verás, he visto a tipos que se parecen bastante a Ponter, en rasgos si no en color. Algunos europeos del Este, por ejemplo, tienen narices grandes y entrecejo prominente. ¿Estás diciendo que esos tipos no tienen genes Neanderthales?

Mary se encogió de hombros.

-Conozco a algunos paleoantropólogos que dirían que sí. Pero, en realidad, el jurado todavía no ha decidido si nuestra especie de humanos y los Neanderthales podrían cruzarse.

-Bueno, si sigues pasando tanto tiempo con Ponter, tal vez respondas a esa pregunta por nosotros algún día.

Reuben estaba tan cerca que ella pudo darle un golpecito en el brazo con la mano abierta.

-¡Venga ya! -dijo. Miró hacia el salón, para que Reuben no pudiera ver la sonrisa que crecía en su cara.

Jasmel Ket apareció en casa de Adikor a eso de mediodía. Adikor se sintió sorprendido, pero le agradó verla.

-Día sano -dijo.

-Lo mismo te digo -repuso Jasmel, agachándose para acariciar la cabeza de *Pabo.*

-¿Quieres comer algo? ¿Carne? ¿Zumo?

-No, estoy bien -dijo Jasmel-. Pero he estado leyendo más sobre la ley. ¿Has pensado en una contrademanda?

-¿Una contrademanda? -repitió Adikor-. ¿Contra quién?

-Daklar Bolbay.

Adikor condujo a Jasmel al salón. Ocupó un sillón y ella el otro.

-¿Con qué acusación? -dijo Adikor-. No me ha hecho nada.

-Ha interferido en tu pena por la pérdida de tu hombre-compañero...

-Sí. Pero sin duda eso no es un delito.

-¿No loes? ¿Qué dice el *Código de la Civilización* respecto a perturbar la vida de otro?

-Dice muchas cosas.

-La parte en la que estoy pensando es: «La acción frívola contra otro no puede ser pasada por alto; la civilización funciona porque sólo invocamos su poder sobre el individuo en casos atroces.»

-Bueno, me ha acusado de asesinato. No hay crimen más atroz.

-Pero no tiene ninguna prueba real contra ti -dijo Jasmel-. Eso hace que su acción sea frívola... o, al menos, podría serlo a los ojos de un adjudicador.

Adikor negó con la cabeza.

-No me imagino a Sard dejándose impresionar por ese razonamiento.

-Ah, pero Sard no puede oír las contra demandas: ésa es la ley. Hablarías delante de un adjudicador diferente.

-¿De verdad? Tal vez merezca la pena intentarlo. Pero... pero mi objetivo no es prolongar los procedimientos. Es superarlos, conseguir que me levanten este apestoso escrutinio judicial para poder bajar al laboratorio.

-Oh, estoy de acuerdo en que no deberías presentar una contrademanda. Pero la sugerencia de que podrías hacerlo tal vez te ayude a obtener tu respuesta.

-¿Respuesta? ¿A qué?

-A por qué Daklar te persigue de esta forma.

-¿Tú sabes por qué?

Jasmel agachó la cabeza.

-No lo sabía, no hasta hoy, pero...

-¿Pero qué?

-No soy yo quien tiene que decirlo. Si vas a oírlo todo, tendrá que decírtelo Daklar directamente.

36

Reuben, Louise, Ponter y Mary estaban sentados a la mesa de la cocina de Reuben. Todos menos Louise comían hamburguesas; Louise picoteaba un plato de ensalada.

Al parecer, en el mundo de Ponter, la gente comía con guantes en las manos. A Ponter no le gustaba usar cubiertos, pero la hamburguesa parecía un buen término medio. No se comió el pan, pero lo utilizó para manipular la carne, apretándola constantemente hacia delante y mordiendo la parte que asomaba entre las rebanadas.

-Bueno, Ponter dijo Louise, por empezar una conversación ¿vives solo? En tu mundo, quiero decir.

Ponter negó con la cabeza.

-No. Vivía con Adikor.

-Adikor -repitió Mary-. Creí que era la persona con la que trabajabas.

-Sí -dijo Ponter-. Pero también es mi compañero.

-Tu compañero de trabajo, quieres decir.

-Bueno, eso también, supongo. Pero es mi «compañero»: ésa es la palabra que nosotros utilizamos. Compartimos un hogar.

-Ah -dijo Mary-. Un compañero de habitación.

Sí.

-Compartís los gastos de la casa y las tareas.

-Sí. Y las comidas y la cama y...

Mary se enfureció consigo misma por la manera en que su corazón dio un brinco. Conocía a montones de hombres gay: estaba acostumbrada a que salieran del armario, no a que atravesaran un portal transdimensional.

-¡Eres gay! -dijo Louise-. ¡Qué guai!

La verdad es que era *más* feliz en casa-dijo Ponter.

No, no, no -dijo Louise-. Feliz no. *Gay,* pero no alegre. Homosexual.

Bliip

-Tener relaciones sexuales con un miembro de tu mismo género: hombres que tienen sexo con otros hombres, o mujeres que tienen sexo con otras mujeres.

Ponter parecía más confundido que nunca.

-Es imposible tener sexo con un miembro del mismo sexo. El sexo es el acto de procreación potencial y requiere un macho y una hembra.

-Bueno, sí, no sexo como en una relación sexual -dijo Louise-. Sexo como contacto íntimo, como en... *ya* sabes, caricias afectivas de... de los genitales.

-Oh -dijo Ponter-. Sí, Adikor y yo hacíamos eso.

-Eso es lo que nosotros llamamos ser homosexual -intervino Reuben-. Tener ese contacto sólo con miembros de tu mismo género.

-¿Sólo? -dijo Ponter, sobresaltado-. ¿Quieres decir exclusivamente? No, no, no. Adikor y yo nos hacíamos mutua compañía cuando Dos estaban separados, pero cuando Dos se convertían en Uno, teníamos por supuesto... ¿Cómo lo llamaste, Lou? «Caricias afectivas de los genitales» con nuestras hembras respectivas... o al menos yo lo hacía hasta que Klast, mi mujer-compañera, murió.

-Ah -dijo Mary-. Eres bisexual.

Bliip.

-Tienes contacto genital con hombres y mujeres.

-Sí.

-¿Todo el mundo es así en tu mundo? -preguntó Louise, trinchando lechuga con el tenedor-. ¿Bisexual?

-Casi todos. -Ponter parpadeó, comprendiendo por fin-. ¿ Quieres decir que aquí es diferente?

-Oh, sí -explicó Reuben-. Bueno, para la mayoría de la gente, al menos. Quiero decir, claro, hay gente bisexual, y montones y montones de gente gay..., homosexual. Pero la enorme mayoría es heterosexual. Eso significa que tiene contacto afectivo sólo con miembros del género opuesto.

-Qué aburrido -dijo Ponter.

Louise se echó a reír. Luego, conteniéndose, dijo:

-¿Y tienes hijos?

-Dos hijas -asintió Ponter-. Jasmel y Megameg.

-Qué nombres tan bonitos.

Ponter parecía triste, pensaba obviamente en el hecho de que era probable que nunca volviera a verlas.

Reuben lo advirtió también y trató de dirigir la conversación hacia algo menos personal.

Librodot

-¿Y cómo, um, es eso de «Dos que se convierten en Uno» que has mencionado? ¿De qué se trata?

-Bueno, en mi mundo, los varones y las hembras viven principalmente separados, así que...

-¡Binford! -exclamó Mary.

-No, es cierto -dijo Ponter.

-Eso no era un taco -dijo Mary-. Es el nombre de un hombre. Lewis Binford es un antropólogo que argumenta lo mismo: que los hombres y las mujeres Neanderthales vivían vidas separadas en esta Tierra. Lo basa en los yacimientos de Combe Grenal, en Francia.

-Tiene razón -dijo Ponter-. Las mujeres viven en el Centro de nuestros territorios, y los hombres en los Bordes. Pero una vez al mes los hombres vamos al Centro y pasamos cuatro días con las hembras. Decimos que «Dos se convierten en Uno» durante ese tiempo.

-¡Fiiiestaaa!-dijo Louise, sonriendo.

-Fascinante -comentó Mary.

-Es necesario. No producimos comida como hacéis vosotros, así que el tamaño de la población tiene que ser controlado.

Reuben frunció el ceño.

-¿Entonces eso de «Dos se convierten en Uno» es para controlar la natalidad?

Ponter asintió.

-En parte. El Gran Consejo Gris, el cuerpo gobernante de ancianos, fija las fechas en las que nos unimos, y Dos normalmente se convierten en Uno cuando las mujeres son incapaces de concebir. Pero si es el momento de concebir una nueva generación, entonces las fechas se cambian y nos unimos cuando las mujeres son más fértiles.

-Dios santo -dijo Mary-. Un planeta entero siguiendo el método Ogino. Le caeréis bien al Papa, chicos. Pero... ¿pero cómo puede funcionar eso? Quiero decir, vuestras mujeres no tendrán el periodo... sus menstruaciones todas a la vez, ¿no?

Ponter parpadeó.

-Por supuesto que sí.

¿Pero cómo...? Oh, espera. Ya veo. -Mary sonrió-. Esa nariz tuya: es muy sensible, ¿verdad?

-A mí no me lo parece.

-Pero lo es... comparada con las nuestras, quiero decir. Comparada con las narices que tenernos nosotros.

-Bueno, vuestras narices son muy pequeñas -dijo Ponter-. Son, ah, bastante desconcertantes al mirarlas. Siempre pienso que os asfixiaréis... aunque he advertido que muchos de vosotros respiráis por la boca, presumiblemente para evitarlo.

-Nosotros siempre hemos supuesto que los Neanderthales evolucionaron como respuesta a las condiciones de la Era Glacial -dijo Mary-. E imaginábamos que vuestras narices grandes os permitían humidificar el aire frío antes de llevarlo a los pulmones.

-Nuestros... los científicos que estudian a los antiguos humanos creen lo mismo -dijo Ponter.

-El clima se ha calentado mucho desde que vuestras narices evolucionaron -dijo Mary-. Pero vosotros habéis conservado ese rasgo quizá porque tiene el efecto colateral beneficioso de daros un sentido del olfato mucho mejor.

-Sí -dijo Ponter-. Puedo oleros a todos, y todas las comidas diferentes de la cocina y las flores de allá atrás, y esa cosa acre que Reuben y Lou han estado quemando abajo, pero...

-Ponter -dijo Reuben rápidamente-, nosotros no podemos olerte.

-¿De verdad?

-Sí. Oh, si metiera la nariz en tu sobaco, podría oler algo. Pero normalmente los humanos no nos olemos unos a otros.

-¿Cómo os encontráis unos a otros en la oscuridad?

-Por la voz -dijo Mary.

-Qué extraño.

-Pero puedes hacer más que detectar la presencia de una persona, ¿verdad? -dijo Mary-. Esa vez que me miraste. Pudiste... -Tragó saliva, pero bueno, Louise era mujer también, y Reuben era médico-. Te diste cuenta de que yo tenía el periodo, ¿verdad?

-Sí.

Mary asintió.

-Incluso las mujeres de nuestra especie, si viven juntas el tiempo suficiente en la misma casa, pueden acabar sincronizando sus ciclos menstruales... y tenemos un sentido del olfato penoso. Supongo que tiene sentido que ciudades enteras de vuestras mujeres lleven el mismo ciclo.

-No se me había ocurrido nunca que pudiera ser de otra forma -dijo Ponter-. Me pareció extraño que tú estuvieras menstruando pero Lou no.

Louise frunció el entrecejo, pero no dijo nada.

-Bueno, ¿alguien quiere algo más? -preguntó Reuben-. Ponter, ¿otra Coca-Cola?

-Sí. Gracias.

Reuben se levantó.

-¿Sabes que esa bebida tiene cafeína? -dijo Mary-. Es adictiva. -No te preocupes -dijo Ponter-. Sólo estoy bebiendo siete u ocho latas al día.

Louise se echó a reír y continuó comiendo su ensalada.

Mary le dio otro bocado a su hamburguesa, aplastando con los dientes las rodajas de cebolla.

-Espera un momento -dijo, una vez que tragó-. Eso significa que vuestras hembras no tienen ovulación oculta.

-Bueno, está oculta a la *vista.*

-Sí, pero... bueno, ya sabes, yo coordinaba un curso con el departamento de Estudios Femeninos: «La biología de las relaciones de poder sexual.» Habíamos supuesto que la ovulación oculta era la clave para que las hembras obtuvieran protección constante y manutención por parte de los machos. Ya sabes: si no puedes decir si tu hembra es fértil, será mejor que seas atento con ella todo el tiempo, no vayan a ponerte los cuernos.

Hak pitó.

-Los cuernos -repitió Mary-. Decimos que un marido es un cabrón cuando invierte sus energías manteniendo hijos que no son biológicamente suyos. Pero con la ovulación oculta...

La risa de Ponter hendió el aire; su enorme pecho y su profunda boca emitieron una carcajada grave y atronadora.

Mary y Louise lo miraron, aturdidas.

-¿Qué es tan gracioso? -preguntó Reuben, colocando otra Coca-Cola delante de Ponter.

El hombre de Neanderthal alzó una mano: intentaba dejar de reír, pero no podía conseguirlo. Aparecieron lágrimas en la comisura de sus ojos hundidos, y su piel normalmente pálida se puso bastante roja.

Mary, sentada a la mesa, se llevó las manos a las caderas... aunque inmediatamente fue consciente de su lenguaje corporal: las manos en las caderas aumentan el tamaño aparente de la persona, para intimidar. Pero Ponter era mucho más fornido y musculoso que ninguna mujer (o que cualquier hombre), así que era un gesto ridículo. Con todo, exigió:

-¿Bien?

-Lo siento -dijo Ponter, recuperando el control. Usó su largo pulgar para secarse las lágrimas de los ojos-. Es que a veces vuestra gente tiene ideas ridículas. -Sonrió-. Cuando hablas de ovulación oculta, ¿te refieres a que las hembras humanas no tienen hinchazón en los genitales cuando están en celo?

Mary asintió.

Librodot

-Los chimpancés y los bonobos sí, al igual que los gorilas y la mayoría de los otros primates.

-Pero los humanos no dejaron de tener esa hinchazón para ocultar la ovulación -dijo Ponter-. La hinchazón genital desapareció cuando ya no resultó una señal eficaz. El clima se hizo más frío y los humanos empezaron a llevar ropa. Ese tipo de exhibición visual, basada en engordar los tejidos con fluido, es costosa desde un punto de vista energético: ya no tenía razón de ser el mantenerla una vez que cubrimos nuestros cuerpos con pieles de animales. Pero, al menos para mi gente, la ovulación siguió siendo obvia gracias al olor.

-¿Puedes oler la ovulación, además de la menstruación? -preguntó Reuben.

-Los... componentes químicos asociados con ella, sí.

-Feromonas -apostilló Reuben.

Mary asintió lentamente.

-Y por eso -dijo, tanto para Ponter como para sí misma- los varones podían marcharse durante semanas seguidas sin preocuparse de que sus hembras quedaran preñadas por otro.

-Eso es -dijo Ponter-. Pero hay algo más.

-¿Sí?

-Ahora decimos que el motivo por el que nuestros antepasados masculinos..., creo que entenderéis la metáfora, «se fueron a las montañas» es por lo, ah, desagradables que son las hembras durante Últimos Cinco.

-¿Últimos Cinco? -dijo Louise.

-Los últimos cinco días del mes; ese momento conduce al principio de su periodo.

-Oh -dijo Reuben-. SPM. Síndrome premenstrual.

-Sí -dijo Ponter-. Aunque, por supuesto, ése no es el verdadero motivo. -Se encogió un poco de hombros-. Mi hija Jasmel está estudiando historia pregeneración uno: ella me lo explicó. Lo que sucedió realmente es que los hombres solían pelear constantemente para poder acceder a las mujeres. Pero, como Mare ha advertido, el único momento de acceso a las mujeres que es evolutivamente importante es durante la parte de cada mes en que pueden quedarse embarazadas.

-Como los ciclos de todas las mujeres estaban sincronizados, los hombres se llevaban mucho mejor durante la mayor parte del mes si se alejaban de las hembras y regresaban luego en grupo sólo cuando era importante hacerlo para la reproducción. No fue lo desagradables que son las mujeres lo que llevó a la división: fue la violencia masculina.

Mary asintió. Habían pasado años desde que coimpartió aquel curso de relaciones de poder sexual, pero era típico: los hombres causando problemas y echando la culpa a las mujeres por ello. Mary no creía que fuese a conocer jamás a una hembra del mundo de Ponter, pero, en ese momento, sintió auténtica afinidad con sus hermanas Neanderthales.

37

-Día sano, Daklar -dijo Jasmel tras atravesar la puerta de la casa. Aunque Jasmel Ket y Daklar Bolbay todavía compartían un hogar, no se habían hablado mucho desde el *dooslarm basadlarm.*

-Día sano -repitió Bolbay, sin calor-. Si te... -Las aletas de su nariz se dilataron-. No estás sola.

Adikor atravesó también la puerta.

-Día sano -dijo.

Bolbay miró a Jasmel.

-¿Más traición, niña?

-No es traición -dijo Jasmel-. Es preocupación... por ti, y por mi padre.

-¿Qué quieres de mí? -dijo Bolbay, mirando a Adikor con los ojos entornados.

-La verdad -respondió él-. Sólo la verdad.

-¿Sobre qué?

-Sobre ti. Sobre por qué me estás persiguiendo.

-No soy yo quien está siendo investigada.

-No -reconoció Adikor-. Todavía no. Pero eso puede cambiar. -¿De qué estás hablando?

-Estoy dispuesto a presentarte documentos propios -dijo Adikor. -¿Sobre qué base?

-Sobre la base de que te estás inmiscuyendo ilegítimamente en mi vida.

-Eso es ridículo.

-¿Lo es? -Adikor se encogió de hombros-. Dejaremos que un adjudicador lo decida.

-Es un intento evidente por retrasar el proceso que llevará a tu esterilización -dijo Bolbay-. Cualquiera puede verlo.

-Si es... si es tan evidente, tan débil, entonces un adjudicador descartará el asunto... pero no antes de que yo haya tenido oportunidad de interrogarte.

-¿Interrogarme? ¿Sobre qué?

-Sobre tus motivos. Sobre por qué me estás haciendo esto. Bolbay miró a Jasmel.

-Esto ha sido idea tuya, ¿verdad?

-También fue idea mía que viniéramos aquí primero antes de que Adikor continuara con la acusación -dijo Jasmel-. Esto es un asunto familiar: tú, Daklar, fuiste la mujer-compañera de mi madre, y Adikor aquí presente es el hombre-compañero de mi padre. Has sufrido mucho, Daklar (todos nosotros) con la pérdida de mi madre.

-¡Esto no tiene nada que ver con Klast! -replicó Bolbay-. *¡Nada!* -Miró a Adikor-. Es por *él.*

-¿Por qué? -dijo Adikor-. ¿Por qué es por mí? Bolbay negó de nuevo con la cabeza. -No tenemos nada de qué hablar.

-Sí que tenemos. Y responderás a mis preguntas aquí, o las responderás delante de un adjudicador. Pero las responderás. -Es un farol -dijo Bolbay.

Adikor alzó el brazo izquierdo, con la muñeca vuelta hacia ella.

-¿Es tu nombre Daklar Bolbay, y resides en el Centro de Saldak?

-No aceptaré documentos de tu parte.

-Sólo estás retrasando lo inevitable -dijo Adikor-. Conseguiré un servidor judicial que pueda descargar tu implante saques la clavija de control o no. -Una pausa-. Te lo repito, ¿eres Daklar Bolbay, y resides aquí en el Centro de Saldak?

-¿Harás esto de verdad? -dijo Bolbay-. ¿Me arrastrarás ante un adjudicador?

-Como tú me has arrastrado a mí.

-Por favor -dijo Jasmel-. Díselo. Es mejor así... mejor para ti. Adikor se cruzó de brazos.

-¿Bien?

-No tengo nada que decir -replicó Bolbay.

Jasmel dejó escapar un largo suspiro.

-Pregúntale -le dijo a Adikor-, pregúntale por su hombre-compañero.

-No sabes nada de eso -replicó Bolbay.

-¿No? -dijo Jasmel-. ¿Cómo supiste que Adikor era quien había golpeado a mi padre?

Bolbay no dijo nada.

-Obviamente, Klast te lo dijo -continuó Jasmel.

Librodot

-Klast era mi mujer-compañera -dijo Bolbay, desafiante-. No me guardaba secretos.

-Y era mi madre. Y tampoco me los guardaba a mí.

-Pero... ella... yo... -Bolbay guardó silencio.

-Háblame de tu hombre-compañero -dijo Adikor-. Yo... creo que no lo conozco, ¿verdad?

Bolbay negó lentamente con la cabeza.

-No. Se marchó hace mucho tiempo: nos separamos hace mucho.

-¿Y por eso no tienes hijos propios? -preguntó Adikor, amablemente.

-Eres tan *retorcido* -replicó Bolbay-. ¿Crees que es tan simple? ¿No pude conservar un compañero y por eso nunca me reproduje? ¿Eso es lo que crees?

-Yo no creo nada.

-Habría sido una buena madre -dijo Bolbay, quizá tanto para sí como para Adikor-. Pregúntale a Jasmel. Pregúntale a Megameg. Desde que Klast murió, he cuidado de ellas *maravillosamente.* ¿No es así, Jasmel? ¿No es así?

Jasmel asintió.

Pero eres una 145, igual que Ponter y Klast. Igual que Adikor.
Todavía podrías tener un hijo propio. Las fechas para que Dos se conviertan en Uno se cambiarán de nuevo el año que viene: tú podrías...

Adikor alzó la ceja.

-Sería tu última oportunidad, ¿no? Tendrás 490 meses de edad... cuarenta años, el año que viene, igual que yo. Podrías concebir un hijo entonces, como parte de la generación 149, pero sin duda no dentro de diez años, cuando sea concebida la generación 150.

-¿Te han hecho falta tus bonitos ordenadores cuánticos para ese cálculo? -Había desdén en la voz de Bolbay.

-Y Ponter -dijo Adikor, asintiendo lentamente-. Ponter esta la sin mujer-compañera. Tú v él habíais amado a la misma mujer, después de todo, y eras ya *tabant* de sus dos hijas, así que pensaste...

-¿Tú y mi padre? -dijo Jasmel. No parecía escandalizada por la idea, sino sólo sorprendida.

-¿Y por qué no? -replicó Bolbay, desafiante-. Lo conocía desde hace casi tanto tiempo como tú, Adikor, y siempre nos habíamos llevado bien.

-Pero ahora él tampoco está -dijo Adikor-. Ésa fue mi primera idea, ¿sabes? Que te sentías desconsolada por su pérdida, y por eso me mostrabas los dientes. Pero tienes que ver, Daklar, que te equivocas al hacerlo. Yo amaba a Ponter, y desde luego no habría interferido en su opción de una nueva mujer-compañera, así que...

-Eso no tiene *nada* que ver-dijo Bolbay, sacudiendo la cabeza-. Nada.

-Entonces, ¿por qué me odias tanto?

-No te odio por lo que le sucedió a Ponter.

-Pero me odias.

Bolbay guardó silencio. Jasmel estaba mirando el suelo.

-¿Por qué? -insistió Adikor-. Nunca te he hecho nada.

-Pero golpeaste a Ponter -replicó Bolbay.

-Hace años. Y él me perdonó.

-Y por eso continuaste entero -dijo ella-. Tuviste un hijo propio. Te saliste con la tuya.

-¿Con la mía?

-¡Con tu crimen! ¡Con tu intento de matar a Ponter!

-Yo no intentaba matarlo.

-Eras violento, un monstruo. Deberías haber sido esterilizado. Pero mi Pelbon...

-¿Quién es Pelbon? -dijo Adikor.

Bolbay guardó de nuevo silencio.

-Su hombre-compañero -dijo Jasmel, en voz baja.

-¿Qué le pasó a Pelbon?

-No sabes cómo es -dijo Bolbay, apartando la mirada-. No tienes ni idea. Te despiertas una mañana y descubres a dos controladores esperándote, y se llevan a tu hombre-compañero y...

-¿Y qué?

-Y lo castran.

-¿Por qué? -preguntó Adikor-. ¿Qué hizo?

-No hizo *nada.* No hizo absolutamente nada.

-Entonces, ¿por qué...? -empezó a decir Adikor. Pero entonces comprendió-. Oh. Uno de sus parientes.

Bolbay asintió, pero no miró a Adikor a los ojos.

-Su hermano había atacado a alguien, y por eso su hermano fue esterilizado junto con...

-Junto con todo aquel que compartiera el cincuenta por ciento de su material genético -terminó Adikor.

-Mi Pelbon no hizo nada -dijo Bolbay-. No le hizo nada a nadie y fue castigado. *Yo* fui castigada. ¡Pero tú! ¡Tú casi mataste a un hombre y saliste limpio! ¡Deberían haberte castrado a ti, no a mi pobre Pelbon!

-Daklar -dijo Adikor-. Lo siento. Lo siento mucho...

-Marchaos -dijo Bolbay con firmeza-. Dejadme sola.

-Yo...

-¡Marchaos!

38

Ponter se terminó la hamburguesa y luego miró por turnos a Louise, Reuben y Mary.

-No es que quiera quejarme -dijo-, pero me estoy cansando de esta... *¿vaca* la llamáis? ¿Existe la posibilidad de que podamos pedirle a la gente de fuera que nos traiga algo distinto para esta noche?

-¿Como qué? -preguntó Reuben.

-Oh, cualquier cosa -contestó Ponter-. Tal vez unos filetes de mamut.

-¿Qué?

-¿Mamut? -dijo Mary, asombrada.

-¿Está comunicando Hak incorrectamente lo que digo? -preguntó Ponter-. Mamut. Ya sabéis... un elefante velludo de climas norteños.

-Sí, sí, sí -dijo Mary-. *Sabemos* lo que es un mamut, pero...

-¿Pero qué? -preguntó Ponter, la ceja alzada.

-Pero, bueno, los mamuts están extintos.

-¿Extintos? -repitió Ponter, sorprendido-. Ahora que lo pienso, no los he visto por aquí, pero, supuse que no les gustaba acercarse a una ciudad tan grande.

-No, no, están extintos -dijo Louise-. Por todo el mundo. Llevan extintos miles de años.

-¿Por qué? -preguntó Ponter-. ¿Alguna enfermedad?

Todos guardaron silencio. Mary soltó lentamente el aire de sus pulmones, intentando decidir cómo presentarlo.

-No, no es por eso -dijo por fin-. Umm, verás, nosotros... nuestra especie, nuestros antepasados, cazamos los mamuts hasta que se extinguieron.

Ponter abrió mucho los ojos.

-¿Hicisteis qué?

Mary se sintió asqueada; odiaba que su versión de la humanidad quedara tan mal.

-Los matamos para alimentarnos, y bueno, seguimos matándolos hasta que no quedó ninguno.

-Oh -dijo Ponter, en voz baja. Miró por la ventana el gran patio trasero de la casa de Reuben-. Me gustan los mamuts. No sólo su carne, que es deliciosa, sino como animales, como parte del paisaje. Hay un pequeño rebaño de mamuts que vive cerca de mi casa. Me gusta verlos.

-Nosotros tenemos sus esqueletos -dijo Mary-, y sus colmillos, y de vez en cuando se encuentra alguno congelado en Siberia, pero...

-Todos ellos -dijo Ponter, moviendo la cabeza adelante y atrás lentamente-. Los matasteis a todos...

Mary tuvo ganas de protestar: «No yo personalmente», pero eso habría sido falso: la sangre de los mamuts seguía siendo cosa suya. A pesar de todo, necesitaba algún tipo de defensa por débil que fuera.

-Sucedió hace mucho tiempo.

Ponter pareció incómodo.

-Casi tengo miedo de preguntarlo, pero hay otros grandes animales que yo solía ver en esta parte del mundo en mi versión de la Tierra. Una vez más, había supuesto que simplemente evitaban esta ciudad vuestra, pero...

Reuben meneó su afeitada cabeza.

-No, no es eso.

Mary cerró brevemente los ojos.

-Lo siento, Ponter. Eliminamos casi toda la megafauna... aquí, y en Europa... y en Australia -sintió un nudo en el estómago a medida que la letanía iba creciendo-, en Nueva Zelanda y en Suramérica. El único continente que tiene muchos animales grandes todavía es África, y la mayoría corren peligro de extinción.

Bliip.

-Están a punto de desaparecer -dijo Louise.

El tono de Ponter indicaba que se sentía traicionado.

-Pero has dicho que todo esto sucedió hace mucho tiempo. Mary miró su plato vacío.

-Dejamos de matar mamuts hace mucho tiempo porque, bueno, nos quedamos sin mamuts que matar. Dejamos de matar alces irlandeses y los grandes felinos que solían poblar América del Norte, y los rinocerontes lanudos, y todos los demás, porque no quedó ninguno que matar.

-Matar a todos los miembros de una especie... -dijo Ponter. Meneó lentamente su enorme cabeza.

-Hemos aprendido -dijo Mary-. Ahora tenemos programas para proteger a las especies en peligro y hemos tenido algunos éxitos. La grulla estuvo a punto de desaparecer, y el águila de cabeza calva. Y el búfalo. Todos han sido recuperados.

La voz de Ponter fue fría.

-Porque dejasteis de matarlos hasta la exterminación.

Mary pensó en argumentar que no era todo resultado de la caza; gran parte había tenido que ver con la destrucción por parte de los humanos de los hábitats naturales de esas criaturas... pero de algún modo eso no parecía mejor.

-¿Qué... qué otras especies siguen todavía en peligro de extinción? -preguntó Ponter.

Mary se encogió un poco de hombros.

-Montones de clases de aves. Las tortugas gigantes. Los osos panda. Las ballenas. Los chim...

-¿Los chim? -dijo Ponter-. ¿Qué son los...?

Ladeó la cabeza, escuchando quizás a Hak proporcionar su mejor deducción de la palabra que Mary había empezado a decir.

-Oh, no. No. ¿Los *chimpancés?* Pero... pero si son nuestros *primos.* ¿Cazáis a nuestros primos?

Mary se sintió empequeñecer. ¿Cómo podía decirle que se cazaba a los chimpancés como alimento, que los gorilas eran asesinados para poder hacer con sus manos ceniceros exóticos?

-Son *valiosísimos* -continuó Ponter-. No tienen precio. Sin duda tú, como genetista, debes saberlo. Son los únicos parientes cercanos vivos que tenemos: podemos aprender mucho sobre nosotros mismos estudiándolos en libertad, examinando su ADN.

-Lo sé -dijo Mary en voz baja-. Lo sé.

Ponter miró a Reuben, luego a Louise y después a Mary, midiéndolos, parecía como si los viera (como si los viera *realmente)* por primera vez.

-Matáis sin reparo -dijo-. Matáis a especies enteras. Incluso matáis a otros primates.

Hizo una pausa y los miró de nuevo cara a cara, como si les diera una oportunidad de rebatir lo que estaba a punto de decir, de ofrecerle una explicación lógica, un factor atenuante. Pero Mary no dijo nada, ni los otros dos, v por eso Ponter continuó.

-Y en este mundo mi especie está extinta.

-¿Entonces no tenemos que preocuparnos de que enferme? -preguntó Louise.

-No sólo eso -dijo Reuben, sonriendo ahora de oreja a oreja-, ¡sino que han levantado la cuarentena! Si el resultado de la última tanda de cultivos, que tendremos esta noche, es negativo, ¡podremos salir de aquí mañana por la mañana!

Louise dio una palmada. Mary estaba encantada también. Miró a Ponter, pero el Neanderthal tenía la cabeza gacha, pensando posiblemente todavía en la extinción de su especie en este mundo.

Mary le tocó el brazo.

-Eh, Ponter -dijo amablemente-. ¿No es una gran noticia? ¡Mañana podrás salir y ver nuestro mundo!

Ponter levantó lentamente la cabeza y miró a Mary. Ella estaba aprendiendo todavía a leer los matices de sus expresiones, pero las palabras «¿Tengo que hacerlo?» parecían encajar con sus ojos espantados y su boca levemente entreabierta.

Aunque finalmente se limitó a asentir, resignado.

-Sí -dijo Mary, en voz muy muy baja. Sabía lo que había sucedido. Aunque no todos los paleoantropólogos estaban de acuerdo, muchos compartían su punto de vista de que, entre hacía cuarenta mil y veintisiete mil años, el *Homo sapiens* (los seres humanos anatómicamente modernos) completaron el primero de lo que serían muchos genocidios deliberados o inadvertidos, eliminando del planeta a la otra única especie existente del mismo género, una especie más amable que quizá tuviera más derecho al doble significado de la palabra humanidad.

-¿Nos matasteis vosotros? -preguntó Ponter.

-Ésa es una pregunta muy controvertida -dijo Mary-. No todo el mundo está de acuerdo en la respuesta.

-¿Qué crees tú que sucedió? -preguntó Ponter; sus ojos dorados clavados en los de Mary.

Mary inspiró profundamente.

-Yo... sí, sí, eso es lo que creo que sucedió.

-Nos aniquilasteis -dijo Ponter, y tanto en su propia voz como en la traducción de Hak, se notó claramente que se controlaba con dificultad.

Mary asintió.

-Lo siento. De verdad. Sucedió hace mucho tiempo. Entonces éramos salvajes. Nosotros...

Librodot

Justo en aquel momento sonó el teléfono. Reuben, aliviado por la interrupción, saltó de la mesa y lo atendió.

-¿Diga?

Mary alzó la cabeza cuando la voz de Reuben se volvió más entusiasmada.

-¡Pero eso es magnífico! -continuó el doctor-. ¡Eso es maravilloso! Sí, no... sí, sí, está bien. ¡Gracias! De acuerdo. Adiós.

-¿Bien? -dijo Louise.

Reuben estaba claramente reprimiendo una sonrisa.

-Ponter tiene moquillo -dijo, colgando el auricular del teléfono.

-¿Moquillo? -repitió Mary-. Pero los humanos no contraen el moquillo.

-Eso es -dijo Reuben-. Somos naturalmente inmunes. Pero Ponter no lo es, porque su especie no ha vivido con nuestros animales domesticados durante generaciones. Para ser precisos, tiene la versión equina del moquillo. Lo causa una bacteria, el *Streptococcus equii.* Por fortuna, la penicilina es el tratamiento que se administra habitualmente a los caballos, y es uno de los antibióticos que le he estado dando a Ponter. Debería ponerse bien.

39

Ponter pasó la mayor parte de la tarde solo, mirando el gran patio trasero de Reuben a través de la ventana de la cocina, con una expresión triste en su gran rostro.

Louise y Mary estaban las dos sentadas en el salón. Mary lamentaba haber dejado en Toronto el libro que estaba leyendo. Estaba a la mitad de la última novela de Scott Turow y tenía muchas ganas de volver a ella, pero tuvo que contentarse con hojear el último ejemplar de *Time.* El presidente aparecía en portada esa semana; Mary creía posible que Ponter apareciera en el número siguiente. Prefería *The Economist,* pero Reuben no estaba suscrito. Aun así, a Mary le gustaban las críticas cinematográficas de Richard Corliss, aunque no tuviera a nadie con quien ir al cine últimamente.

Louise, en el sillón de al lado, estaba escribiendo una carta (en francés, advirtió Mary) en una libreta amarilla. Louise, con pantalones de chándal y una camiseta de INXS, tenía las largas piernas recogidas de lado bajo su cuerpo.

Reuben entró en la habitación, se sentó entre las dos mujeres y les habló en voz baja.

-Me preocupa nuestro amigo Ponter.

Louise soltó la libreta amarilla. Mary cerró su revista.

-A mí también -dijo Mary-. Parece que no se tomó muy bien la noticia de la extinción de su especie.

-No, no lo hizo -contestó Reuben-. Y ha sufrido un montón de tensión, cosa que empeorará mañana. Los periodistas se le echarán encima, por no mencionar los agentes del Gobierno, los fanáticos religiosos y demás.

Louise asintió.

-Supongo que así es.

-¿Qué podemos hacer al respecto? -preguntó Mary.

Reuben frunció el entrecejo durante un rato, como si estuviera pensando en la mejor manera de expresar algo. Finalmente, dijo:

-No hay mucha gente de mi color aquí en Sudbury. Me han dicho que las cosas están mejor en Toronto, pero incluso allí los negros son acosados por la policía de vez en cuando. «¿Qué estás haciendo aquí? ¿Este coche es tuyo? ¿Puedes enseñarnos tu documentación?» -Reuben sacudió la cabeza-. Se aprende algo cuando te pasan esas cosas. Aprendes a tener derechos. Ponter no es un criminal, ni tampoco una amenaza para nadie. No está en la frontera, así que nadie puede exigirle legalmente que demuestre que tiene derecho a quedarse

en Canadá. El Gobierno puede que quiera controlarlo, la policía puede querer mantenerlo bajo vigilancia... pero eso no importa. Ponter tiene derechos.

-Estoy de acuerdo con eso -dijo Mary.

-¿Alguna de vosotras ha estado alguna vez en Japón?

Mary negó con la cabeza. Louise hizo lo mismo.

-Es un país maravilloso, pero casi no hay extranjeros -dijo Reuben-. Puedes pasarte el día entero sin ver una cara blanca, no digamos ya una negra... Vi exactamente a otros dos negros durante la semana entera que estuve allí. Pero recuerdo que estaba paseando por el centro de Tokio un día: debía de haberme cruzado con unas diez mil personas esa mañana, y todas eran japonesas. Entonces, mientras caminaba solo, veo a un tipo blanco que viene hacia mí. Y me sonríe... No me ha visto en la vida, pero ve que soy occidental también. Y me muestra esa sonrisa, como diciendo cuánto me alegro de ver a un hermano... ¡un hermano! Y de pronto me doy cuenta de que yo también le estoy sonriendo, y pensando lo mismo. Nunca he olvidado ese momento. -Miró a Louise, luego a Mary-. Bueno, el viejo Ponter puede buscar todo lo que quiera por todo el mundo y no verá una sola cara que reconozca como igual a la suya. Ese tipo blanco y yo, y todos aquellos japoneses y yo, tenemos mucho más en común que Ponter con los seis mil millones de habitantes de este planeta.

Mary miró hacia la cocina, donde Ponter seguía mirando por la ventana, con una mano cerrada bajo su larga mandíbula, sujetándola.

-¿Qué podemos hacer? -preguntó.

-Ha estado prisionero casi desde que llegó -dijo Reuben-, primero en el hospital, luego aquí, en cuarentena. Estoy seguro de que necesita tiempo para pensar, para conseguir un cierto equilibrio mental. -Hizo una pausa-. Gillian Ricci me ha mandado un aviso por email. Al parecer los jefazos de Inco han pensado lo mismo que yo. Quieren interrogar a Ponter en profundidad para que les hable de otras vetas de mineral que pueda conocer de su mundo. Estoy seguro de que él querrá ayudarlos, pero sigue necesitando más tiempo para aclimatarse.

-Estoy de acuerdo -dijo Mary-. ¿Pero cómo podemos asegurarnos de que lo consigue?

-Van a levantar la cuarentena mañana por la mañana, ¿no? Bueno,

Gillian dice que puedo celebrar otra rueda de prensa aquí, a las diez. Naturalmente, los periodistas esperarán que Ponter esté presente... así que pienso que deberíamos sacarlo de aquí antes.

-¿Cómo? -preguntó Louise-. La policía tiene el lugar rodeado... en teoría para mantenernos a salvo de la gente que pueda intentar entrar, pero probablemente para echarle el ojo a Ponter también.

Reuben asintió.

-Uno de nosotros debería llevárselo de aquí, al campo. Soy su médico: eso es lo que prescribo. Descanso y relajación. Y eso es lo que le diré a todo el que pregunte: que tiene una baja médica para descansar, ordenada por mí. Probablemente podremos colar eso durante un día o dos antes de que la gente de Ottawa se nos eche encima, pero creo que Ponter lo necesita de verdad.

-Yo lo haré -dijo Mary, sorprendiéndose a sí misma-. Yo me lo llevaré.

Reuben miró a Louise para ver si ella quería disputar la reclamación, pero Louise simplemente asintió.

-Si les decimos a los periodistas que la rueda de prensa será a las diez, empezarán a aparecer a las nueve -dijo Reuben-. Pero si Ponter y tú os escabullís por el patio trasero a, digamos, las ocho, les tomaréis la delantera a todos. Hay una verja al fondo, detrás de todos esos árboles, pero no deberíais tener problemas para saltarla. Aseguraos de que nadie os ve.

-¿Y luego qué? -dijo Mary-. ¿Nos vamos andando?

-Os hará falta un coche -dijo Louise.

-Bueno, el mío está en la mina Creighton -informó Mary-. Pero no puedo llevarme el tuyo ni el de Reuben. Los polis seguro que nos paran si intentamos marcharnos en coche. Como dijo Reuben, tenemos que escabullirnos.

Librodot

-No hay problema -dijo Louise-. Puedo hacer que un amigo os recoja mañana por la mañana en la carretera que hay detrás de la casa. Puede llevaros a la mina v allí recoges tu coche.

Mary parpadeó.

-¿De verdad?

Louise se encogió de hombros. -Claro.

-Yo... no conozco muy bien esta zona -dijo Mary-. Necesitaremos mapas.

-¡Oooh! -dijo Louise-. Sé exactamente a quién llamar, entonces... a Garth. Tiene uno de esos Handspring Visor con un módulo GPS. Te dará la dirección de cualquier parte, e impedirá que te pierdas.

-¿Y me lo prestaría? -preguntó Mary, incrédula-. ¿No son caras esas cosas?

-Bueno, sería a mí a quien le estaría haciendo un favor. Espera, déjame que lo llame y lo arregle todo.

Louise se puso en pie y subió las escaleras. Mary la vio salir, fascinada y aturdida. Se preguntó cómo sería ser tan hermosa que podías pedir a los hombres que hicieran cualquier cosa sabiendo casi con toda certeza que dirían que sí.

Ponter, advirtió, no era el único que se sentía fuera de lugar.

Jasmel y Adikor tomaron un cubo de viaje de vuelta al Borde, a la casa que Adikor había compartido con Ponter. No hablaron mucho durante el trayecto, en parte, por supuesto, porque Adikor estaba sumido en sus pensamientos debido a la revelación de Bolbay, y en parte porque ni a él ni a Jasmel les gustaba la idea de que alguien del pabellón de archivos de coartadas estuviera controlando cada palabra que decían y cada cosa que hacían.

Con todo, tenían un problema acuciante. Adikor necesitaba volver a su laboratorio subterráneo: por ínfima que fuese la posibilidad de que Ponter pudiera ser rescatado (o, pensaba Adikor, aunque no había compartido este pensamiento con Jasmel, de que al menos pudiera recuperarse su cadáver ahogado, exonerándolo) dependía de que él volviera a bajar allí. ¿Pero cómo hacerlo? Miró a su Acompañante, en el interior de su muñeca izquierda. Podía sacárselo, suponía, cuidando de no dañar la arteria radial al hacerlo. Pero el Acompañante no sólo necesitaba del cuerpo de Adikor para conseguir energía, también transmitía sus signos vitales, y no podría hacerlo si estaba separado de él. Tampoco podía hacer un rápido trasplante a Jasmel o alguien más: el implante estaba sintonizado con los parámetros biológicos concretos de Adikor.

El cubo de viaje los dejó en la casa, y Adikor y Jasmel entraron. Jasmel se metió en la cocina para buscarle algo de comer *a Pabo, y* Adikor se sentó a contemplar, al otro lado de la habitación, el sillón vacío que era el lugar de lectura favorito de Ponter.

Burlar el escrutinio judicial era un problema... un problema, advirtió Adikor, científico. *Tenía* que haber algún modo de evitarlo, una manera de engañar a su Acompañante... y a quien estuviera monitorizando sus señales.

Adikor conocía la historia de la vida de Lonwis Trob, el creador de la tecnología de los Acompañantes: había estudiado sus muchos inventos en la Academia. Pero eso había sido hacía mucho tiempo, y recordaba pocos detalles. Por supuesto, podía *preguntarle* simplemente a su Acompañante los datos que necesitaba, y el Acompañante accedería a la información requerida y la mostraría en su pantallita o en cualquier monitor de pared o bloque de datos que Adikor seleccionara. Pero una petición semejante sin duda llamaría la atención de la persona que estuviera vigilándolo.

Adikor notó que se encolerizaba: los músculos tensándose, el ritmo cardíaco aumentando, la respiración cada vez más agitada. Pensó en intentar disimularlo, pero no... dejaría que la persona que lo estaba vigilando supiera cuánto lo estaban inquietando.

Por listo que hubiera sido Lonwis Trob, tenía que haber un modo de conseguir lo que quería hacer, lo que *necesitaba* hacer. ¿Y qué era exactamente? Define tu problema con la máxima exactitud: eso era lo que le habían enseñado en la Academia. ¿Qué hay que hacer exactamente?

No, no tenía que derrotar a los Acompañantes... lo cual era buena cosa, porque no se le había ocurrido ni una sola idea para conseguirlo. De hecho, no eran *todos los* Acompañantes lo que necesitaba estropear; de hecho, hacer eso sería inconsciente por su parte: los implantes garantizaban la seguridad de todo el mundo. Sólo necesitaba estropear su propio Acompañante, pero...

Pero no, tampoco era eso. Estropearlo no serviría de nada; Gaskdol Dut y los otros controladores tal vez no pudieran localizarlo si su Acompañante dejaba de funcionar, pero sabrían inmediatamente por su falta de transmisiones que algo iba mal. Y no hacía falta un Lonwis para darse cuenta de que Adikor iría a la mina, puesto que ya le habían impedido una vez acceder a ella.

No, no, el verdadero problema no era que su Acompañante funcionara. Más bien era que alguien estaba *vigilando* las transmisiones de

su Acompañante. Eso era lo que necesitaba detener, y no sólo un instante más o menos breve sino durante varios diadécimos y... Y de repente se le ocurrió la solución perfecta.

Pero no podía conseguirlo él solo; sólo funcionaría si los controladores no tenían ni idea de lo que Adikor se proponía. Jasmel tal vez pudiera encargarse de que así fuera. Adikor suponía que solamente su Acompañante estaba siendo monitorizado Cualquier otra posibilidad habría sido escandalosa. Pero ¿cómo comunicarse en privado con Jasmel?

Se levantó y entró en la cocina.

-Vamos, Jasmel -dijo-. Llevemos a *Pabo* a dar un paseo.

Por la expresión de Jasmel, ésta opinaba que aquélla era la última de sus prioridades en aquel momento, pero se levantó y fue con Adikor hasta la puerta trasera. *Pabo no* necesitó que le insistieran para que los acompañara; trotó detrás de Jasmel.

Salieron al patio, al calor del verano. Las cigarras entonaban su agudo chirrido. La humedad era alta. Adikor salió, *y* Jasmel lo siguió. *Pabo* se adelantó, ladrando con fuerza. Después de unos centenares de pasos llegaron al arroyo que corría tras la casa. El sonido del agua corriendo ahogaba los ruidos de los insectos. Había un gran peñasco (uno de los incontables restos glaciales que salpicaban el paisaje) en mitad del arroyuelo. Adikor fue pisando sobre rocas más pequeñas hasta llegar allí, y le indicó a Jasmel que lo siguiera, cosa que ella hizo. *Pabo* corría ahora por la orilla del río.

Cuando Jasmel llegó al peñasco, Adikor palmeó el trozo cubierto de yedra situado a su lado, indicándole que se sentra junto a él. Jasmel así lo hizo, y él se inclinó hacia ella v empezó a susurrar, sus palabras casi inaudibles contra el estrépito del agua que salpicaba alrededor del peñasco. No había manera, estaba seguro, de que el Acompañante detectara lo que estaba diciendo. Y, mientras le contaba a Jasmel su plan, vio crecer en su rostro una pícara sonrisa.

Ponter estaba sentado en el sofá del despacho de Reuben. Todos los demás se habían acostado... aunque era evidente que Reuben y Loui*se,* en la habitación de al lado, no estaban durmiendo.

Ponter se sentía triste. Los sonidos y olores de ellos le recordaban a sí mismo y a Klast, a Dos convirtiéndose en Uno, todo lo que había perdido antes de venir a esa Tierra, y todo lo que había perdido desde entonces.

Había puesto la televisión y visto un canal dedicado a eso llamado *religión.* Parecía haber muchas variantes, pero todas ellas proponían un *Dios* (de nuevo aquel ridículo concepto) y un universo de edad finita, y a menudo ridículamente joven, además de una especie de existencia tras la muerte para el... no había palabra Neanderthal para ello, pero

Librodot

«alma» era el término que Mare había empleado. Resultó que el símbolo que Mare llevaba al cuello era un signo de esa religión concreta a la que seguía, y el tejido que envolvía la cabeza del doctor Singh era el signo de una religión diferente.

Ponter había quitado el sonido de la televisión: había sido bastante sencillo encontrar el control adecuado, aunque no creía que nada de lo que pudiera hacer molestara a la pareja de la habitación de al lado.

-¿Cómo te encuentras? -preguntó la voz de Klast, y Ponter sintió que el corazón le daba un vuelco.

¡Klast!

La querida Klast, contactando con él desde...

¡Desde la *otra vida!*

Pero no.

No, naturalmente que no.

Era sólo Hak hablando con él. Ponter tendría ahora presumiblemente que oír a Hak hablando para siempre con la voz de Klast, si quería otra cosa que no fuera aquella personalidad masculina neutra con la que el aparato venía preprogramado. Sin duda no habría forma de acceder al equipo necesario para reprogramar el implante.

Ponter dejó escapar un largo suspiro y contestó a la pregunta de Hak.

-Estoy triste.

-¿Pero te estás ajustando? Estabas muy tembloroso cuando llegamos aquí.

Ponter se encogió un poco de hombros.

-No lo sé. Todavía estoy confuso y desorientado, pero... Ponter imaginó a Hak asintiendo compasivamente en alguna parte.

-Hará falta tiempo -dijo la Acompañante, todavía con la voz de

Klast.

-Lo sé. Lo sé. Pero tengo que acostumbrarme, ¿no? Parece que voy... que vamos a pasarnos aquí el resto de la vida, ¿no?

-Me temo que sí -dijo Hak amablemente.

Ponter guardó silencio un momento, y Hak no insistió. Finalmente, Ponter dijo:

-Supongo que será mejor que acepte los hechos. Será mejor que empiece a planear una vida aquí.

40

SÉPTIMO DÍA
JUEVES, 8 DE AGOSTO
148/104/01

BÚSQUEDA DE NOTICIAS Palabra(s) clave: *Neanderthal*

Marissa Crothers, diputada de la oposición, denunció hoy en el Parlamento que el falso Neanderthal era un débil intento por parte del Gobierno del Partido Liberal por ocultar el abyecto fracaso del proyecto del Observatorio de Neutrinos de Sudbury, que costó 73 millones de dólares...

«¡Dejen de acosar al cavernícola!» Ése era el sentimiento expresado en la pancarta que llevaba un manifestante estadounidense durante la larga protesta celebrada hoy ante la embajada canadiense en Washington. «¡Compartan a Ponter con el mundo!», decía otra...

Invitaciones enviadas a Ponter Boddit para visitas con todos los gastos pagados recibidas en el *Sudbury Star:* de Disneylandia; del Anchor Bar and Grill, los creadores de las alitas de pollo originales, en Buffalo, Nueva York; del palacio de Buckingham; del Centro Espacial Kennedy; de Science North; del museo de ovnis en RoswelI Nuevo México; del club de striptease Zanzibar, de Toronto; de la sede de Microsoft; de la Convención Mundial de Ciencia Ficción del año que viene; del Museo Neanderthal de Mettmann, Alemania; del Yankee Stadium. También se recibieron ofertas de encuentros con los ministros francés y mexicano; el primer ministro japonés y la familia real; el Papa; el Dalai Lama; Nelson Mandela; Stephen Hawking y Anna Nicole Smith.

Pregunta: ¿Cuántos Neanderthales hacen falta para enroscar una bombilla? Respuesta: Todos ellos.

... y por eso este columnista insta a que se ciegue la mina Creighton, para impedir que un ejército de Neanderthales invada nuestro mundo a través del portal que hay en sus entrañas. La última vez que nuestra especie luchó con ellos, ganamos. Esta vez el resultado podría ser muy distinto...

Propuesta de trabajo: Memética y disyuntiva epistemológica entre el *H. neanderthalensis y* el *H. sapiens...*

Un portavoz del Centro de Control y Prevención de Enfermedades de Atlanta, Georgia, alabó hoy la rápida respuesta del Gobierno canadiense ante la llegada de un potencial vector de plaga. «Creemos que actuaron adecuadamente -dijo la doctora Ramona Keitel-. Sin embargo, no hemos encontrado ningún patógeno en los especímenes que nos han enviado para analizar...»

Todo salió a la perfección. Ponter y Mary salieron de la casa de Reuben poco después de las ocho de la mañana, se abrieron paso entre los árboles de la parte trasera de su propiedad y saltaron la verja sin ser vistos. El sentido del olfato de Ponter los ayudó a evitar al oficial de policía que patrullaba por la zona a pie.

El amigo de Louise estaba en efecto esperándolos. Garth resultó ser un canadiense nativo guapo y musculoso de unos veinticinco años. Era extremadamente amable y llamaba a Mary (para su deleite) «señora» y a Ponter «señor». Los llevó en coche hasta la cercana mina Creighton. Los guardias de seguridad reconocieron a Mary (y a Ponter también, naturalmente) y los dejaron entrar. Allí, Mary y Ponter pasaron a su Neon rojo alquilado, que había adquirido una pátina de polvo y cagadas de pájaro mientras esperaba en el aparcamiento.

Mary sabía adónde ir. La noche anterior, le había preguntado a Ponter:

-¿Hay algún sitio concreto a donde te gustaría ir mañana? Y Ponter asintió.

-A casa -dijo-. Llévame a casa.

Mary se sintió muy triste por él.

-Ponter, lo haría si pudiera, pero no hay manera. Lo sabes: no tenemos la tecnología necesaria.

-No, no -dijo Ponter-. No me refería a mi casa en mi mundo. Me refiero a mi casa en *este* mundo: al lugar en esta versión de la Tierra que se corresponde con donde está mi casa.

Mary parpadeó. Nunca había pensado en eso.

-Um, sí, claro. Si quieres verlo... ¿Pero cómo lo encontraremos? Quiero decir: ¿qué puntos característicos reconocerás?

-Si me enseñas un mapa detallado de esta zona, yo puedo localizar el lugar, y luego iremos allí.

La clave de acceso de Reuben les permitió entrar en la web privada de Inco, que contenía mapas geológicos de toda la cuenca de Sudbury. Ponter no tuvo ningún problema para reconocer los contornos de la tierra y en encontrar el lugar que quería, situado a unos veinte kilómetros de la casa de Reuben.

Mary llevó en coche a Ponter lo más cerca que pudo del lugar indicado. La mayoría del terreno que rodeaba la ciudad de Sudbury estaba cubierto de macizos rocosos, bosques y matorrales bajos. Tardaron horas en recorrerlo, y aunque Mary no era buena atleta (jugaba de vez en cuando un ocasional y mediocre partido de tenis) disfrutó del ejercicio, al menos durante un rato, después de haber estado retenida tanto tiempo en casa de Reuben.

Finalmente, rebasaron un risco, y Ponter dejó escapar un gritito de placer.

-¡Allí! -dijo-. ¡Allí mismo! Ahí es donde estaba mi casa... quiero decir: ahí es donde *está* mi casa.

Mary miró alrededor, observando el lugar: a un lado había grandes álamos mezclados con delgados abedules, de corteza blanca; al otro lado, un lago, en cuya superficie flotaban los patos. Una ardilla negra correteaba por el terreno. En el lago desembocaba un arroyo borboteante.

-Es precioso -dijo Mary.

-Sí -dijo Ponter, entusiasmado-. Naturalmente, la vegetación es completamente distinta a la de mi Tierra. Me refiero a que las plantas son principalmente del mismo tipo aunque distribuidas de un modo distinto. Pero los macizos de roca son muy similares... ¡y ese peñasco del arroyo! ¡Cómo conozco ese peñasco! A menudo me siento allí para leer.

Ponter había echado a correr, alejándose de Mary.

-Aquí..., ¡aquí mismo! está nuestra puerta trasera. Y allí... eso es nuestro comedor. -Corrió un poco más-. Y el dormitorio está aquí, justo bajo mis pies.

Hizo un ademán para abarcarlo todo.

-Ésta es la vista que tenemos desde el dormitorio.

Mary siguió su mirada.

-¿Y puedes ver mamuts, aquí, en tu mundo?

-Oh, sí. Y ciervos. Y alces.

Mary llevaba un top suelto y pantalones anchos.

-¿No tienen mucho calor los mamuts en verano, con toda esa piel?

-Cambian casi todo el pelaje en verano -dijo Ponter, acercándose a ella. Cerró los ojos-. Los sonidos -dijo ansiosamente-. El rumor de las hojas, el zumbido de los insectos, el arroyo y... ¡allí! ¿Lo oyes? La llamada de un somormujo. -Sacudió levemente la cabeza, asombrado-. Suena igual.

Abrió los ojos, y Mary pudo ver que sus iris dorados estaban ahora rodeados de rosa.

-Tan cerca -dijo, y la voz le temblaba un poco-. Tan cerca. Si pudiera...

Cerró de nuevo los ojos, con fuerza, y todo su cuerpo se sacudió ligeramente, como si estuviera intentando por pura fuerza de voluntad cruzar al otro mundo.

Mary sintió que se le rompía el corazón. Debe de ser horrible, pensó, ser arrancado de tu mundo y lanzado a otro lugar... a un sitio tan similar y sin embargo tan extraño. Alzó la mano, sin estar segura del todo de lo que pretendía. Ponter se volvió hacia ella, y ella no supo decir, no sabía, no estaba segura de cuál de los dos se movió primero hacia el otro, pero de repente estuvo rodeando con sus brazos el ancho torso de él, *y* él apoyó la cabeza contra su hombro *y* su cuerpo se estremeció mientras lloraba y lloraba *y* lloraba *y* Mary acariciaba su largo pelo rubio.

Marv trató de recordar la última vez que había visto llorar a un hombre. A Colm, supuso... no por ninguno de los problemas de su matrimonio; no, ésos los soportó en pétreo

silencio. Fue cuando la madre de Colm murió. Incluso entonces, él había intentado hacerse el fuerte y dejó caer sólo unas pocas lágrimas. Pero Ponter lloraba sin pudor, por el mundo que había perdido, el amante que había perdido, las hijas que había perdido, y Mary lo dejó llorar hasta que se sintió bien y estuvo dispuesto a dejarlo.

Cuando lo hizo, la miró v abrió la boca. Mary esperaba que Hak tradujera sus palabras por «Lo siento»: ¿no es eso lo que se supone que dice un hombre después de llorar, después de bajar la guardia, después de revolcarse en la emoción? Pero no, no fue eso lo que sucedió.

-Gracias -dijo Ponter, simplemente.

Marv le sonrió cálidamente v él le devolvió la sonrisa.

Jasmel Ket empezó el día yendo a buscar a Lurt, la mujer de Adikor. Como no era de extrañar, Lurt se hallaba en su laboratorio de química, concentrada en el trabajo.

-Día sano -dijo Jasmel, tras atravesar la puerta cuadrada.

-¿Jasmel? ¿Qué estás haciendo aquí?

-Adikor me pidió que viniera.

-¿Se encuentra bien?

-Oh, sí. Está bien. Pero necesita un favor.

-Por él, lo que sea -dijo Lurt. Jasmel sonrió.

-Esperaba que dijeras eso.

Habían tardado más de lo previsto en ir caminando desde el coche de Marv hasta el emplazamiento de la casa de Ponter, y, naturalmente, el mismo tiempo a la vuelta. Para cuando llegaron al coche, eran más de las siete de la tarde.

Los dos tenían bastante hambre después de aquella caminata y, mientras conducía, Mary sugirió que tomaran algo. Cuando llegaron a un pequeño albergue campestre, con un cartel que anunciaba que servían venado, Mary paró.

-¿Qué te parece? -preguntó.

-No soy ningún adjudicador de esas cosas -dijo Ponter-. ¿Qué clase de comida proporcionan?

-Venado.

Bliip.

¿Qué es eso?

-Ciervo.

-¡Ciervo! -exclamó Ponter-. ¡Sí, ciervo sería maravilloso!

-Yo nunca he probado el venado.

-Te gustará -dijo Ponter.

El comedor del albergue sólo tenía seis mesas, y a esa hora no había nadie comiendo. Mary y Ponter se sentaron el uno frente al otro, con una vela blanca encendida entre ellos. El plato principal tardó casi una hora en llegar, pero ella, al menos, disfrutó de un poco de pan con mantequilla. Mary hubiese querido ensalada César como entrante, pero ya se sentía bastante molesta cuando el aliento le olía a ajo delante de humanos normales: desde luego, no quería arriesgarse a molestar a Ponter. Por eso, tomó la ensalada de la casa, con salsa vinagreta y tomates secos. Ponter también tomó la ensalada de la casa, y aunque dejó a un lado los trocitos de pan frito, pareció gustarle todo lo demás.

Mary también pidió un vaso del tinto de la casa, que resultó notablemente potable.

-¿Puedo probarlo? -preguntó Ponter cuando se lo sirvieron. Mary se sorprendió. Él había rechazado probarlo cuando le ofrecieron el vino de Louise en la cena en casa de Reuben.

-Claro.

Le tendió el vaso y él tomó un sorbito, luego dio un respingo. -Tiene un sabor fuerte -dijo.

Mary asintió.

-Acaba por gustarte.

Ponter le devolvió el vaso.

-Tal vez -dijo.

Mary se tomó despacio el vino, saboreando la taberna rústica y encantadora... y la compañía de aquel hombre tan agradable.

El tabernero, un hombre algo calvo, obviamente sabía quién era Ponter: su aspecto, después de todo, era sorprendente, y hablaba en voz baja en su propio lenguaje, para que Hak pudiera traducir sus palabras. Finalmente, acabó por ser demasiado para el hombre.

-Lo siento -dijo, acercándose a la mesa-, pero, señor Ponter, ¿podría darme su autógrafo?

Mary oyó pitar a Hak, y Ponter alzó la ceja.

-Autógrafo -dijo Mary-. Eso es tu propio nombre, escrito. La gente colecciona esas cosas de los famosos.

Otro *bliip.*

-Famosos -repitió Mary-. Gente que es conocida. Celebridades. Eso es lo que tú eres.

Ponter miró al hombre, asombrado.

-Yo... me sentiría honrado -dijo por fin.

El hombre le tendió un bolígrafo a Ponter, y luego la libretita que usaba para anotar las comandas, ofreciendo su reverso de cartulina blanca. La colocó en la mesa ante Ponter.

-Normalmente se escriben unas cuantas palabras además de tu nombre -dijo Mary-. «Con mis mejores deseos», o algo así.

El tabernero asintió.

-Sí, por favor.

Ponter se encogió de hombros, claramente turbado por todo, y luego escribió una serie de símbolos en su propio idioma. Le devolvió el bolígrafo y la libreta al hombre, quien se marchó encantado.

-Le has alegrado el día -dijo Mary cuando desapareció.

-¿El día? -repitió Ponter, sin comprender la expresión.

-Quiero decir que siempre recordará el día de hoy gracias a ti.

-Ah -dijo Ponter, sonriéndole por encima de la vela-. Y yo siempre recordaré este día gracias a ti.

41

Suponiendo que Lurt pudiera conseguirlo, Adikor tendría acceso al laboratorio de cálculo cuántico al día siguiente. Pero antes necesitaba tomar unas cuantas medidas.

Saldak era una ciudad grande, pero Adikor conocía a la mayoría de los científicos y técnicos de su Borde, y a buena parte de los que vivían en el Centro. En particular, era amigo de uno de los ingenieros que mantenían los robots mineros. Dern Kord era un hombre gordo y jovial: había quienes decían que dejaba que los robots hicieran demasiado de su labor. Pero un robot era lo que necesitaba ese trabajo. Adikor fue a ver a Dern; ahora que había atardecido, Dern ya tenía que haber vuelto a casa.

La casa de Dern era grande y espaciosa; el árbol que formaba el grueso de su forma debía de tener un millar de meses de edad, remontándose a los mismos principios de la arboricultura moderna.

-Día... bueno, tarde sana -dijo Adikor al llegar. Dern estaba sentado en el patio, leyendo algo en un bloque de datos iluminado. Una fina malla entre el suelo del patio y la abertura sobre él mantenía a raya a los insectos.

-¡Adikor! Pasa, pasa... cuidado con la lona, no dejes que los bichos te sigan. ¿Quieres beber algo? ¿Carne?

Adikor negó con la cabeza.

-No, gracias.

-Entonces ¿qué te trae por aquí? -preguntó Dern.

-¿Cómo están tus ojos? -preguntó Adikor-. Tu visión. Dern hinchó las aletas de la nariz al oír la extraña pregunta. -Bien. Tengo gafas, naturalmente, pero no las necesito para leer... al menos no este bloque: sólo hace falta elegir los símbolos más grandes.

-Ponte las gafas -dijo Adikor-. Hay algo que quiero mostrarte.

Dern parecía desconcertado, pero entró en la casa. Un momento después salió con un par de gafas unidas a una ancha banda de tela elástica. Se pasó la banda elástica por encima de la cabeza, hasta llevarla al hueco tras su entrecejo. Las lentes estaban sujetas con goznes; se las colocó sobre los ojos y miró a Adikor, expectante.

Adikor metió la mano en la faltriquera que llevaba sujeta a la cadera izquierda y sacó la hoja de fino plástico que había escrito aquella tarde. Adikor había trazado los símbolos lo más pequeños posible: había tenido que buscar un punzón con la punta muy fina. La resolución de los escáneres había mejorado desde que se habían grabado aquellas imágenes de Adikor golpeando a Ponter, pero todavía había un límite a los detalles que podían distinguir. A Adikor le había dado calambres en la mano derecha escribiendo los ideogramas más pequeños de lo que pudiera leer nadie en el edificio de archivos.

-¿Qué es esto? -dijo Dern, tomando la hoja y mirándola-. ¡Oh! -exclamó mientras empezaba a leer-. ¡De verdad! ¿Eso crees? Bueno, bueno... No puedo dejarte uno nuevo, por supuesto... no si hay posibilidades de que vayas a perderlo. Pero tengo varios antiguos que van a ser decomisados. Uno de ésos valdrá.

Adikor asintió.

-Gracias.

-Ahora, ¿cuándo y dónde lo necesitas?

Adikor estuvo a punto de hacerlo callar, pero a pesar de toda su charlatanería, Dern no era ningún idiota. Asintió tras encontrar la información que buscaba en la hoja.

-Sí, eso está bien. Estaré aquí, esperándote.

Después de cenar, subieron al coche de Mary y se dirigieron hacia Sudbury.

-Me lo he pasado bien hoy -dijo Ponter-. Pero supongo que ahora debería ver otros lugares.

Mary sonrió.

-Hay todo un ancho mundo ahí fuera esperando a conocerte.

-Lo comprendo -dijo Ponter-. Y debo aceptar mi nueva vida como una... curiosidad.

Mary abrió la boca para protestar, pero no se le ocurrió nada que decir. Ponter *era* una curiosidad: en un siglo más cruel, habría acabado como rareza de circo. Finalmente, dejó pasar el comentario y dijo:

-Nuestro mundo tiene mucha variedad. Quiero decir, geográficamente no será más variado que el tuyo, estoy segura, pero tenemos muchas culturas, muchos tipos de arquitectura, muchos edificios antiguos.

-Comprendo que debo viajar; que debo contribuir -dijo Ponter-. Había pensado en quedarme aquí, quedarme cerca de Sudbury, por si acaso, de algún modo, el portal volviera a abrirse, pero ya han pasado demasiados días. Estoy seguro de que Adikor lo ha intentado; por tanto, debe de haber fracasado... las condiciones no serán reproducibles.

Mary notó el creciente tono de reacia aceptación tras sus palabras. -Sí, iré a donde tenga que ir. Me iré lejos de aquí.

Estaban ya lejos de las luces del albergue y del pueblecito del que formaba parte. Mary miró por su ventanilla, contemplando el cielo.

-Dios mío -dijo.

-¿Qué? -preguntó Ponter.

-¡Mira todas esas estrellas! ¡Nunca he visto tantas!

Mary aparcó el coche a un lado de la carretera comarcal, internándose en el arcén y apartándose del tráfico que pudiera venir. -Tengo que echar un vistazo.

Salió del coche, y Ponter hizo lo mismo.

Es precioso -dijo Mary, echando atrás la cabeza.

-Siempre me gusta el cielo de noche -dijo Ponter.

-Nunca puedo verlo así -explicó Mary-. No en Toronto -bufó-. Vivo en una calle llamada Observatory Lane, pero tienes suerte si puedes ver unas pocas docenas de estrellas incluso en la noche más oscura del invierno.

-Nosotros no iluminamos el mundo exterior de noche.

Mary sacudió asombrada la cabeza, imaginando cómo sería no necesitar farolas, no necesitar protegerte de tu propia especie. Pero de pronto su corazón dio un brinco.

-Hay algo en los matorrales -dijo en voz baja.

En realidad no podía ver a Ponter más que como un vago contorno, pero lo oyó inhalar profundamente.

-Sólo una mofeta -dijo él-. Nada de lo que preocuparse.

Mary se relajó y alzó la cabeza para seguir contemplando el cielo. Le crujió un poco el cuello al hacerlo, pues no era una postura cómoda. Pero entonces recordó sus años adolescentes. Se acercó a la parte delantera del Neon, se subió a la capota y se acomodó contra el parabrisas en la parte del conductor. Palpó la capota junto a ella.

-Ven, Ponter. Siéntate.

Ponter se movió en la oscuridad y se subió también a la capota, y el metal gruñó mientras aceptaba su peso. Se apoyó contra el cristal junto a Mary.

-Solíamos hacer esto cuando yo era niña. Cuando mi padre nos llevaba de acampada.

-Es una forma magnífica de mirar el cielo -dijo Ponter. -¿Verdad que sí? -dijo Mary. Dejó escapar un largo suspiro de placer-. ¡Mira la Vía Láctea! ¡Nunca la había visto así!

-¿Vía Láctea? Oh, ya veo, sí. Nosotros lo llamamos el Río Nocturno.

-Es preciosa -dijo Mary. Miró a su derecha. La Osa Mayor se extendía por el cielo sobre los árboles.

Ponter volvió la cabeza también.

-Esa forma de allí -dijo-. ¿Cómo la llamáis?

-El Carro -dijo Mary-. Bueno, al menos esa parte... esas siete estrellas brillantes. Así es como la llamamos en Norteamérica. Los ingleses lo llaman «el Arado».

Bliip.

-Un apero de labranza.

Ponter se echó a reír.

-Tendría que haberlo sabido. Nosotros lo llamamos la Cabeza del Mamut. ¿Ves? Es un perfil. Ése es el tronco, que sale de la cabeza en forma de bloque.

-Oh, sí... lo veo. ¿Y esa otra en zigzag?

-La llamamos el Hielo Resquebrajado.

-Sí. Ya veo. Nosotros la llamamos Casiopea. Es el nombre de una antigua reina. La forma se supone que representa su trono.

-Um, ¿no le lastima el culo esa parte puntiaguda del centro? Mary se echó a reír.

-Ahora que lo mencionas... -Continuó mirando la constelación- . Oye, ¿cuál es esa mancha que tiene debajo?

-Eso es... no sé cómo la llamáis. Es la galaxia más cercana a la nuestra.

-¡Andrómeda! -declaró Mary-. ¡Siempre he querido ver Andrómeda! -Suspiró de nuevo y continuó mirando las estrellas. Había más de las que había visto en toda su vida-. Es tan hermoso, y... oh, vaya. ¡Oh, cielos! ¿Qué es eso?

La cara de Ponter estaba ahora ligeramente iluminada.

-Las luces nocturnas -dijo.

-¿Luces nocturnas? ¿Te refieres a la aurora boreal, las luces del norte?

-Están asociadas con el polo, sí.

-Guau -dijo Mary-. ¡La aurora boreal! Nunca la había visto tampoco.

Había sorpresa en la voz de Ponter.

-¿No?

-No. Yo vivo en Toronto. Eso está más al sur que Portland, Oregón. -Era un hecho que a menudo sorprendía a los estadounidenses, pero que probablemente no significaba nada para Ponter.

-Yo la he visto miles de veces. Pero nunca me canso de verla.

Los dos guardaron silencio un rato, disfrutando de las ondulantes cortinas de luz.

-¿Es lo corriente que tu gente no la vea?

-Supongo que sí -dijo Mary-. No muchos de nosotros vivimos en el extremo norte... o en el sur, ya puestos.

-Quizás eso lo explique.

-¿Qué?

-Que tu gente no sea consciente de los filamentos electromagnéticos que dan forma al universo: Lou y yo hablamos de esto. Esos filamentos estaban en las primeras luces nocturnas que identificamos. Ellas, en vez de ese Big Bang vuestro, son nuestra forma de explicar la estructura del universo.

-Bueno -dijo Mary-. No creo que vayas a convencer a mucha gente de que el Big Bang no tuvo lugar.

-Muy bien. Sentir la necesidad de convencer a los demás de que uno tiene razón es algo que procede de la religión, creo: yo simplemente me contento con saber que tengo razón, aunque los demás no lo sepan.

Mary sonrió en la oscuridad. Un hombre que lloraba abiertamente, un hombre que no siempre tenía que demostrar que tenía razón, un hombre que trataba a las mujeres con respeto y como iguales. *Todo un hallazgo,* como diría su hermana Christine.

Y, pensó Mary, estaba claro que Ponter la apreciaba... y, por supuesto, tenía que ser por su mente; debía de parecerle tan atractiva como él para... no, no para ella, ya no, sino para otras mujeres de la Tierra. Imagina: un hombre que la apreciaba por lo que era, no por lo que parecía.

Todo un hallazgo, en efecto, pero...

El corazón de Mary latió con más fuerza. La mano izquierda de Ponter había encontrado su mano derecha en la oscuridad, y había empezado a acariciarla suavemente.

Y de repente ella sintió cada músculo de su cuerpo tensarse. Sí, podía estar a solas con un hombre; sí, podía abrazar y consolar a un hombre, pero...

Pero no, era demasiado pronto para eso. Demasiado pronto. Mary apartó la mano, saltó de la capota del coche y abrió la puerta, las luces del cielo picoteándole en los ojos. Ocupó el asiento del conductor, y, al

cabo de un momento, Ponter ocupó el de al lado, con la cabeza gacha. Viajaron en silencio el resto del camino hasta Sudbury.

42

OCTAVO DÍA
VIERNES, 9 DE AGOSTO
148/119/02

BÚSQUEDA DE NOTICIAS Palabra(s) clave: *Neanderthal*

El grupo ecologista Amanecer Esmeralda ha reivindicado la responsabilidad de la bomba del Observatorio de Neutrinos de Sudbury. Bonnie Jean Mah, directora del ONS, dice que no hubo ninguna explosión y achaca la destrucción de las instalaciones a una rápida infusión de aire...

Las radiografías del cráneo de Ponter Boddit fueron puestas a la venta en eBay esta mañana. La puja alcanzó los 355 dólares antes de que la web de subastas online retirara la oferta, después de que un portavoz del Hospital Regional de Sudbury declarara en la CBC Radio que debían de ser falsas...

El dólar canadiense cayó más de dos tercios de centavo ayer, mientras las relaciones entre Canadá y Estados Unidos siguen mostrando signos de tensión por la cuestión de quién debería controlar el destino del cavernícola intruso...

Indicaciones del campamento Montego, en Ontario Norte, dicen que los Neanderthales no comparten todas nuestras creencias científicas. De hecho, en lo que seguro que es un guiño a los creacionistas, los Neanderthales al parecer rechazan el Big Bang, la explicación favorita de la ciencia para el origen del universo...

Rumores sin confirmar hoy señalan que Rusia apunta a Ontario con misiles balísticos intercontinentales de ojiva nuclear. «Si ha entrado una plaga en nuestro mundo, alguien tiene que estar dispuesto a esterilizar la zona infectada, por el bien de la humanidad», dijo una persona que se identificó como Yuri A. Petrov en un foro de noticias de Internet dedicado a asuntos sanitarios...

Ponter Boddit ha accedido a lanzar la primera pelota en el SkyDome el jueves próximo, cuando los Blue Jays se enfrenten a los New York Yankees...

«Según la encuesta online de la CNN, las tres principales preguntas que a la gente le gustaría formular al Neanderthal son: ¿Cómo son las mujeres en su mundo? ¿Qué le pasó a nuestra especie de humanos en su mundo? ¿Cree usted en Jesucristo?»

Lurt, la mujer-compañera de Adikor, tenía derecho a ver su propio archivo de coartadas cada vez que quisiera. De hecho, había tenido motivos para acceder a él hacía unos pocos meses, cuando una fórmula que había escrito en el muropizarra había sido borrada accidentalmente por una aprendiza. En vez de intentar recrearla, simplemente fue al edificio de archivos, accedió a su grabación de coartadas, encontró una imagen buena y clara de la pizarra y anotó la cadena de símbolos.

A causa de su reciente visita, Lurt sabía que su cubo de coartadas estaba alojado en el receptáculo 13.997; se lo dijo a la mantenedora de coartadas, en vez de esperar a que lo

buscara en su ordenador. La mantenedora acompañó a Lurt hasta el nicho, y Lurt volvió su Acompañante hacia el ojo azul.

-Yo, Lurt Fradlo, deseo acceder a mi propio archivo de coartadas por razones de curiosidad personal. Sello temporal.

El ojo se volvió amarillo: el cubo reconocía que Lurt era realmente quien decía ser.

La archivera alzó su Acompañante.

-Yo, Mabla Dabdalb, mantenedora de coartadas, certifico por tanto que la identidad de Lurt Fradlo ha sido confirmada en mi presencia. Sello temporal.

El ojo se volvió rojo sangre y su altavoz sonó.

-Muy bien -dijo la mantenedora-. Puede usar el proyector de la sala cuatro.

Dabdalb se dio la vuelta para marcharse y Lurt la siguió. Entró en la sala cuatro, que era una cámara pequeña con una sola silla. En algún lugar, en una de las otras salas, Lurt imaginó a un controlador vigilando las transmisiones de Adikor en tiempo real, a medida que eran recibidas y grabadas.

Pero ver algo ya grabado era distinto de intentar grabar y reproducir al mismo tiempo. Lurt tiró de las clavijas de control, seleccionó un día al azar, y vio cómo la holoburbuja ante ella se llenaba de imágenes banales de su trabajo en el laboratorio. Mientras las imágenes iban pasando, Lurt salió de la cámara como para ir al cuarto de baño. Cuando llegó a un pasillo donde no había nadie, se puso un par de guantes para cenar, sacó el aparatito que había traído consigo, lo activó y lo dejó caer en un tubo de reciclaje. Luego se quitó los guantes.

Bolbay estaba equivocada, pensó Lurt, silbando mientras regresaba a la cámara de visión. Las profundidades de la Tierra no eran el lugar perfecto para cometer un crimen sin ser observado. No, el lugar perfecto era allí dentro del pabellón de archivos, cuando nadie más te estaba mirando y tu propio cubo de coartadas estaba reproduciendo en vez de grabando...

Su primera idea había sido usar sulfuro de hidrógeno, que seguramente habría surtido el efecto deseado. Pero las concentraciones superiores a quinientas partes por millón podían ser fatales incluso en un corto periodo de tiempo. Luego pensó en almizcle de mofeta pero, cuando la buscó, la fórmula era compleja: transdibutenotiol, trimetilbutanetiol, transdibutenil tioacetato, y más. Finalmente, se contentó con sulfuro de amonio, el favorito de los niños traviesos que no habían aceptado aún el hecho de que sus Acompañantes grababan sus acciones.

Poseer un agudo sentido del olfato tenía sin duda sus ventajas, aunque Lurt había oído decir que el motivo por el que la gente comía tan pocas plantas (cuando otros primates se nutrían de ellas) era que la extrema sensibilidad a los olores hacía difícil tolerar la flatulencia que provoca una dieta rica en vegetales. De todas formas, eso era justo lo que había ordenado el médico... aunque el médico fuera un físico que intentaba escapar de la cuchilla del Gobierno.

A Lurt le pareció que lo olía la primera, antes que nadie, aunque su sala de visión no era la más cercana al pasillo donde había dejado el artilugio. Pero claro, ella lo estaba esperando, y sin duda dilataba las aletas de la nariz, expectante. Pero se negó a ser la primera en reaccionar. Se sentó hasta que oyó a los otros correr, y entonces salió de su sala, intentando no atragantarse con el horrible hedor. Un tipo grande y fornido salió de una de las salas de visión, cubriéndose la nariz con una mano. Lurt pensó que tal vez fuera el controlador que vigilaba las transmisiones de Adikor, y lo confirmó cuando, al salir ella misma, vio la holoburbuja que el hombre había estado contemplando, donde aparecían Jasmel v Adikor saliendo de la casa de Adikor.

-¿Qué es ese horrible olor? -dijo una vacilante Dabdalb, la mantenedora de coartadas, mientras Lurt pasaba junto a ella.

-¡Es horrible! -dijo otro cliente, corriendo hacia el vestíbulo. -¡Abrid las ventanas! ¡Abrid las ventanas! -gritó un tercero. Lurt se unió a la pequeña multitud que salía al aire claro y limpio del exterior del edificio. Sabía que pasaría al menos un cuarto de día antes de que el olor se disipara y fuera posible volver al interior.

Librodot

Esperaba que fuera tiempo suficiente para que Adikor consiguiera lo que pretendía.

Mary fue a la Universidad Laurentian a la mañana siguiente, tras haber conseguido librarse de los periodistas que esperaban en el vestíbulo del Ramada. Se sintieron decepcionados porque Ponter no estaba alojado allí también. Al parecer Reuben le había dado a entender a los periodistas que podría estarlo... presumiblemente para alejarlos de la pista de Ponter; Mary lo había devuelto a la casa de Reuben la noche anterior, y, por lo que sabía, allí seguía.

A las diez y media de la mañana se sorprendió al encontrar a Louise Benoit en el pasillo del laboratorio de genética de la universidad. Louise llevaba unos ceñidos vaqueros recortados y una camiseta blanca atada en un nudo por encima de su liso vientre. Bueno, pensó Mary, hacía calor, pero desde luego... parecía que estuviera pidiendo...

No.

Mary se maldijo. Sabía que no era así. No importaba cómo se vistiera una mujer, tenía derecho a la seguridad, a poder caminar sin ser molestada.

Mary decidió ser amistosa y pronunció las pocas palabras que sabía en francés.

-*Bonjour* -dijo mientras se acercaba a Louise-. *Comment ca va?* -Estoy bien. ¿Y tú?

-Bien. ¿Qué te trae por aquí?

Louise señaló pasillo abajo.

-Iba a visitar a unos amigos que conozco del departamento de física. No tengo nada que hacer en el ONS ahora mismo. Han terminado de achicar el agua de la cámara de detección y un equipo de los fabricantes originales está empezando a montar de nuevo la esfera, aunque eso llevará semanas. Así que se me ha ocurrido charlar de una idea que tengo con un par de personas de aquí... a ver si podían llenar algunas lagunas.

Mary se acercó a las máquinas expendedoras de aperitivos, con idea de comprar una bolsa de patatas Miss Vickie's con sal marina y vinagre de malta, un capricho que sólo podía permitirse en el sentido económico, aunque hacía tiempo que tenía la costumbre de empezar la semana de trabajo con un paquete de 43 gramos.

-¿Y lo han hecho? -preguntó Mary-. ¿Han llenado alguna laguna?

Louise negó con la cabeza y siguió a Mary, mientras se encaminaba pasillo abajo.

-Bueno, ésas son las mejores ideas, ¿no?

-Supongo -dijo Louise. Cuando llegaron al vestíbulo, Mary buscó en su bolso, sacó unas monedas y las introdujo en la máquina expendedora. Louise, mientras tanto, compró una taza de café en otra máquina.

-¿Recuerdas esa reunión que tuvimos en la sala de Inco? -dijo Louise-. Bueno, como dije entonces, según la interpretación del multiuniverso de la mecánica cuántica, cada vez que un evento cuántico puede ir en dos direcciones, *va* en dos direcciones.

-Una división de la línea temporal -dijo Mary, apoyando el trasero en el brazo de un sillón tapizado en vinilo del vestíbulo.

-Oui-dijo Louise-. Bueno, me pasé algún tiempo hablando con Ponter sobre eso.

-Ponter lo mencionó. Debí de perdérmelo.

-Fue por la noche tarde y...

-¿Volviste a la habitación de Ponter después de que termináramos las lecciones de lengua? -Mary se sintió asombrada por el arrebato de (oh, Dios) *celos* que sentía.

-Claro. Me gusta estar despierta de noche, ya lo sabes. Quería saber más cosas sobre la visión que tienen los Neanderthales de la física.

-¿Y? -dijo Mary, intentando mantener un tono neutro.

-Bueno, es interesante -contestó Louise. Tomó un sorbo de café-. Aquí, en este mundo, tenemos básicamente dos interpretaciones de la mecánica cuántica: la de Copenhage y la del multiuniverso de Everett. La primera adjudica un papel especial al observador: la conciencia influye en la realidad. Bueno, esa idea causa incomodidad a muchos físicos: parece un

regreso al vitalismo. La interpretación del multiuniverso de Everett fue un intento de sortear eso. Según ésta, los fenómenos cuánticos crean nuevos universos constantemente con cada posible resultado de una interacción cuántica en un universo distinto. No hacen falta observadores para dar forma a la realidad; en cambio, toda realidad susceptible de existir se crea automáticamente.

-Vale -dijo Mary, no porque realmente comprendiera, sino porque decir otra cosa le habría valido un sermón aún más largo.

-Bueno, la gente de Ponter tiene *una sola* teoría de la mecánica cuántica, que es una especie de síntesis de nuestras dos teorías. Permite muchos mundos (es decir, universos paralelos), pero la creación de esos universos no depende de eventos cuánticos aleatorios. Sólo se da como resultado de las *acciones de observadores conscientes.*

-¿Por qué no tenemos nosotros la misma teoría única, entonces? -preguntó Mary, mordiendo una patata particularmente grande.

-En parte porque hay muchas fórmulas matemáticas irreconciliables con ambas interpretaciones -dijo Louise-. Y, naturalmente, tenemos el viejo problema de la política científica: los físicos que están a favor de la interpretación de Copenhage han dedicado sus carreras a demostrar que es cierta; lo mismo pasa con la gente que está de parte de Everett. No van a sentarse todos y decir: «Tal vez los dos tengamos razón en parte y tal vez los dos estemos equivocados en parte.»

-Ah -dijo Mary-. Es como el debate entre la continuidad regional y la sustitución en antropología.

Louise asintió.

-Si tú lo dices... Pero supongamos que la síntesis Neanderthal de la física cuántica sea correcta. Eso implica que la conciencia (la voluntad humana) tiene el poder de crear nuevos universos. Bueno, eso plantea una cuestión importante. Presumiblemente al principio, en el momento del Big Bang, sólo había un universo. Más tarde empezó a dividirse.

-Tenía entendido que Ponter no cree en el Big Bang -dijo Mary.

-Sí, al parecer los científicos Neanderthales piensan que el universo ha existido siempre. Creen que a gran escala los virajes al rojo (que son nuestra principal prueba de un universo en expansión) son proporcionales a la edad, no a la distancia. Es decir, que la masa varía con el tiempo. Y creen que la estructura general de las galaxias y los cúmulos galácticos se debe a monopolos y filamentos de vórtice magnético que captan plasma. Ponter dice que el fondo cósmico de microndas (que nosotros interpretamos como el residuo de la bola de fuego del Big Bang) es en realidad el resultado de los electrones atrapados en esos fuertes campos magnéticos que absorben y emiten microondas. La absorción y la emisión, repetidas por miles de millones de galaxias, suavizó el efecto, dice, produciendo el fondo uniforme que nosotros detectamos ahora.

-¿Y eso te parece posible?

Louise se encogió de hombros.

-Voy a tener que investigarlo. -Dio otro sorbo de café-. Pero, ¿sabes?, después de contarme todo eso, Ponter dijo algo sorprendente.

-¿Qué?

-Supongo que le enseñaste lo que es una misa, ¿no?

-Sí. En la tele.

Louise se sentó en uno de los sillones forrados de vinilo. -Bueno, al parecer esa noche estuvo viendo Vision TV, empapándose de más ideas religiosas. Dijo que nuestra historia de que el universo tiene un origen es sólo un mito creacionista, como el de la Biblia. «En el principio Dios creó los cielos y la tierra...», y todo eso. «Incluso vuestra ciencia está contaminada por este error de la religión», dijo Ponter. Mary se sentó también de manera correcta.

-Mira..., la física es tu campo, no el mío, pero tal vez Ponter tenga razón. Mencioné hace un momento la continuidad regional contra la sustitución; a veces eso se llama

Librodot

multirregionalismo contra marcharse de África. Hay quien ha comentado que la sustitución, que es lo que yo y otros genetistas apoyamos, es también básicamente una postura bíblica: la humanidad surgió toda en África, expulsada de un jardín, y hay una clara línea que nos separa del reino animal, incluidos otros miembros contemporáneos del género *Homo.*

-Es un punto de vista interesante -dijo Louise.

-Y se puede argumentar que la otra parte también defiende una interpretación bíblica: los paralelismos entre el multirregionalismo y las Diez Tribus Perdidas de Israel son bastante claros. Aparte de eso, está la hipótesis de la «Eva mitocondrial»: todos los humanos modernos se remontan en su origen a una sola mujer que vivió hace cientos de miles de años. Incluso el nombre de la teoría, ¡Eva!, demuestra a las claras que es una hipótesis que tiene apoyo más por sus resonancias bíblicas que por su calidad científica. -Mary hizo una pausa-. Bueno, lo siento, estabas hablando de la versión Neanderthal de la física cuántica...

-Sí, sí-dijo Louise-. Bueno, mi idea era: supongamos que ellos tienen razón en cómo se crean los universos paralelos, pero se equivocan en que este universo ha existido siempre. Si el universo tuvo un principio, entonces ¿cuándo se produjo esa primera división?

Mary frunció el entrecejo.

-Bueno, ummm, no lo sé. Supongo que la primera vez que alguien tomó una decisión.

-¡Exactamente! ¡Creo que es exactamente eso! ¿Y cuándo se tomó esa primera decisión? -Louise hizo una pausa-. ¿Sabes? Es interesante lo que dice Ponter sobre cómo nuestra visión científica del mundo es siempre, en el fondo, intentar decir las mismas cosas que dicen nuestros mitos de creación: el Big Bang y tu modelo de evolución homínida son los dos relatos modernos del Génesis. Bueno, tal vez yo sea víctima del mismo tipo de pensamiento. Después de todo, en la Biblia, la primera decisión que toma alguien que no sea Dios es la de Eva al aceptar la manzana (el pecado original) y, bueno, cabría pensar que eso dividió el universo. En una línea temporal, en la que supuestamente estamos, la humanidad fue expulsada del paraíso. En otra, no. De hecho, es un poco el caso de Ponter: un ser pasa de una versión de la realidad a otra.

Mary estaba completamente perdida.

-¿Qué quieres decir?

-Estoy hablando de María... ya sabes, profesora Vaughan. María, la madre de Jesús. Eres católica, ¿no? -Mary asintió-. Ya me había fijado en el crucifijo. -Mary bajó la mirada, sintiéndose vulnerable-. Yo también soy católica -continuó Louise-. Pues bueno, como católica, probablemente no cometerás el mismo error que mucha otra gente. La doctrina de la inmaculada concepción... mucha gente piensa que es un término que se refiere al nacimiento de Cristo a partir de una virgen, pero no es así, ¿verdad?

-No -dijo Mary-. No, se refiere a la concepción de la propia María. El motivo por el que pudo dar a luz al hijo de Dios fue que ella misma fue concebida libre del pecado original... Fue su concepción la que fue inmaculada.

-Exactamente. Bueno, ¿cómo encuentras a una persona sin pecado original en un mundo donde todo el mundo desciende de Adán y Eva?

-No tengo ni idea -dijo Mary, sinceramente.

-¿No lo ves? Es como si Ponter hubiera pasado a este universo desde otra línea temporal, la línea donde Eva nunca aceptó la manzana, la línea donde el hombre nunca cayó, la línea donde la gente vive sin la mancha del pecado original.

Mary asintió, vacilante.

-Eso podría discutirse.

Louise sonrió.

-Bueno, verás el paralelismo entre Ponter y la Virgen María dentro de un segundo. Déjame volver a mi pregunta anterior. He dicho que, si tenía razón, y el universo se divide cada vez que se toma una decisión, ¿cuándo se dividió por primera vez el universo? Y tú has respondido que la primera vez que alguien tomó una decisión. ¿Pero cuándo fue eso? No en la Biblia sino, bueno, en la realidad...

Mary tomó otra patata frita.

-Vaya, no lo sé. ¿La primera vez que un trilobite decidió ir a la izquierda en vez de a la derecha?

Louise depositó su vasito de cartón en una mesa.

-No, no lo creo. Los trilobites no tienen voluntad; ellos, y todas las otras formas primitivas de vida, son sólo máquinas químicas. Stephen Jay Gould no deja de hablar de rebobinar la cinta de la vida en sus libros y en conseguir un resultado distinto, y cuando lo dijo, creía que estaba haciendo una alusión a la teoría del caos. Pero se equivocaba. No importa cuántas veces pongas a un trilobite en la misma encrucijada, siempre tomará por el mismo camino. Un trilobite no piensa; no tiene conciencia. Sólo procesa los impulsos de sus sentidos y hace lo que éstos indican. No hace ninguna elección. Gould tenía razón, más o menos, al decir que si se cambiaran las condiciones iniciales, el resultado podría ser radicalmente diferente, pero rebobinar la cinta de la vida y repetirla de nuevo no produce un resultado más distinto que rebobinar una cinta de *Lo que el viento se llevó* y que acabe con Rhett y Escarlata juntos. Creo que las decisiones de verdad, decisiones reales, decisiones *conscientes,* emergieron mucho, mucho más tarde. Creo que *nosotros,* el *Homo sapiens,* fuimos los primeros seres conscientes de este planeta.

-Hay innumerables muestras de conducta sofisticada por parte de los primitivos -dijo Mary-. Del *Homo ergaster,* el *Homo erectus, el Homo habilis,* incluso los australopitecos *y Kenyanthropus.*

-Bueno, ya sé que éste es tu campo, profesora Vaughan... ¿De verdad se había pasado todo el tiempo que había durado la cuarentena sin llamarla Mary?-, pero he estado leyendo sobre el tema en la Red. Por lo que sé, esos primeros tipos humanos no tenían una conducta más sofisticada que la de un castor que construye una presa.

-Hicieron herramientas -dijo Mary.

-*Oui.* Pero ¿no eran herramientas copiadas, prácticamente idénticas, creadas a miles a lo largo de siglos? ¿Todas siguiendo el mismo molde mental, el mismo diseño?

Mary asintió.

-Así es.

-Sin duda tenía que haber alguna diferencia natural entre esas herramientas de piedra -dijo Louise-, ya fuese por los accidentes casuales o por las diferencias aleatorias al tallar la piedra. Si había conciencia en funcionamiento, incluso sin elaborar una idea propia mejor, los primeros humanos deberían haber visto que algunas herramientas eran mejores que otras. No se puede decir que se sacaran la rueda del sombrero; primero empezarían con un bloque de cinco lados, luego accidentalmente crearían otro de seis... y advirtieron que rodaba algo mejor. Con el tiempo, hallarían la que fuese perfectamente redonda. Mary asintió.

-Pero si no hay ninguna conciencia en funcionamiento -dijo Louise-, simplemente descartas la versión mejor porque no encaja con el molde mental de lo que se suponía que tenía que ser producido. ¿De acuerdo? Y eso es lo que sucede con las herramientas del arsenal arqueológico: en vez de mostrar un refinamiento gradual a lo largo del tiempo, permanecen iguales. Y la única explicación que se me ocurre es que no había ninguna selección consciente de las mejores variantes: el que hacía las herramientas simplemente no era consciente, no podía ver que una forma concreta de golpear la piedra producía algo mejor. El diseño estaba estancado.

-Interesante punto de vista -dijo Mary, sinceramente impresionada.

-Y cuando vemos la compleja conducta repetitiva de otros animales, por ejemplo al construir una presa, lo llamamos instinto, y eso es lo que era esa forma de crear herramientas. No, hasta el *Homo sapiens* no hubo ninguna conciencia, *y* ahí está la clave: durante los primeros sesenta mil años de existencia del *Homo sapiens,* no *hubo conciencia ninguna.*

-¿De qué estás hablando?

Librodot

-¿Cuándo aparecieron los primeros humanos anatómicamente modernos? -preguntó Louise, haciéndose de nuevo con su café.

-Hace cien mil años.

-Es la misma cifra que vi en la Red. Veamos, ¿lo he entendido bien? Hace cien mil años aparecieron unas criaturas que se parecían exactamente a nosotros, y que caminaban exactamente igual que nosotros, ¿no? Criaturas con un cerebro de la misma forma y tamaño que el nuestro, a juzgar por sus cavidades craneanas.

-Así es -dijo Mary. Se había terminado las patatas y sacó unos pañuelos de papel de su bolso para limpiarse el aceite de los dedos.

-Pero -dijo Louise-, según lo que he leído, durante sesenta mil años no tuvieron ningún pensamiento. Durante sesenta mil años, no hicieron nada que no fuera instintivo. Pero luego, hace cuarenta mil años, todo cambió.

Mary abrió mucho los ojos.

-El Gran Salto Adelante.

-¡Exactamente!

Mary sintió que el corazón le latía con fuerza. El Gran Salto Adelante era el término que algunos antropólogos daban al despertar cultural que había tenido lugar hacía cuarenta mil años: otros lo llamaban la Revolución del Paleolítico Superior. Como había dicho Louise, los seres humanos de aspecto moderno llevaban vivos seiscientos siglos a esas alturas, pero no habían creado ningún arte, no adornaban sus cuerpos con joyas y no enterraban a sus muertos con sus pertenencias. Pero de manera simultánea, hacía cuarenta mil años, de repente los humanos empezaron a pintar hermosas imágenes en las paredes de las cuevas, llevaban collares y brazaletes y enterraban a sus seres queridos con comida y herramientas y otros objetos de valor que sólo podían ser útiles en una supuesta otra vida. El arte, la moda y la religión aparecieron simultáneamente; en efecto, un gran salto adelante.

-Entonces, ¿lo que estás diciendo es que algunos CroMagnons empezaron de pronto hace cuarenta mil años a tomar decisiones y el universo empezó a dividirse?

-No exactamente -contestó Louise. Había terminado su primer café; se levantó y compró un segundo-. Piensa en esto: ¿qué *causó* el Gran Salto Adelante?

-Eso no lo sabe nadie.

-Para todos los propósitos e intenciones, es un punto de inflexión, en los anales arqueológicos, que muestra el amanecer de la conciencia, ¿no te parece?

-Supongo que sí.

-Pero ese amanecer no va acompañado de ningún cambio físico notable. No es que una nueva forma de ser humano apareciera de pronto y empezara a hacer arte. Los cerebros *capaces* de conciencia habían existido durante sesenta mil años, pero no eran conscientes. Y entonces, sucedió algo.

-El Gran Salto Adelante, sí. Pero, como decía, nadie sabe qué lo causó.

-¿Has leído a Roger Penrose? *¿La nueva mente del emperador?*

Mary negó con la cabeza.

-Penrose es un matemático de Oxford. Sostiene que la mente humana es de naturaleza mecánicocuántica.

-¿Y eso qué significa?

-Significa que lo que nosotros consideramos inteligencia, conciencia del yo, no surge de una red bioquímica de neuronas, ni de algo así de burdo. Más bien, surge de procesos cuánticos. Específicamente, él y un anestesista llamado Hameroff sostienen que la superposición cuántica de electrones aislados en los microtúbulos de las células del cerebro crean el fenómeno de la conciencia.

-Ah -dijo Mary, vacilante.

Louise tomó un sorbo de su nuevo café.

-Bueno, ¿no lo ves? Eso explica el Gran Salto Adelante. Cierto, nuestros cerebros eran tal como son hoy desde hace cien mil años, pero la conciencia no comenzó hasta que se

produjo un evento mecánicocuántico, presumiblemente al azar: la creación sola y única de un nuevo universo que sucedió como piensa Everett.

Mary asintió; sí que era una idea interesante.

-Y los eventos cuánticos, por propia naturaleza, tienen *múltiples* resultados posibles -dijo Louise-. En vez de esa fluctuación cuántica, o lo que quiera que fuese, creando conciencia en el *Homo sapiens, lo* mismo podría haber sucedido en la otra especie humana que existió hace cuarenta mil años: ¡el hombre de Neanderthal! La primera división del universo fue un accidente, un azar cuántico. En una rama, pensamiento y cognición surgieron en nuestros antepasados; en otra, surgieron en los antepasados de Ponter. He leído que los Neanderthales existieron hace tal vez unos doscientos mil años, ¿no?

Mary asintió.

-Y tenían el cerebro más grande que el nuestro, ¿no es así? Mary volvió a asentir.

-Pero en este mundo -dijo Louise-, en esta línea temporal, esos cerebros nunca cobraron conciencia. Lo hicieron los nuestros, y la ventaja que nos dio esa conciencia (astucia y previsión) nos llevó a triunfar sobre los Neanderthales, y a convertirnos en dueños del mundo.

-¡Ah! -dijo Mary-. Pero en el mundo de Ponter...

Louise asintió.

-En el mundo de Ponter sucedió lo contrario. Fueron los Neanderthales los que se volvieron conscientes, desarrollando arte y cultura... y astucia. Ellos dieron el Gran Salto Adelante mientras nosotros continuábamos siendo los brutos bobos que habíamos sido durante los sesenta mil años anteriores.

-Supongo que eso es posible -dijo Mary-. Podrías hacer un buen ensayo con esas ideas.

-Más que eso -dijo Louise. Sorbió más café-. Si tengo razón, significa que Ponter podría volver a casa. El corazón de Mary dio un vuelco.

-¿Qué?

-Me baso en parte en lo que me contó Ponter, y en parte en la comprensión de la física que tenemos en nuestro propio mundo. Supongamos que cada vez que un universo se divide, no lo hace como lo hacen las amebas..., con una ameba convirtiéndose en dos hijas, y la madre desapareciendo en el proceso. Supongamos que en cambio sucede más bien como los vertebrados dando a luz: el universo original continúa y se crea un nuevo universo hijo.

-¿Sí? -dijo Mary-. ¿Y...?

-Bueno, verás, los universos son de edades distintas. Podrían parecer absolutamente idénticos, a excepción de lo que tomaste para desayunar esta mañana, pero uno de ellos tiene doce mil millones de años de antigüedad y el otro es... -miró su reloj-, bueno, el otro tiene unas cuantas horas. Naturalmente, el universo hijo *parecería* tener miles de millones de años de antigüedad, pero en realidad no sería así.

Mary frunció el entrecejo.

¯Umm, Louise, no serás por casualidad creacionista, ¿no?

-Quoi? -Entonces se echó a reír-. No, no, no... pero veo el paralelismo al que te refieres. No, estoy hablando de física de verdad. -Si tú lo dices. Pero ¿cómo devuelve todo esto a Ponter a casa?

-Bueno, supongamos que este universo, donde tú y yo estamos ahora mismo, *es* el original donde el *Homo sapiens* se volvió consciente... el que inicialmente se desgajó del universo donde los Neanderthales se volvieron conscientes en cambio. Todo el otro revoltijo de universos donde existen los *Homo sapiens* conscientes son hijos, o nietos, o tataratataranietos de éste.

-Eso es mucho suponer -dijo Mary.

-Lo sería, si no tuviéramos ninguna otra prueba. Pero tenemos la prueba de que este universo concreto es especial: la llegada de Ponter aquí, entre todos los otros sitios a los que podría haber llegado. Cuando el ordenador cuántico de Ponter se quedó sin versiones donde existían otras versiones de sí mismo, ¿qué hizo? Vaya, pues buscó otros universos en donde

Librodot

no existía. Y, al hacerlo, se lanzó primero al que se había desgajado inicialmente de todo el árbol de aquellos en donde sí existía, el que, cuarenta mil años antes, había iniciado otro camino, con otro tipo de humanidad al mando. Naturalmente, en cuanto alcanzó un universo donde no existía un ordenador cuántico en el mismo punto, el proceso de búsqueda de factores se quebró y el contacto entre los dos mundos quedó roto. Pero si la gente de Ponter repite el proceso exacto que lo llevó a quedar atrapado aquí, creo que hay una verdadera posibilidad de que el portal a este universo específico, el que primero se desgajó de su línea temporal, sea recreado.

-Son muchos «si» -dijo Mary-. Además, si pudieran repetir el experimento, ¿por qué no lo han hecho ya?

-No lo sé -respondió Louise-. Pero si tengo razón, la puerta al mundo de Ponter podría abrirse de nuevo.

Mary sintió el estómago revuelto, y no sólo por las patatas fritas, mientras trataba de aclarar sus sentimientos respecto a esa posibilidad.

43

Adikor Huid contempló el robot minero que le había proporcionado Dern. Era un aparato de aspecto penoso: apenas un conjunto de marchas y poleas y pinzas mecánicas, que se parecía vagamente a un pino grueso sin agujas. El robot había soportado algún tipo de incendio; se había producido uno en la mina hacía unos cuatro meses, recordó Adikor. Algunos de los componentes del robot se habían fundido, otras partes de metal estaban bastante dañadas y todo el aparato tenía un aspecto ennegrecido y sucio de hollín. Dern había dicho que esa unidad iba a ser enviada a los patios de reciclaje, de todas formas, así que a nadie le importaría si se perdía.

Pero era difícil determinar cómo controlar al robot. Aunque había robots con inteligencia artificial, eran muy caros. Éste no tenía la inteligencia para hacer por su cuenta lo que era necesario hacer: tendría que ser manejado por control remoto. No podían usar señales de radio, *pues* interferirían en los registros cuánticos, estropeando el intento de reproducir el experimento. Dern, finalmente, decidió tender un cable de fibra óptica desde el torso del robot hasta una pequeña caja de control, que colocó en una consola de la sala de control de cálculo cuántico. Usó dos barras gemelas para mover las manos del robot y que el aparato apretara la parte superior del registro 69, como había hecho originalmente Ponter.

Adikor miró a Dern.

-¿Todo listo?

Dern asintió.

Miró a Jasmel, que también estaba presente.

-¿Preparada?

-Sí.

-Diez -dijo Adikor, de pie junto a su unidad de control; gritó la cuenta atrás como había hecho la primera vez, aunque no había nadie en la sala de cálculo para oírlo.

-Nueve.

Deseaba desesperadamente que aquello funcionara... por el bien de

Ponter, y por el suyo propio.

-Ocho. Siete. Seis.

Miró a Dern.

-Cinco. Cuatro. Tres.

Sonrió a Jasmel para darle ánimos.

_Dos. Uno. Cero.

-¡Eh! -gritó Dern. Su caja de control cayó de la mesa y chocó contra el suelo, por donde se deslizó mientras el cable de fibra óptica que surgía de su parte trasera se tensaba.

Adikor sintió un gran viento arremolinarse, pero sus oídos no zumbaron; no hubo ningún cambio significativo en la presión. Fue como si el aire simplemente se *intercambiara...*

La boca de Jasmel formó las palabras «no puedo creerlo», pero el sonido que pudiera estar haciendo quedó ahogado por el viento.

Dern, tras echar a correr, había impedido que la consola siguiera alejándose al detener el cable con el pie derecho. Adikor corrió a la ventana para asomarse a la sala de cálculo.

El robot había *desaparecido,* pero...

Pero el cable seguía tenso, a media brazada de altura sobre el suelo, extendiéndose desde la puerta abierta de la sala de control hasta tres cuartas partes del camino de la instalación informática, hasta que...

Hasta que *desaparecía,* en el aire, como si atravesara un agujero invisible en una pared invisible, junto a la columna de registro número 69.

Adikor miró a Dern. Dern miró a Jasmel. Jasmel miró a Adikor. Corrieron al monitor, que tenía que estar mostrando lo que estuviese viendo el ojo de la cámara del robot, pero sólo era un cuadrado negro y vacío.

-El robot ha sido destruido -dijo Jasmel-. Igual que mi padre.

-Tal vez -contestó Dern-. O tal vez las señales de vídeo no pueden atravesar eso... sea lo que sea.

-O tal vez haya salido a una habitación completamente oscura -dijo Adikor.

Bueno... ¿qué suponéis que debemos hacer? preguntó Jasmel. Dern encogió levemente sus hombros redondos.

-Tiremos de él, para ver si algo sobrevive... al pasar -dijo Adikor.

Se dirigió a la sala de cálculo y agarró suavemente el cable, que desaparecía a unos pocos pasos en la nada, a la altura de la cintura. Añadió la otra mano y empezó a tirar con suavidad.

Jasmel se situó tras él, y empezó a tirar también.

El cable volvía fácilmente, pero quedó claro, para Adikor al menos, que había un peso colgando del otro extremo, como si, en algún lugar al otro lado del agujero, el robot colgara sobre un precipicio.

-¿Qué fuerza tienen los conectores del otro lado del cable? -preguntó Adikor, dirigiendo una mirada a Dern, quien, ahora que ya no tenía que sostener su caja de control, había salido también a la sala de cálculo.

-Son enchufes *bedonk* estándar.

-¿Se soltarán?

-Si tiras con mucha fuerza. Son como pequeños clips que se enganchan en el conector del cable para mantenerlo en su sitio. Adikor y Jasmel continuaron tirando con suavidad.

-¿Y enganchaste los clips?

-Yo... no estoy seguro -dijo Dern-. Tal vez. Estuve enganchando y desenganchando el cable un rato mientras preparaba el robot...

Adikor y Jasmel ya habían tirado de unas tres brazadas de cable y...

-¡Mira! -dijo Jasmel.

La forma cuadrada del robot emergía a través... bueno, no podían decir a través de qué. Pero la base de la máquina era ahora visible, como si de algún modo atravesara un agujero en mitad del aire que encajara exactamente con el torso del robot.

Dern salió corriendo a la cámara de cálculo, los extremos sueltos de sus pantalones dando fuertes golpes contra el pulido suelo de roca. Extendió la mano y agarró uno de los

brazos giratorios del robot, que ahora sobresalían parcialmente del aire. Llegó justo a tiempo, porque el conector del cable se soltó, y Adikor y Jasmel cayeron de espaldas, él sobre ella. Rápidamente se pusieron en pie y vieron a Dern, que acababa de traer al robot de... la frase acudió de nuevo a la mente de Adikor: del otro lado.

Adikor y Jasmel corrieron a reunirse con Dern, que ahora estaba sentado en el suelo, con el robot, volcado, a su lado. No parecía más dañado que antes de atravesar. Pero Dern se estaba mirando la mano izquierda, con una expresión de desconcierto en la cara.

-¿Te encuentras bien? -preguntó Adikor.

-Mi mano...

-¿Qué le pasa? ¿Está rota?

Dern alzó la cabeza.

-No, está bien. Pero... pero cuando he agarrado el robot... cuando el cable se ha soltado, y el robot ha caído hacia atrás, mi mano ha *atravesado...* He visto la mitad desaparecer a través de... a través de lo que sea.

Jasmel tomó la mano de Dern y la miró.

-Parece estar bien. ¿Qué has sentido?

-No he sentido nada. Pero parecía cortada, justo en la base de los dedos, y el borde era absolutamente recto y liso, pero no había hemorragia, y el borde ha arrastrado mis dedos cuando he apartado la mano.

Jasmel se estremeció.

-¿Seguro que estás bien? -preguntó Adikor.

Dern asintió.

Adikor dio medio paso adelante, hacia el lugar donde estaba la abertura. Extendió lentamente el brazo derecho y lo movió adelante y atrás. La puerta parecía haberse cerrado.

Y ahora, ¿qué? -preguntó Jasmel.

-Bueno, no sé -dijo Adikor-. ¿Podríamos ponerle una linterna al robot?

Claro -dijo Dern-. Podríamos usar un protector de cabeza. ¿Tenéis repuestos?

-En un estante del comedor.

Dern asintió, y luego alzó la mano y la giró, palma arriba, palma abajo, como si nunca se la hubiera visto antes.

-Ha sido increíble -dijo en voz baja. Luego, sacudiendo ligeramente la cabeza para librarse de su propio ensimismamiento, se marchó por la lintena.

-Sabes lo que sucedió, naturalmente -dijo Jasmel mientras esperaban a que regresara Dern-. Mi padre atravesó eso, sea lo que sea. Por eso no hay ningún rastro de su cuerpo.

-Pero el otro lado no está a ras de suelo -dijo Adikor-. Debe de haberse caído y...

Jasmel alzó la ceja.

Y tal vez se rompió el cuello. Lo cual... lo cual significa que lo que podríamos ver en el otro lado es...

Adikor asintió.

-Es su cadáver. Ya lo he pensado, lamento decirlo... pero, la verdad es que esperaba verlo ahogado en un tanque de agua pesada.

Reflexionó un momento sobre eso, y luego se acercó al robot, que estaba completamente seco.

-Había una reserva de agua pesada en el otro lado cuando Ponter atravesó y... *¡cartílagos!*

-¿Qué?

-Tenemos que haber conectado con un universo *diferente,* no al que fue Ponter.

El labio inferior de Jasmel tembló.

Adikor puso derecho al robot. Comprobó el cable conector, pero por lo que podía ver, se encontraba en buen estado. Jasmel, mientras tanto, se había apartado, caminando despacio,

la cabeza gacha, a recoger el extremo suelto del cable de fibra óptica; se lo trajo a Adikor, que lo puso en su sitio. Luego ajustó las dos abrazaderas que encajaban en los huecos del borde del conector, ayudando a mantenerlo en su sitio.

Dern regresó entonces con dos linternas eléctricas y las pilas esféricas que les suministraban energía. También traía un rollo de cinta adhesiva, que utilizó para sujetar con fuerza las linternas a cada lado del ojo de la cámara del robot.

Volvieron a colocar al robot exactamente en la misma posición que antes, junto al registro 69, y los tres regresaron a la sala de control. Adikor amontonó algunas cajas de equipo y se subió a ellas para poder manejar simultáneamente la consola y mirar por encima del hombro la sala de cálculo.

Fue marcando una vez más la cuenta atrás.

-Diez. Nueve. Ocho. Siete. Seis. Cinco. Cuatro. Tres. Dos. Uno. Cero.

Esta vez, Adikor lo vio todo. El portal se abrió como si fuera un aro de fuego azul. Oyó el aire revolotear de nuevo, y el robot, que parecía estar justo en el borde de un precipicio, dio un vuelco y desapareció. El cable de control se tensó, y el aro azul se contrajo alrededor de su perímetro y luego desapareció.

Los tres se volvieron al unísono hacia el monitor de vídeo. Al principio pareció de nuevo que no había ninguna señal, pero luego los rayos de luz parecieron captar algo (cristal o plástico) y vieron brevemente un reflejo. Pero eso fue todo: el espacio donde colgaba el robot debía de ser enorme.

La luz les mostró algo más (¿tubos metálicos que se entrecruzaban?), mientras el robot oscilaba a un lado y a otro como un péndulo. Y entonces, de pronto, hubo iluminación en todas partes, como si...

-Alguien debe de haber encendido las luces -dijo Jasmel. Ahora quedó claro que el robot estaba girando, colgado del extremo de su cable. Vieron un atisbo de paredes rocosas, y más paredes rocosas, y...

-¿Qué es eso? -exclamó Jasmel.

Sólo lo vieron un instante: una especie de escalerilla apoyada contra el lado curvo de una enorme cámara y, bajando por la escalerilla, una figura delgada vestida con una especie de ropa azul.

El robot continuó rotando y vieron que en el suelo había un gran entramado geodésico, con cosas como flores metálicas en sus intersecciones.

-Nunca he visto nada parecido -dijo Dern.

-Es precioso -comentó Jasmel.

Adikor contuvo la respiración. La visión seguía girando; mostró de nuevo la escalerilla, dos figuras más bajando por ella, y entonces, para su desesperación, las figuras desaparecieron cuando el robot siguió girando.

Su rotación ofreció dos atisbos más de figuras que vestían trajes sueltos azules, con caparazones amarillo vivo en la cabeza. Eran de hombros demasiado estrechos para ser hombres; Adikor pensó que tal vez fuesen mujeres, aunque eran delgadas incluso para ser mujeres. Pero sus caras, vistas tan brevemente, parecían carentes de vello y...

Y la imagen se sacudió de repente, y luego se aquietó, y el robot dejó de girar. Una mano apareció desde un lado, dominando brevemente el campo de visión de la cámara, una mano extraña y de aspecto débil con un pulgar corto y una especie de círculo de metal en un dedo. La mano había agarrado al robot, sujetándolo. Dern manejaba frenéticamente su caja de control, moviendo la cámara lo más rápido posible, y vieron bien por primera vez al ser que ahora extendía la mano y agarraba al robot colgante.

Dern jadeó. Adikor sintió un nudo en el estómago. La criatura era *horrible,* deforme, con una mandíbula inferior que sobresalía como si el hueso interior estuviera incrustado de bultos.

El repulsivo ser seguía sujetando el robot, tratando de bajarlo al suelo; los cables parecían estar a una distancia de medio cuerpo por encima del suelo de la enorme sala.

Librodot

Cuando la cámara del robot se ladeó, Adikor vio que había una abertura al pie de la esfera geodésica, como si parte de ella hubiera sido desmontada. En el suelo de la sala había gigantescas piezas curvas ele cristal o plástico transparentes apiladas unas encima de otras; seguramente lo que iluminaron al principio las linternas del robot. Esas piezas curvas de cristal parecían haber formado antes parte de una enorme esfera.

Ahora pudieron ver de manera intermitente a tres de los mismos seres, todos igualmente deformes. Dos de ellos carecían también de vello facial. Uno señalaba directamente al robot: su brazo parecía un palo.

Jasmel se llevó las manos a las caderas y sacudió lentamente la cabeza.

-e Qué son? -Adikor movió la cabeza, asombrado.

-Son una especie de primates -dijo Jasmel.

-No son chimpancés ni bonobos -dijo Dern.

-No -respondió Adikor-, aunque son muy flacuchos. Pero casi carecen de pelo. Se parecen más a nosotros que a los simios.

-Lástima que lleven esas extrañas cosas en la cabeza-dijo Dern-. Me pregunto para qué son.

-¿Para protección? -sugirió Adikor.

-Si es así, no son muy eficaces -respondió Dern-. Si algo les cae en la cabeza, su cuello, no sus hombros, soportará todo el peso.

-No hay ni rastro de mi padre -dijo Jasmel, apenada.

Los tres guardaron silencio un momento. Entonces Jasmel volvió a hablar.

-¿Sabéis qué parecen? Parecen humanos primitivos... como esos fósiles que se ven en las cuevas *galdarab.*

Adikor retrocedió un par de pasos, literalmente conmocionado por la idea. Encontró una silla, la hizo girar sobre su base y se sentó.

-Gente de Gliksin -dijo, recordando el término. Gliksin era la región donde se habían encontrado por primera vez aquellos fósiles de los únicos primates conocidos sin arco ciliar y con aquellas ridículas protuberancias en la mandíbula inferior.

¿Podría su experimento haber atravesado *fronteras de mundos,* accediendo a universos que se habían separado mucho antes de la creación del ordenador cuántico? No, no. Adikor sacudió la cabeza. Era demasiado, una locura. Después de todo, los gliksins se habían extinguido... bueno, la cifra de medio millón de meses apareció en su cabeza, pero no estaba seguro de si era correcta. Adikor se pasó el borde de

la mano una y otra vez por encima del arco ciliar. El único sonido era el zumbido del equipo purificador de aire; los únicos olores, su propio sudor y feromonas.

-Esto es bestial-dijo Dern en voz baja-. Es descomunal. Adikor asintió lentamente.

-Otra versión de la Tierra. Otra versión de la humanidad.

-¡Está hablando! -exclamó Jasmel, señalando a una de las figuras visibles en la pantalla-. ¡Subid el sonido!

Dern tendió la mano hacia un control.

-Habla -dijo Adikor, sacudiendo asombrado la cabeza-. Había leído que los gliksins eran incapaces de hablar, debido a su lengua demasiado corta.

Escucharon al ser hablar, aunque las palabras no tenían ningún sentido.

-Resulta muy extraño -dijo Jasmel-. No se parece a nada que yo haya oído antes.

El gliksin situado en primer plano había dejado de tirar del robot, pues evidentemente se había dado cuenta de que no había más cable del que tirar. Se apartó, y otros gliksins se asomaron a echar un vistazo. Adikor tardó un instante en darse cuenta de que había machos y hembras; ambos tenían los rostros lampiños, aunque unos pocos hombres lucían barbas. Las hembras parecían más pequeñas por regla general, pero, a unas cuantas al menos, se les notaban perfectamente los pechos bajo la ropa.

Librodot

Jasmel se asomó a la sala de cálculo.

-El portal parece que permanece abierto sin problemas -dijo-. Me pregunto cuánto tiempo podrá mantenerse.

Adikor se estaba preguntando lo mismo. La prueba, la evidencia que lo salvaría a él, y a su hijo Dab, y a su hermana Kelon, estaba allí mismo: ¡un mundo alternativo! Pero Daklar Bolbay sin duda diría que las imágenes, al estar grabadas en vídeo, eran falsas, sofisticadas imágenes generadas por ordenador. Después de todo, diría, Adikor tenía acceso a los ordenadores más potentes del planeta.

Pero si el robot podía traer algo... cualquier cosa. Un objeto manufacturado tal vez, o...

Distintas zonas de la cámara fueron visibles por partes a medida que la gente se movía y revelaba lo que tenía detrás. Era una caverna en forma de tonel, tal vez de unas quince veces la altura de una persona, abierta directamente en la roca.

-Desde luego, son variados, ¿no? -dijo Jasmel-. Parece que tienen diversos tonos de piel... ¡y mirad a esa hembra de allí! Tiene el pelo *naranja...* ¡igual que un orangután!

-Uno de ellos se marcha corriendo -señaló Dern.

-Así es -dijo Adikor-. Me pregunto adónde va.

-¡Ponter! *¡Ponter!*

Ponter Boddit alzó la cabeza. Estaba sentado en una mesa del comedor de la universidad, con dos personas del departamento de física que le ayudaban mientras comían a elaborar un itinerario por las instalaciones de ciencias físicas de todo el mundo, incluidos el CERN, el Observatorio Vaticano, Fermilab y el SuperKamiokande de Japón, el otro principal detector de neutrinos del mundo que recientemente había sufrido daños en un accidente. Un centenar de estudiantes de verano contemplaban al Neanderthal desde cerca, fascinados.

-¡Ponter! -gritó de nuevo Mary Vaughan, con la voz entrecortada. Casi se desplomó contra la mesa cuando llegó hasta ella-. ¡Ven rápido!

Ponter se dispuso a levantarse. Lo mismo hicieron los otros dos físicos.

-¿Qué ocurre? -preguntó uno de ellos.

Mary ignoró al hombre.

-¡Corre! -le jadeó a Ponter-. ¡Corre!

Ponter empezó a correr. Mary le agarró la mano y corrió también. Todavía jadeaba en busca de aire: había venido corriendo desde el laboratorio de genética, en el edificio de Ciencia Uno, donde había recibido la llamada del ONS.

-¿Qué está pasando? -preguntó Ponter.

-¡Un portal! Ha llegado un aparato... una especie de robot. ¡Y el portal sigue abierto!

-¿Dónde?

-En el observatorio de neutrinos.

Mary se llevó la mano al pecho, que subía v bajaba rápidamente. Sabía que Ponter podía dejarla atrás fácilmente. Todavía corriendo, consiguió abrir su bolso y sacó las llaves del coche y se las ofreció.

Ponter negó ligeramente con la cabeza. Durante un segundo, Mary pensó que estaba diciendo: *no sin ti.* Pero sin duda era más que eso: Ponter Boddit nunca había conducido un coche. Siguieron corriendo, Marv intentando mantener su ritmo, pero sus zancadas eran más largas y acababa de empezar a correr y...

Él la miró. Estaba claro que también se daba cuenta del dilema: no tenía sentido dejar atrás a Mary en el aparcamiento, ya que no podía hacer nada hasta que ella llegara.

-e Puedo? -dijo Ponter.

Mary no tenía ni idea de qué quería decir, pero asintió. El extendió sus enormes brazos y la levantó del suelo. Mary cerró los suyos alrededor del grueso cuello y Ponter empezó a correr, sus piernas golpeando como pistones el enlosado. Mary podía sentir sus músculos

hincharse mientras corría. Los estudiantes y profesores se detenían a ver pasar aquel espectáculo.

Llegaron al callejón de los bolos y Ponter corrió entonces con todas sus fuerzas, el sonido de sus pisadas tronando en el pasillo de cristal. Más y más lejos, dejando atrás el kiosco, los Tim Hortons y...

Un estudiante entraba por la puerta. Se quedó boquiabierto, pero mantuvo abierta la puerta de cristal para que Ponter y Mary pasaran mientras salían a la luz del día.

Mary miraba hacia atrás y vio cómo se levantaba el césped tras la estela de Ponter. Se agarró con más fuerza, sujetándose. Ponter conocía su coche bien, no tuvo dificultad para localizar el Neon rojo en el diminuto aparcamiento: una de las ventajas de una universidad pequeña. Siguió corriendo y Mary oyó y sintió el cambio de terreno cuando pasó de la hierba al asfalto del aparcamiento.

Una docena de metros más allá, redujo el ritmo y bajó a Mary. Ella estaba mareada por la salvaje carrera, pero consiguió recuperarse rápidamente para cubrir la corta distancia que los separaba del coche. Como tenía en la mano la llave electrónica, abrió las puertas a distancia.

Mary ocupó el asiento de conductor y Ponter el del acompañante. Ella metió la llave en el encendido, pisó a fondo y se pusieron en marcha, dejando atrás la universidad. Pronto salieron de Sudbury y se dirigieron hacia la mina Creighton. Mary no solía conducir rápido (no había muchas ocasiones de hacerlo en las calles de Toronto), pero alcanzó los ciento setenta kilómetros por hora en carretera.

Finalmente, llegaron a la mina, dejaron atrás el gran cartel de Inco, atravesaron la verja de seguridad y recorrieron dando tumbos los serpenteantes caminos que llevaban al gran edificio que albergaba el ascensor que conducía a la mina. Mary detuvo el coche, levantando una lluvia de grava, y Ponter y ella salieron deprisa.

Ahora ya no había ninguna necesidad de que Ponter esperase a Mary, y el tiempo seguía siendo esencial. Quién sabía cuánto tiempo permanecería el portal abierto; de hecho, quién sabía si estaría abierto todavía. Ponter la miró, y luego se lanzó hacia delante y la envolvió en un abrazo.

-Gracias -dijo-. Gracias por todo.

Mary le devolvió con fuerza el abrazo. Con fuerza para ella, tanta como pudo, pero presumiblemente apenas nada para lo que podría haber hecho una mujer Neanderthal.

Y entonces lo soltó.

Y él echó a correr hacia el edificio del ascensor.

44

Adikor, Jasmel y Dern continuaban mirando en el monitor la escena que tenía lugar a unas cuantas brazadas (y una infinidad) de distancia.

-Tienen un aspecto muy frágil -dijo Jasmel, frunciendo el entrecejo-. Sus brazos son como palos.

-Ésa no -señaló Dern-. Debe de estar preñada.

Adikor escrutó la pantalla.

-Eso no es una mujer. Es un hombre.

-¿Con un vientre así? -dijo Dern, incrédulo-. ¡Y yo que pensaba que estaba gordo! ¿Cuánto comen esos gliksins?

Adikor se encogió de hombros. No quería malgastar el tiempo hablando: sólo quería mirar, tratar de empaparse en todo aquello. ¡Otra forma de humanidad! Y tecnológicamente

avanzada, además. Era increíble. Le hubiese encantado comparar notas con ellos sobre física, sobre biología y...

Biología.

¡Sí, eso era lo que necesitaba! El robot había sido tocado por varios gliksins. Sin duda alguna de sus células se habrían desprendido; sin duda se podría recuperar parte de su ADN. ¡Ésa sería la prueba que la adjudicadora Sard tendría que aceptar! ADN gliksin: la prueba de que el mundo mostrado en la pantalla era real. Pero...

No había ninguna garantía de que el portal permaneciera abierto mucho más tiempo, o de que pudiera volver a ser abierto de nuevo. Pero, al menos, él quedaría exonerado, y Dab y Kelon se salvarían de la mutilación.

-Vuelve a traer al robot -dijo Adikor.

Dern lo miró.

-¿Qué? ¿Por qué?

-Probablemente ahora tiene ADN gliksin. No lo vayamos a perder si el portal se cierra.

Dern asintió. Adikor lo vio cruzar la sala, agarrar el cable de fibra óptica y darle un suave tirón. Adikor se volvió hacia el monitor cuadrado. El gliksin más cercano al robot (un espécimen de piel marrón, probablemente un macho) pareció sobresaltarse cuando el robot dio una sacudida hacia arriba.

Dern tiró otra vez. El gliksin marrón miraba ahora por encima de su hombro, al parecer a otra persona. Gritó algo, y entonces asintió cuando alguien le respondió con otro grito. Agarró entonces la parte inferior del armazón del robot, que ascendía y colgaba del suelo por encima de la altura del hombre.

Otro gliksin varón entró en el campo de visión. Era más bajo, con piel más clara (tan clara como la de Adikor), pero sus ojos eran... extraños: oscuros, semiocultos bajo unos párpados inusitados.

El gliksin marrón miró al recién llegado, que sacudía la cabeza vigorosamente... pero no hacia el marrón. No. Miraba directamente la lente de cristal del robot, y movía los brazos salvajemente con ambas manos rectas, las palmas hacia abajo, *y* pasándolas una *y* otra vez por delante del pecho. Y seguía gritando unas sílabas extrañas una y otra vez:

-¡Espera! ¡Espera! ¡Espera!

Naturalmente, pensó Adikor; también ellos estaban ansiosos por tener un artefacto que demostrara lo que habían visto; sin duda no querrían renunciar al robot.

Adikor volvió la cabeza y le gritó a Dern.

-¡Sigue tirando!

Mary Vaughan finalmente alcanzó a Ponter al fondo del edificio del ascensor, tras la zona donde los mineros se ponían la ropa de trabajo. Ponter se hallaba en la rampa que conducía a la entrada del ascensor, pero la rejilla de metal que cubría el hueco estaba cerrada; la cabina podía estar en cualquier parte, incluso en la parte más baja, a dos mil doscientos metros de profundidad. Con todo, Ponter había persuadido evidentemente al operario para que la subiera, pero podían pasar varios minutos antes de que llegara a la superficie.

Ni Ponter ni Mary tenían ninguna autoridad allí, y las reglas de seguridad de la mina estaban colocadas por todas partes. Inco tenía un récord admirable en prevención de accidentes. Ponter ya se había puesto botas de seguridad y casco. Mary se apartó de la rampa y se los puso también, seleccionándolos de una amplia gama de suministros. Luego regresó junto a Ponter, que daba golpecitos impacientes con el pie izquierdo.

Por fin la cabina del ascensor llegó, y la puerta se abrió. No había nadie dentro. Ponter y Mary entraron, el operador en lo alto hizo sonar cinco veces la alarma (descenso directo sin paradas) y la cabina se puso en marcha.

Librodot

Ahora que estaban bajando, no había forma de que se comunicaran con la sala de control del ONS... ni con nadie, excepto el operario del ascensor, y sólo por señales, con una alarma. Mary había hablado poco con Ponter durante la veloz carrera hasta allí, en parte porque había intentado concentrarse en controlar el vehículo, y en parte porque el corazón le latía al menos tan rápido como el motor del coche.

Pero ahora...

Ahora tenía un largo rato por delante sin nada que hacer mientras el ascensor se zambullía dos kilómetros. Ponter probablemente echaría a correr en cuanto la cabina llegara al nivel de dos mil metros, y ella no podía reprochárselo. Detenerse para que ella pudiera alcanzarlo lo retrasaría unos minutos cruciales mientras cubría el kilómetro de galería hasta la cavidad de la ONS.

Mary vio pasar nivel tras nivel. Era, después de todo, un espectáculo fascinante que nunca había visto antes, pero...

Pero ésta podría ser su última oportunidad para hablar con Ponter. Por un lado, el trayecto parecía requerir una enorme cantidad de tiempo. Por otro, horas, días o tal vez incluso años no serían suficientes para decir todas las cosas que Mary quería decir.

No sabía por dónde empezar, pero estaba segura de que no se lo perdonaría nunca si no se lo decía ahora, si no le hacía comprender. No es que fuera a desaparecer en los tiempos prehistóricos, después de todo; él avanzaría hacia el frente, no hacia atrás. Mañana sería mañana para él también, y el décimo aniversario del día en que se habían conocido sería simultáneo en ambas versiones de la Tierra... aunque él probablemente lo recordara en el centésimo mes, o en una fecha similar. De todas formas, Mary no tenía ninguna duda de que él reflexionaría y se extrañaría y se sentiría triste tratando de ordenar sus emociones y... tratando de comprender lo que había sucedido e, igual de importante, qué no había sucedido entre ellos.

-Ponter -dijo. Habló en voz baja y el traqueteo del ascensor era fuerte. Tal vez no la había oído. Estaba mirando por la puerta de la cabina, contemplando ausente la oscura roca al pasar mientras se hundían más y más.

-Ponter -repitió Mary, más fuerte.

Él se volvió hacia ella y alzó la ceja. Mary sonrió. Le había parecido desconcertante su expresión de asombro la primera vez que la vio, pero ahora estaba acostumbrada. Las diferencias entre ellos eran mucho menores que las similitudes.

Pero, con todo, esta vez había una barrera entre ellos... una barrera causada no porque él fuera miembro de una especie diferente, sino por el simple hecho de su sexo. Y más que eso. No era sólo que él fuese varón, sino que era *abrumadoramente* varón: musculoso como Arnold Schwarzenegger; todo velludo; barbudo; poderoso, duro y torpe al mismo tiempo.

-Ponter -dijo ella, murmurando su nombre por tercera vez-. Hay... hay algo que tengo que contarte.

Hizo una pausa. Una parte de ella pensaba que sería mejor no expresar eso, dejarlo, como tantas otras cosas, sin decir, sin contar. Y, naturalmente, cabía la posibilidad de que cuando llegaran a la cámara del ONS (todavía a muchos minutos de distancia) aquel portal que había aparecido por arte de magia entre su mundo y el de él estuviera cerrado, y ella continuara viendo a Ponter día sí día no, pero sin haber desnudado su alma, esa etérea esencia que ella creía que tenían ambos y que él estaba seguro de que ninguno de ellos poseía.

-¿Sí?

-Habías supuesto -dijo Mary-, y yo también, que la carambola física que te depositó aquí era irreproducible... que tendrías que quedarte aquí para siempre.

Él asintió levemente, su enorme rostro moviéndose arriba y abajo en la oscuridad.

-Pensamos que no había forma de que pudieras volver con Jasmel y Megameg -dijo Mary-. Que no había forma de volver con Adikor. Y aunque sabía que tu corazón le

Librodot

pertenecía a él, a ellos, y siempre lo haría, también supe que te estabas resignando a vivir en este mundo, en esta Tierra.

Ponter volvió a asentir, pero apartó los ojos de ella. Tal vez veía adónde iba a parar todo aquello; tal vez consideraba que no había que decir nada más.

Pero había que decirlo. Ella tenía que hacerle comprender... hacerle comprender que no era él. Era ella.

No, no, no. Eso era un error. No era ella tampoco. Era aquel hombre malvado y sin rostro, aquel monstruo, aquel demonio. Eso era lo que se había interpuesto entre ambos.

-Justo antes de que nos conociéramos -dijo Mary-, el día que llegaste a Sudbury, fui...

Se detuvo. Su corazón redoblaba; podía sentirlo... pero lo único que oía era el traqueteo del ascensor.

La cabina pasó el nivel de los trescientos cincuenta metros. Mary vio a un minero en la galería, esperando para subir, la cruda luz de su casco enviando una ráfaga a la cabina y jugando sin duda brevemente con su cara y la de Ponter, un extraño venido de fuera.

Ponter no dijo nada; esperó en silencio a que ella continuara. Y, por fin, ella lo hizo.

-Esa noche -dijo Mary-, fui...

Intentó decir la palabra a las claras, pronunciarla sin pasión, pero ni siquiera pudo darle voz.

-Fui... herida -dijo.

Ponter ladeó la cabeza, aturdido.

-¿Una herida? Lo siento.

-No. Quiero decir que fui herida... por un hombre. -Inspiró profundamente-. Me atacaron, en York, en el campus, después de anochecer...

Detalles insignificantes que retrasaban la palabra que sabía que tendría que decir. Bajó la mirada hacia el suelo metálico cubierto de barro. -Me violaron.

Hak pitó: la Acompañante tuvo el buen sentido de hacerlo a gran volumen para que el sonido se oyera por encima del ruido del ascensor. Mary lo intentó de nuevo.

-Me atacaron. Me atacaron sexualmente.

Oyó a Ponter sorber aire; incluso por encima del estrépito del ascensor, lo oyó jadear. Mary alzó la cabeza y buscó sus ojos dorados en la semipenumbra. Su mirada buscó adelante y atrás, a izquierda y derecha, de uno de sus ojos al otro, buscando su reacción, tratando de calibrar sus pensamientos.

-Lo siento mucho -dijo Ponter, amablemente.

Mary supuso que él (o Hak) lo decía por compasión, pero dijo, porque fue lo único que se le ocurrió decir:

-No fue culpa tuya.

-No -dijo Ponter. Ahora le tocó a él el turno de la falta de palabras. Finalmente, añadió-: ¿Fuiste herida... físicamente, quiero decir?

-Un poco vapuleada. Nada importante. I Pero...

-Sí -dijo Ponter-. Pero... -Hizo una pausa-. ¿Sabes quién lo hizo?

Mary negó con la cabeza.

-Seguro que las autoridades han revisado tu archivo de coartadas y... Apartó la mirada, de vuelta a la pared de roca que pasaba de largo. -Lo siento. -Hizo otra pausa-. Entonces... ¿entonces se escapará? Ponter hablaba fuerte, a pesar de la delicadeza del tema, para que Hak detectara su voz por encima del traqueteo que los rodeaba. Mary percibía la furia, la cólera en sus palabras.

Resopló y asintió lenta, tristemente.

-Probablemente. -Se detuvo-. Yo... no hablamos sobre esto, tú y yo. Tal vez estoy presuponiendo demasiado. En este mundo, la violación se considera un crimen horrible, un crimen terrible. No sé...

Librodot

-Es lo mismo en mi mundo -dijo Ponter-. Unos cuantos animales lo hacen... los orangutanes, por ejemplo.. Naturalmente, con los archivos de coartadas, pocos son lo bastante idiotas para intentar una acción así, pero cuando se hace, se trata con dureza.

Guardaron silencio durante unos momentos. Ponter tenía el brazo derecho medio levantado, como dispuesto a extender la mano y tocarla para intentar consolarla, pero bajó la mirada y, con una expresión de sorpresa en el rostro, como si estuviera viendo un miembro extraño, la bajó.

Pero entonces Mary extendió la mano y tocó su grueso antebrazo, amable, tímidamente. Y entonces su mano se deslizó por la longitud de su brazo y encontró sus dedos, y la mano de él se' alzó otra vez, y los delicados dedos de ella se entrelazaron con los enormes dedos de él.

-Quería que comprendieras -dijo *Mary-.* Intimamos mucho mientras estuviste aquí. Hablamos de todo tipo elle cosas. Y, bueno, como decía, tú pensabas que nunca ibas a volver a casa; pensabas que tendrías que iniciar una nueva vida aquí. -Hizo una pausa-. Nunca presionaste, nunca te aprovechaste. Al final, creo, fuiste el único hombre en todo este planeta con el que me sentía cómoda a solas, pero...

Ponter cerró amablemente sus dedos como salchichas.

-Era demasiado pronto -dijo Mary-. ¿No lo ves? Yo... sé que te gusto y... -Hizo una pausa. Las comisuras de los ojos le picaban-. Lo siento. No me ha sucedido muchas veces, pero ha habido ocasiones en que un hombre se ha interesado por mí, pero, bueno...

-Pero cuando ese hombre -dijo Ponter lentamente- no es como los otros hombres...

Mary negó con la cabeza y lo miró.-No, no. No fue por eso, no fue por el aspecto que tienes...

Ella lo vio envararse levemente bajo la luz parpadeante. No lo encontraba feo: ya no, ahora no. Su cara le parecía amable y reflexiva y compasiva e inteligente y, sí, maldición, sí: atractiva. Pero lo que ella había dicho había salido mal, y ahora, al intentar explicar sus sentimientos para que él no se sintiera dolido, para que no se preguntara siempre por qué ella había respondido como lo había hecho a su suave caricia cuando estaban contemplando las estrellas, había acabado haciéndole daño.

-Quiero decir que no hay nada malo en tu aspecto -dijo Mary-. De hecho, te encuentro bastante... -vaciló, aunque no por falta de convicción, sino más bien porque raras veces en su vida había sido tan directa- guapo.

Ponter sonrió sin alegría.

-No lo soy, ¿sabes? Guapo, quiero decir. No según los baremos de mi gente.

-No me importa -dijo Mary de inmediato-. No me importa en absoluto. No me imagino que me encuentres atractiva físicamente. Soy... -Bajó la voz-. Soy lo que llaman sosa, supongo. No se vuelven muchas cabezas a mirarme, pero...

-Yo te encuentro muy atractiva -dijo Ponter.

-Si tuviéramos más tiempo... Si yo hubiera tenido más tiempo, ¿sabes?, para superarlo... -no, Mary estaba segura, eso no sucedería nunca-, las cosas... las cosas habrían sido diferentes entre nosotros.

Se encogió un poco de hombros, indefensa.

-Eso es todo. Quería que lo supieras. Quería que comprendieras que me gustabas... que me gustas.

Un pensamiento loco le pasó por la cabeza. Si las cosas hubieran sido en efecto diferentes, si ella hubiera llegado a Sudbury intacta, en vez de rota por dentro, tal vez Ponter no correría tan rápido para volver a su antigua vida, a su antiguo mundo. Tal vez...

No. No, eso era demasiado. Él tenía a Adikor. Tenía hijas.

Y, de todas formas, si las cosas hubieran sido diferentes, tal vez ella estuviera dispuesta a ir con él a través del portal, hasta su inundo. Después de todo, no tenía a nadie y...

Pero las cosas no eran diferentes. Las cosas eran exactamente tal como eran.

El ascensor se estremeció al detenerse, y la sirena emitió su escandalosa llamada, indicando la apertura de la puerta de la cabina.

45

De repente se produjo una conmoción considerable entre los gliksins. Al principio, Adikor no supo qué estaba pasando, pero entonces advirtió que alguien entraba en la cámara, descendiendo por la misma escalerilla que habían visto antes. Daba la espalda al ojo del robot: presumiblemente, era un líder gliksin que venía a hacer una valoración de aquel extraño invento, que (si el efecto se reflejaba en el otro lado) parecía sujeto a un cable que salía del aire.

Los gliksins visibles en primer plano llamaban al recién llegado para que se acercara. Y lo hizo, corriendo rápido. El robot se bamboleaba en el extremo de su cable, mientras Dern lo izaba más y más, pero entonces Adikor captó en el monitor un atisbo de la cara de la persona que acababa de llegar.

¡Sí! ¡Increíble, maravillosamente sí!

El corazón de Adikor redoblaba. ¡Era Ponter! Iba vestido con aquella extraña ropa de los gliksin, y llevaba uno de aquellos caparazones amarillos de tortuga en la cabeza, pero no había ninguna duda. ¡Ponter Boddit estaba vivo y bien!

-¡Dern! -gritó Adikor-. ¡Alto! ¡Vuelve a bajar al robot!

La perspectiva de la cámara empezó a bajar en la pantalla. Jasmel jadeó y unió las manos, llena de alegría. Adikor se secó las lágrimas de los ojos.

Ponter corrió hacia el robot. Ladeó la cabeza extrañamente, y Adikor tardó un instante en advertir qué estaba haciendo: miraba el sello de contribución del fabricante en el armazón del robot, para comprobar que era un artefacto de su propio mundo. Ponter miró luego a la cámara del robot, sonriendo.

-Hola -dijo Ponter, la primera palabra entre toda aquella cacofonía que Adikor podía entender-. ¡Hola, amigos míos! ¡Creí que os había perdido para siempre! ¿Quién está mirando esto? Adikor, sin ninguna duda. ¡Cómo te he echado de menos!

Hizo una pausa, y entonces dos de los gliksins le hablaron: uno de los de piel clara y el hombre de piel oscura que había estado sujetando al robot.

Ponter se volvió hacia la cámara.

-No estoy seguro de lo que se supone que tengo que hacer ahora. Veo el cable surgiendo del aire, pero ¿es seguro que vuelva a cruzar? ¿Puedo... -su voz vaciló un momento-, puedo volver a casa?

Adikor se volvió y miró a Dern, que había regresado a la sala de control. Dern se encogió de hombros.

-El robot parece que volvió bien.

-No sabéis cuánto tiempo podréis mantener abierto el portal -dijo

Jasmel-, ni si podréis establecerlo de nuevo si se cierra. Mi padre debería volver ahora mismo.

Adikor asintió.

-Pero ¿cómo se lo hacemos saber?

-Yo sé cómo -dijo Jasmel con decisión. Bajó los escalones hasta la sala de cálculo, luego corrió hacia donde el cable desaparecía en el agujero en el aire. Jasmel colocó la mano en el cable, luego la deslizó a lo largo de él hasta que las yemas de sus dedos y luego los dedos enteros *y* luego la mano *y* después el brazo desaparecieron. Cuando todo hasta la altura del hombro se perdió de vista, asomó la cabeza al otro lado, y simplemente gritó

(Adikor y Dern pudieron oírlo, pero única mente procedente del altavoz del monitor; no hubo ningún sonido en la sala de ordenadores):

-¡Papá! ¡Vuelve a casa!

-¡Jasmel, cariño! -gritó Ponter, alzando la cabeza-. Yo...

-¡Ven ahora mismo! -insistió Jasmel-. No sabemos cuánto tiempo podremos mantener esto abierto. Sigue el cable... usa esa escalerilla de allí para llegar hasta aquí arriba. El suelo de la sala de cálculo cuántico está como media brazada por debajo de donde se encuentra mi cabeza; no deberías tener ningún problema para encontrarlo.

Jasmel volvió a meter la cabeza en su lado y corrió hacia la sala de control.

Hubo un remolino de actividad visible en el monitor; resultaba claro que nadie estaba preparado para eso. Dos hombres fueron a traer la escalerilla que Jasmel había señalado. Uno de ellos le dio a Ponter un gran abrazo, que Ponter devolvió con entusiasmo. Parecía que los gliksins no lo habían tratado mal...

Y ahora una mujer de pelo amarillo apareció junto a Ponter; no estaba allí antes y parecía bastante cansada. Se puso de puntillas y apretó sus labios contra la mejilla de Ponter; él sonrió ampliamente como respuesta.

El robot giró la cámara siguiendo las órdenes de Dern, y Adikor vio que el problema era más difícil de lo que Jasmel había pensado. Sí, el cable salía de un agujero... pero ese agujero no estaba cerca de ninguna de las paredes rocosas de la caverna. Más bien, estaba en mitad del aire, a varios cuerpos por encima del suelo, y al menos igual de lejos de la pared más cercana. No había nada contra lo que apoyar la escalerilla.

-¿Podría trepar por el cable? -preguntó Adikor.

-Pesa más que el robot, estoy seguro. Podría aguantarlo, pero...

Pero si se rompía, Ponter caería al suelo de roca, y probablemente se partiría el cuello.

-¿No podemos hacerle llegar un cable más fuerte? –preguntó Jasmel.

-Si *tuviéramos* un cable más fuerte -asintió Dern-. Pero no tengo ni idea de dónde conseguir uno aquí; tendría que subir a mi taller de la superficie y eso requiere demasiado tiempo.

Pero los gliksins, por débiles que pudieran parecer, estaban llenos de recursos. Cuatro de ellos sostenían ahora la base de la escalerilla, sujetándola con todas sus fuerzas. No estaba apoyada contra nada, pero le gritaban a Ponter, al parecer instándolo a que intentara subir de todas formas.

Ponter corrió hasta la escalerilla y estaba a punto de subir el primer peldaño, aunque no era demasiado firme. De repente, la mujer de pelo amarillo corrió hacia él y le tocó el brazo. Ponter se volvió, y su ceja se alzó en un gesto de sorpresa. Ella le puso algo en la otra mano y se estiró para colocar de nuevo la cara contra la mejilla de Ponter. Él sonrió una vez más, y luego empezó a subir por la escalerilla que los gliksins sujetaban.

La escalerilla se fue bamboleando más y más a medida que Ponter subía, y el corazón de Adikor dio un vuelco cuando pareció que iba a caerse, pero más gliksins corrieron a ayudar, y la escalerilla se enderezó de nuevo, y Ponter empezó a estirar la mano, tratando de agarrar el cable que asomaba en el agujero en mitad del aire. La escalerilla osciló atrás, adelante, a la izquierda, a la derecha, y Ponter intentó agarrar el cable, falló, lo intentó de nuevo, falló una vez más, y entonces...

La caja de control de Dern dio una ligera sacudida hacia adelante.

¡Ponter tenía el cable!

Adikor, Jasmel y Dern corrieron a la sala de cálculo. Jasmel y Dern ocuparon posiciones justo delante de la abertura, y Adikor, tratando de ver si había algo que pudiera hacer para ayudar, se situó *detrás* de la abertura y...

Adikor jadeó.

Vio la cabeza de Ponter surgir de la nada y, desde su ángulo, veía su cuello como si lo hubiera cercenado una hoja enorme. Dern y Jasmel ya ayudaban a tirar de Ponter, pero Adikor sólo miraba, aturdido, a medida que su amado iba apareciendo poco a poco a través

del agujero que abrazaba sus contornos... y el tajo que lo cortaba se abría paso por su cuerpo hacia abajo, revelando secciones cruzadas a través de sus hombros; luego a través de su pecho con su corazón palpitante

y sus pulmones hinchados; ahora a través de sus tripas; ahora a través de las piernas y...

¡Y pasó! ¡Todo él pasó!

Adikor corrió hacia Ponter y lo abrazó con fuerza, y Jasmel abrazó a su padre también. Los tres rieron y lloraron, y finalmente, tras soltarse del abrazo, Adikor dijo:

-¡Bienvenido! ¡Bienvenido! -Gracias -dijo Ponter, sonriendo de oreja a oreja.

Dern se había apartado amablemente unos pasos. Adikor reparó en él.

-Discúlpanos -dijo-. Ponter Boddit, éste es Dern Kord, un ingeniero que nos ha estado ayudando.

-Día sano -le dijo Ponter a Dern. Y caminó hacia él y... -¡No! -gritó Dern.

Pero era demasiado tarde. Ponter tropezó con el cable tenso, y lo rompió en dos, y la parte que se proyectaba en el mundo de los gliksin se perdió a través del portal, y el portal deapareció con un relámpago azul eléctrico.

Los dos mundos quedaron separados una vez más.

46

Dern, sintiéndose claramente un cubo de viaje sin pasajero, tuvo la amabilidad de marcharse y regresar a la superficie, dejando que la reunión familiar transcurriese en privado. Ponter, Adikor y Jasmel se habían trasladado al pequeño comedor del laboratorio de cálculo cuántico.

-Creía que no volvería a veros -dijo Ponter, sonriéndole a Adikor, luego a Jasmel-. A ninguno.

-Nosotros pensamos lo mismo -respondió Adikor.

-¿Estáis bien? ¿Todo el mundo está bien?

-Sí, estoy bien -dijo Adikor.

-¿Y Megameg? ¿Cómo está la pequeña Megameg?

-Está bien -respondió Jasmel-. En realidad no ha comprendido todo lo que ha estado sucediendo.

-Tengo muchas ganas de verla -dijo Ponter-. No me importa si faltan diecisiete días hasta que Dos se conviertan en Uno. Mañana voy a ir al Centro y le daré un gran abrazo.

Jasmel sonrió.

-Eso le gustará, papá.

-¿Y Pabo?

Adikor sonrió.

-Te ha echado muchísimo de menos. Sigue alzando la cabeza ante cada sonido, esperando que seas tú que regresa.

-Ese dulce saco de huesos...

-Di, papá, ¿qué te ha dado esa hembra? -preguntó Jasmel.

-Oh-dijo Ponter-. Ni siquiera lo he mirado. Vamos a ver...

Ponter buscó en el bolsillo de su extraño pantalón y sacó un envoltorio de tejido blanco. Lo abrió con cuidado. Dentro había una cadena de oro y, sujetas a ella, dos sencillas barras perpendiculares de distinta longitud que se entrecruzaban a una tercera parte de la altura de la más larga de las dos piezas.

¡Es precioso! -dijo Jasmel-. ¿Qué es?

Ponter alzó la ceja.

-Es el símbolo de una creencia que siguen algunos de ellos.

-¿Quién era esa hembra? -preguntó Adikor.

-Mi amiga -dijo Ponter en voz baja-. Su nombre... bueno, sólo puedo decir su nombre: «Mare.»

Adikor se echó a reír: «mare» era, naturalmente, la palabra en su idioma para «amada».

-Sé que te dije que te buscaras una nueva mujer -dijo, en tono de broma-, pero no creía que tuvieras que ir tan lejos para conocer a alguien que te soportara.

Ponter sonrió, pero fue una sonrisa forzada.

-Ella fue muy amable.

Adikor conocía a su compañero lo suficientemente bien para comprender que la historia que había que contar llegaría a su debido tiempo. Sin embargo...

-Hablando de mujeres -dijo-. Yo, ah, he tenido algunos tratos con la mujer-compañera de Klast mientras tú estabas fuera.

-¿Daklar? -preguntó Ponter-. ¿Cómo está?

-Lo cierto -dijo Adikor, mirando ahora a Jasmel- es que se ha hecho bastante famosa en tu ausencia.

-¿De verdad? Y ¿por qué?

-Por hacer una acusación de asesinato.

-¡Asesinato! -exclamó Ponter-. ¿A quién han matado?

-A ti -dijo Adikor, muy serio.

Ponter se quedó boquiabierto.

-Desapareciste y Bolbay pensó...

-¿Ella creyó que tú me habías *asesinado?* -declaró Ponter, incrédulo.

-Bueno, habías desaparecido, y la mina es tan profunda que el pabellón de archivos de coartadas no podía captar ninguna señal de nuestros Acompañantes. Bolbay hizo que pareciera el crimen perfecto.

-Increíble -dijo Ponter, sacudiendo la cabeza-. ¿Quién habló en tu favor?

-Yo lo hice -dijo Jasmel.

-¡Buena chica! -exclamó Ponter, envolviéndola en otro abrazo. Habló por encima del hombro de su hija-: Adikor, lamento que hayas tenido que pasar por eso.

-Yo también, pero... -se encogió de hombros-. Sin duda te enterarás pronto. Bolbay dijo que me sentía inferior a ti; dijo que me sentía como un mero adjunto a tu trabajo.

-Tonterías -dijo Ponter, soltando a Jasmel-. No podría haber conseguido nada sin ti.

Adikor ladeó la cabeza.

-Es generoso por tu parte decirlo, pero... -hizo una pausa y entonces extendió los brazos, las palmas hacia arriba-. Pero había verdad en sus palabras.

Ponter rodeó con su brazo los hombros de Adikor.

-Tal vez sea cierto que las teorías eran más mías que tuyas... pero fuiste tú quien diseñó y construyó el ordenador cuántico, y es ese ordenador lo que nos ha abierto un mundo nuevo. Tu contribución sobrepasa la mía cien veces por eso.

Adikor sonrió.

-Gracias.

-Entonces, ¿qué ocurrió? -dijo Ponter. Sonrió-. Tu voz no me parece más aguda, así que supongo que no tuvo éxito.

-La verdad es que el caso se verá en un tribunal, a partir de mañana.

Ponter agitó la cabeza, asombrado.

-Bueno, obviamente tenemos que hacer que retiren la acusación -dijo.

Adikor sonrió.

-Si eres tan amable...

A la mañana siguiente, a la adjudicadora Sard se le unieron un arrugado varón y una aún más arrugada hembra, cada uno sentado a un lado suyo. La cámara del Consejo Gris estaba repleta de espectadores y unos diez exhibicionistas vestidos de plateado. Daklar Bolbay seguía vestida de naranja, el color de la acusación. Pero hubo considerables susurros entre la multitud cuando entró Adikor, pues en vez del azul de los acusados, llevaba una camisa bastante chillona con un estampado de flores, y un pantalón verde claro. Se dirigió hacia el taburete que había llegado a conocer tan bien.

-Sabio Huld -dijo la adjudicadora Sard-, tenemos tradiciones, y espero que las observe. Creo que ya sabrá la poca paciencia que tengo con malgastar el tiempo, así que no lo enviaré a casa a cambiarse hoy, pero mañana espero que vista de azul.

-Por supuesto, adjudicadora -dijo Adikor-. Perdóneme. Sard asintió.

-La investigación final de Adikor Huld del Borde de Saldak por el asesinato de Ponter Boddit del mismo lugar comienza ahora. Presidiendo el tribunal tenemos a Farba Dond -el hombre mayor asintió-, además de Kab Jodler, y yo misma, Komel Sard. La acusadora es Daklar Bolbay, en nombre de la hija menor de su difunta mujer-compañera, Megameg Bek.

Sard contempló la abarrotada sala, y un gesto de satisfacción arrugó su rostro: sabía con toda certeza que ése era un caso del que se hablaría en incontables meses por venir.

-Comenzaremos con la declaración inicial de la acusadora. Daklar Bolbay, puede comenzar.

-Con el debido respeto, adjudicadora -dijo Adikor, poniéndose en pie-. Me estaba preguntando si la persona que habla en mi favor podría presentar mi defensa primero.

-Sabio Huld -dijo Dond, bruscamente-, la adjudicadora Sard ya le ha advertido en contra de ignorar las tradiciones. La acusadora siempre va primero y...

-Oh, eso lo entiendo -dijo Adikor-. Pero bueno, conozco el deseo de la adjudicadora Sard de acelerar las cosas, y he pensado que esto podría ayudar.

Bolbay se puso en pie, quizás advirtiendo una oportunidad. Después de todo, si ella iba detrás de la defensa, podría desmontarla durante su declaración inicial.

-Como acusadora, no tengo ningún inconveniente en que se presente la defensa primero.

-Gracias _ dijo Adikor, haciendo una magnánima reverencia-. Ahora, si...

-¡Sabio Huld! -exclamó Sard-. No es cuestión del acusado determinar el protocolo. Continuaremos como dicta la tradición, con Daklar Bolbay hablando primero y...

-Yo sólo pensaba...

-¡Silencio! -La cara de Sard se estaba poniendo roja-. No debería estar hablando.

Se volvió hacia Jasmel.

-Jasmel Ket, sólo tú deberás hablar en defensa del sabio Huid. Por favor, asegúrate de que lo entiende.

Jasmel se levantó.

-Con gran respeto, digna adjudicadora, esta vez no voy a hablaren favor de Adikor. Después de todo, usted misma sugirió que encontrara una defensa más adecuada.

Sard asintió, cortante.

-Me alegra ver que por lo menos alguna vez escucha. -Escrutó la multitud-. Muy bien. ¿Quién va a hablar en defensa de Adikor Huid?

Ponter Boddit, que se encontraba de pie tras las puertas de la cámara del Consejo, entró entonces.

-Yo.

Algunos espectadores se quedaron boquiabiertos.

-Muy bien -dijo Sard, la cabeza gacha, preparándose para tomar nota-. ¿Y su nombre es?

-Boddit -dijo Ponter. Sard alzó la cabeza-. Ponter Boddit.

Ponter contempló la sala. Jasmel había estado conteniendo a Megameg, pero ahora dejó ir a su hermana menor. Megameg cruzó corriendo la sala del Consejo y Ponter la alzó en volandas, abrazándola.

-¡Orden! -gritó Sard-. ¡Que haya orden!

Ponter sonreía de oreja a oreja. Una parte de él se había preocupado porque las autoridades pudieran intentar mantener en secreto la existencia de la otra Tierra. Después de todo, fue sólo en los últimos momentos que los doctores Montego y Singh impidieron que las autoridades gliksin se lo llevaran, posiblemente para no ser visto nunca más. Pero en aquel preciso instante, miles de personas estaban usando sus miradores en casa para ver qué estaban viendo los exhibicionistas, y una sala llena de Acompañantes regulares transmitía señales a los cubos de coartadas de sus propietarios. Todo el mundo, todo *este* mundo, pronto oiría la verdad.

Bolbay se puso en pie.

-¡Ponter!

-Tu ansiedad por vengarme es loable, querida Daklar -dijo él-, pero, como puedes ver, fue prematura.

-¿Dónde has estado? -exigió saber Bolbay. A Adikor le pareció que estaba más furiosa que aliviada.

-¿Dónde he estado? -repitió Ponter, contemplando las ropas plateadas entre el público-. Debo decir que me halaga que el trivial asunto del posible asesinato de un físico del montón haya atraído a tantos exhibicionistas. Y, con todos ellos aquí y un centenar de otros Acompañantes enviando señales al pabellón de archivos, me alegraré de explicarlo.

Escrutó los rostros, anchos, planos. Rostros con narices de tamaños adecuados, no aquellas cosas respingonas que tenían los gliksins; rostros masculinos peludos y rostros femeninos menos peludos; rostros con arcos ciliares prominentes y mandíbulas rectas; rostros guapos, rostros hermosos, los rostros de su gente, sus amigos, su especie.

-Pero primero déjenme decir que no hay nada como el hogar.

47

SEIS DÍAS DESPUÉS
VIERNES, 16 DE AGOSTO
148/104/09

Adikor y Ponter llegaron a la casa de Dern, el ingeniero de robótica. Dern los condujo al interior, y luego apagó su mirador; Ponter vio que era fan de Lulasm.

-¡Caballeros, caballeros! -dijo Dern-. Me alegro de veros. -Señaló la pantalla ahora en blanco del mirador-. ¿Habéis visto la visita de Lulasm a la Academia de Economía esta mañana?

Ponter negó con la cabeza. Adikor hizo lo mismo.

-Vuestra amiga Sard ha dejado de ser adjudicadora. Al parecer, a sus colegas les pareció que había sido un poco menos imparcial de lo natural, dada la forma en que salió tu juicio.

-¿Un poco nada más? -dijo Adikor, asombrado-. Eso es quedarse corto.

-En cualquier caso -continuó Dern-, los Grises decidieron que haría una contribución más significativa enseñando mediación avanzada a los 146.

-Probablemente no llamará la atención de ningún exhibicionista -dijo Ponter-, pero Daklar Bolbay está recibiendo ayuda también. Terapia para manejar el dolor, la furia y todo eso.

Adikor sonrió.

-Le presenté a mi antiguo escultor de personalidad, y él la ha puesto en contacto con la gente adecuada.

-Eso está bien -dijo Dern-. ¿Vas a exigir una disculpa pública por su parte?

Adikor negó con la cabeza.

-Ya he recuperado a Ponter -dijo simplemente-. No necesito más.

Dern sonrió y le dijo a uno de sus muchos robots domésticos que trajera bebidas.

-Os doy las gracias a ambos por venir -dijo, tendiéndose en un sofá alargado, cruzando los pies, los dedos entrelazados tras la cabeza, su vientre redondo subiendo y bajando mientras respiraba.

Ponter y Adikor se sentaron a horcajadas.

-Dijiste que tenías algo importante de lo que hablar -instó amablemente Ponter.

-Así es -respondió Dern, girando la cabeza para poder mirarlos-. Creo que tenemos que hallar un medio para conseguir que el portal entre las dos versiones de la Tierra permanezca abierto de manera permanente.

-Parecía estar abierto mientras había un objeto físico atravesándolo -dijo Ponter.

-Bueno, sí, en lapsos de tiempo breves -dijo Adikor-. En realidad no sabemos si puede ser mantenido indefinidamente.

-Si puede, las posibilidades son asombrosas -dijo Ponter-. Turismo. Comercio. Intercambio cultural y científico.

-Exactamente -replicó Dern-. Echad un vistazo a esto.

Puso los pies en el suelo y colocó un objeto sobre la pulida mesa de madera. Era un tubo hueco, hecho de malla de alambre entretejido, un poco más largo que su dedo más largo y no más grueso que el diámetro del más pequeño.

-Esto es un tubo de Derkers -dijo. Usó los extremos de dos dedos para tirar de la boca del tubo, *y* la abertura se expandió *y* expandió, y la malla con su membrana elástica se estiró haciéndose cada vez más grande, hasta tener la anchura de la mano abierta de Dern.

Le tendió el tubo a Ponter.

-Intenta aplastarlo -dijo Dern.

Ponter sostuvo el tubo con una mano abierta y lo rodeó con la otra. Apretó entonces, suavemente al principio y luego con todas sus fuerzas. El tubo no cedió.

-Es un tubo pequeño -explicó Dern-, pero en la mina tenemos algunos que se expanden hasta tres brazadas de diámetro. Los usamos para asegurar los túneles cuando parece probable un hundimiento. No podemos permitirnos perder esos robots mineros, después de todo.

-¿Cómo funciona? -preguntó Ponter.

-La malla es en realidad una serie de segmentos articulados de metal, cada uno con extremos dentados. Una vez que lo abres, la única manera de cerrarlo es usar herramientas y desmontar los mecanismos de cierre uno a uno.

-¿Entonces estás sugiriendo que deberíamos volver a abrir el portal al otro universo, y luego colocar uno de estos... ¿cómo lo has llamado? ¿Un «tubo de Derker»? -dijo Ponter-. ¿Meter uno de estos tu bos de Derker por la abertura y expandirlo hasta su diámetro máximo? -Eso es -contestó Dern-. Y entonces la gente podría pasar de este universo al otro.

-Ellos tendrían que construir una plataforma y escaleras al otro lado, para que lleve hasta el tubo.

Librodot

-Estoy seguro de que será fácil de hacer.

-¿Y si el portal no se abre indefinidamente? -preguntó Adikor.

-No le recomiendo a nadie que se entretenga en el túnel -dijo Dern-, pero si el portal se cerrara, simplemente cortaría el túnel, dividiéndolo en dos partes. O arrastraría al túnel por completo a un la do o a otro.

-Hay cosas que tener en cuenta -dijo Ponter-. Me puse muy enfermo cuando llegué allí. Al otro lado existen gérmenes contra los que no tenemos inmunidad.

Adikor asintió.

-Tendremos que ser cautos. No queremos que agentes patógenos pasen libremente de su universo al nuestro, y los viajeros que vengan hacia aquí sin duda requerirán una serie de inmunizaciones.

-Estoy seguro de que podría resolverse -dijo Dern-. Aunque no sé cuáles deberían ser exactamente los procedimientos. Guardaron silencio un rato. Finalmente, Ponter habló.

-¿Quién toma la decisión? -preguntó-. ¿Quién decide si debe ríamos establecer contacto permanente, o incluso reestablecer un con tacto temporal, con el otro mundo?

-Estoy seguro de que no hay precedentes -dijo Adikor-. Dudo que nadie haya considerado jamás la posibilidad de tender un puente hacia otra Tierra.

-Si no fuera por el peligro de los gérmenes, yo diría que debemos continuar y abrir el portal, pero... -dijo Ponter.

Todos permanecieron en silencio, hasta que Adikor habló.

-¿Son... son buena gente, Ponter? ¿Deberíamos entrar en contacto con ellos?

-Son *diferentes,* en muchos, muchos aspectos. Pero me mostraron mucha amabilidad. Me trataron muy bien. -Hizo una pausa, luego asintió-. Sí, creo que deberíamos entrar en contacto con ellos. -Muy bien, pues -dijo Adikor-. Supongo que el primer paso es hacer una presentación ante el Gran Consejo Gris. Debemos trabajar en eso.

Ponter había pensado mucho en lo que Mare le dijo en el ascensor del observatorio de neutrinos. Sí, él estaba interesado: ella había leído bien en él. Incluso a través de la barrera entre las especies, incluso a través de las líneas temporales, algunas cosas estaban claras.

El corazón de Ponter latía con fuerza. Parecía que iba a volver a verla de nuevo.

¿Quién sabía qué saldría de ello?

Bueno, sólo había una manera de averiguarlo.

-Sí -dijo Ponter Boddit, sonriendo-. Pongámonos a trabajar.

Normalmente, había que esperar hasta septiembre para que Toronto fuera tan abrumadoramente hermosa, con el cielo claro e inmaculado, la temperatura *perfecta* y el viento una suave caricia, el tipo de buen tiempo que le recordaba a Mary por qué creía en Dios.

Pero todavía faltaban dos semanas para septiembre, y naturalmente, cuando llegara el Día del Trabajo, ese signo de puntación brusco y final que marcaba el final del verano, Mary tendría que volver al trabajo, de vuelta a su antigua vida de profesora de genética, y a no tener a nadie especial, y a comer demasiado. Pero por ahora, con el maravilloso clima, Toronto parecía el cielo.

Cuando estaba en Ontario Norte, Mary había perdido unos cuantos de los kilos que normalmente tenía, pero sabía que los recuperaría. Todas las dietas que había seguido le recordaban el aceite Crisco: siempre volvía, excepto cuando te hacía falta una cucharada.

Naturalmente, no había seguido una dieta concertada. Simplemente, no había estado comiendo como de costumbre. En parte por el nerviosismo del tiempo que pasó en Sudbury, el tiempo que pasó con Ponter, por todas las cosas increíbles que habían ocurrido.

Y en parte (la parte que no había terminado, que nunca podría terminar) por las secuelas de la violación.

Mary había acordado ir a York ese día, lunes, para tener una reunión del departamento, y así, por primera vez desde aquella horrible noche (e habían pasado de verdad diecisiete días?), tuvo que pasar por el sitio del campus donde había tenido lugar el ataque, la pared de hormigón contra la que la había apretujado el violador, la cabeza cubierta por un pasamontañas negro.

Pero, naturalmente, no había sido violada por culpa de la pared. Había sido por culpa de él, aquel monstruo, y la sociedad enferma que lo había producido. Al caminar, pasó los dedos por la pared, tratando de no romperse las uñas pintadas de rojo y, al hacerlo, se le ocurrió un pensamiento loco. Recordó otra pared de hacía mucho tiempo, donde Colm y ella habían marcado sus iniciales.

Era algo ridículo en una mujer de treinta y ocho años, pero tal vez debiera escribir MV+PB en esa pared... aunque para hacerlo bien suponía que tendría que escribir MV más los símbolos en el lenguaje de Ponter Boddit que representaban su nombre.

De todas formas, sonreiría entonces cada vez que viera la pared, en vez de sentirse disgustada por ella. Cierto, sería una sonrisa triste, pues sabía que probablemente nunca lo volvería a ver. Pero, con todo, sería un recuerdo de... *amor,* sí: un recuerdo de amor perdido era infinitamente preferible al recuerdo de lo que había sucedido allí.

Mary continuó caminando, hacia delante, hacia el futuro.

Apéndice

UNA GUÍA AL CÓMPUTO DEL TIEMPO NEANDERTHAL

La Tierra tiene tres unidades naturales para medir el tiempo: el día (el tiempo que tarda la Tierra en girar sobre su eje), el mes (el tiempo que tarda la Luna en orbitar la Tierra) y el año (el tiempo que tarda la Tierra en orbitar el Sol).

Debido a nuestra economía agrícola, que se basa en la siembra y la cosecha cada estación, damos más importancia al año... y corrompemos las auténticas medidas de las tres unidades para que encajen en fracciones simples múltiplos unas de otras.

El año sideral auténtico (una órbita alrededor del Sol, relativo respecto a las estrellas fijas) es de 365 días, 6 horas, 9 minutos y 9,54 segundos, pero consideramos que los años corrientes tienen 365 días completos y los bisiestos 366.

El auténtico mes sinódico (un ciclo completo de fases lunares) es de 29 días, 12 horas, 44 minutos y 3 segundos, pero tenemos «meses» que oscilan entre los 28 y los 31 días.

Y el auténtico día sideral (una revolución completa de la Tierra, medida relativa a las estrellas fijas) es de 23 horas, 56 minutos y 4,09 segundos, pero lo redondeamos a 24 horas.

Muchas de nuestras religiones manipularon el calendario para reservar el poder para el clero (el secreto para calcular la fecha de la Pascua, por ejemplo, se guardó originalmente con gran misterio).

Pero con una sociedad sin agricultura y sin ninguna religión, los Neanderthales no tienen motivo alguno para llevar un seguimiento complejo del tiempo. A causa de la importancia de su biología reproductora, nunca corrompen la longitud del mes sinódico (el tiempo entre lunas sucesivas). Naturalmente, cualquiera puede seguir el cómputo de esta unidad de tiempo contemplando el cielo nocturno, de modo que es un sistema más igualitario que el nuestro.

La unidad de tiempo más pequeña y común Neanderthal es el *latido,* definido originalmente como la duración de un latido en descanso, pero definido ahora formalmente como 1/100.000 de un día sideral.

El resto del cálculo del tiempo Neanderthal se basa en múltiplos decimales de las unidades base. Aquí están las unidades estándar, en orden ascendente de duración, y su equivalente aproximado en nuestras unidades.

Unidad Neanderthal	Equivalente
latido	0,86 segundos
cienlatido	86 segundos
diadécimo	2,39 horas
día	1 día sideral
mes (todos de idéntica duración)	29 días, 12 horas, 44 minutos
diezmes	295,32 días
año	1 año sideral
cienmes	8,085 años siderales
generación	10 años (1 década)
milmés	80,853 años

(En líneas generales, podemos considerar un latido un segundo, un cienlatido un minuto, un diezmes un año, un cienmes una década y un milmes un siglo.)

El mes

Los Neanderthales dividen el mes en cuartos (luna nueva, cuarto creciente, luna llena, cuarto menguante), y en grupos específicos basados en los ciclos menstruales.

Día	Evento
1	luna nueva
1-5	menstruación pico
8	cuarto creciente (primer cuarto)
10-17	embarazo posible
15	luna llena
15	ovulación pico
22	cuarto menguante (último cuarto)
25-29	«Últimos Cinco»

Generaciones

Las generaciones nacen cada diez años. Las fechas de los calendarios se designan con tres números: el número de la generación, el mes dentro de esa generación y el día dentro de ese mes: 148/103/28 es el vigésimo octavo día (cuando la Luna es una mera rendija, y está a punto de desaparecer) del mes centésimo tercero (a principios del octavo año) después del primer nacimiento establecido de la generación 148 desde la fundación del calendario Neanderthal moderno (acaecido en lo que nosotros llamamos año 523 después de Cristo).

Librodot

Generación	Año Comienzo Anno Domini	Edad actual Miembros (años)	Miembros
148	1994	8	Megameg Bek, Dab
147	1984	18	Jasmel Ket
146	1974	28	
145	1964	38	Ponter, Adikor, Daklar Bolbay
144	1954	48	
143	1944	58	Dabdalb (mantenedora de archivos)
142	1934	68	Sard (adjudicadora)
141	1924	78	

La Era del Acompañante comenzó cuando Lonwis Trob introdujo los implantes a finales de la generación 140, en el año que nosotros llamamos 1923.

Bibliografía

Además de hablar directamente con los expertos en el hombre de Neanderthal mencionados en los agradecimientos, también consulté centenares de libros, revistas y artículos, y páginas web. Para aquellos que puedan estar interesados en seguir las ideas exploradas en esta novela, ofrezco la lista de algunos libros que me parecieron particularmente estimulantes:

Paleoantropología General

KLEIN, Richard G., *The Human Career: Human Biological and Cultural Origins, 2ª* edición, Chicago, University of Chicago Press, *1999.* LIEBERMAN, Philip, *Eve Spoke: Human Language and Human Evolution,* Nueva York, W. W. Norton, 1998.

POTTS, Rick, *Humanity's Descent: The Consequences of Ecological Instability,* Nueva York, Avon, 1996.

TATTERSALL, Ian, *Becoming Human: Evolution and Human Uniqueness,* Nueva York, Harvest Book (Harcourt Brace), 1999.

-*The Fossil Trail: How We Know What We Think We Know about Human Evolution,* Nueva York, Oxford University Press, 1995.

-*y* Jeffrey SCHWARTZ, *Extinct Humans,* Boulder, Colorado, Westview Press, 2000.

WOLPOFF, Milford H., *Paleoanthropology, 2'* edición, Nueva York, McGraw Hill, 1999.

-*y* Rachel CASPARI, *Race and Human Evolution,* Boulder, Colorado, Westview Press, *1997.*

Neanderthales

JORDAN, Paul, *Neanderthal: Neanderthal Man and the Story of Human Origins,* Gloucestershire, Sutton Publishing, 1999.

MELLARS, Paul, *The Neanderthal Legacy: An Archaeological Perspective from Western Europe,* Princeton, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1996.

PALMER, Douglas, *Neanderthal,* Londres, Channel *4* Books (Macmillan), 2000.

SHREEVE, James, *The Neanderthal Enigma: Solving the Mistery of Modern Human Origins,* Nueva York, William Morrow, 1995.

STRINGER, Christopher y Clive Gamble, *In Search of the Neanderthals: Solving the Puzzle of Human Origins,* Nueva York, Thames and Hudson, 1993.

TATTERSALL, Ian, *The Last Neanderthal• The Rise, Success, and Mysterious Extinction of Our Closest Human Relatives,* Nueva York, MacMillan, 1995.

Librodot

TRINKAUS, Erik *y* Pat SHIPMAN, *The Neanderthals: Changing the Image of Mankind,* Nueva York, Alfred A. Knopf, 1993.Psicología Evolutiva y Primatología

BOYD, Neil, *The Beast Within: Why Men Are Violent,* Vancouver, Columbia Británica, Greystone Books (Douglas & McIntyre), 2000.

BROWNE, Kingsley,Divided Labours:An *Evolutionary View of WomenatWork,serie* «Darwinism Today»,New Haven, Connecticut, Yale University Press, 1998.

DE WALL, Frans y Frans LANTING, *Bonobo: The Forgotten Ape,* Berkeley, University of California Press, *1997.*

DIAMOND, Jared, *The Third Chimpanzee: The Evolution and Future of the Human Animal,* Nueva York, HarperPerennial (Harper Collins), 1992.

FOUTS, Roger, con Stephen TUKEL MILLS, *Next of Kin: What Chimpanzees Have Taught Me About Who We Are,* Nueva York, Morrow, *1997.*

GHIGLIERI, Michael P., *The Dark Side of Man: Tracing the Origins of Mate Violente,* Reading, Massachusetts, Perseus Books, 1999.

JOLLY, Alison, *Lucy's Legacy: Sex and Intelligence in Human Evolution,* Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1999.

MITHEN, Steven, *The Prehistory of Mind: The Cognitive Origins of Art and Science,* Nueva York, Thames and Hudson, 1996.

RUSSELL, Robert Jay, *The Lemur's Legacy: The Evolution of Power, Sex,and Love,* Nueva York, A Jeremy P. Tarcher/Putnam Book, 1993. THORNHILL, Randy y Craig T. PALMER, *A Natural History of Rape: Biological Bases of Sexual Coercion,* Cambridge, Massachusetts, MIT Press, *2000.* WRANGHAM, Richard y Dale PETERSON, *Demonic Males: Apes and the Origins of Human Violence,* Nueva York, Mariner Books (Houghton Mifflin), 1996.

WRIGHT, Robert, *The Moral Animal: The New Science of Evolutionary Psychology,* Nueva York, Pantheon Books, 1994.

Sociedades Agrícolas frente a Cazadoras-Recolectoras

BRODY, Hugh, *The Other Side of Eden: Hunters, Farmers and the Shaping of the World,* Vancouver, Columbia Británica, Douglas & McIntyre, 2000. DIAMOND, Jared, *Guns, Germs, and Steel: The Fates of Human Societies,*

Nueva York, W. W. Norton, 1997.

STANFORD, Craig B., *The Hunting Apes: Meat Eating and the Origins of Human Bchaviour,* Princeton, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1999.

TUDGE, Colin, *Neanderthals, Bandits & Farmers: How Agriculture Really Began,* serie «Darwinism Today» New Haven, Yale University Press, Connecticut, 1998.

WRIGHT, Robert, *Nonzero: The Logic of Human Destiny,* Nueva York, Pantheon Books (Random House), 2000.